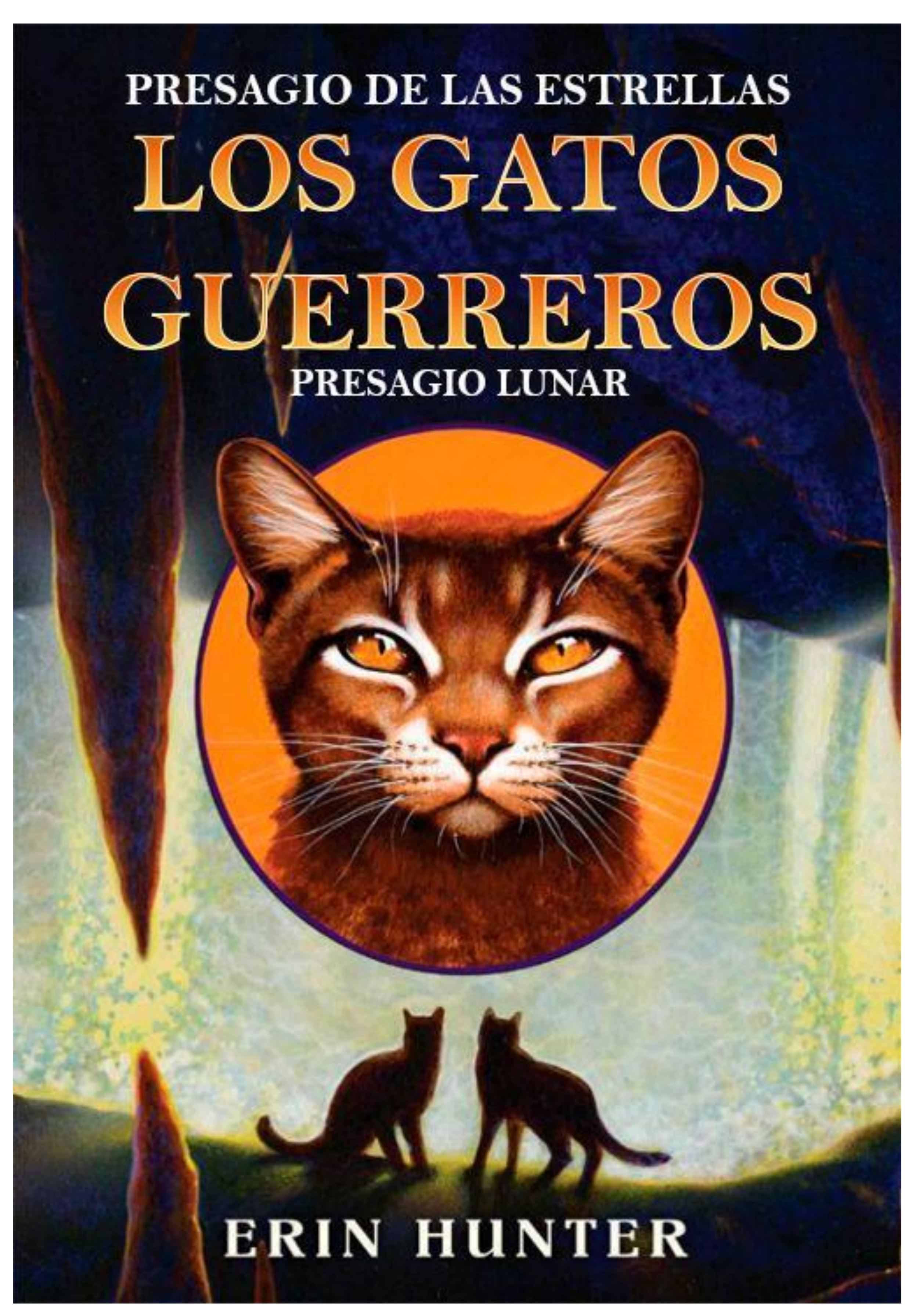


Traducción no-oficial hecha por Milly Mendoza & xK1rarax. Correcciones por NaikoPink.

Edición de portada por Isis Arr.

¡Para más traducciones, libros, concursos y fanarts,
únete a nuestro grupo de Facebook!
https://www.facebook.com/groups/1384429135129351/

FILIACIONES

CLAN DEL TRUENO

Líder

ESTRELLA DE FUEGO (FIRESTAR**):** gato de un intenso color rojizo.

Lugarteniente

ZARZOSO (BRAMBLECLAW**):** gato atigrado marrón oscuro de ojos ámbar.

Curandero

GLAYO (JAYFEATHER**):** gato atigrado gris de ojos azules.

Guerreros

(Gatos y gatas sin crías)

LÁTIGO GRIS (GRAYSTRIPE): gato gris de pelo largo.

MANTO POLVOROSO (DUSTPELT): gato atigrado marrón oscuro.

TORMENTA DE ARENA (SANDSTORM): gata de color melado claro y ojos verdes.

FRONDE DORADO (BRACKENFUR): gato atigrado marrón dorado.

ACEDERA (SORRELTAIL): gata parda y blanca de ojos ámbar.

NIMBO BLANCO (CLOUDTAIL): gato blanco de pelo largo y ojos azules.

CENTELLA (BRIGHTHEART): gata blanca con manchas canela.

MILI (MILLIE): gata atigrada de color gris y ojos azules.

ESPINARDO (THORNCLAW): gato atigrado marrón dorado.

ESQUIRUELA (SQUIRRELFLIGHT): gata de color rojizo oscuro y ojos verdes.

HOJARASCA ACUÁTICA (LEAFPOOL): gata atigrada de color marrón claro y ojos ámbar.

ZANCUDO (SPIDERLEG): gato negro de largas patas, con la barriga marrón y los ojos ámbar.

BETULÓN (BIRCHFALL): gato atigrado marrón claro.

CANDEAL (WHITEWING): gata blanca de ojos verdes.

BAYO (BERRYNOSE): gato de color tostado.

PINTA (HAZELTAIL): Pequeña gata gris y blanca.

RATONERO (MOUSEWHISKER): gato gris y blanco.

CARBONERA (CINDERHEART): gata atigrada de color gris.

Aprendiz: Zarpa de Hiedra (IVYPAW).

LEONADO (LIONBLAZE): gato atigrado dorado de ojos ámbar.

Aprendiz: Zarpa de Tórtola (DOVEPAW).

SALTO DE RAPOSO (FOXLEAP): gato atigrado rojizo.

NUBE ALBINA (ICECLOUD): gata blanca.

PASO TORDO (TOADSTEP): gato blanco y negro.

PÉTALO DE ROSA (ROSEPETAL): gata de color tostado oscuro.

LUZ DE GABEÑA (BRIARLIGHT): gata marrón oscuro.

FLORES CAÍDAS (BLOSSOMFALL): gata tricolor con manchas blancas.

LÁTIGO ABEJORRO (BUMBLESTRIPE): gato gris claro con rayas negras.

Aprendices

(De más de seis lunas de edad, se entrenan para convertirse en guerreros)

ZARPA DE TÓRTOLA (DOVEPAW): Gata gris pálido con ojos azules.

ZARPA DE HIEDRA (YVIPAW): Gata gris-plateada atigrada con ojos azules oscuros.

Reinas

(Gatas embarazadas o al cuidado de crías pequeñas)

FRONDA (FERNCLOUD): gata gris claro con motas más oscuras, de ojos verde claro.

DALIA (DAISY): gata de pelo largo color tostado, procedente del cercado de los caballos.

ROSELLA (POPPYFROST): gata parda (madre de Cerecita [Cherrykit], una gatita rojiza y Topín [Molekit], un gatito marrón y crema).

Veteranos

(Antiguos guerreros y reinas, ya retirados)

MUSARAÑA (MOUSEFUR): pequeña gata marrón oscuro.

PUMA (PURDY): gato atigrado anteriormente solitario, con hocico gris.

CLAN DE LA SOMBRA

Líder

ESTRELLA NEGRA (BLACKSTAR): gran gato blanco con enormes patas negras como el azabache.

Lugarteniente

SERBAL (ROWANCLAW): gato rojizo

Curandero

CIRRO (LITTLECLOUD): gato atigrado muy pequeño.

Guerreros

ROBLEDO (OAKFUR): pequeño gato marrón

Aprendiz (FERRETPAW): Zarpa de hurón (gato crema y gris)

CHAMUSCADO (SMOKEFOOT): gato negro

SAPERO (TOADFOOT): gato marrón oscuro

MANZANILLA (APPLEFUR): gata marrón moteada

GRAJO (CROWFROST): gato negro y blanco.

LOMO RAJADO (RATSCAR): gato marrón con una larga cicatriz en el lomo.

Aprendiz: Zarpa de pino (gata negra) [PINEPAW]

AGUZANIEVES (SNOWBIRD): gata de un blanco inmaculado.

TRIGUEÑA (TAWNYPELT): gata parda de ojos verdes

Aprendiz: Zarpa de Tordo (gato rojizo) [STARLINGPAW]

OLIVA (OLIVENOSE): gata parda

GARRA RAPAZ (OWLCLAW): gato atigrado marrón claro

TOPINA (SHREWFOOT): gata gris con patas negras

MANTO DE CARBÓN (SCORCHFUR): gato gris oscuro

SAUCE RUANO (REDWILLOW): Marrón moteado y rojizo

CORAZÓN DE TIGRE (TIGERHEART): gato atigrado marrón oscuro

CANELA (DAWNPELT): gata color tostado

REINAS

PELOSA (KINKFUR): gata atigrada de pelo largo que le apunta en todas las direcciones.

YEDRA (IVYTAIL): gata blanca, negra y parda

Veteranos

CEDRO (CEDARHEART): gato gris oscuro.

AMAPOLA (TALLPOPPY): gata atigrada marrón claro de patas muy largas.

CRÓTALO (SNAKETAIL): gato marrón oscuro de cola rayada.

ESPUMOSA (WHITEWATER): gata blanca de pelo largo, ciega de un ojo.

CLAN DEL VIENTO

Líder

ESTRELLA DE BIGOTES (ONESTAR): gato atigrado de color marrón.

Lugarteniente

PERLADA (ASHFOOT): gata gris.

Curandero

VUELO DE AZOR (KESTRELFLIGHT): gato gris moteado.

Guerreros

CORVINO PLUMOSO (CROWFEATHER): gato gris oscuro.

CÁRABO (OWLWHISKER): gato atigrado de color marrón claro. Aprendiz: BIGOTILLO (gato marrón claro) [WHISKERPAW]

COLA BLANCA (WHITETAIL): pequeña gata blanca.

NUBE NEGRA (NIGHTCLOUD): gata negra.

GENISTA (GORSETAIL): gata de color blanco y gris muy claro, de ojos azules.

TURÓN (WEASELFUR): gato rojizo de patas blancas.

LEBRÓN (HARESPRING): gato marrón y blanco.

HOJOSO (LEAFTAIL): gato atigrado oscuro de ojos ámbar. HORMIGUERO (ANTPELT): gato marrón con una oreja negra

RESOLDO (EMBERFOOT): gato gris con dos patas oscuras.

COLA BRECINA (HEATHERTAIL): gata atigrada marrón oscuro con ojos azules

Aprendiz: ZARPA ESPINOSA (gata gris y blanco) [FURZEPAW]

VENTOLERO (BREEZEPELT): gato negro con ojos ámbar

Aprendiz: ROCOSO (gran gato gris pálido) [BOULDERPAW]

CAÑERA (SEDGEWHISKER): gata atigrada marrón claro

COLA DE FOSQUINA (SWALLOWTAIL): gata gris oscura

ONDA SOLEADA (SUNSTRIKE): gata parda con una larga marca blanca en su frente

Veteranos

MANTO TRENZADO (WEBFOOT): gato atigrado gris oscuro.

OREJA PARTIDA (TORNEAR): gato atigrado.

CLAN DEL RÍO

Líder

ESTRELLA DE VAHARINA (MISTYSTAR): gata gris oscuro de ojos azules.

Lugarteniente

JUNCAL (REEDWHISKER): gato negro.

Aprendiz: ZARPA HUECA (gato marrón atigrado oscuro) [HOLLOWPAW]

Curandera

ALA DE MARIPOSA (MOTHWING): gata atigrada de color dorado y ojos ámbar.

Aprendiza: BLIMA (gata gris atigrada) [WILLOWSHINE]

Guerreros

BOIRA (GRAYMIST): gata atigrada gris claro.

Aprendiz: ZARPA DE TRUCHA (gata gris pálido atigrada) [TROUTPAW]

AJENJO (MINTFUR): gato atigrado de color gris claro.

NÍVEA (ICEWING): gata blanca de ojos azules

COLA PALOMINA (MINNOWTAIL): gata gris oscuro

Aprendiz: ZARPA MUSGOSA (gata marrón y blanco) [MOSSYPAW]

GUIJARRO (PEBBLEFOOT): gato gris moteado

Aprendiz: RAPIDILLO (gato marrón claro atigrado) [RUSHPAW]

NARIZ MALVA (MALLOWNOSE): gato marrón claro atigrado

PARDALO (ROBINWING): gato pardo blanco

INSECTERO (BEETLEWHISKER): gato atigrado marrón y blanco

MANTO DE PÉTALOS (PETALFUR): gata gris y blanco

MANTO MONTÉS (GRASSPELT): gato marrón claro

Reinas

VESPERTINA (DUSKFUR): gata atigrada marrón.

MUSGOSA (MOSSPELT): gata parda de ojos azules.

Veteranos

ROANA (DAPPLENOSE): gata gris moteada.

SALTÓN (POUNCETAIL): gato blanco y canela.

LA TRIBU DE LAS AGUAS RÁPIDAS

Sanador

NARRADOR DE LAS ROCAS PUNTIAGUDAS (NARRARROCAS): gato atigrado marrón de ojos ámbar. /*STONETELLER*/

Apresadores (machos y hembras responsables de conseguir comida)

CIELO GRIS ANTES DEL ALBA (GRIS): gato atigrado gris claro. /*GRAY SKY BEFORE DAWN (GRAY)*/

SOMBRA DE ALA SOBRE EL AGUA (SOMBRA): gata blanca y gris. /*WINGSHADOW OVER WATER (WING)*/

BORRASCOSO (STORMFUR): gato gris oscuro de ojos ámbar, antiguo miembro del Clan del Río.

VUELO DE GARZA ASUSTADA (GARZA): gata atigrada marrón. /*FLIGHT OF STARTLED HERON (FLIGHT)*/

ALARIDO DE BÚHO FURIOSO (ALARIDO): gato negro. /*SCREECH OF ANGRY OWL (SCREECH)*/

GOTAS QUE LEVANTA EL PEZ AL SALTAR (GOTAS): gata atigrada de color marrón claro. /*SPLASH WHEN FISH LEAPS (SPLASH)*/

Guardacuevas (machos y hembras responsables de proteger la cueva)

PEÑASCO DONDE ANIDAN LAS ÁGUILAS (PEÑASCO): gato gris oscuro (Hermano de Rivera). /*CRAG WHERE EAGLES NEST (CRAG)*/

SENDERO ESCARPADO JUNTO A LA CASCADA (ESCARPADO): gato atigrado de color marrón oscuro. /*SHEER PATH BESIDE WATERFALL (SHEER)*/

DESCENSO DE AVE DE RAPIÑA (RAPIÑA): gata rojiza oscura. /*SWOOP OF CHESTNUT HAWK (SWOOP)*/

LAMA QUE CRECE JUNTO AL RÍO (LAMA): gata de color marrón claro /*MOSS THAT GROWS BY RIVER (MOSS)*/

CHINA QUE RUEDA MONTAÑA ABAJO (CHINA): gata gris /*PEBBLE THAT ROLLS DOWN MOUNTAIN (PEBBLE)*/

Crianderas (gatas embarazadas o al cuidado de crías pequeñas)

RIVERA DONDE NADA EL PEQUEÑO PEZ (RIVERA) /*BROOK WHERE SMALL FISH SWIM (BROOK)*/: gata atigrada de color marrón (dos cachorros: Alondra Que Canta Al Amanecer [Alondra] gatita parda clara /*Lark That Sings at Dawn (Lark)*/ y Pino Que Se Aferra a La Roca [Pino] gatito marrón claro /*Pine That Clings to Rock (Pine)*/)

NOCHE SIN ESTRELLAS (NOCHE): gata negra (esperando los cachorros de Escarpado) /*NIGHT OF NO STARS (NIGHT)*/

Pupilos (aprendices de la tribu)

Sombra En el Río Oscuro (Oscuro): gato negro (apresador). /*DARK SHADOW ON WATER (DARK)*/

Nevada Que Cae Sobre Las Rocas (Nevada): gata blanca (guardacuevas). /*SNOW FALLING ON STONES (SNOW)*/

Llovizna Que Pasa Con Rapidez (Llovizna): gata gris moteada (guardacuevas). /*RAIN THAT PASSES QUICKLY (RAIN)*/

Veteranos (antiguos apresadores y guardacuevas, ya retirados)

GARRA DE ÁGUILA EN PICADO (GARRA): gato atigrado marrón oscuro. /*TALON OF SWOOPING EAGLE (TALON)*/

AVE QUE CABALGA EL VIENTO (AVE): gata de color marrón grisáceo. /*BIRD THAT RIDES THE WIND (BIRD)*/

NUBE CARGADA DE ESTRELLAS (NUBE): gata gris clara. /*CLOUD WITH STAR IN BELLY (CLOUD)*/

OTROS GATOS EN LA MONTAÑA

FLORA: gata de color marrón oscuro y blanco, de ojos verdes.

LOS GATOS ANTIGUOS

SOMBRA ROTA (BROKEN SHADOW): esbelta gata cobriza de patas blancas y ojos ámbar

BRISA SUSURRANTE (WHISPERING BREEZE): gata gris plateado de ojos azules

SON DE ROCA (STONE SONG): gato atigrado de color gris oscuro y ojos azules

NUBARRÓN GRIS (CHASING CLOUDS): gato blanco y gris de ojos azules

HELECHO RIZADO (FURLED BRACKEN): gato atigrado de color rojizo oscuro y ojos ámbar

SOL NEBULOSO (CLOUDY SUN): gata de color canela claro y ojos verdes

CABALLO VELOZ (RUNNING HORSE): gato marrón oscuro de ojos amarillos

LUNA NACIENTE (RISING MOO): gata blanca y gris de ojos azules

RAYO TENDIDO (JAGGED LIGHTNING): gato blanco y negro de ojos ámbar

CERVATILLA TÍMIDA (SHY FAWN): gata marrón oscuro de ojos ámbar

RÍO DEL ALBA (DAWN RIVER): gata tricolor de ojos ámbar

SALTO DE PEZ (FISH LEAP): gato atigrado de color marrón y ojos ámbar

MEDIA LUNA (HALF MOON): gata blanca de ojos verdes

PLUMA DE LECHUZA (OWL FEATHER): fibrosa gata marrón de ojos amarillos

ALA DE GLAYO (JAY'S WING): gato atigrado de color gris y ojos azules

ALA DE TÓRTOLA (DOVE'S WING): gata de color gris claro y ojos azules

Prólogo

El agua resonaba desde la cima de la montaña, tapando la entrada a la cueva con una cascada reluciente. La luz gris se filtraba a través de ella y las sombras se juntaban en los rincones de la caverna como suaves alas negras. Cerca de la lámina de agua que caía, dos pequeños peleaban sobre un montón de plumas, moviéndolo de un lado a otro y dejando escapar chillidos agudos de emoción. El pelaje pálido y atigrado de la gatita y pelaje marrón del gatito casi se mezclaban con el suelo de piedra oscura.

En la parte posterior de la cueva, un viejo gato atigrado marrón estaba agachado en la boca de un túnel. Tenía los ojos entrecerrados y su mirada ambarina nunca abandonó a los cachorros. Estaba inmóvil, excepto por el ocasional movimiento de sus oídos. La gatita atigrada saltó alto en el aire, arañando las plumas; cuando aterrizó con el manojo en sus patas, su hermano se arrojó encima de ella, rodando y mordiendo las plumas con sus dientes como diminutas espinas blancas.

"Eso es suficiente." Una voz suave vino de cerca cuando una agraciada gata atigrada marrón se puso de pie y se acercó a los cachorros. "Tengan cuidado de no acercarse demasiado al agua. Y Pino, ¿Por qué no intentas saltar tan alto como Alondra? Necesitas practicar para cuando seas apresador".

"Prefiero ser un guardacuevas", maulló Pino. "Pelearía con cada gato que intentara invadir nuestro territorio".

"Bueno, no puedes, porque yo lo haré", replicó Alondra. "Voy a ser una guardacuevas y cazaré presas, ¡Así que ya está!"

“No es así como hacemos las cosas”, comenzó su madre; dio una rápida mirada por encima del hombro, mostrando que era consciente de que el viejo gato la observaba desde las sombras.

“Cada cachorro de Tribu tiene que…” Se interrumpió al oír los pasos de unas patas que venían del estrecho sendero que conducía detrás de la cascada y hacia la cueva. Apareció un gato de anchos omóplatos y pelaje gris, seguido por el resto de su patrulla. Al instante, los cachorros dejaron escapar gritos de bienvenida y se lanzaron sobre él.

"¡Cuidado!" Su madre lo siguió y recogió a los cachorros con la cola. “Su padre ha estado en la patrulla fronteriza. Debe estar cansado".

"Estoy bien, Rivera". El gato gris parpadeó cariñosamente y le dio un rápido lametón en la oreja. “Hoy fue un viaje fácil”.

"Borrascoso, ¡No sé cómo puedes decir eso!" Intervino un gato negro, sacudiendo el agua de su pelaje mientras abandonaba el sendero del acantilado. "Perdemos nuestro tiempo y desgastamos nuestras patas patrullando esa frontera, ¿Y para qué?"

"Para tener paz y tranquilidad", respondió Borrascoso. “No vamos a deshacernos de esos gatos, aunque creemos que son intrusos. Lo mejor que podemos esperar es proteger nuestro propio territorio".

"¡Todas las montañas deberían ser nuestro territorio!" siseó el gato negro.

"Dale un descanso, Alarido", maulló una gata rojiza oscura, con un movimiento irritado de su cola.

"Borrascoso tiene razón. Las cosas ya no son así".

"Pero, ¿Estamos a salvo?" preguntó Rivera. Miró a los cachorros, que ahora estaban peleando por un bocado de piel de conejo.

"A pesar de todo, las fronteras resisten", dijo Borrascoso a Rivera, con una mirada de preocupación en sus ojos ámbar. “Pero sí detectamos el olor de otros gatos en un par de lugares. Y había plumas de águila esparcidas sobre las rocas. Han vuelto a robar presas".

La gata rojiza se encogió de hombros. "No hay nada que podamos hacer al respecto".

"No podemos simplemente dejarlos irse, Rapiña", murmuró Borrascoso. “De lo contrario, pensarán que pueden hacer exactamente lo que quieran, y no tendría sentido establecer fronteras en primer lugar. Creo que deberíamos aumentar las patrullas y estar preparados para luchar”.

"¿Más patrullas?" Alarido azotó su cola con enojo.

"Tiene sentido para..."

"¡No!" Borrascoso saltó cuando una voz salió áspera de las sombras y vio al viejo gato atigrado parado a una cola de distancia.

"¡Narrarrocas!" él exclamó. "No te vi ahí".

"Evidentemente." El pelaje del cuello del viejo gato estaba erizado y había un rastro de ira en sus ojos. “No habrá más patrullas”, continuó. "La Tribu tiene suficiente para comer, y con el deshielo acercándose, pronto habrá más presas: como huevos y pájaros jóvenes para robar de los nidos". Borrascoso parecía como si quisiera discutir, pero captó una mirada parpadeante de Rivera y una pequeña sacudida de su cabeza. De mala gana, inclinó la cabeza hacia Narrarrocas. "Muy bien." El viejo gato se alejó. Haciendo un esfuerzo por aplanar el pelaje erizado de su cuello, Borrascoso se volvió hacia sus cachorros. "¿Os habéis portado bien hoy?"

"Han sido muy buenos", le dijo Rivera con ojos cálidos. "Alondra está creciendo muy fuerte y robusta, y Pino salta realmente bien".

"Hemos estado cazando", anunció Alondra, señalando con la cola hacia el desaliñado montón de plumas.

"¡Atrapé tres águilas!"

"No lo hizo", la contradijo Pino. "¡Maté a una, o se habría ido volando contigo!" Rivera se encontró con los ojos de Borrascoso. "Parece que no puedo hacerles entender que tendrán deberes separados cuando sean pupilos".

"No deberían tener que decidir ahora", comenzó Borrascoso, sólo para interrumpirse cuando

Rivera movió su cola hacia Narrarrocas, que todavía estaba al alcance del oído. Dejó escapar un suspiro. "Lo aprenderán", murmuró, con un rastro de pesar en su tono. “¿Queda alguna pieza de carne fresca? ¡Estoy hambriento!" Cuando Rivera llevó a Borrascoso a la pila de carne fresca, los pupilos y sus mentores regresaban a la cueva, y los cachorros de Borrascoso corrieron por el suelo de la caverna para interceptarlos.

"¡Cuéntanos sobre el exterior!" Alondra chilló. "¿Atrapaste alguna presa?"

"Quiero salir", agregó Pino. Uno de los pupilos golpeó suavemente su hombro con la cabeza. "Eres demasiado pequeño. Un águila te comería de un bocado".

"¡No, no lo haría! Lucharía contra ella", declaró Pino, alzando su pelaje marrón. El pupilo dejó escapar una carcajada. "¡Me gustaría ver eso! Pero todavía tienes que esperar hasta tener ocho lunas".

"¡Cagarrutas de ratón!" Narrarrocas se quedó mirando los pupilos y cachorros retozando juntos durante unos segundos antes de dirigirse hacia su túnel. Cuando se acercó, una gata marrón grisácea se puso de pie y se acercó a él.

“Narrarrocas, debo hablar contigo.” El viejo gato atigrado la miró. "He dicho todo lo que tengo que decir. Lo sabes, Ave" Ave no respondió, simplemente se quedó allí esperando, hasta que el viejo gato dejó escapar un largo suspiro. "Ven entonces. Pero no esperes respuestas diferentes". Narrarrocas abrió el paso hacia el segundo túnel, y Ave lo siguió. Los sonidos de los gatos jóvenes murieron detrás de ellos, reemplazados por el constante goteo de agua.

El túnel conducía a una cueva mucho más pequeña que la que habían dejado los gatos. Rocas puntiagudas se levantaban del suelo y colgaban del techo. Algunos de ellas se habían unido en el medio, como si los gatos se abrieran paso a través de un bosque de piedras. El agua se escurría por las piedras y las paredes de la cueva para formar charcos en el suelo; su superficie reflejaba una tenue luz gris de una grieta irregular en el techo. Todo estaba en silencio excepto por el goteo del agua y el lejano rugido de las cataratas, ahora hundidas en un susurro.

Narrarrocas se volvió hacia Ave. "¿Bien?"

“Hemos hablado de esto antes. Sabes que deberías haber elegido a tu sucesor hace mucho tiempo".

El viejo gato soltó un bufido de disgusto. "Aún hay tiempo".

"No digas eso", replicó Ave. “Mi madre era tu compañera de camada. Sé exactamente cuántos años tienes. Fuiste elegido de esa camada por el anterior sanador de la tribu, el último narrador de las rocas puntiagudas. Has servido bien a la Tribu, pero no puedes esperar quedarte aquí para siempre. Tarde o temprano serás convocado a la Tribu de la Caza Interminable. ¡Debes elegir al próximo Narrarrocas!"

"¿Por qué?" Ave se estremeció ante la dureza de la réplica del viejo gato, pero Narrarrocas continuó. "¿Para qué la Tribu pueda continuar, generación tras generación, escarbando sus vidas en estas rocas indiferentes?"

La voz de Ave tembló de sorpresa cuando respondió. "¡Este es nuestro hogar! ¡Nos hemos ganado el derecho a vivir aquí muchas veces! Luchamos contra los intrusos, ¿Recuerdas? Se

acercó más a Narrarrocas y extendió una pata de forma exigente. "¿Cómo puedes pensar en traicionar a nuestros antepasados sin preservar lo que comenzaron?"

Narrarrocas giró la cabeza; hubo un destello de algo en sus ojos que le advirtió a Ave que no le estaba contando todo. En ese momento, un fino arañazo de luna nueva apareció detrás de una nube; su luz atravesó el agujero en el techo de la cueva y aterrizó en uno de los charcos de agua, convirtiendo su superficie en plateada. Narrarrocas lo miró.

"Es la noche de la luna nueva", murmuró. “Es la noche en que la Tribu de la Caza Interminable me habla desde el cielo, a través de reflejos en el agua. Muy bien, Ave Que Cabalga El Viento. Te prometo que buscaré señales esta noche".

"Gracias", susurró Ave. Tocando afectuosamente a Narrarrocas en el hombro con la punta de la cola, salió silenciosamente de la cueva. "Buena suerte", maulló mientras desaparecía en el túnel.

Cuando se marchó, Narrarrocas se acercó al borde de la charca y miró hacia el agua. Luego levantó una pata y la bajó con fuerza sobre la superficie, rompiendo el reflejo en fragmentos de luz que parpadearon y murieron.

"¡Nunca te volveré a escuchar!" Cada palabra salió a la fuerza a través de sus dientes al descubierto. "Confiábamos en la Tribu de la Caza Interminable, pero nos abandonaron cuando más necesitábamos su ayuda".

Dando la espalda a la charca, caminó entre las piedras puntiagudas, con sus garras raspando el áspero suelo de la cueva.

"¡Odio en lo que se ha convertido la Tribu!" gruñó. “Odio cómo hemos adoptado las costumbres de un Clan. ¿Por qué no podríamos sobrevivir solos?" Deteniéndose bajo la grieta del techo, levantó la cabeza con una mirada ardiente que desafió a la luna. "¿Por qué nos trajiste aquí si estábamos condenados al fracaso?"

1

Zarpa de Tórtola se deslizó por el túnel de espinas y se quedó esperando en el bosque a que su hermana, Zarpa de Hiedra, y sus mentores se unieran a ella. Una fuerte helada había convertido cada brizna de hierba en una afilada espiga bajo sus patas, y desde las ramas desnudas de los árboles, los carámbanos brillaban a la luz gris del amanecer.

Zarpa de Tórtola se estremeció como si unas garras de frío se hundieron profundamente en su pelaje. La estación de hoja nueva estaba todavía muy lejos. El estómago de Zarpa de Tórtola se revolvía de ansiedad y su cola se inclinaba. *Serás valorada como guerrera*, se dijo a sí misma.

Es lo mejor que le puede pasar a un aprendiz. Entonces, ¿por qué no te sientes emocionada?

Sabía la respuesta a su pregunta. Habían sucedido demasiadas cosas durante las lunas de su aprendizaje: acontecimientos importantes junto a los cuales incluso la emoción de convertirse en guerrera palidecía hasta convertirse en insignificante. Tomando una respiración profunda, Zarpa de Tórtola levantó la cola al escuchar los pasos de los gatos que atravesaban el túnel.

No podía dejar que los gatos que la estaban evaluando vieran lo incómoda que estaba. Necesitaba hacer todo lo posible para mostrarles que estaba lista para ser una guerrera. El mentor de Zarpa de Tórtola, Leonado, fue el primer gato en emerger, esponjando su pelaje atigrado dorado contra el frío de la mañana. Zancudo lo siguió de cerca; Zarpa de Tórtola le dio al delgado guerrero negro una mirada dudosa, preguntándose cómo funcionaría que él la evaluara a ella y a Leonado. Zancudo parecía muy severo.

Desearía que fuera sólo Leonado, pensó Zarpa de Tórtola. *Lástima que Estrella de Fuego decidió que deberíamos tener dos jueces*. Carbonera apareció a continuación, seguida de cerca por su aprendiz, Zarpa de Hiedra, y por último Mili, quien iba a ser la segunda asesora de Zarpa de Hiedra. Los bigotes de Zarpa de Tórtola temblaron cuando miró a su hermana.

Zarpa de Hiedra parecía pequeña y asustada, y sus ojos azules oscuros estaban ensombrecidos por el cansancio. Acercándose más, Zarpa de Tórtola le dio a Zarpa de Hiedra una cariñosa lamida en la oreja. "Oye, lo harás bien", murmuró.

Zarpa de Hiedra giró la cabeza. *Ella ni siquiera me ha vuelto a hablar*, pensó Zarpa de Tórtola con tristeza.

Siempre está ocupada en otro lugar cuando trato de acercarme a ella y grita en sus sueños. Zarpa de Tórtola se imaginó cómo su hermana se movía y movía las patas cuando dormían una al lado de la otra en la guarida de los aprendices.

Sabía que Zarpa de Hiedra estaba visitando el Bosque Oscuro, espiando en nombre del Clan del Trueno porque Glayo y Leonado se lo habían pedido, pero cuando trató de preguntarle a su hermana qué sucedía allí, Zarpa de Hiedra sólo respondía que no había nada nuevo que informar.

"Sugiero que nos dirijamos al nido abandonado de Dos patas", anunció Zancudo. "Está protegido, por lo que hay una buena posibilidad de presas".

Leonado parpadeó como si estuviera sorprendido de que Zancudo estuviera tratando de hacerse cargo de la evaluación, pero luego asintió y abrió el paso a través de los árboles en dirección al antiguo sendero de Dos patas. Zarpa de Tórtola apresuró el paso para caminar junto a él, y los otros gatos lo siguieron.

"¿Estás lista?" Preguntó Leonado. Zarpa de Tórtola saltó sobresaltada por sus preocupaciones sobre su hermana. "Lo siento", maulló. “Estaba pensando en Zarpa de Hiedra. Se ve tan cansada".

Leonado miró hacia atrás a la gata plateada y blanca, luego a Zarpa de Tórtola, la conmoción y la ansiedad se mezclaron en sus ojos ambarinos. "Supongo que el entrenamiento del Bosque Oscuro está pasando factura", murmuró.

"¿Y de quién es la culpa?" Zarpa de Tórtola le devolvió la mirada. Por urgente que fuera averiguar qué estaban tramando los gatos del Bosque Oscuro, no era justo que Leonado y

Glayo pusieran toda la carga sobre los hombros de su hermana.

¡Zarpa de Hiedra ni siquiera es una guerrera todavía!

Leonado dejó escapar un suspiro que le dijo a Zarpa de Tórtola que estaba de acuerdo con ella en privado, pero no estaba preparado para decirlo.

"No voy a hablar de eso ahora", maulló. "Es hora de que te concentres en tu evaluación". Zarpa de Tórtola se encogió de hombros con irritación.

Leonado se detuvo cuando el viejo nido de Dos patas apareció a la vista. Zarpa de Tórtola olfateó los rastros de olor a hierbas del jardín de Glayo, aunque la mayoría de los tallos y hojas estaban ennegrecidos por la escarcha.

Podía escuchar los débiles pasos de presas en la hierba y en los escombros debajo de los árboles. Zancudo tenía razón: este sería un buen lugar para cazar.

"Está bien", comenzó Leonado. "Primero queremos evaluar sus habilidades de rastreo. Carbonera, ¿Qué quieres que atrape Zarpa de Hiedra?

"Vamos a buscar ratones. ¿Está bien, Zarpa de Hiedra?" La gata atigrada plateada asintió, tensa.

"Pero no dentro del viejo nido de Dos patas", agregó Mili.

"Eso sería demasiado fácil."

"Lo sé." Zarpa de Tórtola pensó que su hermana sonaba demasiado cansada para poner una pata delante de otra, y mucho menos atrapar ratones. Pero se dirigió hacia los árboles sin vacilar; Carbonera y Mili la siguieron a distancia.

Zarpa de Tórtola miró hasta que el helecho congelado ocultó a Zarpa de Hiedra de su vista, luego envió sus sentidos extendidos para rastrearla mientras caminaba detrás del nido abandonado hacía un grupo de pinos. Los ratones chillaban y forcejeaban entre las agujas caídas; Zarpa de Tórtola esperaba que su hermana los oliera e hiciera una buena captura.

Estaba tan concentrada en seguir a Zarpa de Hiedra que se olvidó de su propia evaluación hasta que Zancudo le pasó la punta de la cola por la oreja.

"¡Oye!" maulló, dándose la vuelta para enfrentarse al guerrero negro.

"Leonado dijo que le gustaría que probaras con una ardilla", maulló Zancudo. "Si estás segura de que quieres convertirte en guerrera, claro".

"Estoy segura", gruñó Zarpa de Tórtola. "Lo siento, Leonado".

Leonado estaba parado justo detrás de Zancudo, luciendo molesto. Zarpa de Tórtola estaba enojada consigo misma por no cumplir su orden, pero aún más con Zancudo por ser tan desagradable al respecto.

Es absurdo tener dos jueces, refunfuñó para sí misma. *¡Los mentores han estado evaluando a sus propios aprendices durante más temporadas que hojas en los árboles!* Levantando la cabeza, probó el aire y se iluminó cuando percibió un olor cercano a ardilla.

Venía del otro lado de un grupo de zarzas; Bajando sus patas suavemente, Zarpa de Tórtola bordeó las espinas hasta que salió a un pequeño claro y vio a la ardilla mordisqueando una nuez al pie de un roble cubierto de hiedra.

Se levantaba un viento que agitaba las ramas desnudas. Zarpa de Tórtola se deslizó alrededor del borde del claro, usando los helechos para cubrirse, hasta que estuvo a favor del viento de su presa. Su olor la inundó con fuerza, haciendo babear sus mandíbulas. Agachándose en su mejor posición de cazadora, Zarpa de Tórtola comenzó a acercarse sigilosamente a la ardilla.

Pero no pudo resistirse a enviar sus sentidos una vez más para comprobar cómo estaba Zarpa de Hiedra, y saltó al oír el pequeño chillido, rápidamente cortado, de un ratón bajo las garras de su hermana. Su movimiento incontrolado hizo crujir una hoja muerta, e instantáneamente la ardilla huyó por el árbol, con su cola tupida fluyendo detrás de ella.

Zarpa de Tórtola saltó sobre la hierba y se lanzó hacia el tronco, pero la ardilla había desaparecido entre las ramas. Se aferró a un tallo de hiedra, tratando de escuchar el movimiento más allá del viento y el crujido del árbol, pero fue inútil.

"¡Cagarrutas de ratón!" siseó, dejándose caer al suelo de nuevo. Zancudo se acercó a ella.

"Por el amor del Clan Estelar, ¿Qué crees que estás haciendo?" demandó él. “¡Un cachorro recién salido de la maternidad podría haber atrapado a esa ardilla! Es bueno que ninguno de los otros clanes te haya visto, o pensarían que el Clan del Trueno no sabe cómo entrenar a sus aprendices". El pelaje del cuello de Zarpa de Tórtola se erizó.

"¿Nunca te has perdido una presa?" murmuró en voz baja.

"¿Bien?" preguntó el guerrero negro. "Escuchemos lo que hiciste mal".

"No todo estuvo mal", dijo Leonado antes de que Zarpa de Tórtola pudiera responder. "Fue un buen trabajo de acecho, cuando te moviste a favor del viento de la ardilla". Zarpa de Tórtola le dirigió una mirada de agradecimiento.

"Supongo que me distraje por un segundo", admitió. "Moví una hoja y la ardilla me escuchó".

“Y podrías haberla perseguido más rápido”, le dijo Zancudo. "Es posible que la hubieras atrapado si hubieras aumentado un poco la velocidad".

Zarpa de Tórtola asintió con tristeza. *¡No todos tenemos patas tan largas como las tuyas!*

"¿Esto significa que no pasé mi evaluación?" Zancudo movió las orejas pero no respondió. "Voy a ver cómo le va a Mili con Zarpa de Hiedra", anunció, corrió hacia el nido abandonado. Zarpa de Tórtola miró a su mentor. "Lo siento", maulló.

"Supongo que debes estar nerviosa", respondió Leonado. "Eres mucho mejor que eso en una patrulla de caza ordinaria".

Ahora que se enfrentaba al fracaso, Zarpa de Tórtola se dio cuenta de cuánto deseaba aprobar su evaluación. *Ser una guerrera es mucho mejor que ser parte de la profecía con mis supuestos poderes especiales*.

Se tensó cuando otro pensamiento la golpeó. *¿Y si Zarpa de Hiedra se convierte en guerrera y yo no?* Su hermana se lo merecía, Zarpa de Tórtola lo sabía. No tenía poderes especiales propios, pero cada noche se ponía en peligro para espiar para Leonado y Glayo en el Bosque Oscuro.

Zarpa de Hiedra es mejor que yo. ¡Ni siquiera puedo atrapar una estúpida ardilla!

"Anímate", maulló Leonado. “Tu evaluación aún no ha terminado. ¡Pero por el amor del Clan Estelar, concéntrate!"

"Haré lo mejor que pueda", prometió Zarpa de Tórtola. "¿Qué sigue?"

En respuesta, Leonado inclinó sus oídos en la dirección de donde habían venido. Zarpa de Tórtola se volvió para ver a Nube Albina abriéndose camino a través de la hierba helada.

"Hola", maulló la gata blanca. "Zarzoso me envió para ayudarte".

"Llegas justo a tiempo". Leonado bajó la cabeza.

“La siguiente parte de la evaluación es cazar con un compañero”, le explicó a Zarpa de Tórtola.

Zarpa de Tórtola se animó; disfrutaba de la caza como parte de un equipo, y Nube Albina sería fácil de manejar. Pero estaba desconcertada cuando Nube Albina la miró con la cabeza ladeada y preguntó: "¿Qué quieres que haga?".

"Yo... eh..." Zarpa de Tórtola no estaba acostumbrado a dar órdenes a un guerrero. *¡Vamos, cerebro de ratón! ¡Trabaja!*

"Intentemos con un mirlo", sugirió. "Nube Albina, tu pelaje blanco va a ser un problema".

"Dímelo a mí", maulló la gata blanca con pesar.

"Así que tendremos que encontrar un lugar donde permanecer a cubierto hasta el último instante. Cuando encontremos un pájaro, lo acecharé y trataré de llevarlo hacia ti".

"Tendrás que asegurarte de que no vuele o..."

Leonado interrumpió la advertencia de Nube Albina con una tos no disimulada.

"Ups, lo siento", maulló Nube Albina. "Olvídalo. Continúa, Zarpa de Tórtola".

"Los mirlos a menudo anidan más allá de la vieja guarida de Dos patas", continuó Zarpa de Tórtola después de pensarlo un momento. "Sé que es demasiado pronto para que estén anidando, pero podría valer la pena explorar allí en busca de buenos lugares".

Leonado asintió de manera alentadora. "¿Y qué?"

“Bueno… el suelo se inclina hacia allí. Nube Albina podría cubrir la pendiente".

"Está bien, veamos cómo lo haces", maulló Leonado.

Zarpa de Tórtola había dado sólo unos pocos pasos cuando Zancudo reapareció, abriéndose paso a través de los helechos. Él no dijo nada; Las patas de Zarpa de Tórtola picaban de curiosidad por saber cómo le iba a su hermana, pero no había tiempo para preguntar.

Se sentía extraño estar caminando uno o dos pasos por delante de Nube Albina, como si estuviera liderando una patrulla, y más extraño aún ser quien tomaba las decisiones. El pánico se apoderó de Zarpa de Tórtola, como hormigas arrastrándose por su pelo. Sentía la cabeza tan vacía como el eco de una cueva, como si todo lo que había aprendido se hubiera ido volando como los pájaros de una rama.

¡He pasado más tiempo escuchando a escondidas a otros clanes que entrenando para ser una guerrera! Zarpa de Tórtola quería terminar su evaluación sin usar sus poderes especiales. Zarpa de Hiedra no los tenía, así que era justo. Pero era difícil desconectar sus sentidos cuando

constantemente se preguntaba qué estaba haciendo su hermana. Además, cuando trató de concentrarse en los sonidos más cercanos a ella, se sintió atrapada y asfixiada por los árboles.

¿Cómo se las arreglan los otros gatos? Se preguntó. *¡Apenas puedo recuperar el aliento!*

Zarpa de Tórtola los guio por el viejo sendero atronador, luego se internó en los árboles donde anidaban los mirlos. Nube Albina la siguió de cerca, mientras Leonado y Zancudo se quedaron atrás, observando. Deslizándose en un matorral de avellana, Zarpa de Tórtola levantó la cola para advertir a Nube Albina que se mantuviera atrás, donde su pelaje blanco no alertara a ninguna posible presa.

Sus patas cosquillearon de satisfacción cuando vio un mirlo, picoteando el suelo debajo de un avellano. Zarpa de Tórtola se echó hacia atrás. "Ve por ese camino, cuesta abajo", le susurró a Nube Albina, señalando con la cola. "Asustare al pájaro y lo enviaré en tu dirección". Nube Albina asintió y se alejó sigilosamente, silenciosa como una voluta de niebla blanca. Zarpa de Tórtola la observó hasta que se perdió de vista; sin querer, extendió sus sentidos para rastrear a la gata blanca incluso después de que desapareció. Desconcertada, se dio cuenta de que las patas de Nube Albina sonaban diferentes en el suelo.

Algo no va bien.

En lugar de acechar al mirlo, Zarpa de Tórtola se abrió paso a través de los gruesos tallos avellana, en busca de su compañera de clan. Zancudo dejó escapar un bufido de desaprobación. Zarpa de Tórtola apenas se dio cuenta; Las patas de Nube Albina estaban tronando dentro de su cabeza, borrando todo lo demás.

No debería poder oírlos así. Es como si estuvieran haciendo eco a un largo camino bajo tierra.

De repente, Zarpa de Tórtola lo entendió. *¡Oh no! ¡El suelo debe ser hueco!* Aceleró el paso, se abrió camino fuera de la espesura y corrió cuesta abajo. El mirlo revoloteó hacia las ramas.

"En el nombre del Clan Estelar, ¿Qué-?" Zancudo jadeó.

Zarpa de Tórtola escuchó un torpe murmullo de Leonado mientras se alejaba. Irrumpió a través de una maraña de zarzas y vio a Nube Albina más abajo en la pendiente. En ese momento, Nube Albina se tambaleó con un chillido de alarma, luego comenzó a desaparecer cuando el suelo se abrió debajo de sus patas.

"¡Nube Albina!" Zarpa de Tórtola maulló. "¡Ya voy!"

Dio un salto hacia adelante justo a tiempo para agarrar el pescuezo de Nube Albina con los dientes antes de que la gata blanca desapareciera en una lluvia de tierra suelta. Nube Albina escarbó frenéticamente con sus patas delanteras, tratando de salir. Pero parecía como si toda la pendiente estuviera cediendo y no hubiera nada sólido a lo que agarrarse.

Zarpa de Tórtola trató de sacar a su compañera de clan, pero el suelo también se deslizaba bajo sus patas, y el peso de Nube Albina colgando del agujero era demasiado para ella. La nuca de Nube Albina se deslizó entre sus dientes. Zarpa de Tórtola miró con horror mientras veía a la guerrera blanca caer y caer en la oscuridad. El aterrorizado gemido de Nube Albina se cortó cuando la tierra suelta se vertió para enterrarla.






2

Leonado corría alrededor del matorral de zarzas, deseando ser lo suficientemente pequeño como para atravesarlo como Zarpa de Tórtola. En el otro lado se detuvo, jadeando. Zarpa de Tórtola estaba a la mitad de la pendiente, agachada en el borde de un agujero. De repente, se tambaleó hacia atrás. Leonado escuchó un chillido y vislumbró una pata blanca agitada cuando Nube Albina se desvaneció en la tierra.

¡Es uno de los túneles! El pánico palpitaba a través de Leonado mientras recordó a su hermana, Carrasca. En su mente, la vio de nuevo, lanzándose de regreso a la boca del túnel, ignorando todo lo que Glayo y él dijeron para advertirle, y luego todo lo que pudo ver fue la interminable caída del suelo y rocas que la habían enterrado bajo tierra para siempre.

"¿Qué está pasando?" El maullido de Zancudo hizo que Leonado regresará al presente.

El guerrero negro pasó velozmente y se unió a Zarpa de Tórtola, que estaba mirando hacia abajo en el agujero. Mirando a su alrededor, Leonado vio una aulaga, arbusto y un lugar donde un pequeño manantial familiar que brotaba entre dos piedras planas. Se dio cuenta de que estaban un poco cuesta arriba desde el lugar exacto donde Carrasca había desaparecido. ¡Nube Albina había caído en el mismo túnel!

El vientre de Leonado se sacudió. *Gran Clan Estelar, ¿Qué podrían encontrar allí abajo?* Corrió por la pendiente hasta el borde del agujero, llevando a Zancudo por el hombro fuera del camino. Zarpa de Tórtola saltó hacia atrás, claramente sorprendida por la mirada de horror en su cara. Había suficiente luz en el túnel para mostrarle a Leonado las paredes y el suelo mientras miraba hacia abajo. Varios largos de cola por debajo, Nube Albina estaba saliendo de un montón de tierra y piedras, sacudiendo el suelo de su pelaje.

"¡Sáquenme de aquí!" Gritó ella cuando miró hacia arriba y vio a Leonado.

"¿Estás herida?" preguntó.

"No mucho. Sólo mi hombro ". Nube Albina escupió tierra. "Por favor, sáquenme de aquí." Leonado se inclinó sobre el borde del agujero tanto como se atrevió, y miró arriba y abajo del túnel. Más adentro de la colina, desapareció en la oscuridad.

Más abajo, una caída de tierra y piedras bloquearon la primera entrada. *¿Carrasca está debajo de eso?* Leonado se preguntó, reprimiendo un estremecimiento.

"Zancudo, ve a buscar ayuda", le indicó.

Mientras el guerrero negro se alejaba, Leonado miró de nuevo hacia Nube Albina, que estaba en cuclillas entre el suelo, su pelaje se erizó y sus pupilas eran grandes, estaba asustada. "No pasará mucho tiempo", prometió.

"Gracias, Leonado." La voz de la joven gata tembló. "Es realmente oscuro aquí ".

"Voy a tratar de hacer el agujero más grande", maulló Zarpa de Tórtola. "Eso dejará entrar más luz."

Pero cuando empezó a raspar el borde del agujero, empezó a salir más tierra, la cual llovió sobre Nube Albina.

"¡No! ¡Detente!" gritó ella.

"Lo siento." Zarpa de Tórtola dejó de raspar y se sentó al borde del agujero.

Leonado se inclinó para sisear cerca de su oído.
"Ningún otro gato debe entrar el agujero excepto yo. ¿Entendido?"

Los ojos de la aprendiza gris se abrieron con sorpresa, pero asintió. Leonado dejó escapar un pequeño suspiro de alivio. Sabía que si había algún secreto oscuro por descubrir en el agujero, necesitaba ser el primer gato en encontrarlo. Su estómago se revolvió mientras esperaba. Por primera vez en muchas lunas, se preguntó si sus compañeros de clan realmente creían que un solitario que iba de paso había matado a Cenizo, y que la desaparición de Carrasca no tuvo nada que ver con eso.

No quiero que el Clan vuelva a pensar en esos tiempos. ¡*Tengo que proteger el recuerdo de Carrasca!*

Por fin oyó el sonido de pasos de garras precipitándose a través de la maleza. Zancudo reapareció corriendo, con Nimbo Blanco, Betulón y Salto de Raposo justo detrás. Salto de Raposo corrió hasta el borde del agujero, inclinándose para ver a su compañera de camada.

"¡Estamos aquí! Te sacaremos pronto ", la animó.

Nube Albina parpadeó hacia él. "¡Dense prisa!"

"Necesitamos algo con lo que sacarla", pensó Betulón en voz alta.

“Quizás un zarcillo largo y grueso. No una zarza, sino algo como hiedra o enredadera."

"Hay hiedra en ese árbol". Nimbo Blanco movió su cola para apuntar a un viejo roble cuyo tronco estaba cubierto de brillantes hojas de color verde oscuro.

Salto de Raposo trepó por el árbol y mordió un largo zarcillo; tan pronto como lo soltó, Nimbo Blanco saltó hacia atrás con la planta arrastrándose detrás de él.

"Envuelve un extremo alrededor de ese árbol joven", dijo Betulón, inclinando las orejas hacia un fresno joven que crecía cerca del agujero.

"Entonces podemos soltar el otro extremo hasta Nube Albina".

Cuando el zarcillo de hiedra estuvo seguro, Salto de Raposo balanceó el extremo libre hasta su hermana. Nube Albina lo apretó con los dientes, pero tan pronto como los otros gatos comenzaron a levantarlo, lo soltó y volvió a caer sobre el montículo de tierra.

"¡Soy demasiado pesada!" ella jadeó. "No puedo aguantar".

''Entonces, envuélvete en ti misma''sugirió Leonado. Nube Albina lo intentó, pero era obvio que su hombro lesionado estaba obstaculizando.

"¡No sirve de nada!" Su voz se convirtió en un gemido.

"Estaré atrapada aquí por siempre!"

"Tonterías", maulló Leonado. "Pensaremos en algo".

"¿Y si dejamos caer más tierra y piedras por el agujero?" Zancudo sugirió, mirando hacia abajo. "Podríamos hacer ese montón lo suficientemente grande para que ella pueda salir".

"Podría funcionar", murmuró Betulón. "Pero nos arriesgamos a enterrarla..."

"¡No, por favor no lo hagan!" El maullido de pánico de Nube Albina llegó desde el fondo del agujero.

El sonido de más pasos de garras acercándose distrajo a Leonado. Se volvió para ver a Glayo y Flores Caídas bordeando la maleza de zarzas, y de regreso cuesta arriba para encontrarlos.

"Escuché a Zancudo contarle al Clan lo que sucedió", maulló Glayo cuando Leonado saltó. Pausó; Leonado podía decir que él sabía que esto era parte del mismo túnel donde Carrasca había desaparecido.

Leonado esperó hasta que Flores Caídas se uniera a los otros gatos alrededor del agujero. "No hay nada más aparte de Nube Albina que pueda ver", dijo susurrando. “La caída de lodo está más abajo en la pendiente”.

"¡No puedes dejar que otros gatos caigan!" Glayo siseó.

"¡Ya lo sé!" Leonado replicó. Con el vientre revuelto de nuevo, dirigió a Glayo a pocos pasos para unirse a los otros gatos.

"Voy a entrar", anunció Salto de Raposo. "Puedes bajarme al hoyo, ataré el zarcillo alrededor de Nube Albina y luego podrás tirar de ella".

"No", dijo Leonado mientras daba un paso adelante. "Es muy peligroso. Yo iré."

"¿Qué?" Betulón azotó su cola. "¡No seas cerebro de ratón! Tú también eres pesado."

"¿Y por qué sería peligroso?" Salto de Raposo argumentó, dando un paso adelante para confrontar a Leonado. "No hay nada ahí abajo excepto por Nube Albina".

"¡No lo sabes!" Leonado espetó. Nimbo Blanco se había inclinado sobre el agujero, mirando con curiosidad hacia arriba y por el túnel. Finalmente se echó hacia atrás. "¿Son estos los túneles por los que el Clan del Viento solía invadirnos?

Leonado asintió; una punzada familiar de culpa le arañó el vientre mientras recordó cómo él y Cola Brecina habían sido los primeros en descubrir la red de túneles.

Salto de Raposo respiró con sorpresa. “¡Gran Clan Estelar! ¡Podría haber Guerreros del Clan del Viento allí abajo ahora, esperando para atacar a Nube Albina!" Nimbo Blanco puso los ojos en blanco. "¡Oh, por supuesto! El Clan del Viento debe pasar todo su tiempo allí abajo, esperando a que un guerrero del Clan del Trueno caiga".

A pesar de las mordaces palabras del guerrero blanco, Leonado sintió una urgencia entre los gatos alrededor del agujero. Un maullido quejumbroso vino de Nube Albina en las profundidades. "¡Sáquenme, por favor!"

"Iré", se ofreció Zarpa de Tórtola, dándole a Leonado una mirada dura, como si recordara cómo le había dicho que no dejará caer a otro gato. *¿Eso me incluye?* Parecía estar preguntando.

Glayo asintió. "Mejor ella que otro gato", le susurró. Leonado.

"¡Pero ella es sólo una aprendiz!" Protestó Salto de Raposo. Leonado podría sentir que en un par de segundos él mismo saltaría al agujero, sin importar si tenía permiso de los guerreros mayores o no.

"Soy la más ligera de todos ustedes", señaló Zarpa de Tórtola. "Y todo lo que tengo que hacer es saltar y envolver el zarcillo alrededor de Nube Albina".

Como si la decisión ya se hubiera tomado, se volvió hacia Leonado y preguntó en voz baja:

"¿Hay algo que deba buscar?"

Sí, a mi hermana muerta. Leonado tragó saliva; en cambio, respondió, "Solo mantén los ojos abiertos. Los gatos no pertenecen a estos túneles, así que debemos tratarlos como territorio hostil".

Betulón enrolló el zarcillo alrededor del cuerpo de Zarpa de Tórtola; entonces él y Nimbo Blanco la bajaron al agujero. Sus ojos se agrandaron cuando desapareció del borde. Leonado miró hacia abajo para verla desenrollar el zarcillo de ella misma, y envolviéndolo de forma segura alrededor de Nube Albina.

"¡Listo!" llamó ella.

Betulón y Nube Albina comenzaron a tirar del zarcillo. Vino un aullido de dolor de Nube Albina, rápidamente suprimido. "Lo siento", maulló apretando los dientes. "Me duele mucho el hombro".

Lentamente, la gata blanca fue sacada del agujero. Tan pronto como ella apareció por el borde, Salto de Raposo se apresuró y la apoyó contra su hombro. "Vamos", maulló. "Te llevaremos de regreso al campamento y Glayo te echará un vistazo".

"Estaré bien", murmuró Nube Albina, aunque no pudo poner una pata delantera en el suelo, y su respiración se convirtió en rápidos jadeos de dolor. Se inclinó fuertemente en Salto de Raposo mientras se dirigían hacia el campamento. Nimbo Blanco flanqueaba a Nube Albina en el otro lado, mirando hacia atrás con sorpresa en sus ojos azules cuando Glayo no se movió. El curandero del Clan del Trueno todavía estaba inclinado sobre el agujero, con la cabeza ladeada como si estuviera escuchando algo.

"Vamos", instó Nimbo Blanco. "Los demás pueden traer a Zarpa de Tórtola".

Glayo vaciló y luego lo siguió. Mientras tanto, Betulón y Zancudo habían pasado el zarcillo de regreso a Zarpa de Tórtola, y se estaban preparando para levantarla. Un momento después ella escarbó su camino sobre el borde del agujero; Leonado se inclinó y tiró de ella un último largo de la cola por el agujero.

"¡Gracias!" Zarpa de Tórtola jadeó, sacudiendo la tierra de su piel. "Era horrible ahí abajo".

Leonado se moría por preguntarle qué había visto en el túnel, pero él sabía que no podía decir nada, no delante de los otros gatos. *Además, si Zarpa de Tórtola hubiera visto un gato muerto allí abajo, la habrían escuchado chillando hasta en la hondonada de piedra.*

"¿Qué vamos a hacer con este agujero?" Betulón maulló. "Nosotros no queremos que ningún otro gato se caiga".

"Es demasiado grande para llenarlo", comentó Zancudo. "Y si lo encubrimos, la cubierta podría ceder si los gatos caminaran sobre ella".

"¿Quizás podamos poner algo a su alrededor?" Sugirió Hojas Caídas.

"¡Buena idea!" Leonado le dio a la joven guerrera un asentimiento de aprobación.

"Apilemos palos para rodearlo por ahora. Más tarde podemos averiguar cómo construir algo más permanente".

Mientras recolectaban palos y construían la barrera, las patas de Leonado picaban de anhelo por bajar al agujero y echar un vistazo a su alrededor.

Pero los otros gatos habrían hecho demasiadas preguntas. Tuvo que irse con los otros cuando la barrera estuvo terminada, aunque lanzó una mirada por encima del hombro mientras los seguía cuesta arriba. Zarpa de Tórtola se acercó a él. Leonado podía sentir su curiosidad sobre el túnel, pero aún no había decidido cuánto quería contarle.

Para su alivio, mientras se dirigían al viejo Sendero Atronador, su mirada se posó en Zancudo y ella se distrajo instantáneamente.

"¡Oh, no!" Ella gimió. "Me olvidé de mi evaluación. La arruine, ¿No es así?"

"No estoy seguro", admitió Leonado. "No estabas en tu mejor momento cuando estaban cazando, pero ayudaste a salvar a Nube Albina. Fuiste muy valiente bajando al hoyo así".

Con aspecto abatido, Zarpa de Tórtola miró de nuevo a Zancudo, pero el guerrero negro estaba demasiado adelantado para escuchar. Leonado quería tranquilizarla, pero no había nada que pudiera decirle hasta que lo hubiera consultado con Zancudo.

Cuando entraron en la hondonada de piedra, Zarpa de Hiedra cruzó corriendo el campamento y patinó hasta detenerse frente a Zarpa de Hiedra.

"¿Qué pasó?" exigió. "¿Dónde has estado? ¿Qué le pasó a Nube Albina?" ella añadió. "La vi cojeando hacia la guarida de Glayo."

"Se cayó por un agujero", respondió Zarpa de Tórtola, lanzándose a la historia de lo que tuvieron que hacer para sacar a Nube Albina de nuevo. Pinta se acercó saltando para escuchar, seguida por Carbonera y Mili. Centella y Látigo Abejorro se abrieron paso fuera de las guaridas y Topín y Cerecita rebotaron fuera de la maternidad con Rosella persiguiéndolos. Ratonero, Bayo y Candeal se amontonaban en la parte de atrás.

"¡Escuché que Nube Albina cayó en un río subterráneo!" Látigo Abejorro maulló, interrumpiendo la historia de Zarpa de Tórtola. "Y tú te caíste en el".

"No", argumentó Candeal. "Betulón me dijo que era solo un agujero".

"Zarpa de Tórtola no se cayó". Leonado estaba decidido a defender a su aprendiz. "Ella bajó para ayudar a Nube Albina".

"¡Vaya, eso fue valiente!" Látigo Abejorro le dio a Zarpa de Tórtola una mirada de admiración. "¡Quizás la espalda de Nube Albina esté rota, como la de Luz de Garbeña!" Bayo jadeó, sus ojos se ensancharon de horror.

Centella movió su oreja con su cola. “¡Cerebro de ratón! Ella estaba caminando en la guarida de Glayo". Zarpa de Tórtola movió sus bigotes. "¿Quieres saber lo que realmente sucedió, o no?"

"Es difícil que no hayas podido terminar tu evaluación", Látigo Abejorro maulló cuando Zarpa de Tórtola había terminado.

La cola de Zarpa de Tórtola cayó y sus ojos se pusieron ansiosos. "Lo sé. Tal vez Estrella de Fuego no me dará mi nombre de guerrero". Dándose una sacudida, ella se volvió hacia Zarpa de Hiedra. "¿Cómo lo hiciste?" preguntó ella. "¿Quién hizo el equipo cazando contigo?”

"Pinta", respondió Zarpa de Hiedra. Sus ojos brillaron. "¡Fue realmente bien! Atrapamos dos ratones".

"¡Fantástico!"

Leonado podía decir que Zarpa de Tórtola estaba haciendo un esfuerzo para alegrarse por su hermana, pero la decepción todavía pesaba sobre ella como nieve en una rama.

Estaba a punto de intervenir con una palabra de aliento cuando Zarpa de Hiedra se inclinó cerca de su hermana y presionó su hocico contra el hombro de Zarpa de Tórtola.

"No te preocupes", murmuró, tan suavemente que solo Zarpa de Tórtola y Leonado podían oír. “Estrella de Fuego sabe lo importante que eres para el Clan. No tienes que demostrar tu valía atrapando ardillas".

Zarpa de Tórtola se encogió de hombros. “¡Quiero que me juzguen como una gata normal por una vez!" replicó ella.

Zarpa de Hiedra la miró perpleja. "Pero no eres como el resto de nosotros", señaló.

"¡Tranquilas!" Leonado les advirtió. Él acababa de notar que Estrella de Fuego emergía de la guarida de Glayo, donde debe haber estado visitando a Nube Albina.

El líder del Clan del Trueno se trotó a través del claro, saltando a través de las ramas de haya en su camino, y corrió por las rocas caídas para pararse en la Cornisa Alta. Su pelaje del color de las llamas brillaba como una mancha de calidez en la luz fría de la Estación sin Hojas.

"Que todos los gatos lo suficientemente mayores como para atrapar sus propias presas se reúnan aquí, bajo la Cornisa Alta, para una reunión del Clan” anunció.

Los gatos que ya estaban en el claro se sentaron frente a la Cornisa Alta. Topín y Cerecita retozaban al frente del grupo hasta que Rosella los reunió con un movimiento de su cola y los hizo sentarse en silencio. Dalia y Fronda aparecieron en la entrada de la maternidad y se sentaron con sus pelajes lustrosos. Musaraña asomó la cabeza por las ramas de haya que atrapó la guarida de los veteranos, luego salió al aire libre con Puma detrás.

Salto de Raposo salió de la guarida del curandero, mientras Glayo empujó hacia atrás la cortina de zarzas para que Luz de Garbeña pudiera mirar desde la entrada. Tormenta de Arena, Manto Polvoroso, Nimbo Blanco y Acedera todos se deslizaron fuera de la guarida de los guerreros y se encontraron al pie del acantilado; Acedera levantó una pata trasera y se rascó la oreja, como si estuviera persiguiéndose una pulga.

Estrella de Fuego levantó la cola pidiendo silencio. "Gatos del Clan del Trueno", comenzó, "Creo que todos han oído hablar del accidente de Nube Albina. Ella cayó en un agujero y se dislocó el hombro, pero Glayo volvió a colocarlo en su lugar". El tono de Estrella de Fuego fue firme y tranquilizador; Leonado vio que Estrella de Fuego entendía los temores de los gatos después de lo que le pasó a Luz de Garbeña.

"Glayo dice que sólo necesita descansar", continuó Estrella de Fuego, "pero sólo debería estar acostada por un cuarto de Luna."

Murmullos de alivio surgieron de los gatos reunidos; un par de ellos clamaron, “¡Glayo! ¡Glayo!"

"Revisaré el agujero yo mismo más tarde", continuó el líder del Clan. Dio una mirada cálida a Leonado desde sus brillantes ojos verdes, claramente pidiéndole a Leonado que lo guiará allí; Leonado respondió asintiendo. "Mientras tanto, Manto Polvoroso y Fronde Dorado, son los mejores construyendo. Quiero una barrera sólida alrededor de ese agujero hoy al atardecer. No podemos ignorarlo y no queremos ningún otro gato cayendo allí".

“Claro, Estrella de Fuego,” gritó Manto Polvoroso. "Lo haremos tan pronto como Fronde Dorado regrese de la patrulla".

"Y ninguno de los dos se atreva a acercarse al agujero". Rosella advirtió a sus cachorros, reforzando sus palabras con un movimiento de su cola alrededor de sus oídos. "¡Cómo podríamos!" Topín se quejó. "Ni siquiera se nos permite salir de la hondonada." "Y eso es totalmente injusto", asintió su hermana.

"Hay otra razón por la que convoqué al Clan", dijo Estrella de Fuego. "Dos aprendices completaron sus evaluaciones de guerreros hoy".

Una oleada de emoción recorrió a los gatos; Los ojos de Zarpa de Hiedra estaban brillando, pero Zarpa de Tórtola sólo miró sus patas. Una punzada de preocupación atravesó a Leonado y miró a Zancudo, pero el rostro del guerrero negro estaba inexpresivo, sin revelar nada.

Espero que Zancudo no sea demasiado duro con ella, pensó, deseando haber logrado consultar al guerrero negro antes de la reunión.

"¿Carbonera?" Estrella de Fuego agitó su cola, invitando a la mentora de Zarpa de Hiedra a hablar.

La guerrera gris se puso de pie. "Zarpa de Hiedra trabajó duro", comenzó. “Su entrenamiento de batalla en particular es excepcional. Su caza todavía podría mejorar un poco. Cuando estaba cazando sola hoy, atrapó un campañol, pero fue una captura desordenada: dejó que el campañol se dirigiera a lejos de ella y casi escapó." La guerrera gris se volvió e inclinó cortésmente la cabeza hacia Mili.

"¿Qué piensas?" ella preguntó.

Mili se levantó a su vez y dio un paso hacia adelante para pararse al lado de Carbonera. "Sí, estoy de acuerdo", maulló. "Y cuando Zarpa de Hiedra estaba cazando con Pinta, parecía avergonzada de decirle qué hacer. Tendrá que ponerse en forma si alguna vez la ponen a cargo de una patrulla". Lanzó una especie de mirada a Zarpa de Hiedra, que estaba escuchando con ojos muy abiertos y preocupados. "Pero Pinta y Zarpa de Hiedra trabajaron bien juntas.

Atraparon dos ratones y fueron capturas realmente buenas. ¡Los ratones nunca tuvieron la oportunidad!" Su voz se calentó. "En mi opinión, Zarpa de Hiedra merece convertirse en una guerrera del Clan del Trueno. ¡Tenemos suerte de tenerla!"

Estalló un coro de aullidos de aprobación, mientras Zarpa de Tórtola tocó la oreja de su hermana con una lamida. "Felicitaciones", ronroneó. ''Mili tiene razón. Tú lo mereces."

Los ojos de Zarpa de Hiedra brillaron de alivio. "Estaba tan asustada cuando Carbonera dijo eso sobre el campañol", confesó. "Fue una captura realmente terrible".

"¿Leonado?" El Clan se quedó en silencio de nuevo mientras Estrella de Fuego hablaba. "¿Qué hay de Zarpa de Tórtola? Leonado sintió una punzada de aprensión cuando se puso de pie.

Quería hacer lo mejor que podía por su aprendiza, pero no podía ocultar el hecho de que no había atrapado nada. "Zarpa de Tórtola es la mejor aprendiza que un gato podría esperar", comenzó. "Trabaja duro y aprende rápido. Hoy, empezó a buscar una ardilla. Encontró una rápidamente, e hizo un excelente trabajo de acecho, colocándose en posición. La ardilla no tenía idea de que ella estaba allí". Lanzó una mirada a Zarpa de Tórtola, que todavía no miraba él. "Pero entonces", continuó, "mientras ella se acercaba, accidentalmente movió una hoja. La ardilla la escuchó y se subió a un árbol".

"Podría haberla atrapado si hubiera sido más rápida". Zancudo se levantó para hablar. "Pero una vez que llegó a las ramas, no hubo posibilidad de encontrarla de nuevo.

Leonado miró al guerrero negro. ¡*No es necesario que eso suene tan mal!*

"¿Qué hay de la caza de su equipo?" Preguntó Estrella de Fuego.

"Se organizó bien a sí misma y a Nube Albina", maulló Leonado. "Colocó a Nube Albina en la maleza para ocultar su pelaje blanco, y comenzó conduciendo un mirlo hacia ella. Pero entonces…" Leonado vaciló. Él era consciente de que la siguiente parte no sonaría nada bien. No podía mencionar los poderes adicionales de Zarpa de Tórtola, para explicar por qué de repente había ido corriendo hacia Nube Albina. "Entonces ella debió haber escuchado algo", continuó. "Dejó el mirlo y corrió a través de un arbusto de zarzas para ayudar a Nube Albina, que había caído en el agujero. El mirlo se escapó".

"¿Entonces Zarpa de Tórtola no atrapó nada hoy?" Preguntó Estrella de Fuego.

Leonado negó con la cabeza, sintiendo calor bajo su piel. "No." *Olvida que Zarpa de Tórtola es una de las mejores cazadoras del Clan,* pensó con tristeza.

Que se convierta en guerrera o no depende de lo que hizo hoy.

"Ni una pluma, ni un bigote", confirmó Zancudo. "Si me preguntas, se distrae con demasiada facilidad. Si hubiera mantenido su mente en lo que estaba haciendo, habría atrapado a la ardilla y al mirlo".

Leonado pudo ver su propia decepción reflejada en los ojos del líder del clan. “En ese caso…” comenzó Estrella de Fuego.

"Espera, Estrella de Fuego, no he terminado", interrumpió Zancudo.

“Zarpa de Tórtola hizo un desastre con la caza, es cierto. Pero ella corrió para ayudar a un compañero de clan en problemas cuando no tenía idea del peligro que tendría que afrontar en el otro lado de ese arbusto de zarzas. Y cuando no pudimos sacar a Nube Albina del agujero, se apresuró a ofrecerse como voluntaria para ser bajada para ayudarla, incluso aunque ningún gato sabía realmente lo que podría haber estado allí". Él dio a Zarpa de Tórtola una mirada de aprobación. “Estas son las cualidades que la mayoría del Clan del Trueno necesita”, continuó. "El valor, la lealtad y la voluntad de enfrentar el peligro por el bien de un compañero de clan. En mi opinión, seríamos tontos si no la hiciéramos guerrera".

Zarpa de Tórtola lo miraba con incredulidad, mientras sus compañeros de clan gritaban con aprobación. Sus ojos brillaron mientras notaba en que se convertiría en guerrera ese día. Zarpa de Hiedra saltó a su alrededor, tan emocionada como una cachorra.

Estrella de Fuego agitó su cola pidiendo silencio. "Gracias, Zancudo", maulló cuando pudo hacerse oír. "El Clan del Trueno será más fuerte por las dos nuevas guerreras que haré hoy".

Saltó de la Cornisa Alta y se paró frente a su Clan, haciendo señas a Zarpa de Hiedra para que se acercara con un movimiento de su cola. El Clan se calló para permitir que su líder comenzara la ceremonia.

Estrella de Fuego levantó la cabeza y miró a sus compañeros de clan. Su voz sonó claramente mientras decía las antiguas palabras. “Yo, Estrella de Fuego, líder del Clan del Trueno, solicito a mis antepasados guerreros que observen a esta aprendiza. Ha entrenado duro para comprender el sistema de vuestro noble código, y os la encomiendo a su vez como guerrera". Mirando a Zarpa de Hiedra, continuó, "Zarpa de Hiedra, ¿Prometes respetar el código guerrero y proteger y defender a este clan, incluso a costa de tu vida?"

"Lo prometo." La voz de Zarpa de Hiedra tembló.

Garras heladas rastrillaron la piel de Leonado cuando se dio cuenta de que Zarpa de Hiedra ya estaba cumpliendo el juramento que acababa de prestar. Pocos gatos habían tomado el tipo de riesgo que ella tomaba todas las noches cuando caminaba en sus sueños con los gatos del Bosque Oscuro.

"Entonces, por los poderes del Clan Estelar", continuó Estrella de Fuego, "Te doy tu nombre guerrero: Zarpa de Hiedra, a partir de este momento serás conocida como Charca de Hiedra. El Clan Estelar honra tu valor y lealtad, y te damos la bienvenida como guerrera de pleno derecho del Clan del Trueno". Avanzando un paso, Estrella de Fuego posó su hocico en la parte superior de la cabeza de Charca de Hiedra. Ella le dio un lametón a su omóplato en respuesta.

“¡Charca de Hiedra! ¡Charca de Hiedra!" El Clan saludó a la nueva guerrera llamándola por su nuevo nombre. Cuando los maullidos se apagaron, Charca de Hiedra retrocedió entre Manto Polvoroso y Carbonera. La guerrera gris puso su cola brevemente sobre su anterior aprendiza en sus hombros, y Manto Polvoroso le dio un asentimiento de aprobación.

Estrella de Fuego levantó su cola para llamar a Zarpa de Tórtola, y Leonado miró como su aprendiza avanzó y se detuvo frente al macho color de fuego.

Sostuvo la mirada en Estrella de Fuego sin parpadear cuando su líder llamó al Clan Estelar para mirarla desde arriba. "Zarpa de Tórtola", le preguntó, "¿Prometes respetar el código guerrero y proteger y defender a este clan, incluso a costa de tu vida?"

"Sí", respondió Zarpa de Tórtola.

Leonado se dio cuenta del peso que tenía el juramento para su aprendiz. Zarpa de Tórtola tenía mucho que ofrecer a su Clan, pero convertirse en guerrera significaba que se impondrían aún más exigencias sobre los hombros de la joven gata. Leonado se preguntó cuál de las cualidades de Zarpa de Tórtola elegiría Estrella de Fuego para representarla. *No puede mencionar sus poderes especiales. No frente a todo el clan.*

"Entonces, por los poderes del Clan Estelar," continuó Estrella de Fuego, "Te doy tu nombre guerrero: Zarpa de Tórtola, a partir de este momento serás conocida como Ala de Tórtola. El Clan Estelar honra tu inteligencia y esfuerzo, y te damos la bienvenida como guerrera de pleno derecho del Clan del Trueno".

Una vez más, el líder del Clan se inclinó para apoyar el hocico en la parte superior de la nueva guerrera, y Ala de Tórtola lamió su omóplato.

"¡Ala de Tórtola! ¡Ala de Tórtola!" el Clan coreó su bienvenida con entusiasmo.

Ala de Tórtola retrocedió un paso, luego se dio la vuelta y saltó para pararse junto a Leonado.

"¡Bien hecho!" murmuró. "Si una gata merece su nombre guerrero, esa eres tú."

Ala de Tórtola ronroneaba demasiado fuerte para responder, pero sus ojos brillaban. Cuando el ruido se apagó, Estrella de Fuego levantó la cola. "Quiero recordarle al Clan que ahora no tenemos aprendices", maulló. "Los guerreros más jóvenes tendrán que compartir las tareas de aprendiz por el momento".

"¡Lo sabía!" Látigo Abejorro suspiró. "¡Volveremos a quitarles las garrapatas a los veteranos!"

"¡Seremos aprendices!" Topín gritó. "Trabajaremos más duro que nadie."

"Estoy seguro de que lo harás", ronroneó Rosella. "Pero tienes que esperar hasta tener seis lunas".

"¿Por qué?" Cerecita demandó.

"Porque ese es el código del guerrero", respondió Estrella de Fuego, divertido en su maullar. ''Y serán buenos aprendices cuando llegue el momento. Por ahora, todo gato debe tener paciencia si las tareas se llevan a cabo un poco más tarde de lo habitual. Las patrullas aún deben salir a tiempo".

"Por si acaso, podemos quitar nuestras propias garrapatas", ofreció Puma, dando a su atigrada y arrugada piel una sacudida. "Podemos ser veteranos, pero no estamos indefensos".

"Gracias." Estrella de Fuego inclinó la cabeza hacia el Clan. "La reunión ha terminado."

Cuando los gatos comenzaron a alejarse, Leonado se acercó a Carbonera.

"Felicitaciones", maulló. "¿No es genial que nuestros dos aprendices sean guerreros ahora?''

Carbonera bajó la cabeza. "Felicitaciones a ti también, Leonado. Yo sabía que Ala de Tórtola lo lograría".

Su tono era amistoso, pero tan distante como si fuera un gato de otro Clan. El corazón de Leonado dolió cuando su dulce aroma lo inundó.

Sabes lo que quiero, Carbonera. ¿Por qué no lo quieres tú también?

Pero sabía muy bien por qué Carbonera se había apartado de él. Le había hablado de la profecía. Y ahora pensaba que no era lo suficientemente especial para ser su pareja. *Para mí, eres la gata más especial del Clan.* Leonado odiaba saber que nunca podría decirle eso en voz alta a la gata que amaba.

Carbonera estaría horrorizada al pensar que ella lo había distraído de ser uno de los Tres. *Desearía poder ser un gato ordinario del Clan, entonces podría estar contigo.*



3



"¿Puedes sentir esto?" Glayo pinchó los cuartos traseros de Luz de Garbeña con una garra.

"No", respondió Luz de Garbeña, con un movimiento impaciente de sus hombros y patas delanteras. "No estoy mejorando, ¿Verdad?"

"Por supuesto que lo estás." Centella, que estaba ayudando a Glayo en la guarida del curandero, habló cálidamente mientras lamía enérgicamente las orejas de la gata herida. "Te estás volviendo más fuerte cada día".

"Lo estoy, ¿No?" La voz de Luz de Garbeña se iluminó. "Nube Albina, te enseñaré algunos de mis ejercicios, si quieres".

"Todavía no", le dijo Glayo. Sintiendo la decepción de la joven gata, añadió, “Quizás más tarde, si su pata y hombro se ponen rígidos. Pero por ahora necesita descansar".

Agachada junto a Nube Albina, quien estaba acurrucada en un lecho en el lado opuesto de la guarida, pasó una pata sobre su hombro herido. “Siente esto, Centella. No hay signos de hinchazón o calor debido a la fiebre. Va bien", dijo con un gesto de satisfacción. "Puedes tener una semilla de amapola para el dolor si quieres".

"No, estoy bien", insistió Nube Albina. “Sólo quiero volver a mis deberes. Debería estar cazando y, en cambio, sólo soy una boca extra que alimentar".

"Con eso basta", la regañó Centella afectuosamente. "¿Te molestaba cazar para Luz de Garbeña o alguno de los gatos que estaban enfermos de tos blanca?"

"No, pero-"

"Centella tiene razón", interrumpió Glayo con un movimiento de su cola. "Si no ayudamos a los gatos que están enfermos o heridos, seríamos tan buenos como los solitarios y proscritos".

Nube Albina dejó escapar un suspiro. "Lo sé. Pero quiero hacer lo que pueda, incluso aquí. Lanzaré algunas bolas de musgo a Luz de Garbeña".

"¡Sí!" Luz de Garbeña dio una sacudida de emoción. "Apuesto a que puedo atrapar cualquier cosa que lances".

"Está bien, pero no te excedas", advirtió Centella a la guerrera blanca. "Cuanto más descanses, antes estarás de vuelta en tus deberes completos de guerrera".

Cuando Nube Albina comenzó a juntar musgo, Glayo se retiró un par de pasos para darles espacio a las gatas jóvenes, y se sentó junto al charco de agua que goteaba desde la pared de roca, estirando el cuello para beber unas gotas frescas.

"Me alegro de que Tormenta de Arena esté mejorando", le comentó a Centella mientras ella se sentaba a su lado. "Pero todavía no puede deshacerse de esa tos. Espero que se aclare cuando llegue la estación de la hoja nueva".

Centella asintió. "Cerecita ha vuelto a su estado energético habitual", maulló. "Y los otros gatos han superado lo peor de la tos blanca".

"En efecto." Glayo se puso de pie y arqueó la espalda para estirarse bien, luego se sentó de nuevo con la cola enroscada alrededor de las patas.

"Preferiría tratar lesiones que las enfermedades con la que hemos tenido que lidiar en las últimas lunas".

"Yo también" El tono de Centella fue sincero. "¡No tenemos que preocuparnos de que el hombro malo de Nube Albina se extienda al resto del Clan!"

Glayo dejó escapar un ronroneo de diversión. "No puedo esperar a la estación de la hoja nueva", siguió. "Los días más cálidos y más presas ayudarán al Clan a recuperar toda su fuerza. También habrá más hierbas, y las plantas del nido de Dos patas tendrán la oportunidad de crecer". Su humor se desvaneció al recordar cómo se había visto obligado a intercambiar hierbas con el Clan de la Sombra, y su ronroneo dio paso a un gruñido bajo en lo profundo de su garganta.

"¿Qué pasa?" Preguntó Centella.

"Estaba pensando en cómo tuve que darle caléndula al Clan de la Sombra, para cambiarla por Zarpa de Hiedra- quise decir, Charca de Hiedra", le dijo Glayo. "Lamenté que Cirro estuviera enfermo, pero no lo suficiente como para querer privar a mis propios compañeros de clan".

Y no estoy contento con cómo se están comportando los otros curanderos en este momento, agregó para sí mismo, sin querer contarle a Centella sobre la forma en que sus contrapartes en los otros Clanes insistían en mantenerse separados siguiendo las advertencias de sus antepasados. *Se están apartando del camino unido que han seguido los curanderos durante temporadas incontables*. Por un instante, se preguntó si era igual de culpable por no querer darle las hierbas a Cirro. *Eso es diferente*, se dijo a sí mismo con firmeza. *La salud de mi Clan tiene que ser primero.*

Chillidos cercanos le dijeron a Glayo que Nube Albina y Luz de Garbeña estaban demasiado emocionadas.

"Yo me ocuparé de ellas", maulló Centella, tocando su hombro con la punta de su cola. "¡Oigan, tranquizas ustedes dos! Nube Albina, ¿Quieres estar atrapado aquí hasta la estación de la hoja verde? "

"¡Pero nos estamos divirtiendo!" Nube Albina protestó.

Glayo dejó Centella para ocuparse de ellas y se acercó a la boca de la guarida, donde se sentó junto a la cortina de zarzas. Los gatos que pasaban por la entrada habían desgastado las ramitas que bloqueaban el espacio después de la caída del haya, y una vez más pudo sentir la brisa en su rostro.

Ya es hora de que se vayan las ramas. Odio no saber dónde poner mis patas cada vez que tengo que entrar y salir.

Levantó la cabeza, con los bigotes temblando mientras revisaba lo que estaba pasando en la hondonada.

Rosella estaba reuniendo a sus cachorros, echándolos de regreso a sus lechos mientras el sol se ponía y el escaso calor del día comenzaba a desvanecerse.

Tormenta de Arena emergió de la guarida de los guerreros y escaló las rocas para ir con Estrella de Fuego a su guarida. Cerca de la boca del túnel de espinas, Leonado y Carbonera estaban instruyendo a sus antiguos aprendices sobre su vigilia nocturna.

El campamento estaba en paz, pero las patas de Glayo ansiaban moverse. Sabía exactamente adónde quería ir: para comprobar el agujero en el que se había caído Nube Albina. Casi podía sentir la tierra debajo de él repleta de gatos perdidos, los que nunca lograron salir de los túneles para convertirse en garras afiladas.

¡Y Pedrusco! ¡Quizás Pedrusco también esté ahí!

Glayo recordó cómo el gato anciano se le había acercado en el lago cuando estaba tratando de rescatar a Cola Roso y le dijo que no era su momento de morir. Quizás eso significaba que Pedrusco estaba dispuesto a hablar con él de nuevo.

"Recuerda, tienes que guardar silencio". La voz de Leonado atravesó el campamento hasta los oídos de Glayo. "Nada dice que no puedan ayudarse la una a la otra. Si una de ustedes parece adormilada, la otra puede despertarla".

"Vayan, entonces", maulló Carbonera.

Glayo escuchó a las dos nuevas guerreros abriéndose paso a través del túnel de espinas, mientras Carbonera se dirigía a la guarida de los guerreros. Cuando Leonado se volvió para seguirla, Glayo se puso de pie y saltó para interceptarlo.

"Llévame al agujero", exigió.

"¿Estás seguro?"

"Por supuesto que estoy seguro". Glayo azotó su cola. "¿Por qué crees que pregunté, cerebro de ratón?"

"Bien, bien." Leonado resopló. Cálmate. Iré contigo."

“Entonces, pongámonos en marcha.”

Cuando Glayo emergió al bosque detrás de su hermano, vio la curiosidad de las dos jóvenes gatas que estaban de guardia junto a la entrada de la hondonada. Supuso que estarían haciendo preguntas si no hubieran estado en su vigilia silenciosa.

"Tenemos... eh... cosas que hacer", maulló Leonado a las nuevas guerreras.

Glayo resopló*. ¡Sonar incómodo sólo las pondrá más curiosas!* "Cosas de curanderos", espetó. "Y necesito un guerrero conmigo".

Podía sentir las miradas de las gatas clavadas en su espalda mientras caminaba detrás de Leonado hacia el viejo nido de Dos patas. Fue un alivio cuando la maleza se cerró alrededor de ellos y supo que estaba fuera de su vista. Pero cuando Glayo siguió a su hermano por el viejo Sendero Atronador y se desvió para subir la pendiente, sintió que sus patas se volvían más pesadas. Demasiados recuerdos se agolpaban en su mente. Le pareció oír de nuevo a Carrasca mientras huía hacia el túnel, con el río subterráneo rugiendo detrás de ella.

No pudimos detenerla. No escuchó cuando tratamos de advertirle.

Glayo sintió el pelaje de Leonado rozando cálidamente contra su costado, sacándolo de esa memoria. "Quédate cerca de mí", murmuró su hermano. "El suelo es áspero aquí y hay zarzas".

Glayo dudaba que Leonado sólo estuviera tratando de guiarlo a través de un terreno difícil. Debe tener los mismos recelos, los mismos recuerdos.

Ambos sentían consuelo en el contacto del pelaje de su compañero de camada. Pero Glayo se detuvo para no espiar los recuerdos de su hermano. No quería revivir ese terrible momento una y otra vez.

Una vez fue suficiente. Y no creo que alguna vez me libere de ello.

"Estamos pasando la entrada antigua", maulló Leonado después de unos momentos. "Al menos, creo que este es el lugar. Ahora está cubierto de zarzas; ningún gato volverá a meterse en los túneles de esa manera".

Durante varios zorros de distancia, los dos gatos siguieron trepando; Glayo sintió que el suelo se suavizaba bajo sus patas y aceleró el paso hasta casi correr.

"¡Cuidado!" Leonado gritó, empujándolo a un lado justo cuando los bigotes de Glayo tocaron los palos más externos de la barrera temporal que se había apilado alrededor del agujero.

"Ten cuidado tú", replicó Glayo, alborotando su pelaje mientras recuperaba el equilibrio. Estiró una pata y sintió que los palos se movían. "Pensé que Manto Polvoroso y Fronde Dorado estaban construyendo una cubierta adecuada".

"Han comenzado", maulló Leonado. "Pero no han tenido tiempo de dar una vuelta completa. Todavía podemos pasar".

"Bien."

"Entraré primero", continuó Leonado. "Espera aquí hasta que lo haya comprobado".

Glayo abrió las mandíbulas para una réplica punzante. ¡No soy un cachorro! ¡No necesitas cuidar de mí! Pero reprimió las palabras; Leonado sonaba tenso y enojado, y Glayo supuso que estaba luchando con sus recuerdos de Carrasca, en lugar de preocuparse por un compañero de camada ciego. Escuchó el traqueteo de los palos cuando Leonado se abrió paso a través de la barrera temporal.

Lo siguió, con los bigotes temblando mientras trataba de sentir los bordes del agujero.

"¡Cuidado!" Leonado le advirtió.

"Estoy teniendo cuidado", insistió Glayo mientras bordeaba el agujero, haciéndose una idea de lo grande que era. Estiró la cabeza y dejó escapar un fuerte maullido, escuchando el eco que venía de abajo. "Profundo", murmuró. "No me sorprende que Nube Albina no pudiese salir". Sus oídos se movieron hacia adelante mientras escuchaba el rugido del río subterráneo, pero no pudo escuchar nada hoy. *El agua debe estar más baja.*

"Tengo que bajar allí, al túnel", anunció Glayo.

Escuchó el suspiro de resignación de su hermano. "Creo que eres un completo cerebro de ratón". Había ira en la voz de Leonado, pero también miedo: miedo a lo que podrían encontrar si miraban demasiado.

"¿No quieres saber la verdad?" Preguntó Glayo.

"¿Qué verdad?" Leonado lo desafió. "Ha estado oculto durante tanto tiempo; puede permanecer oculto para siempre. Carrasca se ha ido, y ambos sabemos que es lo mejor. ¿Qué sentido tiene revolverlo todo de nuevo?

Glayo estiró su cola para tocar a su hermano en el hombro.

"Las cuevas debajo de las colinas han estado revelando secretos desde que los Clanes llegaron aquí", maulló. "Nada permanece oculto ahí abajo, nada".

Abajo, en la distancia, Glayo pensó que podía oír la débil voz de Hojas Caídas, atrapado para siempre en los túneles cuando no logró convertirse en un garra afilada.

"¡Ayúdame! ¡Ayúdame a encontrar la salida!" resonó la voz del gato antiguo.

Leonado dejó escapar un profundo suspiro. "Hazlo a tu manera. Pero si insistes en ir allí, no irás solo. Voy contigo." Se paró junto a Glayo desde donde podía mirar hacia el túnel. "Está demasiado lejos para saltar", informó después de un momento. "A menos que queramos un hombro torcido como Nube Albina".

"¿Qué pasa con el zarcillo de hiedra que usaron para levantar a Nube Albina y Zarpa de Tórtola?" Sugirió Glayo, sus patas picaban con una mezcla de aprensión e impaciencia. "¿Todavía está aquí?"

"Sí", respondió Leonado. Pero no soportará tu peso, y mucho menos el mío. Tenemos que pensar en otra cosa".

Glayo escuchó los palos moverse cuando Leonado saltó hacia atrás sobre la barrera. Frustrado, arañó la tierra suelta en el borde del agujero. *¡Saltaré yo solo si él no se mueve!*

Luego escuchó a su hermano regresar, arrastrando algo pesado. Lo arrastró por encima de los restos de la barrera y lo dejó caer con un golpe al lado de Glayo.

"Encontré una rama caída", jadeó Leonado. "Podemos deslizar un extremo en el agujero y luego bajar por él, como si nos bajáramos de un árbol".

Glayo esperó, su impaciencia aumentaba con cada latido de corazón, mientras su hermano maniobraba la rama en el agujero. Finalmente Leonado dejó escapar un gruñido de satisfacción. "Hecho. Iré primero y me aseguraré de que sea seguro".

Un crujido le dijo a Glayo que Leonado estaba bajando.

Sus garras se clavaron en la tierra blanda y sintió que los pelos de su pelaje comenzaban a erizarse.

"¡Estoy abajo!" La voz de Leonado llegó desde abajo. "Vamos. El final de la rama tiene aproximadamente el largo de una cola frente a donde estás parado".

Glayo avanzó a tientas. Odiaba su impotencia en situaciones en las que otros gatos al menos podían ver dónde estaba el peligro.

¡Pero querías hacer esto, cerebro de ratón! ¡Así que manos a la obra!

Localizando el extremo de la rama, Glayo clavó sus garras y se subió torpemente a ella. Las hojas muertas crujieron contra su pelaje y la rama rebotó bajo su peso. Lentamente, con la cola primero, comenzó a descender.

"¡Eso es todo! ¡Lo estás haciendo bien!" Leonado llamó.

Para alivio de Glayo, la rama se hizo más ancha mientras bajaba, con nudos en la madera para proporcionar lugares para que sus garras se agarraran. Ganando confianza, comenzó a moverse más rápido, sólo para detenerse y casi perder su agarre cuando una ramita lo golpeó en el costado. Dejó escapar un maullido.

"¿Estás bien?" Preguntó Leonado.

"¡No! ¡Tú rama me está arrancando el pelo!" Para estabilizarse, Glayo comenzó a deslizarse hacia abajo nuevamente, hasta que Leonado gritó: "Ya casi estás allí. Puedes saltar ahora".

Glayo se apartó de la rama y saltó lejos de ella, aterrizando torpemente sobre un montón de tierra suelta. Tambaleándose sobre sus patas, respiró hondo. "¡Lo hice!"

"No estoy seguro de que haya sido una buena idea", murmuró Leonado. "Está muy oscuro aquí".

No puedo decir que eso me moleste, pensó Glayo. *Los gatos ciegos ven igual de bien en la oscuridad.*

El aire frío y viejo se apoderó de él, trayendo murmullos y recuerdos a medias de los gatos antiguos que una vez vivieron aquí. Sus patas ansiaban adentrarse más en los túneles. "Vamos", maulló.

"Espera." Glayo escuchó el roce de las rocas y se dio cuenta de que Leonado las estaba apartando de la pila que bloqueaba el camino a la entrada anterior. "¿Qué estás haciendo?"

"Moviendo las piedras que cayeron la última vez", gruñó Leonado. "Ya que estamos aquí, también podemos mirar".

¿Pero quieres saber qué puedes encontrar? Glayo no hizo la pregunta en voz alta. Sabía muy bien que discutir con Leonado era inútil una vez que su hermano había tomado una decisión. Agachado junto a Leonado, arañó la barrera de tierra y rocas. Los bordes duros le lastimaron las patas y, a medida que pasaban los momentos, le empezaron a doler las piernas por el cansancio. Podía oír a Leonado jadeando a su lado.

¡Es como si estuviéramos tratando de mover toda la colina!

Glayo esperaba que en cualquier momento sus patas se encontraran con el suave pelaje del cuerpo de Carrasca. Los recuerdos de toda la carroña podrida que había olido corrieron por su mente, pero los únicos aromas que pudo captar fueron a tierra, agua y piedra. Hizo una pausa en su escarbar en las rocas, abrió las mandíbulas para saborear el aire con más cuidado, pero no quedaba rastro de la presencia de su hermana.

Leonado empujó una gran piedra a un lado y se detuvo. "Puedo ver algo", maulló.

"¿Qué? ¿Acaso es…?"

"No." La voz de Leonado estaba tensa. "Es sólo un mechón de pelo... pelo negro".

"Pelo de Carrasca..." Glayo exhaló.

"Luego de que fue golpeada por la avalancha de rocas".

"Pero ella no está aquí". Glayo luchó por mantener la voz firme. "Si estas son las piedras que la golpearon, no la atraparon". Se volvió para forzar sus sentidos más abajo del túnel. Pero todo lo que podía oír era el susurro, demasiado débil para distinguirlo, de los gatos antiguos. Si sabían lo que le había pasado a Carrasca, no lo iban a compartir con él.

"Sabes lo que esto significa, ¿No?" Leonado habló cerca de la oreja de Glayo. "¡Carrasca está viva!"



4

Por un instante, la alegría pura inundó a Glayo. *¡Mi hermana no está muerta!* Era casi como volver a la época en que eran cachorros en la maternidad, cuando todavía creían que Esquiruela era su madre y no tenían idea de que algún día Cenizo podría ser una amenaza para sus vidas seguras y pacíficas.

Pero la realidad regresó demasiado pronto. "No podemos saberlo con certeza", argumentó. “Carrasca podría haber resultado gravemente herida; podría haberse escapado para morir en algún otro lugar de los túneles. O tal vez no pudo encontrar la salida".

"Cierto." La voz de Leonado era triste. "Ambos sabemos lo difícil que es, especialmente desde que el Clan del Viento bloqueó su entrada".

"E incluso si saliera viva, ¿A dónde iría?" Glayo trató de imaginarse a su hermana saliendo arrastrándose de los túneles, sacudiendo la tierra de su pelaje, tal vez sentándose un rato para limpiar sus heridas.

¿Qué habría hecho ella entonces? El Clan del Trueno siempre estaría cerrado para ella. Incluso si ningún gato descubrió la verdad sobre el asesinato de Cenizo, Carrasca había sido destrozada por el descubrimiento de que Hojarasca Acuática era su madre y su padre era Corvino Plumoso del Clan del Viento. No podía soportar saber que los gatos en los que había confiado le habían mentido, y eso la obligó a renunciar a todo lo que había entrenado y esperado como leal guerrera del Clan del Trueno.

"No pudo volver al Clan", murmuró.

"Pero era buena cazando y luchando para defenderse", señaló Leonado. "Ella podría haberse establecido en algún lugar como una solitaria".

Glayo negó con la cabeza. "El Clan, digo el código del guerrero, lo era todo para Carrasca". *Además*, añadió a sí mismo, *¿Yo no habría captado alguna señal si ella todavía estuviera viva? Debería.*

"Vamos," Leonado lo instó. “Debemos explorar los túneles. Tenemos que averiguar qué pasó".

Pero Glayo se quedó atrás. El susurro de los gatos antiguos era más fuerte ahora, y pensó que podía escuchar los pasos de patas cada vez más frenéticos: Hojas Caídas en su eterna búsqueda de la salida, y el comienzo de su vida como garra afilada. Glayo recordó cómo había atravesado los túneles y se encontró viviendo entre esos gatos antiguos en el momento en que estaban considerando abandonar su hogar por las colinas de piedra a la distancia. Indecisos, habían abandonado el lago debido al voto mayoritario de Glayo.

¿Qué le digo a Hojas Caídas ahora? ¿Sabe que sus compañeros de clan lo abandonaron por mi culpa?

"¿Que estas esperando?" Preguntó Leonado. Ya estaba parado en la boca del túnel. De mala gana, Glayo dio un paso para unirse a él, sólo para detenerse cuando una gorda gota de lluvia le cayó sobre la cabeza.

"Está lloviendo", maulló. "No podemos bajar allí ahora. Es muy peligroso. El río podría inundarse".

"¡Cagarrutas de ratón!" Leonado gruñó.

Glayo se sintió un poco avergonzado de no poder compartir la molestia de su hermano. En cambio, se sintió aliviado. Mientras trepaba por la rama con Leonado detrás de él, la lluvia se hizo más pesada. En el momento en que los dos gatos salieron del agujero, estaba cayendo a cántaros, pegando su pelaje embarrado a sus cuerpos.

Glayo se quedó temblando mientras Leonado, gruñendo de esfuerzo, empujaba el extremo de la rama hacia el agujero. "Ahí", jadeó. “Ningún otro gato se perderá ahí abajo. Manto Polvoroso y Fronde Dorado terminarán la barrera por la mañana".

Glayo siguió a su hermano de regreso al campamento, la lluvia caía en sus rostros mientras salpicaban el barro y azotaban la maleza húmeda. Cuando llegaron a la entrada, localizó a Charca de Hiedra y Ala de Tórtola todavía de guardia, acurrucados al abrigo de la barrera de espinas. Ninguno de los dos prestó atención a los dos gatos mientras atravesaban el túnel y se dirigían a sus guaridas.

"Tenemos que hablar de esto de nuevo", murmuró Leonado antes de separarse.

Glayo respondió con un breve asentimiento. Entre la lucha en el agujero, el descubrimiento de Carrasca y estar empapado en su camino de regreso al campamento, estaba exhausto.

Luz de Garbeña se sentó cuando Glayo pasó rozando la pantalla de zarzas y se tambaleó hacia su lecho. "¿Dónde has estado?" ella maulló.

"Afuera", respondió bruscamente Glayo, luego se dio cuenta de que sólo podía oler una gata dentro de la guarida. "¿Dónde está Nube Albina?"

“Regresó a la guarida de los guerreros. Dijo que podía descansar igual de bien allí".

Glayo se encogió de hombros. Estaba demasiado cansado para decir lo que pensaba de los guerreros que pensaban que sabían más que su curandero. Verificaría Nube Albina por la mañana.

"¡Estás todo mojado y embarrado!" Luz de Garbeña exclamó.

¡Sí, y las garras son afiladas! ¿Algo más obvio que quieras señalar?

"Estoy bien", dijo Glayo en voz alta.

"No, no estás bien", insistió Luz de Garbeña. “Estás tan mojado como un ratón ahogado y dormido de pie. Ven aquí y déjame limpiarte."

Cuando Glayo no respondió, agregó con un toque de picardía en su voz: "Te prometo que no te regañaré sobre dónde has estado".

Demasiado cansado para discutir, Glayo se acercó al lecho de Luz de Garbeña y se dejó caer a su lado. Un momento después sintió el regazo áspero de su lengua, acariciando rítmicamente

sobre su hombro. Por un momento se sintió avergonzado de que ella fuera la que lo cuidara, pero los lamidos de la joven gata eran tan tranquilizadores que se quedó dormido, preguntándose si su madre lo había lamido alguna vez así.

¿Pero cuál madre? ¿Hojarasca Acuática o Esquiruela?

Pudo ver un rostro mirándolo; al principio pensó que era Hojarasca Acuática, pero se volvió borroso y se convirtió en Esquiruela, luego cambió a Carrasca, con sus ojos verdes brillando mientras lo miraban. Glayo se despertó de un tirón, medio incorporándose. Su pelaje se sentía seco y cálido, y todo su cuerpo estaba más relajado.

"¿Estás bien?" La voz ansiosa de Luz de Garbeña le recordó dónde estaba.

"Estoy bien." Glayo suspiró. De repente deseó que hubiese algún gato con el que pudiera hablar: no un gato del Clan Estelar, sino un verdadero amigo como Leonado y Carbonera. No creía que Luz de Garbeña pudiera ser esa gata.

"Debe ser difícil, cuando haces tanto por el Clan, y tienes que guardar todos los secretos del Clan Estelar", murmuró.

¡Los secretos de Clan Estelar son mucho más sencillos que los nuestros!

"Soy un curandero; es lo que hago”, respondió. "Nunca tendrás que preocuparte por algo así".

"Sí, claro", murmuró Luz de Garbeña en un tono tan bajo que Glayo no estaba seguro de que estuviera destinado a escuchar. "Porque nunca seré nada útil, ¿Verdad?"

Glayo se puso de pie. Sabía que a pesar de que Luz de Garbeña lo había estado ayudando con las tareas de los curanderos, nada compensaría el no ser una guerrera. "Gracias por lamer mi pelaje hasta secarlo", maulló, y se dirigió a su propio lecho.

Acurrucado entre los helechos, Glayo abrió los ojos y se encontró de nuevo en el fondo del agujero. La lluvia había cesado. En lo alto, las nubes cruzaban rápidamente el cielo, aunque Glayo no podía sentir el viento. Al meterse más profundamente en el túnel, vio que el camino por delante estaba tenuemente iluminado, como si las estrellas brillaran a través de la tierra y rocas sobre su cabeza.

Caminó más adentro, con sus oídos aguzados para captar el más mínimo sonido, pero el aire a su alrededor estaba vacío y silencioso.

¿Dónde están todos los gatos antiguos?

Glayo siguió caminando hacia la luz plateada, hasta que llegó a la cueva donde fluía el río. Esta vez era delgado y oscuro, fluyendo velozmente entre las rocas, no grande y furioso como lo había estado la última vez que estuvo ahí. La esperanza hormigueó a través de sus patas cuando miró hacia la cornisa de Pedrusco, pero estaba sola.

Un suave paso sonó detrás de Glayo. Se dio la vuelta para ver una forma tenue que salía de un túnel diferente. "¿Hojas Caídas?" maulló.

"No", dijo una voz familiar.

"¡Pedrusco!"

El gato anciano se acercó a Glayo, con sus largas y retorcidas garras haciendo repiqueteando en el suelo de piedra. Sus ojos ciegos se hincharon y la luz pálida brilló en su cuerpo sin pelo. Su rostro era solemne cuando se detuvo frente a Glayo.

"¿Por qué rompiste mi palo?" Preguntó Pedrusco. Su tono no revelaba enojo ni tristeza, nada que le dijera a Glayo cómo se sentía.

"Yo... yo quería hablar contigo, y no estabas ahí", tropezó Glayo. "¿Cuál era el punto de mantener un trozo de madera con rayas?" Incluso mientras hablaba, supo que el palo había sido mucho más que eso.

“Siempre estoy aquí”, respondió Pedrusco, y ahora Glayo podía escuchar tristeza en su voz. “Vendré a ti cuando tenga algo que decir. No te corresponde a ti convocarme".

Glayo inclinó la cabeza, sintiéndose como un cachorro al que regañaron por escabullirse del campamento.

“Ese palo fue tu historia”, continuó Pedrusco. "No puedes tirarla lejos. El pasado está a tu alrededor y los gatos que alguna vez fueron guerreros volverán a ser guerreros".

Glayo se tensó y sus garras rasparon el suelo de roca de la cueva.

"¿Te refieres a Carrasca?" preguntó con urgencia. "¿La has visto? ¿Sigue viva?”

Pedrusco parpadeó y Glayo se estremeció al pensar que los ojos grises y ciegos del antiguo gato aún podían verlo muy bien. “Tu pasado está en las montañas”, le dijo Pedrusco. “El lugar donde nací, el lugar donde los gatos han regresado antes. Debes ir allí una vez más para completar el círculo".

"¿Volver a la Tribu de las Aguas Rápidas?" Ahora Glayo no podía hacer sus preguntas lo suficientemente rápido. "¿Están en problemas?"

Pedrusco no respondió. El tintineo de una piedra detrás de él distrajo a Glayo por un segundo, y cuando se dio la vuelta, el anciano gato había desaparecido.

"¡Pedrusco!" llamó, pero los ecos de su voz se extinguieron en el silencio y no hubo respuesta.

Mientras Glayo estaba junto al arroyo, hirviendo de frustración, escuchó pasos silenciosos que se acercaban y miró a su alrededor para ver a un joven gato rojizo y blanco emergiendo de un túnel.

Hojas Caídas se acercó a Glayo y bajó la cabeza. Sus ojos estaban llenos de tristeza. "Saludos, Ala de Glayo", maulló.

Glayo se tensó cuando Hojas Caídas lo llamó por el nombre que había tenido en la antigüedad. "Saludos."

"Los otros gatos se han ido, ¿No es así?"

Su tono era tranquilo, no acusador, pero Glayo se sintió aún más culpable por el papel que había desempeñado en la partida de los gatos ancestrales del lago. *Me pregunto si Hojas Caídas sabe lo que hice*. "Sí, se han ido", admitió.

"Siento su ausencia dentro de mí, como el silencio", maulló Hojas Caídas.

“Pero tus gatos todavía están aquí. Ven, déjame llevarte con ellos". Sin esperar a que Glayo respondiera, cruzó la cueva hacia la boca de un túnel diferente. Glayo vaciló por un segundo, luego saltó en su persecución.

Hojas Caídas lo llevó a lo largo de los túneles, y antes de que Glayo pensara que podría ser posible, estaban de nuevo en el agujero, frente a la rama. *Por supuesto, ha vagado por estos túneles durante tanto tiempo. Conoce el camino más rápido.*

De repente, Glayo no pudo soportar la idea de dejar al joven gato solo allí de nuevo. "Ven conmigo", instó.

Hojas Caídas negó con la cabeza. "Ambos sabemos que eso no puede suceder". Levantó la cabeza y miró al cielo. Las nubes se habían disipado y los guerreros del Clan Estelar brillaban en un resplandor de luz helada. "Las estrellas todavía están brillando", susurró Hojas Caídas con asombro en sus ojos. “Nunca pensé que las volvería a ver. Es bueno saber que todavía están allí, como siempre. El pasado está a nuestro alrededor".

Glayo se sobresaltó. *¡Eso es lo que dijo Pedrusco!*

"Tu destino está ahí arriba, ¿No?" Hojas Caídas maulló, haciendo un gesto con la cola hacia el cielo. "No perteneces aquí". Extendió su cola, y Glayo levantó su propia cola para que se tocaran por un momento.

“Te deseo suerte, amigo mío”, continuó Hojas Caídas. "Si alguna vez me necesitas, estaré aquí".

"Gracias", murmuró Glayo. Se abrió camino a través de la tierra suelta y trepó por la rama. Cuando volvió a mirar hacia el agujero, Hojas Caídas se había ido. "¡Oye, Hojas Caídas!" Desesperado por verlo una vez más, Glayo se inclinó sobre el agujero.

Algo afilado se clavó en su costado. La oscuridad golpeó su visión cuando abrió los ojos y se encontró inclinado sobre el borde de su lecho, con la mejilla presionada contra el suelo de piedra de su guarida.

"¿Glayo?" La voz de Luz de Garbeña fue amortiguada, y Glayo se dio cuenta de que lo estaba pinchando con una ramita en la boca.

"Detén eso", murmuró, sentándose y sacudiendo el musgo de su pelaje.

"Pensé que estabas teniendo un mal sueño", maulló Luz de Garbeña, más claramente ahora. “Estabas diciendo cosas raras… algo sobre hojas caídas. ¿Qué te estaba pasando?”

Glayo ignoró su pregunta. Se puso de pie, pasó a trompicones por la pantalla de zarzas y salió al campamento, casi irrumpiendo a Ratonero mientras se dirigía hacia la pila de carne fresca. "Lo siento", murmuró, mientras el joven gato se movía a su alrededor.

Junto a la maternidad, los cachorros de Rosella chirriaban y caían mientras su madre estaba sentada mirando. Charca de Hiedra y Ala de Tórtola atravesaron el túnel espinoso y se tambalearon hacia la guarida de los aprendices, con las patas pesadas por el cansancio después de la vigilia nocturna.

Glayo se preguntó brevemente por qué todavía se dirigían a su antigua guarida, hasta que recordó el poco espacio que había en la guarida de los guerreros.

Sin otros aprendices, dormirán bien allí.

En medio de la hondonada, pudo escuchar la voz alta de Zarzoso mientras daba instrucciones para las primeras patrullas del día. Látigo Gris, puedes liderar la patrulla del amanecer. Lleva a Esquiruela, Betulón y Centella".

"Estamos de camino", respondió Látigo Gris.

"Mantén un ojo en la frontera del Clan de la Sombra", le advirtió Zarzoso.

"No queremos más problemas". Mientras la patrulla de Látigo Gris se alejaba, el lugarteniente continuó: "Espinardo, puedes hacer una patrulla de caza a lo largo del arroyo que bordea al Clan del Viento. Es posible que todavía haya algunas presas refugiadas a lo largo de la orilla".

“Está bien, Zarzoso. ¿Qué gatos debería llevarme? "

El lugarteniente vaciló por un latido del corazón, luego maulló, “Flores Caídas, Bayo y Leonado. Carbonera, liderarás otra patrulla hacia el lago..."

Tan pronto como Glayo escuchó el nombre de su hermano, dejó de escuchar a Zarzoso y cruzó el campamento para interceptar a Leonado antes de llegar a las espinas. “¡Leonado, espera! ¡Tenemos que ir a las montañas!"

"¿Qué?" Leonado irradiaba conmoción e impaciencia. "Glayo, salgo de patrulla. No puedes decirme algo así ahora".

Glayo movió la cola con desdén. “Tuve un sueño”, insistió. "¡Nuestro destino está ahí!"

Se dio cuenta de que había despertado el interés de su hermano. "¿Fue un sueño del Clan Estelar?" Leonado preguntó.

“No, de un gato incluso mayor que ellos. Creo que sabe de dónde viene la profecía. ¡Leonado, tenemos que irnos!"

5

Charca de Hiedra pensó que se le podrían caer las patas cuando tropezó con su guarida y se dejó caer sobre su lecho de musgo y helechos. "¡Me alegro de que esto haya terminado! Podría dormir por una luna".

"Pero valió la pena", maulló Ala de Tórtola mientras se acurrucaba alrededor de su hermana. "¡Somos guerreras!" Mientras Charca de Hiedra se apretujaba agradecida contra su cálido pelaje, añadió suavemente: "No vayas al Bosque Oscuro esta noche. Necesitas descansar."

Desearía poder elegir, pensó Charca de Hiedra con cansancio. ¿No entendía Ala de Tórtola que no podía controlar sus visitas al Lugar Sin Estrellas? *Daría cualquier cosa por no tener que despertarme allí nunca más.* Pero no pronunció las palabras en voz alta. No quería que Ala de Tórtola se preocupara aún más por su seguridad.

Calentada por el pelaje de su hermana, Charca de Hiedra se durmió. Cuando abrió los ojos, esperó por un instante ver su guarida familiar a su alrededor, con la luz del sol filtrándose a través de la hierba que colgaba sobre la entrada. En cambio, se encontró rodeada por la pálida y enfermiza luz del Bosque Oscuro. Estaba agachada a la sombra de un grupo de helechos, con las hojas grises muertas arqueándose sobre su cabeza. Un camino estrecho serpenteaba a través de la maleza a la altura de una cola delante de sus patas.

Charca de Hiedra dejó escapar un suspiro. *Debería haber sabido.*

Antes de que pudiera moverse, escuchó maullidos que se acercaban y el sonido de varios gatos rozando la maleza. Charca de Hiedra esperó a que el primero saliera a la luz.

"¿Viste el movimiento que me enseñó Garra de Cardo?" Ventolero se jactó. "¡Espera a que tenga la oportunidad de probarlo en uno de esos mantos sarnosos del Clan del Trueno!"

"Garra de Cardo es genial". Su compañera de clan Onda Soleada siguió a Ventolero al aire libre, junto con un aprendiz gris y blanco que Charca de Hiedra no reconoció.

"¡No puedo creer que alguna vez haya sido un gato del Clan del Trueno!"

Los gatos del Clan del Viento pasaron corriendo junto a Charca de Hiedra sin notarla y desaparecieron en la distancia. *Por supuesto, está amaneciendo*, pensó. *Se van a casa*. Estaba a punto de emerger del grupo de helechos cuando escuchó los pasos de las zarpas de más gatos acercándose y percibió el olor del Clan de la Sombra.

¡Corazón de Tigre!

Charca de Hiedra permaneció en las sombras mientras Corazón de Tigre bordeaba un matorral de zarzas cercano y caminaba hacia ella. Lomo Rajado y Manzanilla estaban con él. Mientras subía de nivel, Corazón de Tigre se quedó atrás, dejando que sus compañeros de clan continuaran sin él.

Esperó, con las fosas nasales dilatadas, hasta que estuvieron fuera del alcance del oído.

"Te puedo oler", maulló por fin. "Así que no tiene sentido esconderse".

Charca de Hiedra saltó del grupo de helechos grises y se enfrentó al guerrero atigrado. "¡No me estaba escondiendo!" replicó ella. "Acabo de llegar".

"¿Y por qué estás aquí ahora?" Corazón de Tigre preguntó con frialdad. “¿Crees que puedes evitarme si vienes aquí en otro momento? Pero es demasiado tarde para eso”, continuó antes de que Charca de Hiedra pudiera responder. “Sé la verdad sobre ti. ¿Qué diría Zarpa de Tórtola si supiera que estás preparada para matar a un gato inocente?”

Por un instante, Charca de Hiedra se congeló ante el terrible recuerdo de cómo Estrella Rota había intentado hacerla matar a Cola Roso, trayéndolo inesperadamente desde el Clan Estelar, como prueba de su lealtad.

¿Lo habría hecho si Corazón de Tigre no me hubiera interrumpido?

"No tuve elección", comenzó.

Corazón de Tigre azotó su cola. "Siempre hay elección", siseó.

La ira latió a través de Charca de Hiedra como un fuego a través de la hierba seca. "¿Quieres decir, como la elección que tomaste de tomar a mi hermana para averiguar sobre el almacén de hierbas del Clan del Trueno? ¡No es de extrañar que no quiera verte más!"

"No la usé". Los ojos ambarinos de Corazón de Tigre se ensombrecieron. "Pero no espero que me creas". Se dio la vuelta y siguió a sus compañeros de clan.

Charca de Hiedra lo observó hasta que desapareció en una curva del camino, luego se volvió y caminó en la dirección opuesta. Había recorrido sólo unos pocos zorros de distancia cuando rodeó un grupo de arbustos espinosos y casi chocó contra Garra de Cardo.

"Qué bueno verte", ronroneó el guerrero blanco grisáceo. "Me alegro mucho de que hayas decidido unirte a nosotros después de todo, Zarpa de Hiedra".

"Mi nombre es Charca de Hiedra", replicó con un destello de orgullo. "Ahora soy una guerrera".

"Aquí no, no lo eres", le dijo Garra de Cardo. "No hasta que yo lo diga". Su voz goteaba sarcasmo. "Y eso será por mucho tiempo si no puedes molestarte en llegar a tiempo para la práctica".

"He estado manteniendo mi vigilia". Charca de Hiedra mantuvo la cabeza erguida, aunque interiormente su vientre se agitó.

"Sígueme" fue todo lo que respondió. Dejando el camino, Garra de Cardo la condujo a través de una espesa maleza hasta que llegaron a un claro cubierto de retorcidos robles. En medio del claro había un montón de árboles caídos, cubiertos por musgo viscoso. Un hongo pálido creció en los troncos, que parecían emitir su propia luz enfermiza.

“Ahora...-” comenzó Garra de Cardo.

Fue interrumpido por el sonido de un gato lanzándose entre los helechos; Charca de Hiedra captó la esencia del Clan del Viento un latido antes de que Hormiguero apareciera a la vista.

"¡Lo siento, Garra de Cardo!" jadeó. “Estrella de Bigotes me envió en una patrulla de medianoche. Me acabo de ir a dormir".

Un escalofrío recorrió el pelaje de Charca de Hiedra. Al igual que ella, Hormiguero había estado despierto toda la noche. Era de día en el mundo normal, con el sol pálido de la estación sin hoja que se inclinaba entre los árboles. Pero la oscuridad aún cubría el Bosque Oscuro.

¿Siempre es de noche aquí?, se preguntó.

"Tengo una nueva tarea para ti", le maulló Garra de Cardo, ignorando la disculpa de Hormiguero. “¿Ves estos árboles caídos? Vas a atacarlos y tú” se giró hacia Charca de Hiedra, con su hocico moteado gris y blanco a un ratón de distancia de su cara. “Tú vas a defender. Hormiguero, has ganado si puedes obligar a Charca de Hiedra a subir a la cima del montón".

Obedeciendo un movimiento de la cola de Garra de Cardo, Charca de Hiedra saltó hacia el tronco más bajo del árbol. Un cosquilleo de anticipación la recorrió desde las orejas hasta la

punta de la cola. Estaba orgullosa de sus habilidades de batalla. ¡Le mostraré a este guerrero del Clan del Viento de qué están hechos los gatos del Clan del Trueno!

Hormiguero saltó sobre ella, con las garras enfundadas como si se tratara de una sesión de entrenamiento del Clan. Charca de Hiedra se irguió, balanceándose brevemente sobre sus patas traseras mientras ella lo golpeaba sobre las orejas con sus patas delanteras, con sus propias garras enfundadas también.

Hormiguero retrocedió un paso y luego se lanzó sobre ella de nuevo, tratando de desequilibrarla chocando contra su costado. Charca de Hiedra se echó a un lado limpiamente y una suave zarpa pasó por encima de su hombro.

"¿Qué? ¿Son cachorros? Garra de Cardo gruñó. "¡Dije pelear!"

Hormiguero se lanzó de nuevo a Charca de Hiedra. Esta vez tenía las garras fuera y los dientes al descubierto cuando saltó sobre ella y trató de agarrarla por el pescuezo.

El dolor arañó el costado de Charca de Hiedra cuando la golpeó; estaba demasiado cerca para que sus golpes contarán, y mientras luchaba por liberarse, Hormiguero la empujó hacia el siguiente tronco.

Garra de Cardo dejó escapar un siseo. "¿Es este el tipo de guerrero que el Clan del Trueno está entrenando ahora?" se burló.

Furiosa, Charca de Hiedra se arrojó sobre Hormiguero con un chillido ensordecedor.

Pero mientras saltaba, su pata resbaló sobre una de las pálidas manchas de hongos y cayó torpemente de lado, sin aliento cuando aterrizó en el tronco más bajo. Charca de Hiedra se preparó para que Hormiguero reanudara su ataque, pero cuando miró hacia arriba, él se había hecho a un lado, esperando a que ella se levantara y continuara la lucha.

Dándole un gesto de agradecimiento, Charca de Hiedra luchó por ponerse en pie, pero antes de que pudiera atacar de nuevo, Garra de Cardo saltó junto a ella, mostrando los dientes en un gruñido.

Los ojos de Hormiguero se abrieron de par en par y se apartó del furioso guerrero hasta que se balanceó precariamente sobre el montón de troncos.

"¡Cobarde!" Garra de Cardo se burló, azotándolo con una inmensa pata delantera. "Muestra algo de valor, ¿No?"

Gruñendo, Hormiguero saltó sobre el gato blanco grisáceo, hundió los dientes en el pescuezo de Garra de Cardo y pasó las garras por el hombro. Garra de Cardo lo arrojó como una hoja muerta y lo inmovilizó contra los troncos. Hormiguero lo golpeó con sus patas traseras, esparciendo mechones del pelaje del vientre de Garra de Cardo.

"¡Eso está mejor!" Garra de Cardo gruñó. "¡Ahora estás luchando como un guerrero!"

Sus poderosas garras se hundieron en los hombros de Hormiguero y lo sacudió como a un zorro. Charca de Hiedra observó consternada cómo la sangre brotaba en el pelaje del guerrero del Clan del Viento; el hedor caliente se le atascó en la garganta.

"Garra de Cardo, ¡Ya es suficiente!" gritó ella.

El guerrero la ignoró. Estiró el cuello y apretó los dientes en la nuca de Hormiguero y lo tiró al suelo para que aterrizara con fuerza en el suelo frente a Charca de Hiedra.

Hormiguero se movía débilmente, tratando de ponerse de pie, sólo para dejarse caer de nuevo con un gemido. Horrorizada, Charca de Hiedra se agachó a su lado, extendió la pata para separar su pelaje y descubrir de dónde venía la sangre.

"¡Déjalo!" Ordenó Garra de Cardo desde lo alto del montón. "Perdió la batalla, se acabó".

"¡Pero está herido!" Charca de Hiedra protestó.

"Se curará", gruñó el guerrero. Comenzó a caminar por los troncos hacia los dos jóvenes guerreros.

Antes de que pudiera alcanzarlos, Charca de Hiedra se inclinó sobre Hormiguero y le susurró al oído: "¡Despierta! No estás realmente aquí, estás en tu nido en el Clan del Viento".

Los pasos de las garras de Garra de Cardo se estaban acercando.

"¡Rápido!" Charca de Hiedra siseó.

Hormiguero respondió con un gemido. Charca de Hiedra le acarició el hombro con la pata y, para su alivio, dejó escapar un largo suspiro y cerró los ojos. Mientras se hundía en el sueño, su forma se estremeció y luego desapareció, sin dejar nada más que unos pocos coágulos de sangre en la hierba.

En el mismo momento, Garra de Cardo saltó al suelo, sus ojos verdes brillando con furia. "¡Cobarde!" escupió, mirando el lugar donde Hormiguero había desaparecido. "¿Es por eso que los gatos del Clan del Viento corren tan rápido, para poder huir?"

"Siempre supe que era un corazón de zorro". Charca de Hiedra sabía muy bien que tenía que estar de acuerdo con Garra de Cardo. "Ahora no tengo ningún gato con quien practicar".

"Oh, sí, lo tienes". Garra de Cardo volvió la mirada hacia ella y se pasó la lengua por los labios como si estuviera anticipando una presa particularmente jugosa. "Puedes pelear conmigo".

El corazón de Charca de Hiedra empezó a latir con tanta fuerza que pensó que se le saldría de las fauces. "Está bien", maulló, tratando de sonar ansiosa.

Antes de que pudiera respirar, el guerrero se abalanzó sobre ella, haciéndola caer para que aterrizara de un golpe en el suelo, con su peso encima de ella. Sus garras azotaron sus hombros. Instintivamente, Charca de Hiedra se quedó flácida. Cuando sintió a Garra de Cardo relajarse, se escabulló de debajo de él y le lanzó un par de golpes rápidos al costado antes de que saltara fuera de su alcance.

Su cabeza daba vueltas por el cansancio y sus patas se sentían pesadas como piedras, pero el siseo de molestia de Garra de Cardo le dio fuerza. Cuando él se dio la vuelta para atacarla de nuevo, ella se agachó, esperándolo, agitando la cola de un lado a otro. Cuando Garra de Cardo saltó, Charca de Hiedra se deslizó por debajo de su vientre y salió detrás de él, arañando sus cuartos traseros. Su cola azotó su rostro y ella la mordió con fuerza, regocijándose al escuchar su aullido de dolor. Liberando su cola, Garra de Cardo giró sobre ella más rápido de lo que ella hubiera creído posible. A través de una visión borrosa y cansada, Charca de Hiedra lo miró, tratando de averiguar por dónde saltaría. Cuando él se lanzó al aire, se echó a un lado, pero él

lanzó un zarpazo y la tiró al suelo. Charca de Hiedra dejó escapar un chillido mientras rodaban juntos por la hierba, arañándose el pelaje del otro.

Empujando su cabeza contra el cuello de Garra de Cardo, Charca de Hiedra luchó por hundir sus dientes en su garganta. Con un gruñido de esfuerzo, la arrojó y ella se estrelló contra el fondo del montón de troncos. Luchando por respirar, Charca de Hiedra se abrió camino hacia arriba, el musgo y los hongos se desmoronaron en su pelaje, hasta que se paró en el tronco más alto del árbol.

"¡Yo gano!" gritó ella.

Garra de Cardo se puso de pie y la miró. "El gato encima del montón pierde, cerebro de ratón", siseó.

"Pero no me obligaste a subir aquí", maulló Charca de Hiedra triunfalmente. "Subí yo misma. Y estoy listo para saltar sobre ti de nuevo, ¡Así que gano!"

"Yo pongo las reglas…" comenzó Garra de Cardo.

"La joven tiene razón". Un gruñido lo interrumpió y la figura de Arce Sombrío salió de detrás de uno de los viejos robles. Charca de Hiedra se preguntó cuánto tiempo había estado allí parada. "Admite la derrota, Garra de Cardo. Ve a lamerte las heridas".

Garra de Cardo dejó escapar un bufido de disgusto y se dio la vuelta. Mientras cruzaba el claro y se adentraba en los árboles, Charca de Hiedra se alegró de ver que cojeaba.

Arce Sombrío se acercó al fondo de la pila de troncos y movió las orejas hacia Charca de Hiedra, en señal para que descendiera. "Tenía mis dudas sobre tu lealtad", dijo con voz ronca Arce Sombrío cuando Charca de Hiedra se unió a ella. "Pero estoy empezando a cambiar de opinión. Cuando llegue la batalla, lucharás junto a mí".

"¿Cuándo será la batalla?" Preguntó Charca de Hiedra, tratando de parecer ansiosa con la esperanza de que Arce Sombrío le diera alguna información que pudiera llevarle a Glayo y Leonado.

"No tan rápido", murmuró Arce Sombrío con un destello de aprobación en sus ojos. "Puede que hayas vencido a Garra de Cardo, pero aún tienes más que aprender antes de poder enfrentarte a los guerreros más experimentados de los Clanes".

"Sólo quiero estar lista", le aseguró Charca de Hiedra.

"Lo estarás", prometió Arce Sombrío. "Y no pasará mucho, por ahora..."

Para alivio de Charca de Hiedra, Arce Sombrío la saludó con un gesto de despedida y se desvaneció entre los árboles. Debilitada por la lucha y la pérdida de sueño, Charca de Hiedra se desplomó en el suelo, sintiendo el Bosque Oscuro desvanecerse a su alrededor mientras cerraba los ojos.

El olor a polvo de musgo seco y el aroma familiar de su hermana le hicieron cosquillas en la nariz. Dejando escapar un largo suspiro, Charca de Hiedra abrió los ojos. Ala de Tórtola todavía estaba dormida, acostada junto a ella con una pata sobre su vientre. Con cuidado de no despertarla, Charca de Hiedra se escapó del agarre de su hermana y salió cojeando hacia el claro. El cielo estaba gris, pero supuso que debía estar cerca del mediodía. Fronde Dorado, Acedera y Zancudo charlaban junto a la pila de carne fresca. Fronda dormitaba en la entrada

de la maternidad, mientras que en las afueras de la guarida de los veteranos, Puma estaba sentado junto a Musaraña; Charca de Hiedra supuso que el antiguo solitario le estaba contando una de sus interminables historias.

Zarzoso emergió del túnel de aulagas con una ardilla colgando de sus mandíbulas, seguida por Betulón y Candeal, ambos llevando ratones.

Pétalo de Rosa cerraba la retaguardia con un campañol.

Todo es tan tranquilo, pensó Charca de Hiedra.

Pero su mente estaba llena de imágenes de la batalla final: gatos chillando, garras azotando, sangre empapando el suelo de tierra de la hondonada, gatos muertos con los pelajes arrancados...

¿Depende de mí evitar la batalla? ¿Y si no puedo? ¿Realmente podré salvar a mis compañeros de clan?

6

Ala de Tórtola se sentó fuera de la guarida de los aprendices, acicalándose rápidamente mientras sus compañeros de clan se arremolinaban a su alrededor, esperando salir a la Asamblea.

La última luz del día se estaba desvaneciendo en la hondonada de piedra, y ya la luna llena se estaba elevando en el cielo. Ala de Tórtola se estiró para alcanzar el pelaje de su nuca y trató de reprimir sus sentimientos de aprensión. *Estaría más feliz de ir a esta asamblea si Charca de Hiedra estuviera conmigo.*

Pero Charca de Hiedra todavía se estaba recuperando de las heridas que había recibido en el Bosque Oscuro hace varios días, justo después de que se convirtieran en guerreras.

Ala de Tórtola se sorprendió al ver el estado en el que se encontraba su hermana cuando se despertó, con rasguños profundos en los costados y hombros y el pelaje coagulado de sangre. Las heridas habían sido lo suficientemente graves como para que Ala de Tórtola llamara a Glayo. Había tratado a Charca de Hiedra con telarañas y cola de caballo, e inventó una historia sobre su caída en un matorral de zarzas para explicar sus heridas a sus compañeros de clan.

Recordando cómo Nube Albina había caído en el agujero, Musaraña había pasado algún tiempo murmurando sobre los jóvenes torpes, pero Charca de Hiedra lo había soportado en silencio. Se había negado a decirle a alguien, siquiera a Ala de Tórtola, exactamente cómo había sufrido sus heridas.

La preocupación por su compañera de camada le atravesó a Ala de Tórtola. Sin señales de que el Clan se marcharía pronto, volvió a meterse en su guarida.

Charca de Hiedra estaba acurrucada en su nido; levantó la cabeza cuando Ala de Tórtola entró, sus ojos eran profundos charcos de cansancio.

"Prométeme que no irás al Bosque Oscuro esta noche", rogó Ala de Tórtola.

"No tengo otra opción", respondió Charca de Hiedra con un obstinado movimiento de cabeza. "E incluso si lo hiciera, tengo que ir porque aún no sabemos lo suficiente sobre la batalla".

"Pero…" Ala de Tórtola se interrumpió con frustración, deseando que su hermana confiara en ella como solía hacerlo. *¿Sigue infeliz conmigo porque mantuve mis poderes en secreto para ella?* "Estoy preocupada por ti, eso es todo".

"Estaré bien", maulló Charca de Hiedra con un toque de orgullo en su voz. "Puedo hacerle frente."

Ala de Tórtola tuvo que luchar contra una punzada de celos. *¿Cree que es mejor que yo porque hace esto por nuestro Clan?* "Charca de Hiedra, solo quiero…" comenzó.

"¡Ahí estás, Ala de Tórtola!" La voz de Zarzoso la interrumpió; Ala de Tórtola se volvió para ver al lugarteniente del Clan del Trueno mirando a través de la hierba que enmascaraba la entrada a la guarida. "Vamos, estamos listos para irnos".

"Lo siento", maulló Ala de Tórtola. "Hasta luego, Charca de Hiedra." Saliendo de la guarida, corrió hacia la barrera de espinas, donde sus compañeros de clan estaban esperando para cruzar el túnel.

"Hola, Ala de Tórtola", la saludó Pinta. "¿Charca de Hiedra está bien?"

"Está bien", respondió Ala de Tórtola.

Vio a Carbonera dirigiéndose hacia ella, con una expresión preocupada en su rostro, y supuso que quería preguntar por su antigua aprendiz. Pero no hubo tiempo para hablar; Carbonera tuvo que girar y zambullirse en el túnel, y Ala de Tórtola la siguió.

Estrella de Fuego marcó un paso rápido por el bosque. La luna proyectaba sombras sobre su camino, y la escarcha brillaba en cada brizna de hierba y cada hoja de helecho.

Ala de Tórtola jadeó cuando salió de los árboles y se paró en la cima de la pendiente que conducía al lago. La luna trazó un camino de plata fundida de un lado al otro. Las ondas se lavaron suavemente contra la orilla de guijarros.

Siguiendo a sus compañeros de clan, corrió a lo largo de la orilla del agua, chapoteando a través del arroyo en la frontera del Clan del Viento y dirigiéndose hacia el cercado de los caballos.

Pensó en la brillante capa de hielo, rota por las grietas irregulares que se habían tragado a Cola Roso. Antes de eso, el lago había sido un tramo de barro seco, salpicado de estanques cada vez más pequeños donde los peces aleteaban y los gatos sedientos se reunían para recibir las últimas gotas de agua.

Nada permanece igual, se dio cuenta Ala de Tórtola. *Nada excepto la profecía, y eso no es más claro que nunca.*

"¡Oye, Ala de Tórtola!" La voz de Salto de Raposo interrumpió sus pensamientos. "¡Corre hacia el puente de los árboles!"

Dejando a un lado sus preocupaciones, Ala de Tórtola corrió tras él, alcanzándolo mientras cruzaban las marcas de olor del Clan del Río. Jadeando, se detuvieron al final del puente de los árboles, delante del resto del Clan.

"¡Eres rápida!" Salto de Raposo jadeó con admiración.

"Tú tampoco estás tan mal", respondió Ala de Tórtola, dándole un golpecito en el hombro con la cola.

El resto del Clan los alcanzó, y Estrella de Fuego saltó al puente del árbol para liderar el camino hacia la isla. Lanzando sus sentidos, Ala de Tórtola se dio cuenta de que los otros tres Clanes ya estaban allí. Percibió en ellos una fuerte sensación de inquietud; sus patas pincharon con ello mientras caminaba por el tronco del árbol caído y corría por la orilla para abrirse paso entre los arbustos que rodeaban el Gran Roble.

En el claro, los gatos de los otros Clanes se arremolinaban inquietos; Ala de Tórtola se dio cuenta de que todavía estaban en sus grupos de Clan, en lugar de charlar con otros Clanes como solían hacer en las Asambleas. Cuando apareció Clan del Trueno, sintió una ola de hostilidad por parte de los gatos del Clan de la Sombra. Uno o dos de ellos estiraron el cuello para dejar escapar furiosos silbidos o dieron la espalda deliberadamente.

Ala de Tórtola no pudo evitar buscar a Corazón de Tigre y lo vio a la sombra de un acebo. Su mirada ambarina se encontró con la de ella, y de inmediato ella desvió la mirada, con el calor lamiendo su pelaje. Nunca podría perdonar al gato atigrado por usarla para conseguir el suministro de hierbas de Glayo. *¡Me convirtió en un espía del Clan de la Sombra!*

Pero Ala de Tórtola no podía olvidar el tiempo que ella y Corazón de Tigre habían pasado juntos, jugando en el viejo nido de Dos patas en el borde del territorio del Clan de la Sombra. Sus reuniones a la luz de la luna habían sido más importantes para ella que cualquier otra cosa.

"¿Ala de Tórtola?" Se volvió ante el suave toque de la punta de una cola en su hombro, y se volvió para ver a Látigo Abejorro. "No dejes que esos gatos del Clan de la Sombra te molesten", prosiguió el joven gato. "¡Todos son corazones de zorro!"

Ala de Tórtola murmuró que estaba de acuerdo. Cuando Látigo Abejorro inclinó sus orejas hacia sus propios compañeros de clan, dejó que la condujera hacia ellos, aunque no pudo resistir una última mirada a Corazón de Tigre. Estaba enfrascado en una conversación con un gato del Clan del Río que no había visto antes.

Probablemente otro guerrero del Bosque Oscuro, supuso con un estremecimiento.

¿Cómo pude haber confiado en Corazón de Tigre? Era pariente de Estrella de Tigre, después de todo.

¡Y todos los gatos saben lo malvado que era Estrella de Tigre!

Luego, la culpa se apoderó de ella al recordar que Zarzoso también era pariente de Estrella de Tigre. *¡Y Zarzoso no es malvado! ¡Es el leal lugarteniente del Clan del Trueno!*

A estas alturas, los cuatro líderes habían ocupado sus lugares en el Gran Roble. Estrella de Fuego se balanceaba en la bifurcación de una rama, con Estrella de Vaharina agachada en la rama de abajo. Estrella de Bigotes se sentó en una rama más alta, con la cola colgando. Al

principio, Ala de Tórtola no pudo ver a Estrella Negra en absoluto, hasta que finalmente lo vio en un grupo de hojas de roble muertas que se aferraban a la rama, proyectando sombras moteadas sobre su pelaje blanco; sus ojos brillaban, mirando hacia el claro.

Ala de Tórtola se sentó junto a Látigo Abejorro, temblando en el aire frío y húmedo, mientras Estrella de Bigotes llamaba al silencio en la asamblea.

“Cazar está funcionando bien a pesar del clima frío”, informó. "Y Nariz de Bigotes se ha convertido en guerrero".

“¡Nariz de Bigotes! ¡Nariz de Bigotes!" El Clan del Viento dio la bienvenida al joven gato, quien agachó la cabeza, luciendo complacido y avergonzado.

Ala de Tórtola se unió, aunque notó que no muchos gatos de otros Clanes estaban haciendo lo mismo. *Las asambleas deberían ser un momento para que los clanes estén en paz entre sí. ¿Qué nos está pasando?*

Estrella de Bigotes se sentó de nuevo, su mirada recorrió a los gatos como si se estuviera haciendo la misma pregunta. Estrella Negra emergió de su grupo de hojas. Observó a los gatos debajo de él en silencio antes de hablar. “Nuestro curandero Cirro tuvo un breve ataque de tos blanca”, anunció. "Pero ahora es tan fuerte como siempre, y también lo es Clan de la Sombra". Cerró las mandíbulas con un chasquido y se retiró.

"¡Uh… breve ataque de tos blanca!" Murmuró Ala de Tórtola. “Cirro estaba muriendo, y todo el Clan del Trueno lo sabe. ¿Le duele tanto a Estrella Negra agradecernos?”

Látigo Abejorro la miró parpadeando. "Así es el Clan de la Sombra".

Estrella de Vaharina se puso de pie. “El Clan del Río está feliz de ver que el hielo desapareció del lago”, maulló. "Es bueno volver a pescar. Y nuestro Clan ha dado la bienvenida a dos nuevos guerreros esta última luna: Cola Veloz y Trucha del Arroyo".

“¡Cola Veloz! ¡Trucha del Arroyo!" Más gatos de los otros Clanes se unieron esta vez, como si estuvieran comenzando a relajarse. O tal vez, reflexionó Ala de Tórtola mientras unía sus maullidos a los de ellos, la actitud amistosa y segura de Estrella de Vaharina había comenzado a conquistarlos. La líder del Clan del Río siempre había estado dispuesta a trabajar con otros clanes.

"Además", continuó Estrella de Vaharina cuando el ruido se calmó, "se vio un tejón en nuestro territorio, pero Juncal lo rastreó con Pardalo y Manto de Pétalos, hasta que desapareció".

"¿En qué dirección?" Perlada, la lugarteniente del Clan del Viento, gritó. "¿Tenemos que tener cuidado con eso?"

"No lo creo", respondió Estrella de Vaharina. “Pasó por el cercado de los caballos, en dirección a las colinas. Si hubiera pensado que había peligro ", agregó cortésmente," habría enviado un mensaje".

Estrella de Vaharina terminó su informe con un guiño a Estrella de Fuego. Ala de Tórtola admiró su cuerpo musculoso y su elegante pelaje color dolor fuego mientras estaba de pie en la rama. "Clan del Trueno también tiene buenas noticias", maulló. “Hace unos amaneceres nombre a dos nuevas guerreras: Ala de Tórtola y Charca de Hiedra”.

Ala de Tórtola se sintió cálida de orgullo cuando los Clanes gritaron su nombre y el de su hermana. *Desearía que Charca de Hiedra estuviera aquí para compartir esto.*

"Oye, ¿Dónde está Charca de Hiedra?" Preguntó Cañera del Clan del Viento mientras los gatos volvían a callar.

"Sí, debería estar aquí para su primera Asamblea como guerrera", agregó Nariz Malva del Clan del Río.

"Charca de Hiedra tuvo un accidente", maulló Estrella de Fuego, antes de que Ala de Tórtola pudiera hablar. “Tuvo una pelea con un matorral de zarzas mientras estaba cazando. Pero nuestro curandero ha tratado sus rasguños y pronto volverá a patrullar. Estará aquí para la próxima asamblea". Hubo algunos murmullos de simpatía.

Ala de Tórtola saltó cuando Látigo Abejorro la empujó. "¡Mira los curanderos!" él susurró. “Se ven realmente incómodos. ¿Crees que han tenido una discusión?"

Ala de Tórtola se dio cuenta de que tenía razón. Mientras los otros gatos comenzaban a mezclarse, los curanderos se mantenían estrictamente en sus propios clanes. Ala de Mariposa y Blima estaban hablando en voz baja, mientras Cirro se quedaba cerca de Estrella Negra, y Vuelo de Azor se agachaba bajo un arbusto espinoso, con los ojos entrecerrados como si estuviera dirigiendo a toda la Asamblea una mirada sospechosa. Glayo se sentó cerca de las raíces del Gran Roble, con la cola enroscada alrededor de sus patas.

"Apuesto a que es culpa de Glayo", le susurró Ala de Tórtola a su compañera de clan, medio en broma. "¡Es tan quisquilloso que no me sorprendería que molestara a todos los demás!"

Pero un pequeño gusano de aprensión la fastidiaba el estómago. *Los curanderos no tienen los mismos límites de Clan que nosotros. ¿Qué salió mal?* Mirando a su alrededor, vio a Tornear y Manto Trenzado del Clan del Viento compartiendo lenguas con Amapola del Clan de la Sombra, y se preguntó si los veteranos estaban discutiendo el Gran Viaje, que parecía ser su tema favorito cuando se conocían en las Asambleas. Dos o tres aprendices habían iniciado un simulacro de pelea a un lado del claro. Cañera y Manto de Pétalos estaban enfrascados en una conversación, tal vez compartiendo recuerdos de la batalla contra los castores.

La sensación de inquietud de Ala de Tórtola se desvaneció.

"¡Oye, Látigo Abejorro!" Manto Montés, un joven gato del Clan del Río, saltó.

"¿Qué le pasó a Luz de Garbeña? ¡No la he visto en una reunión desde hace lunas! "

Látigo Abejorro pareció sorprendido. Estrella de Fuego nunca había anunciado las heridas de Luz de Garbeña en una asamblea; Ala de Tórtola supuso que pensó que la haría a ella y al Clan del Trueno parecer vulnerables. Y este no era el momento adecuado para transmitir la noticia a otros clanes.

"Oh, ya sabes", saltó, evitando que Látigo Abejorro tuviera que responder. "Está bien, pero está ocupada, como el resto de nosotros".

Manto Montés parpadeó. "Está bien", maulló, sonando decepcionado, y se dirigió hacia su propio Clan.

Látigo Abejorro dejó escapar un largo suspiro mientras observaba al joven gato alejarse.

"Gracias", murmuró a Ala de Tórtola.

Ala de Tórtola se encogió de hombros. "Sólo estaba diciendo la verdad".

Los ojos de Látigo Abejorro se agrandaron. "Sabes que no lo estabas".

Ala de Tórtola podía escuchar el dolor en su voz. Extendió la cola y tocó suavemente su hombro. "Debe ser difícil para ti, ver a tu hermana herida así".

"No sabes cuánto". Látigo Abejorro inclinó la cabeza.

"Oh, sí, lo sé". Ala de Tórtola estaba pensando en Charca de Hiedra. *Yo también me preocupo por mi hermana.*

"Trato de no sentir pena por Luz de Garbeña", continuó Látigo Abejorro. “Sé que es lo último que querría. Pero siento pena por ella. Aunque estoy muy orgulloso de ella por seguir luchando cuando sabe que no hay esperanza de que vuelva a caminar".

"Estoy segura de que Luz de Garbeña lo entendería", respondió Ala de Tórtola torpemente, deseando que hubiera algo más que pudiera decir para aliviar el dolor de su compañero de clan. "Tiene suerte de tener un compañero de camada tan fantástico".

Látigo Abejorro parpadeó, sus ojos brillaban. "Gracias, Ala de Tórtola".

Ajenjo y Pardalo de Clan del Río se acercaron, agachando la cabeza mientras se acercaban. "¿Cómo van las presa en el Clan del Trueno?" Preguntó Ajenjo.

Ala de Tórtola retrocedió un paso cuando Látigo Abejorro respondió, y miró alrededor del claro a los grupos de gatos. *No estoy buscando a Corazón de Tigre. ¡Para nada!* Dirigiéndose al aliviadero de la isla, se encontró cerca de un arbusto espinoso donde Manto Trenzado y Oreja Partida estaban compartiendo lenguas con Amapola.

"...nunca había visto heridas como esas, fuera de una batalla", maullaba Manto Trenzado.

"Pobre Hormiguero", murmuró Amapola. “Lo conocí en la última Asamblea, y parecía un gato joven muy prometedor. ¿Cómo llegó a ser herido?”

Oreja Partida negó con la cabeza. “Ningún gato lo sabe y Hormiguero no está en condiciones de decírnoslo. Sin embargo, debe haber sido un perro. Las heridas no se están curando y está muy enfermo".

La voz de Manto Trenzado se calló cuando agregó: "Vuelo de Azor no espera que se recupere".

Pobre Clan del Viento, pensó Ala de Tórtola con simpatía. *Me alegro de que no veamos muchos perros en el territorio del Clan del Trueno.*

Sus voces se apagaron detrás de ella mientras se abría paso entre los arbustos hacia el aliviadero. Cuando terminó de aliviarse y raspó tierra sobre ello, escuchó el maullido de Zarzoso.

“¡Clan del Trueno! Es tiempo de irnos."

Saliendo a través de los arbustos, Ala de Tórtola divisó una sombra en su camino; mientras se acercaba, Corazón de Tigre se adelantó para interrumpirla.

"Tenemos que hablar", maulló.

"No tenemos nada más que decirnos", siseó Ala de Tórtola.

"¡Por favor!" Los ojos ambarinos de Corazón de Tigre estaban muy abiertos y angustiados. "No te usé, te prometo que no lo hice. Bien, le conté a Estrella Negra sobre las hierbas de Glayo, pero eso no cambia lo que siento por ti". Hizo una pausa y agregó en voz más baja: "Lo que todavía siento por ti".

Ala de Tórtola clavó sus garras delanteras en el suelo. La agitación hormigueo bajo su pelaje, una terrible tentación de ceder a Corazón de Tigre y creer lo que le estaba diciendo. "No podemos hablar de esto ahora", respondió a la defensiva. "No cuando cualquier gato podía oírnos".

"Entonces reúnete conmigo en donde siempre", la instó Corazón de Tigre.

"No. Corazón de Tigre, no me queda ningún sentimiento por ti". El corazón de Ala de Tórtola estaba apesadumbrado mientras mentía.

La ira brilló en los ojos del gato del Clan de la Sombra. "¿Tu hermana ha estado diciendo cosas sobre mí?"

La conmoción crujió a través de Ala de Tórtola. "¿Cómo qué?"

"No importa. Pero tal vez no conoces a tu hermana tan bien como crees".

Ala de Tórtola lo miró fijamente. *No puede querer decir que Charca de Hiedra está entrenando en el Bosque Oscuro. Corazón de Tigre sabe que yo lo sé.*

De repente, Corazón de Tigre se acercó a ella, de modo que su aroma familiar la inundó. "Charca de Hiedra no es la gata que crees que es", murmuró.

Y no soy la gata que crees que soy. Ala de Tórtola quería pronunciar las palabras en voz alta, pero de alguna manera la gentileza de Corazón de Tigre la asustó. *¡Es como si me tuviera lástima y quisiera ayudarme!*

Para su alivio, otro aullido de Zarzoso irrumpió en su conversación, convocando a los gatos del Clan del Trueno a juntarse.

"Tengo que irme", maulló Ala de Tórtola. "Y no quiero escuchar otra palabra tuya".

Corazón de Tigre no protestó, sólo bajó la cabeza mientras ella se alejaba. Pero a pesar de que se había escapado de él, Ala de Tórtola sintió como si hubiera dejado atrás la mitad de sí misma.

¿Por qué no puedo sacarlo de mi mente?

En el camino de regreso de la Asamblea Ala de Tórtola notó que Látigo Abejorro caminaba junto a ella, un poco más cerca de lo habitual. Pero el olor de Corazón de Tigre todavía la envolvía; todavía parecía ver sus ojos ambarinos clavados en los de ella y escuchar el calor de su maullido.

Ella saltó cuando se dio cuenta de que Látigo Abejorro estaba diciendo algo.

"¿Qué?" Ella chasqueó.

Látigo Abejorro parpadeó. "Yo... sólo dije que espero que Charca de Hiedra pueda estar con nosotros la próxima vez".

"Perdón." Ala de Tórtola intentó empujar a Corazón de Tigre al fondo de su mente. "No quise sonar aguda. Supongo que estoy cansada".

Látigo Abejorro asintió. "También yo."

Aceleró el paso hasta que alcanzó a Bayo y Ratonero. Ala de Tórtola caminó en silencio durante unos momentos, hasta que se dio cuenta de que Flores Caídas había ocupado el lugar de su hermano a su lado.

"Sabes, has robado el corazón de mi hermano", murmuró la joven guerrera carey. Su tono era burlón, pero la mirada que dirigió a Ala de Tórtola era seria.

Sonaba como si hubiera una advertencia en sus palabras. "¿Látigo Abejorro? ¡No es en serio!" Cuando Flores Caídas no respondió, Ala de Tórtola agregó: "Honestamente, estoy segura de que no piensa en mí de esa manera".

Para su alivio, Flores Caídas pareció aceptar lo que dijo. "Es genial que seas guerrera ahora", continuó. "¡Podemos ir a patrullar juntas, y todo tipo de cosas!" Sus ojos se abrieron, reflejando la luz de la luna. "No sé cómo los solitarios y proscritos se las arreglan solos, ¿Verdad, Ala de Tórtola?"

"No, ser guerrera es genial", respondió Ala de Tórtola, pero su corazón no estaba en sus palabras. Deseó poder sentir el mismo entusiasmo que Flores Caídas.

¿Qué estaba tratando de decirme Corazón de Tigre? ¿Qué podría estar escondiendo Charca de Hiedra?

Incluso antes de que Ala de Tórtola se deslizara en su guarida, pudo escuchar a su hermana lloriquear. Charca de Hiedra se retorcía en su cama de helechos, su cola se azotaba de lado a lado. Ala de Tórtola se agachó en el lecho junto a ella y le dio una suave sacudida en el hombro.

"¡Oye, Charca de Hiedra, despierta!"

Charca de Hiedra se sobresaltó, parpadeó y luego se puso de pie, con los ojos muy abiertos y las garras fuera. "¿Qué? ¿Qué pasa?"

"Está bien", murmuró Ala de Tórtola, aunque la ansiedad le picaba en todos los pelos de su manta. "Soy sólo yo. ¿Estuviste de nuevo en el Bosque Oscuro?

Charca de Hiedra negó con la cabeza. "No, sólo soñando." Se sentó en su lecho y comenzó a peinarse. "¿Cómo estuvo la Asamblea?"

Ala de Tórtola se encogió de hombros. "No te perdiste mucho. Ninguno de los líderes tenía nada inusual que informar".

"Estrella de Fuego debe haber anunciado que ahora somos guerreras", maulló Charca de Hiedra.

"¡Lo hizo! Y muchos gatos lamentaron que no pudieras estar allí. El Clan del Viento y el Clan del Río también tienen nuevos guerreros", informó Ala de Tórtola. "Oh, y creo que el Clan del Viento debe estar teniendo problemas con los perros. Estrella de Bigotes no lo anunció, pero escuché a un par de sus veteranos decir que un perro había atacado a Hormiguero".

"¡Hormiguero!" Charca de Hiedra se congeló. "¿Qué más dijeron?"

Ala de Tórtola parpadeó. ¡Oh, por el Clan Estelar, no me digas que está enamorada de un guerrero del Clan del Viento!

"¡Dime!" Insistió Charca de Hiedra.

"No estaba prestando mucha atención", admitió Ala de Tórtola. "No me estaban hablando a mí. Dijeron que... Hormiguero estaba demasiado herido para contarles lo que pasó, y Vuelo de Azor no pensaba que pudiera recuperarse".

"¡Oh, no!" Charca de Hiedra dejó escapar un lamento horrorizado. "¡Todo es mi culpa!"

"¿Qué quieres decir?" Pero incluso mientras hacía la pregunta, Ala de Tórtola comenzaba a comprender. "Esto tiene algo que ver con el Bosque Oscuro, ¿No?"

Charca de Hiedra asintió. Sus garras arañaron en los helechos de su cama durante un par de segundos antes de que comenzara a hablar. "Garra de Cardo nos estaba entrenando a Hormiguero y a mí", maulló en voz baja. "Estábamos peleando como lo haríamos tú y yo, practicando los movimientos, pero sin tratar de lastimarnos el uno al otro. Cuando resbalé, Hormiguero esperó a que me levantara". Ella tragó. "Pero eso hizo que Garra de Cardo llamara a Hormiguero cobarde, y siguió burlándose de él y del Clan del Viento hasta que Hormiguero lo atacó. Garra de Cardo acaba de destrozarlo. Creo que lo habría matado, pero le dije a Hormiguero que se despertara y desapareció hacia el Clan del Viento."

"Entonces no fue tu culpa", declaró Ala de Tórtola. Intentaba reprimir el horror que sentía, pero los escalofríos la recorrieron como si acabaran de sumergirla en agua helada. "Charca de Hiedra, estás en verdadero peligro", maulló. "Tienes que decirles a Leonado y Glayo que ya no puedes espiar para ellos".

"¡No me voy a rendir ahora!" Charca de Hiedra protestó. "Estoy tan cerca de saber cuándo será la batalla. Arce Sombrío es una gata muy vieja del Bosque Oscuro, y todos los demás parecen tenerle miedo, incluso Estrella de Tigre, y bueno, Arce Sombrío se está interesando especialmente en mí. ¡Ella confía en mí ahora y estoy muy cerca de la verdad!"

Ala de Tórtola pensó que Arce Sombrío sonaba como la última gata que le gustaría que se interesara por ella. En cambio, murmuró: "No diré nada todavía, lo prometo. ¿Por qué no duermes un poco más? No amanecerá en un rato".

Charca de Hiedra estiró las mandíbulas en un enorme bostezo. "Creo que lo haré." Se acurrucó entre los helechos y cerró los ojos; pronto, su respiración regular le dijo a Ala de Tórtola que estaba dormida.

Tumbada junto a su hermana, Ala de Tórtola no podía descansar. La historia de su hermana y el descubrimiento de que otro guerrero estaba siendo entrenado en el Bosque Oscuro, zumbó

en su cabeza como un enjambre de abejas. *Cualquier gato en la Asamblea podría ser leal al Bosque Oscuro.*

Incluso algunos de nuestros compañeros de clan...

Ala de Tórtola suspiró y se preguntó si volvería a estar segura de algo.

7

Cuando Glayo emergió de la barrera de espinos, localizó a Estrella de Fuego dirigiéndose a su guarida, al lado de Tormenta de Arena. Aunque Glayo estaba cansado, sabía que tenía que hablar con el líder de su Clan ahora mismo. Había gastado demasiado tiempo preguntándose qué podría decir para qué Estrella de Fuego aceptara otro viaje. Corrió hacia adelante y alcanzó a Estrella de Fuego en la parte inferior de las rocas caídas.

"Estrella de Fuego, necesito hablar contigo", llamó.

Pudo sentir la sorpresa de su líder. "¿Ahora? ¿No puedes esperar hasta mañana?"

"No."

Estrella de Fuego vaciló por un latido, luego respondió, "Está bien. Ven a mi guarida."

"Iré a ver a Rosella y sus cachorros", maulló Tormenta de Arena con tacto. "Anoche tuvieron dolor de estómago por comer demasiada ardilla".

"Les di menta acuática", maulló Glayo tras ella mientras caminaba hacia la maternidad. "Llámame si necesitan más".

Estrella de Fuego ya estaba trepando por las rocas; Glayo lo siguió, con cuidado de que su pelaje no rozara el acantilado para que no se acercara demasiado al borde del camino.

"¿Qué es tan urgente que no puede esperar?" La voz de Estrella de Fuego vino de su lecho en la parte trasera de su guarida.

Glayo se deslizó dentro para unirse a él. "Tengo que ir a las montañas" anunció él. "Me han convocado". "¿El Clan Estelar?"

"No, otro gato".

"¿Uh?" Curiosidad irradiaba de Estrella de Fuego; Glayo podía sentirla como si estuviera sentado en un rayo de sol. "¿Qué otro gato?"

"Eso es... algo difícil de explicar", confesó Glayo. ¿El líder del Clan del Trueno creería que había podido hablar con un gato antiguo? "Pero no es algo que pueda ignorar".

Estrella de Fuego dejó escapar un suspiro de exasperación; Glayo imaginó la punta de su cola rojiza temblando. "No podemos seguir ayudando a la Tribu", maulló al último. “El Clan Estelar lo sabe, siento mucha simpatía por ellos, pero tienen su vida y nosotros tenemos la nuestra". "No se trata de ayudar a la Tribu", le dijo Glayo. "Se trata de descubrir algo del pasado que es importante para el futuro. Nuestro futuro, no de la Tribu".

"No podrías ser un poco más inexacto, ¿Verdad?" Las garras de Estrella de Fuego rasparon el piso de la guarida. "Honestamente, Glayo, esperas que yo-"

"Lo siento, Estrella de Fuego", interrumpió Glayo. "Te estoy contando todo lo que puedo. Tienes que confiar en mí debido a la profecía".

"No." Había un tono en la voz de Estrella de Fuego. "Confío en ti porque eres un curandero leal que sirve a su Clan por encima de todo".

Glayo respiró hondo. "Y como un curandero leal, te estoy pidiendo dejarme ir a la Tribu de las Aguas Rápidas, porque creo que está en nuestros mejores intereses."

Estrella de Fuego estaba en silencio, aunque Glayo casi podía oír la confusión de sus pensamientos dando vueltas por la mente de su líder. "Necesitas una escolta", maulló al fin. "Y no estoy feliz de dejar al Clan del Trueno sin sus mejores guerreros o su curandero cuando nos estamos preparando para un ataque."

Aunque el líder del Clan del Trueno no mencionó el Bosque Oscuro, Glayo sabía que ahí era donde estaban sus pensamientos. Y tiene razón. *¡Pero tengo que hacer esto!* "¿Estás seguro de que este gato no está tratando de engañarte?" Añadió Estrella de Fuego.

Glayo negó con la cabeza. "Estoy seguro." *Pedrusco es el último gato que estaría involucrado en una trampa del Bosque Oscuro*. "Confío en el gato que me dio este mensaje”, continuó. “No está interesado en nuestras batallas. A él no le importa quién gana. Él sólo sabe que este es nuestro destino y tiene que hacerlo ocurrir."

"Muy bien", maulló Estrella de Fuego. "Puedes ir. Y elegiré algunos guerreros para que te acompañen, pero no puedes llevar a Leonado".

"¿Qué?" La sensación de triunfo de Glayo fue absorbida por la indignación.

“Pero Leonado tiene que ir. ¡Es uno de los tres!"

"Puedes llevar a Ala de Tórtola". El tono de Estrella de Fuego era intransigente. "Pero Leonado se queda aquí. Es nuestro mayor activo en una batalla. Y tú no vas a las montañas a pelear, ¿Verdad?

"¿Cómo lo sabemos?" Glayo murmuró enojado. Era consciente de que no tenía sentido tratar de discutir cuando el líder del Clan del Trueno había tomado una decisión.

"Está bien", maulló en voz alta. "Pero no me gusta esto."

"Ningún gato te está pidiendo que te guste", respondió Estrella de Fuego. "Puedes llevar a Ala de Tórtola, como dije, y... veamos... Salto de Raposo y Esquiruela".

"¡Esquiruela!" Glayo no quería viajar con la gata que le había mentido a él y a sus compañeros de camada temporada tras temporada, la gata que había creído que era su madre.

"No me importa lo que pienses sobre las acciones de Esquiruela en el pasado", Estrella de Fuego gruñó como si pudiera leer la mente de Glayo. "Lo que hecho, hecho está. Conoce las montañas mejor que cualquiera de nosotros y tiene amigos en la tribu."

Glayo bajó la cabeza. "Está bien, Estrella de Fuego". Él suspiró.

"Y mientras estás fuera", continuó Estrella de Fuego, "Le pediré a Hojarasca Acuática que intervenga como curandera. Por si hay alguna emergencia. Si hay una batalla necesitaremos sus patas entrenadas".

Glayo sintió que el pelaje de su cuello se erizaba ante la mención de la otra gata que lo había traicionado a él y a sus compañeros de camada. *Sí, claro... como si el Clan Estelar volviera a hablar con Hojarasca Acuática, después de lo que hizo.*

Pero podía ver el sentido de hacer uso del vasto conocimiento de curación de Hojarasca Acuática, por lo que respondió con un breve asentimiento. "Luz de Garbeña ha tenido algún entrenamiento también", señaló.

"Cierto. Entonces eso está decidido". Estrella de Fuego todavía no sonaba feliz, pero Glayo sabía que no se retractaría de lo que había acordado. "Puedes irte en la mañana."

Cuando Glayo llegó al fondo de las rocas caídas, Leonado caminó hacia él; Glayo recogió su curiosidad mezclada con emoción. *No te va a gustar esto*, pensó. "Estás despierto tarde", comentó en voz alta.

"Vi un agujero en la barrera cerca del túnel del aliviadero, así que fui a arreglarlo", explicó Leonado. "No hay nada de qué preocuparse", agregó. "Sólo algunas ramas sueltas. No hay señales de que algún gato haya intentado entrar".

Glayo asintió. Hace una luna o dos, la idea de que cualquier gato intentara irrumpir en el campamento del Clan del Trueno, en lo profundo de su territorio, habría sido impensable. Ahora las relaciones entre los clanes eran tan tensas que era demasiado posible.

"¿Has estado hablando con Estrella de Fuego?" Leonado preguntó con entusiasmo. "¿Cuándo partimos hacia las montañas?"

"No es así", respondió Glayo, preparándose para la decepción de su hermano.

"¿Qué?"

"Lo siento, pero Estrella de Fuego dice que te necesita aquí. Si hay una batalla con los gatos del Bosque Oscuro, entonces eres el guerrero más fuerte que tenemos".

"¡Pero yo soy uno de los tres!" Glayo escuchó las garras de su hermano rastrillar furiosamente la tierra y se imaginó el pelaje dorado de su cuello erizado de ira. "Seguramente, ¿Yo también tengo que ir a las montañas?"

"Desearía pudieras, pero... bueno, creo que Estrella de Fuego tiene razón". Glayo extendió la cola para tocar Leonado en su hombro. "Si los gatos del Bosque Oscuro atacan, eres la mejor defensa que tiene el Clan del Trueno".

Leonado resopló. "Entonces, ¿Quién va contigo? Ala de Tórtola, espero".

"Sí, también Salto de Raposo y Esquiruela".

Leonado se quedó en silencio por un momento. Glayo sabía que su hermano entendería lo reacio que estaba a viajar con la gata que había fingido ser su madre. Pero todo lo que Leonado dijo fue "Le daré a Salto de Raposo un entrenamiento adicional".

"No hay tiempo", le dijo Glayo. "Salimos por la mañana".

Mientras hablaba sintió un escalofrío repentino; el viento se arremolinaba alrededor de la hondonada, haciendo que sus ojos se humedecieran y aplastando su pelaje a los lados. Escuchó el ruido de las ramas en lo alto cuando el choque agitó los árboles en la cima de los acantilados.

"Nubes cruzan la luna..." murmuró Leonado.

¿Podría ser un presagio? Glayo se preguntó, reprimiendo un escalofrío.

"El tiempo se nos acaba a todos".

Glayo regresó a su guarida. Le dolían los músculos por el cansancio, pero sabía que aún no podía dormir. Verificando a Luz de Garbeña, quien estaba pacíficamente acurrucada en su lecho, se dirigió a la hendidura en la roca donde guardaba su suministro de hierbas. Desde que recibió el mensaje de Pedrusco, había reunido todo lo que pudo en preparación para el momento en que estaría fuera.

"Son un montón de bayas de enebro", murmuró, identificando cada hierba por su aroma y tacto. Sus provisiones eran escasas, pero al menos tenía más que en la anterior luna. "Quedó algo de hierbabuena... el tanaceto está un poco bajo... y mucha milenrama". Recordó el manojo de milenrama que había quedado fuera del campamento; nunca había identificado al gato que lo había encontrado. *Sea quien sea, tiene buen olfato para las hierbas.*

Seleccionó con cuidado acedera, margarita, manzanilla y pimpinela, las hierbas viajeras que él y sus compañeros de clan necesitarían para el viaje, e hizo cuatro envolturas de hojas para la mañana. Luego miró a Luz de Garbeña una vez más. Estaba profundamente dormida, agotada por los nuevos ejercicios que le había dado.

Sabiendo lo importante que era para él descansar un poco antes de partir, tropezó con su lecho y se acurrucó, envolviendo su cola sobre su nariz.

Al instante, al parecer, abrió los ojos y se dio cuenta de que estaba en el Clan Estelar. Estaba tendido en la hierba alta a la orilla de un arroyo que borboteaba sobre piedras. El agua reflejaba la luz roja; Glayo miró hacia arriba para ver el cielo manchado con barras de escarlata mientras el sol se ponía en un resplandor brillante. A su alrededor, las sombras del atardecer se estaban acumulando, y un viento helado susurró a través de la hierba y agitó la superficie del arroyo. Cuando Glayo se puso de pie y miró a su alrededor, un grupo de helechos cercano se estremeció y un gato emergió al aire libre. Glayo estudió el pelaje gris desordenado y apelmazado y los dientes desgarrados.

“Fauces Amarillas,” la saludó.

"Te he estado esperando", dijo con voz ronca Fauces Amarillas. "¿Qué son esas tonterías de ir a las montañas?"

Glayo levantó las orejas con sorpresa. “¿Sabes sobre eso? ¿Pedrusco también te habló?”

Fauces Amarillas soltó un bufido de disgusto. "Él no le habla mucho a ningún gato".

Glayo se preguntó cuánto sabía la antigua curandera sobre Pedrusco. "¿Crees que no debería ir?"

"Creo que es un plan de cerebros de ratón", respondió Fauces Amarillas, mostrando los dientes. “El Bosque Oscuro está aumentando. Deberías quedarte en el Clan del Trueno y proteger a tus compañeros de clan".

"La Tribu de las Aguas Rápidas está vinculada al destino de los Clanes", argumentó Glayo.

"Esa no es tu responsabilidad", espetó Fauces Amarillas.

"Pero, ¿Qué pasa si lo es?" Insistió Glayo. Fauces Amarillas podría cambiar su opinión si supiera que Glayo había viajado a la época de los gatos antiguos que una vez vivieron junto al lago. *Pero ella no lo sabe y no se lo voy a decir. Todavía no. Aquí no.*

Fauces Amarillas dejó escapar un suspiro. "Ven, camina conmigo", maulló, abandonando la discusión.

Glayo se apoyó en su hombro mientras lo conducía a lo largo de la orilla del arroyo junto a gruesos matas de helechos y hierbas. Glayo aspiró sus aromas, tratando de identificar a cada una, y deseando con todo su corazón poder llevarse algunas de ellas al Clan del Trueno.

Consuelda... celidonia... caléndula. ¡Y yo estoy tratando de trabajar con algunas hojas secas!

Otros gatos rozaban la maleza, agachando la cabeza al pasar. Algunos de ellos parecían fuertes, sus colores eran tan vívidos como si todavía estuvieran vivos. Otros estaban pálidos, como volutas de vapor, como si la próxima brisa fuerte los llevara a la nada. Glayo vio a Corazón de León y Tormenta Blanca del Clan del Trueno, compartiendo lenguas a la sombra de un arbusto mayor. Una hermosa gata blanca, desconocida para Glayo, estaba con ellos, y una pequeña gatita jugueteaba alrededor de sus patas. Le hubiera gustado detenerse y hablar, pero Fauces Amarillas siguió adelante con nada más que un movimiento de cabeza.

Estrella Doblada, el exlíder del Clan del Río, estaba sentado junto al arroyo, mirando hacia el agua. Mientras Glayo miraba, sacó una pata y enganchó un reluciente pez plateado. Aleteó impotente en la orilla hasta que Estrella Doblada lo mató de un solo mordisco.

"Buena captura", comentó Fauces Amarillas.

"¿Vienes y compartimos?" la invitó Estrella Doblada.

"Quizás más tarde." Fauces Amarillas no miró hacia atrás.

Un poco más adelante, Glayo vio a Cascarón, el viejo curandero del Clan del Viento; su corazón dio un salto de pena cuando vio que el gato que lo acompañaba era Cola Roso. Se pararon junto a un grupo de tomillo; Cascarón estaba señalando algo al gato más joven.

"¡Hey, Glayo, ven y únete a nosotros!" Llamó Cola Roso.

Las patas de Glayo lo tiraban hacia los medicinales, pero Fauces Amarillas dejó escapar un siseo molesto y tuvo que seguirla. "¡Perdón!" respondió. "En otro momento."

Mientras se volvía para seguir a Fauces Amarillas, Glayo vio un gato gris corriendo rápidamente entre los árboles. Se detuvo, mirando; como si fuera consciente de su mirada, el otro gato se detuvo y miró por encima del hombro, devolviéndole la mirada a Glayo con ardientes ojos azules. Luego se volvió y siguió corriendo, desapareciendo detrás de un grupo de árboles jóvenes de avellana.

"¡Cenizo!" Glayo exclamó, dándose la vuelta para enfrentarse a Fauces Amarillas.

Sintió frío hasta la punta de sus garras. "¿Él está aquí?"

"¿Por qué no?" La voz de la vieja gata era firme. "Su único error fue amar demasiado".

Glayo soltó un bufido de incredulidad. "Difícilmente. ¡Trató de empujarnos por un acantilado!"

"Pero no lo hizo", señaló Fauces Amarillas. "Esquiruela lo detuvo, y tal vez su único error sea que ella también amaba demasiado".

"¿Qué quieres decir?"

Fauces Amarillas se encogió de hombros. “Resuélvalo tú mismo, cerebro de ratón. Y muévete. No tengo todo el día".

Con un suspiro de exasperación, Glayo la siguió por un camino sinuoso que trepaba entre los árboles hasta que emergieron al pie de una colina cubierta de hierba.

Fauces Amarillas subió la pendiente y esperó a que Glayo se uniera a ella, jadeando, en la cima.

"Necesitas más ejercicio", comentó, dándole un empujón con una pata.

"He estado de pie toda la noche", respondió Glayo. “Puede que los gatos del Clan Estelar no se cansen, pero yo sí. ¿Qué estamos haciendo aquí, de todos modos?”

"Sólo mira." Fauces Amarillas agitó su cola en la escena debajo de ellos.

Glayo miró por encima de las copas de los árboles. El bosque del Clan Estelar parecía abierto y acogedor, salpicado de claros y árboles de colores más claros, y atravesado por un río resplandeciente. Los gatos jugaban en los bajíos, arrojaban agua y se salpicaban unos a otros con las gotas brillantes. Glayo reconoció los fuertes cuerpos y los elegantes pelajes del Clan del Río.

"Hermoso, ¿No?" Fauces Amarillas pidió después de unos momentos.

"Sí", susurró Glayo.

La vieja curandera se acercó tanto a él que sus pelajes se rozaron.

"Todo esto depende de ti, Glayo", maulló. "No sólo estás protegiendo al Clan del Trueno ahora, sino a todos los clanes, incluido este".

¿Yo? Glayo quería gemir en voz alta como un cachorro perdido, pero se obligó a quedarse quieto, mirando a través del paisaje pacífico. "No quieres que vaya a las montañas porque tienes miedo de lo que pasará con los clanes".

La vieja gata inclinó la cabeza. "A veces, la elección correcta puede ser la más difícil", dijo con voz ronca.

Las escenas pasaron por la mente de Glayo, y se dio cuenta de que estaba viendo sus recuerdos: Una Fauces Amarillas más joven, amamantando a un gatito atigrado marrón oscuro; luego el mismo cachorro, lo suficientemente grande ahora para ser un aprendiz, luchando salvajemente con una joven gata negra; luego un musculoso y adulto, acariciando helechos con un maullido aterrorizado en las mandíbulas; ahora mayor, con los ojos cegados y llenos de cicatrices, agachado contra una barrera espinosa con un Manto Polvoroso mucho más joven protegiéndolo. Por último, la propia Fauces Amarillas, lanzando miradas al gato oscuro y enganchando una mora escarlata en una garra.

Glayo se estremeció. *La vida de Fauces Amarillas fue muy dura*, pero la enfrentó con coraje.

"Lo siento", maulló suavemente. “Entiendo cómo te sientes, pero tengo que ir a las montañas. Es justo lo que debo hacer. Volveré, lo prometo".

Fauces Amarillas no respondió, sólo lo miró con ojos asustados y tristes cuando comenzó a desaparecer de la vista de Glayo. Su pelaje gris pareció fundirse en una enorme sombra, mientras la última luz dejaba el cielo sobre el bosque del Clan Estelar. Cuando la oscuridad se tragó la visión de Glayo, parpadeó, abrió los ojos y descubrió que estaba en su guarida, con la fronda de helechos de su lecho haciéndole cosquillas en la nariz.

Estornudando, Glayo se sentó. Una fuerte brisa del amanecer le revolvió el pelaje y pudo oír el sonido de los gatos que se levantaban temprano comenzando a moverse por el claro. Luz de Garbeña también se movía; Glayo se puso de pie y se acercó a ella.

"Estoy tan cansada", se quejó, sus palabras eran amortiguadas por un enorme bostezo. "¿Tengo que hacer mis ejercicios hoy?"

"¡Por supuesto que sí! ¡No te puedes perder un solo día!"

"Bien." Luz de Garbeña parecía sorprendida de que fuera tan vehemente. "Déjame despertarme un poco primero".

Glayo la oyó ponerse de pie en su lecho y empezar a peinarse. "Luz de Garbeña, hay algo que tengo que decirte", maulló más silenciosamente. "Tengo que irme por un tiempo".

"¡No!" Luz de Garbeña dejó de acicalarse; su voz estaba aterrorizada. "¡No puedes!"

"Tengo que hacerlo", repitió Glayo. "Pero no será por mucho tiempo, lo prometo. Centella y Mili te cuidarán muy bien".

"No es lo mismo", susurró Luz de Garbeña. "¿Y si…?"

Su voz se apagó. Glayo entendió muy bien lo que la asustaba demasiado como para preguntar. "No iría si pensara que vas a morir", maulló sin rodeos.

Podía sentir que Luz de Garbeña se relajaba un poco. "Es por eso que me has dado todos estos nuevos ejercicios", murmuró. "Los haré, lo prometo".

"Bien." Glayo le tocó la oreja con la nariz. "Mira, he hecho envoltorios de cuatro hojas de hierbas viajeras, están en la entrada del almacén. Muestra a los otros gatos dónde están cuando los envíe”.

"Entendido."

Dejándola para que comenzara sus ejercicios, Glayo pasó junto a las zarzas y se dirigió al claro. Flores Caídas pasaba apresuradamente junto a él en su camino para unirse a una patrulla; Glayo la miró con la cola.

"¿Has visto Salto de Raposo?"

"Sí, todavía está en la guarida de los guerreros", respondió la joven carey. “Duerme como un erizo muerto. No está en la patrulla matutina".

"Búscalo por mí, ¿Quieres?"

"Pero yo estoy..." Flores Caídas comenzó a protestar, luego suspiró. "Bien."

Glayo la escuchó alejarse. Unos momentos más tarde, Salto de Raposo se acercó a él, bostezando ampliamente. “¿Qué pasa, Glayo? Pensé que dormiría bien después de la Asamblea".

Sí, ¿No sería eso bonito? "Te vas de viaje", anunció Glayo.

"¿De viaje?" Salto de Raposo de repente sonó completamente despierto. "¿A dónde?"

"A las montañas."

"¿En verdad? ¿Yo?" La emoción hizo temblar la voz de Salto de Raposo y dio un pequeño salto de anticipación. “¿Quieres decir que puedo conocer a la Tribu de las Aguas Rápidas, como los gatos que hicieron el Gran Viaje? ¡Wow! Te prometo que te protegeré, Glayo. Seré el mejor guerrero que puedas imaginar. Me quedaré de guardia toda la noche y..."

"No hay necesidad de exagerar", murmuró Glayo, reprimiendo una pequeña mueca de diversión. "He hecho algunas envolturas de hojas de hierbas viajeras en mi guarida", continuó. "Luz de Garbeña te mostrará dónde están".

"¿Quieres decir que nos vamos ahora mismo?" Salto de Raposo sonaba como si estuviera a punto de estallar de emoción. Al asentimiento de Glayo, se dirigió hacia la guarida del curandero.

El olor de Estrella de Fuego se deslizó sobre Glayo mientras el líder del Clan se acercaba. "Veo que le has dicho a Salto de Raposo", maulló. "¿Qué hay de Esquiruela y Ala de Tórtola?" "No las he visto todavía".

Estrella de Fuego hizo una pausa, luego gritó, “¡Oye, Esquiruela! Ven aquí un momento".

"Estoy a punto de liderar la patrulla del amanecer". La voz de Esquiruela venía de la dirección de la barrera de espinas.

"No, la harás", la corrigió Estrella de Fuego.

"¿De qué se trata todo esto?" Esquiruela saltó.

"Glayo tuvo un presagio", comenzó Estrella de Fuego. Explicó cómo quería que ella fuera con Glayo en un viaje a las montañas.

"¡Genial!" El entusiasmo de Esquiruela se desbordó. "Estaré encantada de liderar la patrulla, Estrella de Fuego. Será una oportunidad para ponerme al día con mis amigos de la Tribu. ¡No puedo esperar a ver Borrascoso y Rivera de nuevo!"

¿Y quién dijo que estabas al mando de la patrulla? Glayo se preguntó a sí mismo con amargura. Pero no pudo decir nada en voz alta: Esquiruela fue la gata mayor elegida y, con mucho, la más experimentada en las montañas. Tenía sentido que ella tomara la iniciativa.

"¿Quién más va a ir?" Preguntó Esquiruela. "Leonado, supongo, y..."

"No, Leonado se queda aquí", interrumpió Estrella de Fuego. "No lo necesitas, porque no vas a pelear. El presagio de Glayo no le dio ninguna razón para esperar problemas".

"Hmm..." Esquiruela sonó sorprendida, y no demasiado complacida. “Supongo que tú lo sabes mejor. Pero espero que no quieran que Glayo y yo recorramos todo ese camino solos".

"No", le dijo Estrella de Fuego. "Salto de Raposo va contigo y Ala de Tórtola".

"¿Qué? ¡Yo!"

Glayo saltó cuando un chillido emocionado sonó detrás de él. Más gatos comenzaban a reunirse para escuchar lo que estaba pasando, y él no se había dado cuenta de que Ala de Tórtola se acercaba. Se volvió y explicó rápidamente lo que se había decidido.

"¡Eso es tan genial!" Exclamó Ala de Tórtola. “¡He escuchado tantas historias sobre las montañas, y ahora realmente voy a ir allí! ¿Charca de Hiedra también puede venir?”

"No", respondió Glayo. *¡Gran Clan Estelar, cualquier gato pensaría que esas dos estaban unidas por la cola!*

"¿Por qué no?" Ala de Tórtola siseó cerca de su oído. "¿No confías en ella?"

"Ese no es el problema en absoluto", respondió Glayo con los dientes apretados.

“Y no podemos discutirlo ahora, no frente a todos los gatos. Somos sólo nosotros cuatro y eso es todo".

"Bien." La decepción de Ala de Tórtola hizo que su voz fuera amarga.

"Vamos", maulló Glayo enérgicamente. "He preparado hierbas viajeras para todos nosotros. Vamos a buscarlas".

"¿Quieres decir que nos vamos ahora mismo?" Preguntó Esquiruela, asombrada.

"No hay nada que esperar", comenzó Estrella de Fuego.

“¡Oye, Esquiruela! ¡Ala de Tórtola!" La voz de Zarzoso atravesó la de Estrella de Fuego cuando el lugarteniente se acercó saltando. "¿Por qué no te has unido a tus patrullas? ¿Y por qué todos los gatos están parados aquí?”

Fue Esquiruela quien respondió. “Estrella de Fuego nos está enviando a las montañas. Glayo ha tenido un presagio".

"Ya veo." La voz de Zarzoso era tranquila. "Estrella de Fuego, espero que no envíes demasiados gatos. Es posible que todos nuestros guerreros sean necesarios aquí".

"No, sólo estos tres y Salto de Raposo", respondió Estrella de Fuego.

"Zarzoso, ¿Tienes algún mensaje para la Tribu?" Esquiruela preguntó vacilante. "Podría saludar a Borrascoso y Rivera de tu parte".

Glayo escuchó algo más debajo de sus palabras, algo que no se atrevió a pedir en voz alta. *Quiere que Zarzoso le desee suerte o le diga que tenga cuidado... cualquier cosa que demuestre que todavía se preocupa por ella*. Pero todo lo que Zarzoso dijo fue “Seguro. Diles que los echamos de menos en el Clan del Trueno".

Glayo casi pudo saborear la decepción de Esquiruela.

Zarzoso no parece sentir nada. ¿Ha olvidado que alguna vez pensó que era nuestro padre?

Varios gatos los rodeaban ahora, haciendo preguntas con entusiasmo. Las patrullas del amanecer no se habían ido y más guerreros se abrían paso entre las ramas de su guarida.

"¿De qué se trata todo el alboroto?" Preguntó Manto Polvoroso con irritación. "¿No puede un gato pegar ojo por aquí?"

"¿Ir a las montañas?" Esa era la voz de Carbonera, llena de anhelo. “Oh, desearía ir. Me lo puedo imaginar... picos desnudos, el cielo azul interminable con águilas volando como motas en el aire, y el agua tan fría y clara..."

Glayo parpadeó ante la vívida imagen que sus palabras llamaron. *Por supuesto, Carbonera lo ha visto*, pensó. *Ella simplemente no sabe que está recordando.*

"Recuerdo haber cazado con la Tribu", maulló Nimbo Blanco. “Cuando pasamos por allí en el Gran Viaje. Me gustaría volver a cazar águilas".

"Yo también", coincidió Tormenta de Arena. "Leonado, ¡Tienes tanta suerte!"

"No voy a ir", respondió Leonado, todavía sonando descontento. "Estrella de Fuego quiere que me quede aquí y ayude a proteger el campamento".

"Oh, mala suerte", simpatizó Tormenta de Arena.

Las fosas nasales de Glayo se crisparon ante el aroma de las hierbas cuando Salto de Raposo regresó al grupo. Se pasaba la lengua por las mandíbulas una y otra vez. "¿Por qué las hierbas viajeras tienen que saber tan mal?" se quejó él.

Glayo dio un salto cuando una pata lo pinchó en el hombro y captó el olor de Puma. "Así que te vas de viaje de nuevo, jovencito", dijo con voz ronca el viejo solitario. "Ojalá pudiera volver contigo y ver mi antiguo hogar".

Glayo se tensó. *¡Por favor, Clan Estelar, eso no!*

Puma soltó un bufido divertido. “No hay necesidad de parecer tan sorprendido. No creo que mis viejas patas me lleven tan lejos. Eso sí, podría decirte una cosa o dos..."

"No hay tiempo, Puma", interrumpió Glayo. "Nos vamos ahora".

"Oh." Puma vaciló y luego agregó: "Bueno, no te olvides de mantenerte alejado de esa granja donde tus compañeros de camada y ese molesto aprendiz del Clan del Viento se encontraron a los perros".

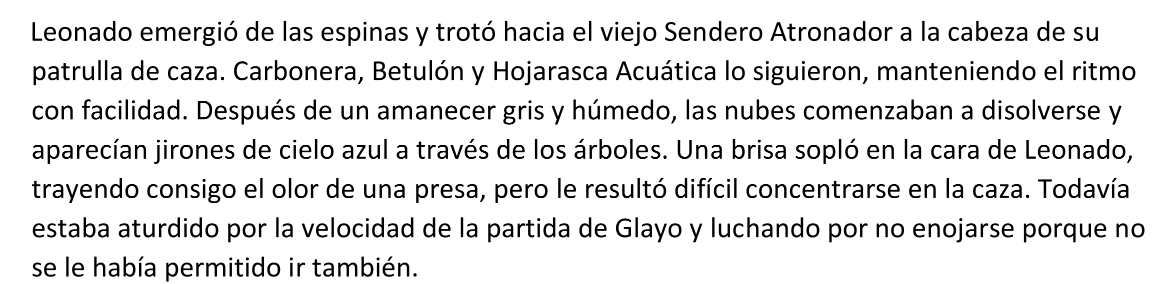
"Lo haremos, Puma, no te preocupes", le aseguró Glayo. Acercándose más a Puma, añadió en voz baja: "Cuida de Musaraña mientras yo no estoy".

"Seguro que lo haré." Glayo escuchó el orgullo en la voz de Puma. "Puedes confiar en mí".

Glayo hizo una seña con su cola a Ala de Tórtola y Esquiruela, y los llevó a su guarida para darles sus hierbas viajeras. Un repentino recelo se apoderó de él mientras lamía las hojas.

¿Estoy haciendo lo correcto al llevar a estos gatos hasta las montañas y dejar al resto de mi Clan vulnerable? ¿Puedo realmente confiar en Pedrusco?





8

Leonado emergió de las espinas y trotó hacia el viejo Sendero Atronador a la cabeza de su patrulla de caza. Carbonera, Betulón y Hojarasca Acuática lo siguieron, manteniendo el ritmo con facilidad. Después de un amanecer gris y húmedo, las nubes comenzaban a disolverse y aparecían jirones de cielo azul a través de los árboles. Una brisa sopló en la cara de Leonado, trayendo consigo el olor de una presa, pero le resultó difícil concentrarse en la caza. Todavía estaba aturdido por la velocidad de la partida de Glayo y luchando por no enojarse porque no se le había permitido ir también.

"Me pregunto por qué Glayo tiene que ir a las montañas", maulló Betulón, saltando para acolchar al lado de Leonado. "¿Te lo dijo?"

"Tuvo un presagio", gruñó Leonado. "No lo olvides, es un curandero".

"Desearía poder haber ido", continuó Betulón con nostalgia. "Yo era sólo un cachorro cuando hicimos el Gran Viaje, ¡Pero fue muy emocionante! Me encantaría volver allí ahora que soy guerrero".

"Supongo que la mayoría del Clan se siente así", comentó Carbonera, uniéndose a ellos. "Sé que sí, aunque no estaba en el viaje".

"Hubo acantilados con caídas eternas", murmuró Betulón, con los ojos nublados por el recuerdo. "Y el viento que casi te quita el pelo, y los pájaros más grandes que he visto..."

No tienes que seguir hablando de eso, pensó Leonado. "Estamos hablando demasiado. Es hora de que empecemos a buscar presas ", les recordó, mientras las paredes del nido de Dos Patas abandonado aparecían a través de los árboles sin hojas. "¿Por qué no nos separamos? Betulón, ve con Hojarasca Acuática, y yo cazaré con Carbonera".

Sintió una punzada de tristeza. Si tan solo pudiera caminar a su lado por algo más que una patrulla matutina. *Durante toda nuestra vida, hasta que vayamos a cazar con el Clan Estelar.*

Betulón llevó a Hojarasca Acuática en dirección al lago, mientras Leonado giró hacia el bosque detrás de la guarida de Dos patas.

"Debes estar preocupado por Glayo", maulló Carbonera mientras se detenían en el borde de los pinos. "Pero recuerda la profecía: No le pasará nada. Es demasiado importante para el destino de los clanes".

Leonado no quería que le recordaran la profecía, especialmente por Carbonera, cuando eso era lo que se había interpuesto entre ellos. "Glayo es un gato normal", argumentó, desesperado porque eso fuera cierto. "Tal como yo."

"¡Pero ustedes no son ordinarios, ninguno de los dos!" Carbonera protestó. "Eres especial y diferente".

Leonado clavó sus garras en la tierra, la ira le tensó cada músculo.

"¿Por qué no puedes ver más allá de esa estúpida profecía al gato que realmente soy?" le espetó a Carbonera. "Lo viste antes, entonces, ¿Qué ha cambiado?"

"Todo", respondió Carbonera. Su voz estaba llena de orgullo y emoción. “Porque nunca supe quién eras en realidad. La profecía es parte de ti, ¡Estaba aquí antes de que nacieras!"

Suena como si no se arrepintiera en absoluto de que ya no estemos juntos. "¿Tú qué tal?" desafió. "¿No importas tú también?"

"Por supuesto que sí." Su entusiasmo disminuyó y Leonado comenzó a sentir el dolor detrás de sus palabras. “Créeme, desearía que no fueras parte de esta profecía. Pero lo eres, y tenemos que vivir con eso".

"Pero-" Leonado trató de interrumpir, pero Carbonera siguió adelante.

"No puedes llevar a tus compañeros de clan a la batalla preocupándote por pareja y cachorros. Eres como un curandero, tu lealtad debe ser para con todo el Clan, por igual".

"Se podría decir eso de cualquier guerrero", replicó Leonado.

"No, porque eres uno de los Tres". Carbonera estiró la cola como si fuera a tocar su hombro, luego la echó hacia atrás en el último momento. “Así son las cosas”. De repente ella se dio la vuelta. "Vamos a cazar".

Leonado la miró impotente. Su corazón estaba lleno de lo que quería decirle, pero las palabras no salían. Además, Carbonera ya había visto un mirlo, y se había agachado en cuclillas del cazador, arrastrándose sobre él con pasos sigilosos. Reprimiendo un suspiro, Leonado comenzó a moverse hacia el otro lado del mirlo, con cuidado de no hacer ningún sonido. El pájaro estaba decidido a picotear el musgo debajo de un árbol, sin darse cuenta de que los gatos se acercaban a él. Cuando Carbonera estuvo a un par de colas de distancia, Leonado dejó escapar un maullido. El mirlo revoloteó alarmado, directo a las garras de Carbonera. Lo golpeó en el aire y le dio un rápido mordisco al cuello.

Leonado se acercó para ver a Carbonera acariciando las flácidas plumas marrones del pájaro con una pata, con sus garras envainadas. "Es una hembra", maulló suavemente. “Mira, tiene musgo en el pico. Debe haberlo estado recogiendo para su nido. Y ahora nunca pondrá sus huevos. Nunca volverá con su pareja".

Leonado parpadeó. No podía entender por qué un guerrero se lamentaría por una pieza de carne fresca. "Fue una buena atrapada", maulló alentadoramente.

"Ese no es el punto." Carbonera seguía mirando al pájaro muerto. "Siempre quise pareja y cachorros", susurró. “Pero no era mi destino. Nunca sentiré el calor de sus pelajes... nunca amamantare... "

"Encontrarás otra pareja", le dijo Leonado, tratando de consolarla a pesar de que le arrancó el corazón. "Todavía puedes tener cachorros".

Carbonera se dio la vuelta para mirarlo con una llama azul en los ojos. "¡No lo entiendes!" siseó. Golpeó tierra con sus garras traseras, enterrando al mirlo. "¡Cazaré sola!" Sin esperar una respuesta de Leonado, corrió hacia los árboles.

Leonado la miró, desconcertado. *¿Qué fue todo eso?* El movimiento captó su atención y miró a su alrededor para ver a Hojarasca Acuática acercándose a él.

¿Cuánto de eso escuchó?

"¿Estás bien?" Hojarasca Acuática preguntó gentilmente mientras se acercaba a él.

Leonado estaba demasiado aturdido para volver a despertar su antiguo rencor contra ella. "En realidad no", confesó. "Las cosas no están funcionando con Carbonera".

Hojarasca Acuática asintió y, para su alivio, no le pidió que explicara el motivo. Sabía que no podía contarle sobre la profecía.

"¿Por qué no buscamos presas junto al lago?" sugirió, girando en esa dirección con un tentador movimiento de su cola.

Sorprendiéndose a sí mismo, Leonado fue junto a ella y se abrieron paso a través de la maleza juntos, el olor del agua en el aire se hizo más fuerte a medida que se acercaban a la orilla.

"Carbonera parece pensar que tenemos destinos diferentes", maulló después de unos momentos. "No la entiendo".

"Creo que yo sí." Hojarasca Acuática parpadeó con simpatía. "Y realmente creo que ella te amaba, de hecho, creo que todavía lo hace".

Leonado arañó con frustración un zarcillo de zarzas que serpenteaba en su camino. "Entonces, ¿Por qué no puede simplemente estar conmigo? ¿Por qué tiene que hacerlo todo tan difícil?"

Hojarasca Acuática negó con la cabeza pero no respondió. Durante un rato caminaron juntos en silencio. Cuando llegaron a un sendero estrecho que serpenteaba hacia el lago, Hojarasca Acuática se detuvo, saboreando el aire. Leonado pensó que había detectado una presa, y se estremeció mientras se lanzaba ruidosamente al borde de un matorral de zarzas.

¡No atraparás nada así!

Pero Hojarasca Acuática estaba apartando las hojas muertas con una pata, para revelar tres flores de uña de potro de color amarillo brillante. "¡La primera de esta temporada!" Exclamó ella. "Será mejor que me los lleve al campamento. Serán buenos para la tos de Musaraña".

"¿Extrañas ser curandera?" Preguntó Leonado, mientras Hojarasca Acuática cortaba con cuidado los tallos.

"Cada vez que respiro", murmuró.

"Entonces, ¿Cuál fue tu destino?" Leonado maulló, las palabras salieron de sus mandíbulas. "Quiero decir, si estuvieras destinada a ser curandera, entonces no habrías... el Clan Estelar no los hubiera dejado a ti y a Corvino Plumoso..."

Hojarasca Acuática inclinó la cabeza. "El destino no es un camino que cualquier gato siga a ciegas", maulló. "Siempre es una cuestión de elección y, a veces, el corazón habla más fuerte". Hizo una pausa y luego agregó: "En el fondo, siempre supe lo que tenía que hacer, y por eso volví al Clan. Leonado, pase lo que pase, confío en que también sabrás lo que debes hacer. Escucha a tu corazón, porque ahí es donde está tu verdadero destino".



9

El pelaje de Ala de Tórtola se erizó de emoción mientras seguía a Esquiruela más allá del cercado de los caballos y colina arriba. Ella nunca había ido por ahí antes. Nuevas sensaciones la invadieron por todos lados: olor a caballo y la forma en que las enormes criaturas golpeaban sus cascos mientras galopaban por el campo; fuerte olor del Clan del Río llevado por el viento que soplaba desde su territorio; aromas de los juncos y el agua estancada de las marismas que bordeaban el lago.

"¡Esto es genial!" exclamó a Glayo, que caminaba junto a ella, bajando las patas infaliblemente a pesar de su ceguera. Glayo solo dejó escapar un leve gruñido y movió una oreja.

¡Lo es! Ala de Tórtola pensó enfadada. Se volvió para mirar a Salto de Raposo, quien miraba a su alrededor con ojos muy abiertos y asombrados.

"¡Puedes ver tanto desde aquí!" maulló.

Ala de Tórtola retrocedió para caminar a su lado. "Hay una muy buena vista de la isla desde aquí", comentó, moviendo la cola hacia donde podía ver el lugar de asambleas muy abajo; a esta distancia, el puente de los árboles se parecía a la ramita más delgada.

"Y ahí está el territorio del Clan de la Sombra". Salto de Raposo inclinó las orejas hacia los pinos oscuros que bordeaban el lago más allá de la isla.

Ala de Tórtola dejó que sus sentidos se extendieran hasta que encontró el campamento del Clan de la Sombra. Estrella Negra y su lugarteniente, Serbal, estaban enfrascados en una conversación, mientras que Cirro estaba en su guarida, murmurando entre dientes mientras contaba bayas de enebro.

Me pregunto qué diría Salto de Raposo si le dijera exactamente lo que puedo ver desde aquí.

"Ahí está el Clan del Río", maulló en voz alta. "Puedes ver su campamento, allí, entre los dos arroyos".

"Lástima que haya tantos árboles y arbustos", respondió Salto de Raposo, dejando escapar un maullido travieso. "¡Podríamos espiarlos!"

Puedo hacerlo bien, gracias, con árboles o sin árboles. Ala de Tórtola localizó a Cola Palomina dándole a su aprendiz una lección de pesca. "No, Zarpa Musgosa, siéntate donde tu sombra está detrás de ti, no sobre el agua".

"Y el campamento del Clan del Viento está allí", fue todo lo que maulló a Salto de Raposo, agitando la cola hacia el páramo del otro lado. "Está en un hueco, pero no puedes verlo desde aquí".

"Lo olvidé, has estado allí". La voz de Salto de Raposo tenía un rastro de envidia. "¿Fue espantoso?"

"Bastante", confesó Ala de Tórtola. "No debería haber..."

Se interrumpió, se le erizó el pelo cuando un chillido de dolor sonó en sus oídos. Por un instante miró alrededor salvajemente, medio temiendo que uno de la patrulla hubiera sido atrapado por un zorro. Pero Esquiruela y Glayo todavía caminaban silenciosamente un poco más adelante. Salto de Raposo la miraba como si se hubiera vuelto loca.

El chillido volvió a sonar. “¡Hormiguero! ¡No!"

Ala de Tórtola se congeló. Los espantosos gritos de dolor sonaban tan cerca, pero procedían del campamento del Clan del Viento.

Entonces escuchó la voz de Vuelo de Azor. "Dame más telarañas". Se dio cuenta de que la sangre brotaba de las heridas de Hormiguero y sintió la fiebre arrasando dentro del cuerpo del joven gato.

"¡Vuelo de Azor, haz algo!" Ahora Ala de Tórtola reconoció la voz de Cola de Fosquina; ella había sido el gato que había gritado antes. "No puedes dejarlo morir".

"Estoy haciendo todo lo que puedo", siseó el curandero. "Le he dado cola de caballo y borraja, pero no puedo evitar que la infección se propague".

"¡Entonces dale más!"

Ala de Tórtola captó el sonido de un gato masticando hojas de borraja hasta convertirlas en pulpa y empujándolas por la garganta de Hormiguero, pero el guerrero moribundo estaba demasiado débil para tragar.

"¡Oh, Clan Estelar!" Esa era la voz de Estrella de Bigotes, tranquila pero llena de dolor.

“Este es un gato joven. ¿Tienes que llevártelo ahora?”

"Todavía no entiendo cómo le han salido heridas así". Ala de Tórtola no estaba seguro de qué gato estaba hablando ahora. Quizás Oreja Partida; Lo escuché en la Asamblea. "Pensé que era una mordedura de perro, pero ninguna de las patrullas ha informado haber visto perros en el territorio".

"Sí." Ala de Tórtola reconoció al otro veterano, Manto Trenzado. "Y esas heridas no se parecen a ninguna mordedura de perro que haya visto. Casi pensarías que lo ha atacado un gato".

Oreja Partida emitió un bufido de incredulidad. "¡Eso es imposible! Habría dicho algo si hubiera sido un proscrito".

"Hormiguero..." Gimió Cola de Fosquina. Ala de Tórtola recordó haberla visto con Hormiguero en una asamblea y supuso que habían sido pareja. "Hormiguero, por favor..."

"No tiene caso." La voz de Vuelo de Azor sonó, cargada de derrota. "Ahora caza con el Clan Estelar".

Cola de Fosquina dejó escapar otro chillido de dolor, pero pareció desvanecerse en el fondo; Ala de Tórtola escuchó a otro gato con mucha más claridad.

"Onda Soleada, Zarpa Espinosa, vengan aquí". Era Ventolero, su voz era un murmullo bajo. "No digan nada sobre el Bosque Oscuro", advirtió. “Puede que Hormiguero esté muerto aquí, pero seguirá en el Lugar Sin Estrellas. Nada ha cambiado; todavía está de nuestro lado".

¡Oh, Charca de Hiedra! El horror sacudió a Ala de Tórtola desde las orejas hasta la punta de la cola. *¡Los gatos de los clanes estaban muriendo por lo que estaba sucediendo en el Bosque Oscuro! ¿Debería volver al Clan del Trueno y contarle lo que le pasó a Hormiguero?*

"¡Ala de Tórtola!"

Un maullido de Esquiruela hizo que Ala de Tórtola volviera a su entorno.

La gata rojiza estaba más arriba de la colina, mirándola con fastidio en sus ojos verdes. Glayo estaba a su lado, con sus garras golpeando con impaciencia la hierba.

"¡Te están dejando atrás!" Esquiruela regañó. "¡Darte prisa!"

"¡Perdón! ¡Ya voy!" Ala de Tórtola respondió, obligando a sus patas a moverse.

Odiaba sentirse como si estuviera abandonando a los Clanes con el Bosque Oscuro, pero no había nada que pudiera hacer para ayudar a Hormiguero. Sólo tenía que rezar para que Charca de Hiedra tuviera cuidado. Su hermana no era estúpida; pronto sabría que Hormiguero había muerto a causa de sus heridas. Ala de Tórtola cerró los oídos deliberadamente a los sonidos de dolor que venían del campamento del Clan del Viento.

Salto de Raposo se quedó a su lado mientras subía pesadamente la colina. "Está bien asustarse cuando estás tan lejos de casa", la tranquilizó. "No te preocupes. Te cuidaré."

Puedo cuidar de mí misma, ¡Gracias! Ala de Tórtola se limitó a evitar gruñir las palabras en voz alta. *No es como si pudiera decirle cuál es el verdadero problema.*

Todavía temblando por el impacto de la muerte de Hormiguero, Ala de Tórtola se acercó a la cima de la colina. Un par de zorros de distancia por debajo de ella, Glayo tropezó con una roca. Instantáneamente Esquiruela estuvo a su lado, estabilizándolo.

Glayo se volvió hacia ella con un siseo. "¡No necesito tu ayuda!"

La cola de Esquiruela azotó. "¡Bien! Tuerce tu pata y termina tu viaje antes de que comience. No hay nada de qué avergonzarse", agregó más tranquilamente. "Incluso los gatos no-ciegos tropiezan".

Glayo dejó escapar un gruñido de molestia y se alejó pisando fuerte hacia la cima de la colina.

Cuando Ala de Tórtola dio los últimos pasos que la llevaron a la cresta, comenzó a sentir un fuerte viento azotando su pelaje. Detrás de ella, el lago parecía pequeño y distante, los diferentes territorios se fundían entre sí. Más adelante, un espeso bosque cubría la pendiente descendente, lo que conducía a amplias extensiones de hierba cortadas por Senderos Atronadores. Dondequiera que mirara, podía ver guaridas de Dos patas: algunas paradas solas, otras amontonadas en grupos.

Todas esas guaridas juntas deben ser campamentos de Dos patas.

Ala de Tórtola estaba en una línea con sus compañeros de clan, el viento aplastaba su pelaje y silbaba alrededor de sus oídos. Instantáneamente, un ruido estalló en su mente, casi empujándola colina abajo. Visiones caóticas giraban en espiral frente a sus ojos; se congeló, las patas se le clavaron en el suelo, mientras trataba de encontrarle sentido a lo que podía ver y oír. Pero la sólida cima de la colina pareció derretirse bajo sus patas, y se vio envuelta en una tormenta de ruido y color.

Un monstruo rojo brillante gruñó desde una guarida de Dos Patas de techo plano; Los cachorros de dos patas corrían y chillaban; un enorme animal en blanco y negro que nunca había visto antes la miraba con ojos líquidos, sus mandíbulas moviéndose rítmicamente; un Dos patas macho empujó a un monstruo diminuto y gruñón a través de un tramo de hierba, mordiendo los tallos; más perros de los que jamás había imaginado estaban ladrando todos juntos; en algún lugar brotaba agua; el olor a carroña la inundó.

Ala de Tórtola, enferma y mareada, cerró los ojos con fuerza, pero el torbellino de imágenes continuó.

“¡Ala de Tórtola! ¡Ala de Tórtola!" La voz de Salto de Raposo cortó débilmente la confusión.

Ala de Tórtola no podía moverse. Trató de responder a Salto de Raposo, pero no pudo formar las palabras. Entonces se dio cuenta de que había otro gato junto a ella.

"¡Ala de Tórtola!" Era la voz de Glayo, tranquila pero incisiva. "Concéntrate en mí. Bloquea el resto del ruido".

"No puedo..." Jadear una sola palabra fue un gran esfuerzo.

"Sí que puedes. ¡Vamos, concéntrate!”

Su voz era aguda, como un chorro de agua helada. Uno por uno, Ala de Tórtola recuperó sus sentidos. Se atrevió a abrir los ojos y distinguió la forma borrosa de Glayo frente a ella.

"Eso está mejor." Ahora podía oír su voz con más claridad. “Concéntrate más. No lo sueltes".

Todavía había un rugido sordo y doloroso en la cabeza de Ala de Tórtola, pero podía sentir el suelo bajo sus patas de nuevo y ver a sus compañeros; Esquiruela y Salto de Raposo la miraban alarmados.

Salto de Raposo bajó suavemente la punta de la cola por su costado. "Está bien", susurró.

"¿Estás bien como para continuar?" Preguntó Esquiruela sin rodeos. "Si no es así, dinos. No es demasiado tarde para que regreses".

Ala de Tórtola no podía dejar de temblar. Supuso que, junto al lago, las colinas habían protegido sus sentidos especiales del mundo exterior. Ahora no habría nada que la protegiera. Así que tendría que aprender a protegerse. El rugido sordo dentro de su cabeza amenazó con aumentar, pero lo empujó lejos hacia abajo. Respiró hondo y se enfrentó a Esquiruela, luchando por mantener la voz tranquila. "Estaré bien. Quiero seguir adelante".

Esquiruela la miró con dureza y luego asintió. "Bien. Vamos." Comenzó a guiar el camino por la pendiente hacia los árboles.

Salto de Raposo se acercó a Ala de Tórtola y sus pelajes se rozaron. "Camina conmigo", murmuró. "No hay nada que temer".

Ala de Tórtola todavía estaba tan conmocionada que no tenía fuerzas para enfadarse con él por asumir que tenía miedo de dejar un territorio familiar.

Cuando llegaron al primero de los árboles, Glayo le indicó a Ala de Tórtola que se detuviera y dejó que Salto de Raposo avanzara solo unos pasos. "¿Viste a los gatos de la montaña?" siseó en el oído de Ala de Tórtola.

Ella sacudió su cabeza. "No creo."

Glayo soltó un bufido de frustración. La culpa pesaba aún más sobre los pasos de Ala de Tórtola. *Debería haber intentado encontrar algo útil para el viaje.*

Mientras se adentraba más en los árboles, sus sentimientos de inquietud se desvanecieron.

Se estaba acostumbrando a bloquear la avalancha de sensaciones, y pensó que los árboles circundantes estaban cortando algunas de las imágenes que la asaltaban. Ese bosque también era muy parecido al territorio del Clan del Trueno; empezó a sentirse como en casa e incluso a disfrutar del viaje.

"¡Apuesto a que no puedes saltar eso!" Salto de Raposo la desafió cuando llegaron a un arroyo poco profundo.

"¡Apuesto a que puedo!" Replicó Ala de Tórtola, corriendo hacia la orilla y empujándose con fuerza para que sus patas aterrizaran directamente en el musgo fresco más allá.

Salto de Raposo saltó tras ella, pero una pata trasera se resbaló mientras despegaba, y aterrizó con sus cuartos traseros en la corriente, las gotas salpicaron sus patas y el pelaje de su vientre. "¡Torpe bola de pelo!" Ala de Tórtola llamó con una carcajada.

Salto de Raposo se arrastró fuera, sacudiendo su pelaje atigrado rojizo. "¡Te mostraré quién es una bola de pelos!" maulló, lanzándose tras Ala de Tórtola.

Con un chillido de emoción, Ala de Tórtola se alejó a toda velocidad, escondiéndose detrás de las ramas caídas de un sauce. Salto de Raposo se lanzó tras ella, persiguiéndola por el tronco y golpeando su cola con sus patas delanteras, sus garras envainadas.

"¡En serio! ¿Son cachorros? La voz de Esquiruela llegó desde fuera de la pantalla de ramas de sauce.

"¡Ups!" Ala de Tórtola intercambió una mirada culpable con Salto de Raposo. Asomó la cabeza a través de las ramas para ver a Esquiruela de pie a un par de colas de distancia, con la punta de la cola moviéndose. "Perdón."

Esquiruela puso los ojos en blanco. "Hay un largo camino por recorrer", maulló, sin sonar tan enojada como Ala de Tórtola esperaba. "Necesitas ahorrar energía. Vamos a cazar de vez en cuando y luego a descansar".

"¡Pero no tengo sueño!" Protestó Salto de Raposo, asomando la cabeza por la barrera de sauce junto a Ala de Tórtola. "Podría correr para siempre".

Esquiruela lanzó un largo suspiro y se alejó. Ala de Tórtola, cautelosamente, extendió sus sentidos hasta que encontró un campañol peleando bajo la orilla del arroyo que acababa de cruzar. Agachándose hacia abajo tan ligera como hojas cayendo, se arrastró sobre él. *No tiene idea de que estoy aquí*, pensó. *Supongo que las presas de estos bosques no están acostumbradas a gatos cazadores*.

Al llegar a la orilla del arroyo, saltó y se enderezó con el campañol en sus mandíbulas. Mirando a su alrededor, vio a Glayo sentado en la orilla un poco más arriba. "Aquí", maulló, acercándose y dejando caer el campañol en sus patas. "Puedo atrapar más fácilmente".

"Gracias. Y tenemos que hablar".

Ala de Tórtola asintió, luego recordó que Glayo no podía verla.

"Bien. Espera a que encuentre más presas".

En unos pocos segundos, había localizado un tordo picoteando en el suelo cerca del pie de un haya. Era un acecho más difícil que el campañol, reflexionó mientras se deslizaba por el suelo del bosque, alerta a cualquier hierba que se moviera o crujiera las hojas que pudieran delatar su presencia. Saltó sobre el tordo desde un zorro de distancia, golpeándolo con ambas patas delanteras y rompiéndole el cuello.

Cuando regresó a Glayo, vio a Esquiruela y Salto de Raposo compartiendo una ardilla cerca. Ala de Tórtola pasó junto a ellos y se sentó al lado de Glayo, tomando un bocado hambriento de su nueva presa. "¿Qué quieres decir?" murmuró con la boca llena.

Glayo se estaba comiendo el campañol con bocados rápidos y prolijos. Tragó antes de responder. "Necesitas lanzar tus sentidos hacia adelante y encontrar a los gatos de montaña tan pronto como puedas".

"Ya sé." La irritación creció dentro de Ala de Tórtola y tuvo que evitar que su cola se moviera. "Dame una oportunidad, Glayo. Necesito tiempo para acostumbrarme a estar aquí".

Glayo gruñó. "No tardes mucho".

Fastidiosa bola de pelos, pensó Ala de Tórtola mientras terminaba su comida y se acurrucaba para tomar una siesta. Luego se recordó a sí misma que todo el peso de esta expedición descansaba sobre los delgados hombros de Glayo; no era de extrañar que se estuviera impacientando. *Haré mi mejor esfuerzo*, prometió en silencio.

Extendiendo sus sentidos nuevamente, exploró el bosque: pequeñas criaturas se peleaban en la hierba; un par de zorros dormían en su guarida. *Esperemos que se queden dormidos*. Más adentro del bosque, el arroyo se hizo más ancho, y cuando llegó al otro lado había charcos lo suficientemente profundos para peces.

Está bien aquí. Ojalá Charca de Hiedra estuviera conmigo, pensó somnolienta mientras se hundía en el sueño.

Al parecer, después de unos segundos, Esquiruela le estaba clavando una pata en el costado. "Vamos. Es hora de irnos."

Ala de Tórtola se levantó tambaleándose y parpadeó para que el sueño desapareciera de sus ojos.

Aunque el cielo estaba nublado, supuso que había pasado el mediodía. Salto de Raposo estaba arqueando la espalda en un largo trecho mientras Glayo esperaba, impacientemente rasgando la hierba con sus garras.

Esquiruela siguió el arroyo y abrió el camino hacia el otro lado del bosque. Los árboles terminaban en un desordenado borde de zarzas y avellanos.

Más allá de ellos se extendía una pendiente polvorienta que conducía a un valle. Ala de Tórtola vio nidos de Dos patas en la distancia, y se aseguró de que sus sentidos estuvieran cerrados para no agarrar nada del montón de Dos patas. Al otro lado del valle había más colinas cubiertas de árboles. Por encima de ellos, picos grises se elevaban hacia el cielo. Al principio

Ala de Tórtola pensó que estaba mirando una especie de nubes extrañas, hasta que Esquiruela las señaló con la cola.

"Allí. Son montañas."

"¿Ahí es donde vamos?" El tono de Salto de Raposo era una mezcla de emoción y aprensión. "¡Son enormes!"

¿Y tenemos que escalarlas? Ala de Tórtola no hablaba, no quería que Esquiruela pensara que estaba asustada de nuevo, pero de repente se sintió muy pequeña e insignificante.

"La última vez que vinimos, pasamos la noche aquí", maulló Esquiruela con una mirada al cielo. "Pero creo que podemos continuar un poco más". Ella abrió el paso cuesta abajo y hacia el valle. Algunos caballos estaban cortando la escasa hierba; eran más pequeños que los que Ala de Tórtola había visto en el cercado de caballos, y sus pelajes estaban más desgreñados. Se pararon debajo de un árbol, balanceando la cola mientras miraban a los gatos con ojos curiosos. Pero para alivio de Ala de Tórtola, ninguno de ellos se acercó.

Un poco más allá de los caballos había un solo nido de Dos Patas, rodeado por un muro de piedra gris. Mientras la patrulla pasaba, un silbido furioso vino desde la parte superior de la pared sobre sus cabezas. Ala de Tórtola miró hacia arriba y vio un gordo minino rojizo, con la espalda arqueada y el pelaje erizado.

"¡Salgan de aquí!" gruñó. "¡Esta es mi zona!"

"¿Ah, de verdad?" Salto de Raposo se dio la vuelta para enfrentar a la mascota, listo para saltar a la pared. "¿Quieres probárnoslo, minino doméstico?"

"¡No!" Esquiruela se lanzó frente a Salto de Raposo. "Cálmate. No estamos buscando problemas".

"¡Pero es un minino casero!" Protestó Salto de Raposo. "¡Podría vencerlo con una pata!" "¡Ven aquí e inténtalo!" maulló el minino. "¡No tienen nada que hacer aquí, mantos pulgosos!" "¿Vas a dejar que nos hable así?" Preguntó Salto de Raposo, indignado.

Fue Glayo quien respondió. “Usa el sentido común, Salto de Raposo. Si te lastimas, ¿Qué se supone que debo hacer por ti aquí? ¿Sabemos dónde está la telaraña más cercana? ¿Puedo encontrar cola de caballo antes de que te desangres?”

"Pero..." Salto de Raposo seguía mirando al minino.

"Ignóralo. Seguiremos moviéndonos. Ahora.” maulló Esquiruela.

Ella se volvió y caminó hacia adelante. Glayo agitó su cola, haciendo un gesto a Salto de Raposo para que lo siguiera. El joven guerrero obedeció, aunque no sin un último siseo enojado hacia la mascota. Ala de Tórtola fue detrás.

"¡Cobardes!" el minino casero chilló tras ellos. "¡Váyanse y manténganse alejados!"

Ala de Tórtola se sintió aliviada cuando se apresuraron fuera del alcance de sus oídos, pero su alivio desapareció cuando Glayo se volvió hacia ella.

"Ojalá nos hubieras dado alguna advertencia", murmuró.

"¿Qué?" Ala de Tórtola no podía creer que la estuviera culpando por el encuentro con la mascota. "No conozco esta zona", se defendió. "¡No puedo simplemente escuchar las cosas más adelante, porque tengo que vigilar dónde estoy poniendo mis patas!"

El curandero dejó escapar un gruñido molesto y se sumió en un silencio hosco.

"Puedo explorar más adelante si quieres", ofreció Salto de Raposo.

"Ah, bien." El tono de Esquiruela fue sarcástico. "Y luego llegamos para descubrir que te has metido en una pelea. No, gracias."

"No lo haré, en serio", prometió Salto de Raposo.

"No." Ahora Esquiruela sonaba más tranquila. "Confío en que obedecerás las órdenes, Salto de Raposo, pero es mejor si permanecemos juntos".

La patrulla siguió caminando. Poco después, la línea de un seto se cruzó en su camino, los arbustos espinosos grises y desnudos, con la hierba enredada en las raíces.

“Pasemos por aquí”, explicó Esquiruela, “y cruzamos el campo más allá. Pero permanecernos al abrigo del seto. Es más seguro."

Glayo murmuró que estaba de acuerdo. "Estamos cerca de la granja donde Leonado y Carrasca tuvieron problemas con los perros", maulló. "Vamos a estar atentos". Le dio a Ala de Tórtola una mirada dura mientras hablaba.

Esquiruela abrió el paso a lo largo del seto hasta que llegaron a un espacio entre dos arbustos, lo suficientemente grande como para que un gato pudiera pasar.

"Ala de Tórtola, ve tú primero", ordenó Glayo.

"¿Quién dirige esta patrulla, Glayo?" Preguntó Esquiruela. Volviéndose hacia Ala de Tórtola, agregó: "Está bien, pero ten cuidado".

Ala de Tórtola sabía por qué Glayo la había elegido. Ella ya estaba enviando un trozo de sus sentidos especiales a través del seto y hacia el campo más allá. *No hay perros*. Pero *hay algunos otros animales raros... ¡Ah, ya sé! Ovejas*. Recordó haberlos visto a lo lejos en su visita al Clan del Viento. *No nos harán ningún daño.*

Aplastándose sobre su vientre, se arrastró por el hueco, sintiendo las espinas atravesar el pelaje de su espalda. Poniéndose de pie del otro lado, se encontró frente a dos grandes animales lanudos blancos, con pezuñas afiladas y rostros tranquilos e indiferentes.

Se siente extraño verlos tan cerca, pensó. *Parecen un poco tontos.*

"¿Ala de Tórtola?" La voz de Esquiruela llegó ansiosamente a través del seto. "¿Estás bien?"

"¡Bien!" Ala de Tórtola respondió. "Pueden pasar".

Glayo apareció a continuación, sacudiendo su pelaje erizado mientras se ponía de pie y salía al campo. Salto de Raposo lo siguió y, por último, Esquiruela, jadeando mientras se abría paso entre las espinas agrupadas.

"¿Ves?" maulló triunfalmente mientras se enderezaba. "¡No me atasqué!" Luego pareció desconcertada.

Es como si estuviera hablando con un gato que no está aquí, pensó Ala de Tórtola.

Sacudiendo la cabeza como para aclararla, Esquiruela condujo a la patrulla a lo largo de la línea del seto. El campo era enorme; Ala de Tórtola ni siquiera podía ver el otro lado. *Todo es tan grande aquí*, pensó, reprimiendo un escalofrío. *Ni siquiera puedo ver los bordes del cielo.*

Ladridos repentinamente fuertes resonaron en sus oídos. Se quedó paralizada, asombrada por un segundo que el resto de la patrulla avanzaba lentamente. El olor a perro le llenó la nariz. Entonces se dio cuenta de que sus sentidos especiales le estaban avisando por adelantado. "¡Perros!" gritó ella. "¡Pónganse a cubierto!"

Esquiruela se dio la vuelta y miró a través del campo. "¿Dónde?"

"Por ahí."

Mientras Ala de Tórtola estiraba la cola para señalarla, apareció un perro en la cresta de una suave elevación en medio del campo. Ladrando ruidosamente, corrió hacia los gatos, su cola volaba y el viento agitaba su pelaje blanco y negro.

"¡Cagarrutas de zorro!" Esquiruela siseó. “Ala de Tórtola, Salto de Raposo, metan a Glayo en el seto.”

Salto de Raposo ya estaba empujando a Glayo hacia los arbustos. Ala de Tórtola divisó una rama donde las espinas no eran tan gruesas y se deslizó hacia el seto junto a Glayo. “Pon tus patas ahí,” ordenó ella, guiándolo con su cola. "¡Ahora sube!"

Mientras Glayo se impulsaba hacia arriba, siseando con molestia, Ala de Tórtola miró hacia atrás para ver a Esquiruela de pie, de espaldas al seto. Su pelaje estaba esponjoso de modo que parecía el doble de su tamaño; tenía la espalda arqueada y gruñía mientras el perro se acercaba al galope.

"¡Quédate atrás, manto sarnoso!" gruñó ella.

A salvo por el momento en la maraña de arbustos, Ala de Tórtola admiró el valor de Esquiruela. *Pensó primero en Glayo*, reflexionó, recordando las historias de cómo la guerrera rojiza había criado a Glayo y sus compañeros de camada como si fueran suyos, a pesar de que Hojarasca Acuática era su verdadera madre.

Esquiruela todavía siente como si fuera su madre, se dio cuenta Ala de Tórtola con una punzada de simpatía. *Incluso ahora.*

Mirando a través de las ramas espinosas, vio que el perro se había detenido frente a Esquiruela, dejando escapar una ráfaga de gritos emocionados pero sin hacer ningún movimiento para atacar. Clan Estelar, haz que desaparezca.

"¡Oh, no!" La voz de Salto de Raposo interrumpió su oración.

Ala de Tórtola miró hacia fuera de nuevo y vio a otro perro sobre la colina y cruzar el campo hacia ellos. *¡Hay dos!*

Están destinados a atacar ahora.

Esquiruela se mantuvo en guardia, y Ala de Tórtola comenzó a luchar para salir de las espinas nuevamente para ayudarla. Pero antes de que ella despejara el seto, el segundo perro se detuvo junto al primero y comenzó a ladrarle. Al darse cuenta de que su hocico estaba gris con

la edad, Ala de Tórtola se dio cuenta de que el segundo perro era mucho mayor. "¡Suena como un mentor regañando a un aprendiz!" le susurró a Salto de Raposo.

El perro más joven se agachó al suelo y dejó escapar un gemido.

Después de unos pocos segundos, mientras todos los gatos esperaban tensos, ambos perros se giraron y corrieron por el campo. Comenzaron a correr detrás de las ovejas dispersas, pasándolas a formar un rebaño.

"¡Lo hizo!" Los ojos de Salto de Raposo brillaban divertidos. "Le dijo: '¡Deja a esos gatos en paz, idiota, y sigue con tu trabajo!'"

Con un suspiro de alivio, Ala de Tórtola salió del seto, mientras Salto de Raposo ayudaba a Glayo a bajar. El curandero salió al aire libre con un gruñido de indignación, estirando el cuello para oler los pedazos de su pelaje.

"Tengo una espina en mi zarpa", murmuró. "Alguien busque una hoja de romaza".

Ala de Tórtola detectó el olor de un grupo de romaza en la parte inferior del seto y arrancó un par de hojas para dárselas a Glayo. Mientras él frotaba el jugo calmante en su almohadilla, ella envió sus sentidos tras los perros y las ovejas. Habían desaparecido de la vista, pero aún podía rastrearlos; los perros estaban pastoreando a las ovejas en un grupo apretado hasta el otro extremo del campo y por un hueco hacia otro campo. Un Dos patas estaba con ellos.

"No creo que tengamos más problemas con ellos", maulló.

"Espero que estés bien." Esquiruela le alisaba el pelaje. Fue la única de ellos que no lució afectada. "Saldremos de este campo y luego acamparemos para pasar la noche", continuó la guerrera rojiza. "A todos nos vendría bien un descanso después de eso".

Ala de Tórtola miró hacia atrás por donde habían venido cuando Esquiruela partió de nuevo a lo largo del seto. La luz del sol había abierto un hueco en las nubes, bañando el campo de escarlata mientras descendía. Ala de Tórtola aún podía ver la cadena de colinas que habían cruzado, y trató de imaginarse el lago y los Clanes al otro lado. Sus compañeros de clan regresarían de las patrullas nocturnas y se instalarían en sus guaridas para pasar la noche.

Envió sus sentidos y sintió un estremecimiento profundo dentro de ella cuando descubrió que por primera vez no podía conectarse con el mundo que había dejado atrás. Había demasiados sonidos, demasiadas cosas en el medio.

Estoy muy, muy lejos de casa.

10

Charca de Hiedra abrió sus ojos para ver la pálida luz del Bosque Oscuro alrededor de ella. Estaba acurrucada en la sombra de un arbusto viejo, sus hojas hacían patrones oscuros en su pelaje plateado y blanco. Bostezando, se puso de pie y se salió fuera. Los árboles se

amontonaban juntos, las ramitas se atoraban en la cabeza de Charca de Hiedra. Fue un alivio no poder ver el cielo sin estrellas, el eterno recordatorio más aterrador de que ella no estaba en el Clan del Trueno.

"Pero todavía se siente muy, muy lejos de casa", murmuró.

Saboreando el aire, percibió el olor de muchos gatos y escuchó voces que venían débilmente de entre los árboles a varios zorros de distancia. Charca de Hiedra caminó en esa dirección y se encontró al borde de un claro.

Deteniéndose, miró desde el refugio de un grupo de helechos. Alcotán estaba en el centro con un círculo irregular de gatos más jóvenes a su alrededor. Charca de Hiedra reconoció a Corazón de Tigre y Ventolero, y a una gata blanca del Clan del Río cuyo nombre no recordaba. Otros no se le hacían ni un poco familiares en absoluto.

Los ojos azul hielo de Alcotán brillaron en la pálida luz. "En una batalla, no estarán peleando uno a uno", maulló. “Los gatos te atacarán desde todas las direcciones y tienen que estar preparados. Ahora, quiero que todos ustedes me ataquen a la vez".

"¿Todos nosotros?" Ventolero sonaba incrédulo.

"Eso es lo que dije." La voz de Alcotán resonó. "Te enfrentaré yo solo más tarde, si quieres".

"No, está bien, Alcotán", respondió Ventolero apresuradamente.

¡Cerebro de ratón! Pensó Charca de Hiedra.

"Bien." La mirada helada de Alcotán recorrió el grupo de gatos más jóvenes. "¡Ataquen, ahora!"

Por un momento, Charca de Hiedra perdió de vista al guerrero atigrado oscuro mientras estaba enterrado bajo un montón de gatos que se retorcían y chillaban. Luego reapareció su cabeza, como si intentara nadar en un lago de pelo. A pesar de su disgusto por Alcotán, Charca de Hiedra inspiró un suspiro de admiración cuando se puso de pie y arremetió contra sus atacantes. Sus patas eran un borrón de movimiento. Sus mandíbulas parecían estar por todas partes, chasqueando y desgarrando. Primero uno, luego otro de los gatos atacantes retrocedieron, hasta que Alcotán se quedó solo una vez más, agitado y jadeando pero sin heridas que Charca de Hiedra pudiera ver.

Eso fue asombroso, admitió a regañadientes. Casi contra su voluntad, sus zarpas estaban ansiosas por saber cómo Alcotán lo había logrado.

"Ahora", continuó el guerrero atigrado cuando recuperó el aliento, "¿Quién puede decirme lo que han aprendido hoy?"

"A mantenerse alejado de tus garras", murmuró Corazón de Tigre, lamiendo su zarpa sangrante.

Un murmullo de diversión surgió de los gatos jóvenes, pero Alcotán no lo compartió. "¿Algo útil?" preguntó.

La guerrera blanca del Clan del Río levantó la cola. "Parecía como si estuvieras peleando con cuatro patas", maulló.

"Bien, Nívea". Alcotán le dio un asentimiento de aprobación. "Eso es exactamente lo que estaba haciendo".

"Pero, ¿Cómo?" preguntó otro gato.

"Mira, y te lo mostraré. Lo haré lentamente". Alcotán se balanceó sobre sus patas traseras y extendió sus patas delanteras, con las garras extendidas. Luego, con un movimiento rápido, se dejó caer hacia abajo. En el momento en que sus patas delanteras tocaron el suelo, golpeó con las patas traseras; cualquier gato que tuviera la mala suerte de estar detrás de él habría recibido un golpe lo suficientemente fuerte como para derribarlos al suelo. "Así", finalizó. Repitió el movimiento, esta vez más rápido. "Ahora intenta tú."

Al ver practicar a los gatos del Clan, Charca de Hiedra se dio cuenta de que había más de ellos de los que había visto a la vez en el Bosque Oscuro. *¡Muchos!* pensó, con el vientre apretado por la aprensión. Además de Corazón de Tigre, estaban allí sus compañeros de clan Sauce Ruano y Lomo Rajado, Onda Soleada del Clan del Viento y un aprendiz del Clan del Río con la guerrera blanca Nívea.

"Siempre pensé que Lomo Rajado se veía un poco traicionero", murmuró Charca de Hiedra en voz baja. "No me sorprende que esté aquí. Y Ventolero siempre ha sido una molesta bola de pelos. Pero me agradó Onda Soleada cuando la conocí en las Asambleas, y Nívea parece amigable. ¿Qué hacen aquí?"

¿Qué estoy haciendo aquí? se recordó a sí misma. *Soy un espía. Entonces, tal vez algunos de estos gatos también sean espías de sus Clanes.*

Pero a juzgar por el entusiasmo con el que estaban practicando los movimientos de Alcotán, todos los gatos jóvenes querían estar allí por las mismas razones que tenía Charca de Hiedra al principio: entrenarse para ser mejores guerreros de lo que sus clanes podían hacerlos, para ser lo mejor que pudieran en luchando y defendiendo su hogar.

Charca de Hiedra sabía que si se quedaba mucho más tiempo escondida entre los helechos, algún gato la olería. No quería que la acusaran de merodear. *¡Incluso si eso es lo que estoy haciendo!* Emergiendo del grupo de helechos, esquivó a los gatos que entrenaban y se acercó a Alcotán, dándole un educado asentimiento mientras se detenía frente a él. "Saludos", maulló.

Los ojos de Alcotán eran trozos de hielo. "Llegas tarde", espetó.

"Perdón. Me resultó difícil conciliar el sueño".

El gato atigrado oscuro movió las orejas. "¿Tu Clan no te está haciendo trabajar lo suficiente?" Preguntó, su voz un ronroneo amenazador. "Pronto nos ocuparemos de eso". Levantó la voz. "¡Gatos del bosque oscuro!"

De inmediato los gatos dejaron de hacer lo que estaban haciendo y volvieron a reunirse a su alrededor. Alcotán los miró con aprobación. "Bien hecho", maulló.

"Ahora necesitan la oportunidad de practicar su nueva habilidad en la batalla. Charca de Hiedra está lista para ayudarlos. ¡Ataquen!"

Saltó del círculo cuando los gatos del Bosque Oscuro se aproximaron a Charca de Hiedra.

Apenas tuvo tiempo para un chillido de protesta antes de que Ventolero estuviera sobre ella. Intentó la parte de equilibrio y corte del movimiento de Alcotán, pero Charca de Hiedra saltó hacia atrás y falló, perdiendo el equilibrio y golpeando el suelo con tanta fuerza que se tambaleó.

"¡Con fuerza, mantos sarnosos!" Charca de Hiedra gruñó.

Garras rastrillaron su espalda; trató de girar, pero otro gato aterrizó encima de ella y cayó al suelo, sin aliento cuando el otro gato la presionó. Vio los ojos ámbar de Corazón de Tigre a una distancia de un ratón de los suyos.

"¡Te enseñaré a no atacar a mi hermano!" gruñó.

Charca de Hiedra arremetió con sus patas traseras, golpeando el vientre de Corazón de Tigre.

Él se alejó rodando, dándole un golpe sobre la oreja mientras lo hacía. Otro gato lo reemplazó, y otro tenía los dientes fijos en su cola. Charca de Hiedra apenas podía moverse. Los aullidos y maullidos feroces eran tan fuertes que lastimaban sus oídos.

¡Estoy luchando por mi vida!

De repente, una sombra cayó sobre los gatos que peleaban. El chillido se cortó abruptamente. Charca de Hiedra sintió que se desvanecía el peso que la sujetaba.

Se puso de pie, cegada brevemente por la sangre que goteaba de un rasguño sobre su ojo. Quitándolo con una pata, miró hacia arriba para ver a Estrella Rota de pie en el borde del claro. Otro gato estaba detrás de él en las sombras.

"No dejes que te interrumpa", maulló Estrella Rota.

Alcotán dio un paso hacia él, inclinando la cabeza respetuosamente.

“Bienvenido, Estrella Rota. ¿Podemos hacer algo por ti?”

"La pregunta debería ser, ¿Qué puedo hacer por ti?" respondió el exlíder del Clan de la Sombra. "Tengo un nuevo aprendiz para que conozcas". Caminó hacia el centro del claro, y el gato detrás de él lo siguió. Cuando el gato atigrado marrón emergió a la luz, Charca de Hiedra respiró horrorizado.

"Ella es Flores Caídas del Clan del Trueno", prosiguió Estrella Rota. “Algunos de ustedes ya la conocen. Flores Caídas, estos son tus nuevos compañeros de clan".

Flores Caídas miró a su alrededor con nerviosismo. El reconocimiento brilló en sus ojos cuando su mirada se posó en Charca de Hiedra, pero no dijo nada, sólo asintió con la cabeza.

Charca de Hiedra supuso que no quería darles a los gatos del Bosque Oscuro la idea de que sería más leal a un gato del Clan del Trueno que a cualquiera de los demás.

Algunos de los gatos del Bosque Oscuro murmuraron saludos a Flores Caídas, pero ninguno dijo nada más. Charca de Hiedra retrocedió ante lo falso que era todo en el Bosque Oscuro. *¿Se supone que todos los gatos aquí son un Clan? ¡No nos comportamos como uno! ¿Y cómo puede estar aquí otro gato del Clan del Trueno? ¡Los gatos del Clan del Trueno son leales!*

"Entonces," Alcotán arrastra las palabras, "¿Vas a mostrarnos de qué está hecha esta nueva gata, Estrella Rota?"

En respuesta, el gato del Clan de la Sombra le hizo una seña a Lomo Rajado con la cola.

"Pelea", dijo con voz ronca.

Lomo Rajado tenía una oreja desgarrada por su pelea con Alcotán, pero no dudó. Se arrojó sobre Flores Caídas, quien estaba tan sorprendida por el repentino ataque que dejó que le cayera encima. Lomo Rajado soltó un chillido de triunfo y golpeó con una pata en su garganta. Charca de Hiedra observó, con el estómago revuelto por la tensión, mientras Flores Caídas atacaba con sus patas traseras y lograba tirar a Lomo Rajado. Mientras él todavía yacía en el suelo, pasó a su lado y le dio un suave golpe a su costado antes de darse la vuelta y esperar su siguiente movimiento.

¡Tienes que desenvainar tus garras! Charca de Hiedra pensó con ansiedad. Este no es un ejercicio de entrenamiento del Clan del Trueno.

Lomo Rajado se agachó y saltó hacia Flores Caídas; ella se zambulló debajo de él, pero en el último momento él se retorció en el aire y aterrizó sobre sus ancas, hundiendo los dientes en la base de su cola. Flores Caídas maulló de dolor y conmoción. El guerrero del Clan de la Sombra la había inmovilizado de nuevo, y esta vez Flores Caídas no pudo liberarse. Golpeó a ciegas la cabeza y los hombros de Lomo Rajado, pero Charca de Hiedra se dio cuenta de que sus golpes eran cada vez más débiles.

Charca de Hiedra no podía ver cómo su compañera de clan era despedazada por el gato más grande y experimentado del clan de la sombra. Ella se lanzó hacia adelante, empujando sus hombros contra Lomo Rajado y sacándolo de Flores Caídas, rastrillando sus orejas con sus garras mientras lo hacía. Lomo Rajado se volvió hacia ella con un gruñido de incredulidad cuando Flores Caídas se puso de pie tropezando.

"¡Detente!" La voz de Estrella Rota resonó en el claro antes de que Lomo Rajado pudiera dar otro golpe.

Los tres gatos se congelaron cuando el gato negro cruzó el campo abierto para unirse a ellos. Despidiendo a Lomo Rajado con un movimiento de sus oídos, se inclinó sobre Charca de Hiedra y la miró fijamente con una siniestra mirada ambarina. "¿Qué crees que estabas haciendo?" Su voz era baja, pero la amenaza en ella hizo que Charca de Hiedra temblara de orejas a patas. "¿Qué te da derecho a interferir?"

Esforzándose por no mostrar lo asustada que estaba, Charca de Hiedra levantó la cabeza y devolvió una mirada por otra. "Somos leales el uno al otro, ¿verdad?" Una ráfaga de genuina ira comenzó a expulsar su miedo. "¿Deberíamos quedarnos como cobardes y dejar que los demás sean derrotados en la batalla?"

Estrella Rota entrecerró los ojos; cada cabello de su pelaje proclamaba su desconfianza hacia ella. “Salvaste a tu compañero de clan,” señaló.

"Aquí, todos son mis compañeros de clan", replicó Charca de Hiedra. *Clan Estelar, ¡Que me crea!* "No veo por qué una aprendiza debería perderse en su primera visita".

Estrella Rota se quedó quieto por un momento más, su mirada se clavó en ella, luego dejó escapar un bufido y se hizo a un lado. Charca de Hiedra se quedó frente a Flores Caídas.

"No tenías que hacer eso", siseó la guerrera carey, alisando su pelaje rasgado. "Podría haber derrotado a Lomo Rajado al final".

Y los erizos vuelan pensó Charca de Hiedra. Dándose la vuelta, vio a un gato marrón en el grupo de gatos del Bosque Oscuro y lo reconoció por su única oreja negra.

"¡Hormiguero!" exclamó, saltando hacia él. "No te vi allí. Es genial que estés bien".

Las heridas del guerrero del Clan del Viento se habían curado, dejando largas cicatrices que le cortaban la espalda y la garganta, pero parecía fuerte y libre de dolor.

Le dio a Charca de Hiedra una mirada de desconcierto. "Este es mi hogar ahora", maulló.

Por un instante, Charca de Hiedra no lo entendió; luego sintió como si hubiera caído en una corriente helada. "¿Te... te moriste?" ella jadeó.

Hormiguero se encogió de hombros. "Puedes verlo de esa manera si quieres".

"¿Elegiste venir aquí?" Preguntó Charca de Hiedra, tratando de mantener la sorpresa fuera de su voz. *¡Me agradó Hormiguero! No pertenece a estos gatos malvados.*

"Estos son mis compañeros de clan, más de lo que nunca fue el Clan del Viento", le dijo Hormiguero con un rastro de pesar en su voz. "¿Dónde más podría ir?"

Charca de Hiedra no pudo responder a esa pregunta. "Lamento que hayas muerto", maulló torpemente.

"Aquí es donde quiero estar", respondió Hormiguero con otro encogimiento de hombros.

"¡Charca de Hiedra, ven aquí!"

Casi aliviada de oír a Alcotán llamarla, Charca de Hiedra inclinó la cabeza hacia el guerrero del Clan del Viento y cruzó corriendo el claro hacia Alcotán. Un aprendiz del Clan del Río estaba a su lado, con los ojos muy abiertos y ansioso.

"Este es Zarpa Hueca", le dijo Alcotán. "Es nuevo. Enséñele uno o dos movimientos, ¿Quieres?”

"Claro", respondió Charca de Hiedra. Se alegró de que Alcotán no se quedara a mirar, sino que cruzó el claro hacia dónde Corazón de Tigre y Onda Soleada estaban comenzando una pelea de práctica.

"Hola, Zarpa Hueca", maulló. "¿Es esta tu primera visita?"

"Segunda." Zarpa Hueca chilló la palabra como un cachorro y se aclaró la garganta. “Vine aquí en un sueño y hablé con Alcotán”, agregó. "Le dije que los otros aprendices me estaban molestando y me dijo que me enseñaría a enfrentarme a ellos".

"Oh, sí, podemos hacer eso", prometió Charca de Hiedra, con el corazón dolorido por el nervioso aprendiz. *Él no sabe en lo que se está metiendo, pero yo tampoco lo supe*. *Aún así*, pensó, *enseñarle algunas buenas técnicas de lucha no le hará ningún daño.*

Zarpa Hueca se animó mientras hablaba. "¡Genial! ¡Trucha del Arroyo y Zarpa Musgosa se llevarán una gran sorpresa! Trucha del Arroyo es aún más un dolor de cabeza desde que se convirtió en guerrero”, agregó.

"Por ahora, es mejor que mantengas tus garras envainadas", le aconsejó Charca de Hiedra, esperando que Alcotán y Estrella Rota no se dieran cuenta. Ya he tenido suficientes problemas por una noche. "Está bien", ella continuó enérgicamente, "Soy un zorro que viene a atacar el campamento del Clan del Río. ¿Qué vas a hacer?"

En respuesta, Zarpa Hueca se arrojó sobre ella, mostrando los dientes en un gruñido y sus patas extendidas, dejándose completamente abierto al ataque.

Charca de Hiedra se echó a un lado, empujó sus patas y lo inmovilizó contra el suelo con una pata en el hombro y otra en el vientre.

Zarpa Hueca se retorció impotente debajo de ella.

¡Por el Clan Estelar! ¿Qué les enseñan en el Clan del Río?

En voz alta, maulló: "Y ahora soy un zorro que te llevará a mi guarida y te comerá". Ella soltó al aprendiz, quien se puso de pie y quedó con la cabeza inclinada, con las garras delanteras raspando el suelo en su vergüenza.

"Lo siento", murmuró.

"No lo sientas". Charca de Hiedra miró por encima del hombro para asegurarse de que Alcotán y Estrella Rota seguían sin oírlos. "Estás aquí para aprender, después de todo. Ahora eres el zorro y te mostraré lo que debiste haber hecho".

Ella le enseñó a Zarpa Hueca un movimiento bastante básico, mostrándole cómo lanzarse, arañar al enemigo con sus garras y salir de su alcance nuevamente. “Recuerda que un zorro o, no quiera el Clan Estelar, un tejón es mucho más grande y pesado que tú. La fuerza bruta no te llevará a ninguna parte. Tienes que ser rápido e inteligente. Inténtalo."

Zarpa Hueca se abalanzó sobre ella con una mirada ansiosa en los ojos, le azotó el costado con una pata enfundada y volvió a rebotar. "¿Así?"

"Muy bien. Otra vez."

Mientras el aprendiz practicaba, Charca de Hiedra lanzó otra mirada a Estrella Rota y Alcotán. Se habían separado y caminaban por el claro, viendo los otros combates de práctica. *No vengas acá, ¿De acuerdo?*

Había hecho un alto y estaba empezando a explicar otro movimiento a Zarpa Hueca, cuando escuchó la voz de Alcotán. "¡Charca de Hiedra!"

¡Oh, no!

Pero cuando Charca de Hiedra se dio la vuelta, el guerrero atigrado estaba llamando a todos los gatos que entrenaban al centro del claro. Charca de Hiedra exhaló un suspiro de alivio al darse cuenta de que la sesión había terminado.

"Todos lo han hecho bien", maulló Alcotán cuando los gatos se reunieron a su alrededor. "Especialmente tú, Flores Caídas", agregó, dándole al nuevo recluta del Clan del Trueno un asentimiento de aprobación. "Ese salto y giro va muy bien".

Los ojos de Flores Caídas brillaron con orgullo. "Gracias, Alcotán", maulló, agachando la cabeza hacia el guerrero del Bosque Oscuro.

"Creo que encajarás muy bien aquí", le dijo Alcotán.

Con el corazón hundido, Charca de Hiedra dejó que su mirada recorriera el círculo de guerreros delgados, musculosos y ávidos de batalla. *Oh, Clan Estelar ayúdanos*, pensó.

El Bosque Oscuro está tratando de reclutar un ejército de guerreros leales dentro de todos los Clanes, ¡Y lo están logrando!



11

Ala de Tórtola se detuvo, su mirada subía y bajaba. Ella pensó que el tramo de pendientes cubiertas de nieve y rocas irregulares nunca llegarían a su fin, pero finalmente vio los picos más altos delineados nítidamente contra un cielo azul pálido.

Las nubes flotaban alrededor de la cima.

"¡No lo creo!" ella respiró.

"Es simplemente... ¡Simplemente increíble!" La voz de Salto de Raposo fue el chillido de un cachorro sorprendido.

"Las montañas son asombrosas, especialmente cuando las ves por primera vez" habló Esquiruela, acercándose a los dos gatos más jóvenes. "Nunca olvidaré mi primera visita".

"Yo tampoco" El pelaje del cuello de Glayo se estaba levantando y escupió las palabras como si inesperadamente hubiera mordido carroña. "Hay frío y viento y allí arriba, pero tenemos que ir, así que también podemos mantenernos en movimiento."

Era el tercer amanecer desde que habían abandonado el lago. El cielo estaba despejado pero Ala de Tórtola esponjó su pelaje contra el viento helado que soplaba desde los picos. "¿Cómo viven los gatos allá arriba?" ella preguntó. "¿Hay alguna presa?"

"Como si no lo supieras", replicó Glayo.

"Por supuesto que hay presas", maulló Esquiruela, con un exasperado vistazo al curandero. "Pero son diferentes y hay diferentes formas de cazar. Ya lo verás." Agitando su cola, caminó con Glayo solo detrás de ella. Ala de Tórtola intercambió una mirada con los ojos abiertos con Salto de Raposo y siguieron. Su camino los condujo a colinas suavemente onduladas, cubiertas de la hierba áspera del páramo y los tallos duros y elásticos de brezos. Rocosos afloramientos asomaban a través del suelo delgado.

"Esto se siente como territorio del Clan del Viento", refunfuñó Salto de Raposo. "No me gusta".

Ala de Tórtola murmuró que estaba de acuerdo. Ella estaba incómoda sin la cubierta de árboles y extrañaba la densa maleza del bosque con olor a presas. "al menos podemos ver si algo está tratando de arrastrarse hacia nosotros", señaló.

Al mandar sus sentidos, alerta al peligro, no encontró nada más que los pequeños sonidos de presas distantes escondidas y el goteo de los arroyos. Un duro chillido sonó desde arriba; Ala de Tórtola miró hacia arriba para ver un pájaro revoloteando por encima.

Ella no reconoció su amplio tamaño, pero se sintió vagamente amenazante.

"Águila", maulló Esquiruela. "Veremos muchas de esas en el lugar al que estamos yendo. Tendremos que tener cuidado, porque son lo suficientemente grandes como para atacar a un gato".

Ala de Tórtola se estremeció. *¿Qué tipo de lugar es este, donde hay pájaros peligrosos?*

Los gatos caminaron por las colinas durante el resto de ese día, con solo un corto descanso al mediodía. Esquiruela y Salto de Raposo, trabajando juntos, atraparon un conejo, que los cuatro gatos compartieron en mordiscos rápidos e incómodos. Gradualmente la pendiente se hizo más empinada y la hierba se adelgazó, hasta que los gatos se afanaron a la roca con solo matas de hierba y arbustos escuálidos enraizados en las grietas. El sol bajaba, proyectando sombras extendidas delante de ellos e inundando las laderas nevadas de las montañas con luz escarlata.

Espero que encontremos refugio antes de que oscurezca, pensó Ala de Tórtola.

Esquiruela los condujo a lo largo de un camino estrecho que serpenteaba entre rocas afiladas, donde la nieve seguía flotando en la hondonada, y luego a través de un tramo de terreno abierto cubierto de grandes y lisos cantos rodados. Los gatos tuvieron que trepar por encima de ellos, Glayo siseaba con molestia porque seguía resbalando, incapaz de ver dónde estaba poniendo sus patas. Al otro lado de las rocas, la nieve se hundía profundamente en el suelo. En el fondo había un charco de agua, congelado en los bordes, con hierba cargada de nieve creciendo más espesa alrededor de los bordes.

"¡Genial, agua!" exclamó Salto de Raposo, saltando hacia adelante. "Mi lengua se siente tan seca como estas rocas".

"¡Cuidado!" Advirtió Esquiruela.

Siguiendo a Salto de Raposo más lentamente, Ala de Tórtola olfateó un poderoso aroma a gatos; los pasos de sus patas la llevaron a través de la parte más fuerte, y se dio cuenta de que debía ser una frontera como las que separaban los territorios del bosque.

"Estamos en territorio de la Tribu ahora", explicó Esquiruela, con satisfacción en su voz mientras agregaba: "Todavía mantienen frescos las marcas fronterizas".

Los cuatro gatos se acercaron al agua para beber, pero cuando Ala de Tórtola estiró una pata para romper el hielo delgado en el borde y lamer las primeras gotas frías, un maullido dividió el aire detrás de ella.

"¡Intrusos!"

En el mismo momento un cuerpo se estrelló contra ella, derribandola, golpeó el suelo en el borde de la charca, arrojando gotas de sus patas. Sacando sus garras, se puso de pie, azotando la cola, para ver un gato negro, no más grande que un aprendiz, mirándola con hostilidad manifestada.

"¡Fuera de nuestro territorio!" siseó él.

“Espera…” gritó Esquiruela.

"¡Oscuro! ¡Detente!"

Una gata gris y blanca emergió de detrás de una roca a la mitad de la pendiente al otro lado de la charca, seguida por un gato atigrado oscuro y otra gata joven, una gata con un pelaje gris moteado.

"¡Pero son invasores!" Oscuro, el gato negro, protestó.

"No, no lo son." La gata bajó la pendiente para pararse al lado de Oscuro, y le dio un ligero golpe sobre una oreja. “No son intrusos, son invitados". Se volvió hacia Esquiruela, con sorpresa en su voz y orejas, y agregó con más calidez: "Esquiruela, es bueno verte de nuevo a ti y a Glayino".

"Glayo," el curandero la corrigió con un movimiento de sus orejas.

"Eres Sombra de Ala Sobre el Agua, ¿No?" Esquiruela dio un paso adelante para entrechocar narices con la gata gris. "Y Sendero Escarpado Junto a la Cascada", añadió con un asentimiento al gato atigrado oscuro. "Ela es Ala de Tórtola, y él es Salto de Raposo".

Ala de Tórtola inclinó la cabeza a modo de saludo, mirando a los gatos de la Tribu con curiosidad. Eran mucho más pequeños que los gatos del Clan, y todos parecían que les vendría bien una buena comida.

"Este pupilo", continuó Sombra, señalando con su cola hacia el gato negro, "El que no tiene sentido común e intentó atacar a cuatro gatos él solo, es Sombra en el Rio Oscuro, y esta es Llovizna que Pasa Rápidamente".

La gata gris moteada agachó la cabeza cortésmente.

"¿Pupilo?" Murmuró Ala de Tórtola.

"Como nuestros aprendices," Glayo siseó en su oído.

"Ningún gato esperaba verte aquí de nuevo", maulló Escarpado a Esquiruela. “¿Están los clanes en problemas? ¿Necesitas ayuda?"

"No, todo está bien", ronroneó Esquiruela. “Solo queríamos dar una visita a nuestros viejos amigos ". Sombra movió sus bigotes y Ala de Tórtola supuso que había adivinado que los gatos del Clan tenían más motivos que eso para caminar tan lejos en la Estación sin Hojas, pero todo lo que dijo fue "Será mejor que te llevemos a la cueva. Pronto oscurecerá".

Siguiendo a los gatos de la Tribu, la patrulla del Clan del Trueno se adentró en las montañas. El sol había desaparecido, y las últimas rayas escarlatas estaban desapareciendo del cielo. El crepúsculo se acercó, haciendo el camino aún más difícil de ver, pero los gatos de la Tribu saltaron confiadamente hacia adelante, parados en la cima de las rocas mientras esperaban que los gatos del Clan los alcanzaran. El viento gimió entre los picos; Ala de Tórtola parpadeó mientras arrojaba lluvias de hielo a sus ojos.

"¿Por qué cualquier gato quiere vivir en un lugar tan abandonado como este?" Glayo jadeó mientras se arrastraba sobre una roca, "Nunca lo comprenderé." Vaciló, agachado sobre la roca; el suelo delante era irregular y Ala de Tórtola se dio cuenta de que podía lastimarse si saltaba en el lugar equivocado.

"Espera un momento", maulló. Ella se dejó caer sobre un parche de nieve y comprobó que no tenía bordes afilados. "Salta aquí", ella instruyó a Glayo. "Sigue mi voz".

Glayo saltó y aterrizó torpemente; Ala de Tórtola lo estabilizó mientras se tambaleaba. "Gracias", murmuró.

Cuando empezaron a subir una pendiente larga, siguiendo a Esquiruela y Slato de Raposo, que se había adelantado un poco, Ala de Tórtola percibió un nuevo sonido: un rugido profundo y continuo que se hacía más fuerte con cada paso de sus patas.

"¿Qué es ese ruido?" le preguntó a Glayo.

"Oh, ¿Ya puedes oírlo?" Glayo habló en voz baja y Ala de Tórtola supuso que sin saberlo había estado usando sus sentidos especiales. "Es la cascada. Ahí es donde vive la Tribu de las Aguas Rápidas".

Pronto todos los gatos pudieron escuchar el estruendo de las cataratas. Treparon una última pendiente empinada y salieron a un tramo plano de roca donde un río pasó fluyendo entre rocas. El viento lo atravesó, azotando el pelaje de Ala de Tórtola y amenazando con hacerla caer, pero el sonido se fue ahogando por el trueno ensordecedor de la cascada.

Ala de Tórtola camino hasta el borde del acantilado, donde el agua se deslizó sobre el borde de las rocas en una curva suave. "¡Guau!" exclamó a Escarpado, que se paró a su lado, una pata se estiró como si le advirtiera que tuviera cuidado. "¿Realmente viven aquí?"

“Nuestra cueva está detrás de la cascada”, explicó con orgullo en su voz.

"¡Increíble!" *De hecho, ¿Tenemos que caminar detrás de esa pared de espuma de agua?* pensó en privado. *¡Ese no es un lugar para que vivan gatos!* Escarpado guio a los gatos del Clan por las rocas junto a las cataratas. La superficie estaba mojada y resbaladiza; Ala de Tórtola trató de clavar sus garras en la superficie dura y agitó su cola salvajemente para mantener el equilibrio. Su corazón latía rápido mientras luchaba para no mostrarles a estos desconocidos gatos lo asustada que estaba. Glayo camino hacia abajo entre Ala de Tórtola y Esquiruela, gruñendo con cada paso de sus patas.

Finalmente, cada gato se paró en un camino estrecho que conducía detrás de la cascada.

Ala de Tórtola caminó a lo largo de él con cuidado, siguiendo los pasos de las patas de Escarpado, con la roca por un lado y el agua que caía sin cesar por el otro. Tembló cuando la espuma empapó su pelaje.

A estas alturas estaba casi completamente oscuro. La cascada era una cortina gris ondulante, atravesada con plata donde reflejaba la luna y las estrellas que emergían lentamente. Mientras
Ala de Tórtola avanzaba, se abrió un espacio oscuro arriba en el lado opuesto del agua; Escarpado se desvaneció en él y su voz regresó a Ala de Tórtola, haciendo eco de manera extraña.

"¡Bienvenidos a la Tribu de las Agua Rápidas!"

Parpadeando, Ala de Tórtola entró en la cueva, seguido de Esquiruela, Glayo y Salto de Raposo, con los otros gatos de la tribu en la retaguardia.

Sacudiendo su pelo para secarse, miró las altísimas paredes de la cueva, con el techo perdido en sombras muy por encima de su cabeza. En el otro extremo, dos túneles conducían a la oscuridad. Los gatos estaban agachados en las cornisas, mirando a los recién llegados.

Otros acechaban unos a otros en el suelo de la cueva; Ala de Tórtola pensó como si estuvieran en medio de algún tipo de ejercicio de entrenamiento.

Todos se congelaron cuando los visitantes se detuvieron, agrupados, cerca de la entrada. El pelaje de Ala de Tórtola se erizó.

Casi de inmediato, una voz aulló desde el otro lado de la caverna. "¡No me lo creo! ¡Esquiruela! ¡Glayino!"

"Glayo", murmuró él.

Un gato gris oscuro, de patas más largas que los otros gatos, salió de las sombras y patinó hasta detenerse frente a Esquiruela. "Es genial verte de nuevo”, maulló.

"Peñasco." La voz de Esquiruela era un cálido ronroneo. "Es genial estar aquí."

Más gatos comenzaron a amontonarse alrededor, ofreciendo saludos y preguntando sobre los clanes. La cabeza de Ala de Tórtola comenzó a girar; Esquiruela trato de presentar a todos los gatos, pero era difícil recordarlos, o decirles a todos separados cuando se parecían tanto entre sí: pequeños y delgados, y principalmente con pelajes de color marrón grisáceo.

¡Y tienen nombres tan largos! No es de extrañar que los acortaran.

"¿Recuerdas cuando te emboscamos la primera vez que viniste aquí?" Un viejo gato llamado Garra estaba hablando con Esquiruela. "Casi te despedazo, pero lograste convencernos de que estabas de nuestro lado".

"Quizás te sorprendería quién terminaría despedazado". Para asombro de Ala de Tórtola, Esquiruela golpeó cariñosamente al viejo gato atigrado en el hombro. "Y todos luchamos en el mismo bando contra Colmillo Afilado".

Garra asintió con la cabeza, parpadeando con tristeza, luego negó con la cabeza como si estuviera desterrando recuerdos dolorosos. "¿Dónde está Rivera?" preguntó, mirando a su alrededor.

Abriéndose paso hasta el borde de los gatos agrupados alrededor de los visitantes, gritó: "¡Rivera, ven a ver quién está aquí!"

Una agraciada gata atigrada emergió de un rincón cerca de la parte trasera de la cueva, con dos diminutos cachorros frente a ella.

Los ojos de Esquiruela se agrandaron, su mirada verde centelleaba. "¡Rivera! ¡Tienes cachorros!"

Rivera se acercó a Esquiruela y tocaron narices, ronroneando como si nunca fueran a detenerse. Abrió las mandíbulas para oler el aroma de Esquiruela. “Bienvenida de nuevo”, maulló, y luego agregó con orgullo: “Ellos son Alondra que Canta al Amanecer y Pino que se Aferra a la Roca. Alondra se parece a su padre, ¿No te parece?

"¡Estoy tan feliz por ti y Borrascoso!" Esquiruela jadeó. Inclinó la cabeza para oler cada uno de los cachorros.

Las dos pequeñas criaturas la miraron con ojos muy abiertos y curiosos. "¿Has venido a unirte a la Tribu?" Alondra maulló.

Esquiruela negó con la cabeza. "No, sólo estamos de visita".

"Deberías quedarte", le dijo Pino, con su cola regordeta temblando ansiosamente. "¡Los gatos de tribu son los mejores!"

"Necesitaré algunos consejos tuyos sobre la crianza de cachorros", prosiguió Rivera a Esquiruela. "¡Tus tres resultaron tan bien!"

Ala de Tórtola se puso rígida, esperando la respuesta de Esquiruela. Por un momento pareció como si Esquiruela no supiera qué decir. Luego bajó la cabeza. "Parece que te las arreglas bien, sin mi ayuda", maulló. "Son cachorros encantadores, tan fuertes y saludables. ¿Dónde está Borrascoso? añadió, claramente contenta de cambiar de tema.

"En la patrulla fronteriza", explicó Rivera. "Debería estar de vuelta en cualquier momento".

"Sí, ¿Cómo van las patrullas?" Preguntó Esquiruela. "¿Estás logrando defender la frontera contra esos gatos rivales?"

"Es un trabajo duro", respondió un gato negro; Ala de Tórtola recordó que su nombre era Alarido de Búho Furioso. "No deja mucho tiempo para atrapar presas cuando los gatos están cansados de patrullar la frontera".

"Pero no tienen que salir todo el tiempo", protestó Salto de Raposo, mirando alrededor hacia la cueva atestada de gatos. "Hay muchos de ustedes. ¿Por qué algunos de ustedes no patrullan la frontera mientras otros van de caza? Eso es lo que hacemos."

"La Tribu no funciona así", explicó Esquiruela. "Tienen dos tipos diferentes de gatos, apresadores que capturan presas y guardacuevas que protegen a los apresadores. Así que se necesitan más gatos para atrapar presas".

"Sí, pero aún podrían..."

Ala de Tórtola nunca supo lo que iba a sugerir Salto de Raposo. Su oído agudo percibió un suave paso de patas procedente de la parte trasera de la cueva.

Una voz ronca habló, "¿Qué están haciendo aquí esta vez?"

Ala de Tórtola se dio la vuelta y vio que la multitud de gatos se apartaba para revelar un viejo y flaco gato atigrado. No era más alto que un aprendiz nuevo, y sus ancas huesudas marcaban su pelaje irregular. Mientras caminaba hacia adelante, Ala de Tórtola se sorprendió al escuchar los latidos desiguales de su corazón y su respiración dificultosa. Un olor a carroña salió de sus mandíbulas abiertas cuando se detuvo frente a Esquiruela.

¡Este gato se está muriendo! Ala de Tórtola se alarmó al notarlo.

"Narrarrocas..." tartamudeó Rivera. "Mira quién vino de visita."

"Puedo ver quién es", espetó Narrarrocas. "Quiero saber qué están haciendo aquí".

Esquiruela lanzó una mirada a Rivera mientras ella daba un paso adelante e inclinaba cortésmente la cabeza hacia el viejo gato. "Saludos, Narrarrocas", maulló. "Mis compañeros de clan y yo acabamos de venir de visita. Queríamos ver cómo les va".

"¿Crees que no podemos sobrevivir sin ustedes?" Narrarrocas gruñó.

Ala de Tórtola pudo ver que Esquiruela se estaba poniendo nerviosa, sus garras raspaban el duro piso de la cueva. "No es así", comenzó.

Narrarrocas la interrumpió con un gruñido profundo en su garganta y un solo latigazo de su cola. Los ojos de Salto de Raposo se agrandaron; se inclinó hacia Ala de Tórtola y le siseó al oído: "¿Quién se alivió en su carne fresca?"

Glayo dio un paso adelante. Ala de Tórtola se tensó; el curandero de mal genio estaba destinado a empeorar las cosas con algún comentario cortante.

En cambio, se sorprendió por el tono uniforme de Glayo cuando comenzó a hablar.

“No pasa nada, Narrarrocas, créame. Venimos en paz, como amigos”. Agitando su cola hacia Salto de Raposo y Ala de Tórtola, agregó: “Pensamos que sería una buena experiencia para estos dos gatos jóvenes ver cómo vive la Tribu. Tenemos tanto que aprender de ustedes como ustedes han aprendido de nosotros en el pasado".

Narrarrocas soltó un bufido pero no desafió más a los visitantes.

"Bien hecho, Glayo", susurró Esquiruela.

Sombra se abrió camino entre los gatos y bajó la cabeza hacia Narrarrocas. "Sanador, ¿Pueden estos gatos compartir la comida de hoy?"

"¿La comida de hoy?" Salto de Raposo parecía consternado. “¿Quieres decir que sólo comen una vez al día? ¿No les da más hambre?"

"¿No engordan?" contraatacó una joven gata, mirando a Salto de Raposo de arriba abajo.

Narrarrocas dio su permiso, aunque Ala de Tórtola se dio cuenta de que no estaba emocionado. Retrocedió mientras Sombra y Rivera guiaban a los gatos visitantes a través de la cueva y se detuvieron frente a una pila de carne fresca.

“Sírvanse ustedes mismos”, invitó Sombra.

Siguiendo a Esquiruela, Ala de Tórtola sacó un pájaro de la pila y lo mordió hambrienta. Un segundo después, estaba luchando por tragar. *¡Gran Clan Estelar, sabe amargo!* Estudió cuidadosamente a la presa; el pájaro no era de ningún tipo que hubiera visto antes: más grande que los pájaros del bosque, con plumas marrones y un pico en forma de gancho.

"No veo cómo un gato podría atrapar un pájaro como este solo", murmuró, medio para sí misma.

"¡Eso es ridículo!" Oscuro exclamó, escuchándola. Él la miró parpadeando con desdén. “Como si se esperara que cualquier gato cazará solo. Los apresadores trabajan juntos; incluso los cachorros lo saben. Mira; te lo mostraremos. ¡Aquí, Llovizna, Nevada! Llamó a la otra pupila que los había conocido en las montañas, y a otra joven gata de pelaje blanco. "Nevada, eres un águila".

"Bien." Nevada saltó a una cornisa en la pared de la cueva.

"Llovizna, eres un apresador conmigo", continuó Oscuro.

"Pero soy guardacuevas", objetó Llovizna.

Oscuro suspiró. "¿Y qué? Puedes fingir, ¿Verdad? Sabes lo que hacen los apresadores".

Llovizna se encogió de hombros y se agachó al pie de una roca. Oscuro también se agachó a un par de colas de distancia. Los dos gatos jóvenes se quedaron donde estaban, bastante inmóviles, mientras Ala de Tórtola observaba, desconcertada.

"No están haciendo nada", susurró Salto de Raposo, mirando hacia arriba desde su propia presa.

En ese momento, Nevada se lanzó desde su cornisa al piso de la cueva de abajo. Al instante, Oscuro y Llovizna se abalanzaron al unísono, se montaron sobre ella y la tiraron al suelo con las patas cuando trató de levantarse.

"¡Oye, no tan duro!" gritó ella.

"¿Qué están haciendo?" Una gata negra, con el vientre hinchado por sus cachorros, miró por encima del hombro con expresión irritada. ¡Ustedes, pupilos! Este es momento de comer, no jugar”.

"Lo siento, Noche", murmuró Llovizna.

"Sólo estábamos mostrando a estos gatos desconocidos", protestó Oscuro.

"Lo sé, lo sé", interrumpió Noche. “Siempre excusas…. Muéstrales al amanecer, ¿De acuerdo?”

Oscuro agachó la cabeza y tomó un conejo de la pila, arrastrándolo para compartirlo con los demás.

"Extraño", murmuró Ala de Tórtola a Salto de Raposo. Sintió una punzada de nostalgia por su Clan, donde cualquier gato que tuviera hambre podía comer cuando quisiera, siempre que hubiera suficientes presas, y ningún gato regañara a los aprendices que jugaban si habían terminado sus deberes. "¡Los gatos de la tribu son realmente estrictos!"

Salto de Raposo se acercó a ella. "Estrictos y extraños", estuvo de acuerdo.

Cuando los gatos del Clan terminaron de comer, Rivera los condujo a través de la caverna. "Pueden dormir aquí", anunció. Ala de Tórtola miró alrededor de Esquiruela y vio varias bolas poco profundas en el suelo de la cueva, forradas con plumas.

¿Esos son lechos? se preguntó, añorando el suave musgo y los helechos crujientes en su propia guarida en la hondonada de piedra.

El hijo de Rivera, Pino, se inclinó sobre el borde del lecho más grande y olió las plumas. "¡Eso se ve muy acogedor!" maulló.

"¡Quiero dormir ahí!" Alondra anunció, dando un salto alto hacia el medio del lecho. Las plumas se arremolinaban a su alrededor y estornudó cuando una se posó en su nariz.

"¡Ciertamente no!" Rivera exclamó, su pelaje se esponjó. “Sal de allí de inmediato. Tenemos un lecho propio perfectamente bueno".

Alondra azotó su pequeña cola y salió con plumas pegadas a su pelaje. Rivera se las quitó con la cola y volvió a acariciar el pelaje de su hija. "Lo siento", murmuró a Esquiruela. “Pero sabes cómo son a esta edad. Que duermas bien” añadió, mientras juntaba sus cachorros con la cola y los empujaba hacia fuera.

"¡Buenas noches!" Esquiruela la llamó.

Acurrucado en una de los lechos, Ala de Tórtola encontró imposible dormir.

El estruendo de la cascada era tan fuerte que lastimó sus oídos, y no había forma de apagarla. Se sintió atrapada por eso; el ruido ahogaba cualquier otro sonido que pudiera haber captado más allá. Nunca antes había estado tan encerrada por piedra y agua.

Esto no está bien, pensó.

Al levantar la cabeza, vio que sus tres compañeros de clan ya estaban dormidos; Glayo se retorcía inquieto, como si caminara en un sueño siniestro con los gatos del Clan Estelar... o el Bosque Oscuro. Más lejos en la cueva, pudo escuchar a los gatos de la Tribu mientras se acomodaban para pasar la noche.

"Cierra los ojos, Alondra." La voz de Rivera. "O estarás demasiado cansada para jugar mañana".

“Buenas noches, Ave.” Ese era el viejo gato, Garra.

"Buenas noches", respondió la voz de una gata desconocida. "Que sueñes bien."

"¡Nevada, si no me sacas la pata de la oreja, te arañaré!"

Ala de Tórtola sofocó una mueca de diversión ante el murmullo indignado de Oscuro.

Poco a poco, las voces se fueron apagando hasta convertirse en silencio. Ala de Tórtola con cautela salió de su lecho y caminó hasta la cueva hacia la cascada.

Sus patas hormigueaban y seguía echando miradas por encima del hombro, consciente de que si alguno de los gatos de la Tribu la veía, podrían pensar que estaba espiando. Pero ningún gato la llamó cuando llegó al sendero que conducía detrás de la cascada y se deslizó por él. El agua que caía brillaba a la luz de la luna, y cuando Ala de Tórtola emergió a las rocas junto a la laguna, el rocío llenó el aire con una niebla de plata.

Es hermoso, se dio cuenta, al ver por primera vez lo que mantenía a la Tribu en su inhóspito hogar.

Escalando con especial cuidado en la oscuridad, Ala de Tórtola se arrastró por las rocas junto a la cascada hasta llegar a la cima del acantilado. Se dio una buena sacudida para secarse el pelaje antes de sentarse y mirar a su alrededor.

Se quedó sin aliento en la garganta. Estaba rodeada de picos montañosos salpicados de nieve, que se perdían en la distancia hasta donde alcanzaba la vista.

La cascada estaba debajo de ella ahora, con su rugido aún más fuerte que un trueno, pero no la hacía sentir atrapada de la forma en que lo había hecho cuando estaba dentro de la cueva.

Ala de Tórtola lanzó sus sentidos sobre el paisaje nevado, su vista y oído se agudizaron en el aire claro. Podía oír el movimiento de pájaros enormes (¿águilas?) En sus nidos de ramas en los precipicios desnudos; deshielo en pequeños arroyos escondidos entre las rocas; Liebres de pelaje blanco peleando entre la nieve y los guijarros para encontrar briznas de hierba. Las montañas que parecían tan áridas estaban llenas de vidas diminutas.

Entonces Ala de Tórtola se dio cuenta de que también podía oír a los gatos. Eran demasiado pesados para ser gatos de la tribu; saltaron arrogantemente sobre las rocas, acercándose hasta una marca olorosa de la Tribu y oliendo.

"Ooh, esta es la frontera de la Tribu". Un maullido burlón llegó a los oídos de Ala de Tórtola. “¿Debemos cruzarla? ¡Estoy temblando de miedo!"

“Estos gatos tienen abejas en el cerebro”, respondió otra voz. "¡Creen que pueden mantenernos fuera con una barrera de aire!"

Ala de Tórtola escuchó, la ira crecía en su estómago cuando primero un gato, luego el segundo, saltaba a través de la frontera, luego regresaban, y por tercera vez, terminaba dentro del territorio de la Tribu.

"¿Dónde están?" maulló el primer gato. "¿Dónde está tu patrulla para sacarnos?"

"Escondidos como conejos asustados", maulló el segundo gato. "Vamos a cazar".

Ala de Tórtola los escuchó alejarse en busca de una presa, una presa que pertenecía a la Tribu. Desenvainó sus garras, raspándolas contra la roca. Glayo y Leonado le habían contado sobre su visita anterior, cómo habían establecido la frontera e hicieron que los gatos intrusos prometieran respetarla.

¿Cuál es el punto de esto? se preguntó enojada. *Los otros gatos no tienen ningún tipo de código, entonces, ¿Cómo podemos esperar que permanezcan en su lado fronterizo?*

Un suave paso sonó detrás de ella; esperando ver un gato de la Tribu, se puso de pie y se giró. Para su sorpresa, era Glayo.

"¿Cómo subiste a las rocas?" preguntó, su vientre se retorció al darse cuenta de la facilidad con que un gato ciego podía resbalar y caer a la laguna.

"Con esfuerzo", gruñó Glayo, dándose una sacudida y formando una pequeña neblina en el aire. Con un largo suspiro, se sentó junto a Ala de Tórtola y agitó su cola en los picos que los rodeaban. "Increíble, ¿no?" resopló.

"¿Cómo lo sabes?" Ala de Tórtola maulló, sobresaltado. Las palabras apenas salieron antes de que ella respondiera su propia pregunta, adivinando que él había caminado aquí en sus sueños. "¿Por qué estamos aquí?" añadió.

“La Tribu también tiene ancestros”, respondió Glayo mientras envolvía la cola alrededor de sus patas. “La Tribu de la Caza Interminable. Creo que tienen algo que decirme, algo que ver con la profecía".

"Si realmente tenemos el poder de las estrellas en nuestras garras", reflexionó Ala de Tórtola en voz alta, "entonces quizás también tengamos poder sobre la Tribu".

Glayo movió las orejas. “No creo que sea tan sencillo como eso. Recuerda que Narrarrocas tiene mucho poder, más que un líder de clan o sólo un curandero. Pero estoy convencido de que nuestro destino tiene algo que ver con la Tribu".

"Les hemos ayudado mucho antes", maulló Ala de Tórtola. "Quizás ahora sea su turno de ayudarnos".

"Tal vez", coincidió Glayo.

Mientras hablaba, Ala de Tórtola captó el sonido de otro gato trepando por las rocas, y un gato gris de anchos omóplatos se arrastró hacia la meseta. Se acercó a Glayo e inclinó la cabeza. "Saludos. Es bueno volver a ver a los gatos del clan".

"Borrascoso". Glayo bajó la cabeza en respuesta. "Esta es Ala de Tórtola, la hija de Candeal".

Ala de Tórtola parpadeó, impresionada de estar cara a cara con un gato que era casi una leyenda entre los Clanes. Nacido de un padre del Clan del Trueno y una madre del Clan del Río, Borrascoso había hecho el viaje al lugar donde se ahoga el sol para encontrarse con Medianoche, y luego había participado en el Gran Viaje cuando los Clanes descubrieron su nuevo hogar junto al lago. Pero había amado tanto a Rivera que había abandonado a su Clan para vivir con ella y hacer su hogar con la Tribu.

"¿Cómo van las cosas junto al lago?" Preguntó Borrascoso. Había ansia en su voz y Ala de Tórtola comprendió que, aunque había decidido quedarse aquí en las montañas, parte de su corazón siempre estaría con los Clanes.

"Bastante bien", respondió Glayo. "Tuvimos una sequía en la última estación de la hoja verde y el lago casi se secó, pero Ala de Tórtola fue con una patrulla para traer el agua de regreso".

Los ojos ambarinos de Borrascoso brillaron mientras miraba a Ala de Tórtola. "¡Bien hecho! Debió haber sido difícil.”

Ala de Tórtola agachó la cabeza. “Estaba asustada la mayor parte del tiempo. También tuvimos un árbol que cayó en la hondonada de piedra”, agregó, ansiosa por cambiar de tema. "Todas las guaridas se ven muy diferentes ahora".

Borrascoso asintió. "¿Y el Clan del Río?" preguntó.

"Creo que están bien", le dijo Ala de Tórtola. "Pero Estrella Leopardina murió". Borrascoso inclinó la cabeza. "Siento escuchar eso. Ella fue una gran líder". Hizo una pausa y luego continuó. "Entonces, ¿Ahora la líder del Clan es Estrella de Vaharina?"

Ala de Tórtola asintió. "Ella también es una gran líder".

"Puedo imaginarlo. El Clan Estelar tomó la decisión correcta".

"Entonces, ¿Quién será el sucesor de Narrarrocas?" Glayo preguntó, con un tono de voz que insinuaba que había más en la pregunta de lo que Ala de Tórtola entendía.

Borrascoso negó con la cabeza. "Narrarrocas se ha negado a nombrar a ningún gato como su sucesor", maulló. "Puedes imaginar cómo se siente la Tribu al respecto".

Ala de Tórtola se sintió desconcertado. "¿Por qué es eso un problema?"

Borrascoso se volvió hacia ella. “Cada sanador de la tribu tiene el mismo nombre”, explicó. “Narrador de las Rocas Puntiagudas, o Narrarrocas. Por lo general, cada Narrarrocas futuro se elige como cachorro, para ser asesorado por el Narrarrocas actual durante el mayor tiempo posible. Ahora la Tribu teme que un nuevo Narrarrocas no tenga tiempo de aprender todo antes de que muera el Narrarrocas actual".

"¡Eso significa que puede que no tengas un líder!" Exclamó Ala de Tórtola. Sabía que Narrarrocas era tanto el líder como el curandero de su Tribu. ¿Cómo se las arreglaría la Tribu sin ambos?

"Entonces, ¿Qué está haciendo la Tribu de la Caza Interminable al respecto?" Preguntó Glayo. "Si ellos-"

Borrascoso lo interrumpió, indicando silencio con un movimiento brusco de su cola. Se arrastró hasta el borde de la roca y miró. Ala de Tórtola se deslizó a su lado. A menos de una cola de distancia, la cascada se precipitaba hacia la laguna de abajo.

"Cuidado," Borrascoso le advirtió suavemente.

Muy abajo, donde el camino conducía detrás del agua a la cueva, había emergido un gato. Ala de Tórtola reconoció la forma escuálida de Narrarrocas. "¿Qué pasa?" le susurró a Borrascoso. "Tal vez solo quiera un poco de paz y aire fresco".

Borrascoso negó con la cabeza. "El Sanador nunca sale de la cueva", explicó, "excepto para realizar ceremonias aquí en la cima del acantilado. Y aquí no hay muchas de esas... generalmente sólo cuando muere un gato. Se supone que debe permanecer en la cueva todo el tiempo para recibir mensajes de la Tribu de la Caza Interminable".

"¿Nunca sale de la cueva?" Ala de Tórtola hizo eco, de repente triste por el viejo y frágil gato aprisionado en esos muros de piedra y agua.

"Nunca. Especialmente por la noche, cuando los reflejos de las estrellas son más vívidos.

"Entonces, al salir ahora, Narrarrocas está desafiando a sus ancestros y las antiguas leyes de su Tribu".

Ala de Tórtola miró a Narrarrocas, quien estaba sentado al borde de la laguna, contemplando las montañas. Se preguntó qué estaría pensando y por qué estaba tan enojado con la llegada de los gatos del Clan. ¿Se sentiría diferente si supiera que a Glayo y Ala de Tórtola se les había prometido el poder de las estrellas?

¿Qué pasaría si la profecía significa que tenemos que proteger el futuro de la Tribu al igual que el de los Clanes?



12

Leonado saltó al tronco de un árbol caído y arqueó la espalda en un largo arco, disfrutando de la sensación de la luz del sol en su pelaje dorado. Empezaban a aparecer capullos en los árboles y, en los grupos de helechos pardos muertos, empezaban a desplegarse frondas de un verde vivo. Las ramas parecían llenas de cantos de pájaros y podía oír el ruido de pequeñas criaturas en la maleza.

La estación de la hoja nueva está casi aquí, pensó.

Detrás de él, su patrulla salió a la luz: Carbonera, con orejas y bigotes alerta a los signos de presa; Paso Tordino, haciendo más ruido que toda una manada de tejones; y Pétalo de Rosa en la retaguardia.

"Perfecto." Leonado saltó del árbol al claro del otro lado. "Este es un buen lugar. Estrella de Fuego nos pidió a Carbonera ya mí que los ayudáramos a perfeccionar sus técnicas de caza”, agregó a los dos gatos más jóvenes.

"¡Oh, genial!" Paso Tordino miró a Leonado con ojos brillantes. "¿También nos enseñarás algunos movimientos de lucha?"

"¿Por favor?" Pétalo de Rosa agregó con entusiasmo.

"En otro momento quizás." Carbonera movió la cola. “Hoy nos concentramos en la caza. Veamos cuántas presas podemos traer de vuelta para el Clan".

Paso Tordino pareció decepcionado. "Eres el mejor peleando", le dijo a Leonado. "El Clan del Trueno es tan afortunado de tenerte. ¡No creo que te lastimes nunca!" Iluminando, agregó, “Voy a ser así algún día. ¡Defenderé a mi Clan y ninguno de mis enemigos podrá tocarme!"

Leonado reprimió un suspiro. *Si intenta pelear como yo lo hago, resultará gravemente herido*. "Paso Tordino", comenzó torpemente, "tienes que pelear como tú, no como yo o cualquier otro gato".

"Pero eres tan bueno, ¿Por qué no querría pelear como tú?"

El pelaje de Leonado se erizó de vergüenza. Echó una mirada a Carbonera, que lo estaba mirando con una mirada compasiva en sus ojos azules.

“Todos los gatos son vulnerables”, insistió. “Todo gato tiene debilidades. Parte de ser un buen luchador es ser consciente de eso y..."

"¡Mira esto!"

Leonado se interrumpió cuando Paso Tordino se arrojó contra el árbol caído, golpeándolo con sus patas, clavando sus garras en la corteza y agarrando una rama que sobresalía entre sus dientes.

"¡Detente!" Leonado maulló, saltando hacia el gato más joven y arrastrándolo por el pellejo. "Lanzarte a la batalla de esa manera es la forma más rápida de que te maten".

Se paró frente al guerrero más joven, quien lo miró conmocionado.

Leonado sintió que su ira se desbordaba, alimentada por su resentimiento por la profecía que había tomado su vida y la había torcido sin darle ninguna otra opción. *Renunciaría a mis habilidades de lucha si pudiera ser un gato ordinario del Clan... si pudiera tener a Carbonera*.

"Hey, Leonado, tómatelo con calma". Carbonera se acercó y apoyó la punta de la cola en el hombro de Paso Tordino. "Paso Tordino está entusiasmado, eso es todo".

Mirando al joven gato con un destello de diversión en sus ojos, agregó: "Pero no llegarás a ninguna parte tratando de matar un árbol".

"Lo siento, Leonado", tartamudeó Paso Tordino. "Sólo quería mostrarte..."

"Sí." Leonado movió sus bigotes. "Sólo recuerda que todos los gatos tienen límites, y necesitas saber cuáles son los tuyos".

Paso Tordino asintió, retrocediendo uno o dos pasos hacia el claro, con su mirada todavía en Leonado como si sintiera que el atigrado dorado probablemente saltaría hacia él sin previo aviso.

“Joven idiota con cerebro de ratón,” Leonado murmuró a Carbonera, su voz era un gruñido suave y frustrado. "¿Cómo crees que me sentiría si lo despedazaran tratando de ser como yo?"

Carbonera asintió comprensivamente. "Lo resolverás", maulló. Cálido por su respuesta, Leonado se volvió hacia los dos guerreros más jóvenes. "Bien, veamos si hemos asustado a todas las presas en el bosque", comenzó. "¿Pueden oler algo?"

Paso Tordino levantó la cabeza de inmediato, sus mandíbulas se abrieron para saborear el aire, mientras Pétalo de Rosa olfateaba las raíces enmarañadas del árbol caído.

"¡Ardilla!" Paso Tordino exclamó.

"Está bien, pero no se lo digas a todo el bosque", murmuró Leonado. "La idea es que la presa no sepa que estamos aquí".

Paso Tordino agachó la cabeza, con las patas delanteras escarbando entre las hojas muertas. "Perdón. Lo olvidé."

"Entonces, ¿Dónde está la ardilla?" Preguntó Carbonera.

Paso Tordino señaló con la cola hacia un matorral de zarzas. La ardilla estaba casi completamente oculta por una maraña de zarcillos, sólo la punta de su cola era visible. Paso Tordino la había rastreado sólo por su olor.

"Bien hecho." Leonado le dio un asentimiento de aprobación. "Ahora veamos a tu postura de asecho. La de ambos."

Paso Tordino se agachó y, tras una pausa de un segundo, Pétalo de Rosa se acercó y se unió a él. Leonado y Carbonera miraron críticamente su postura.

"No está mal", le dijo Leonado a Paso Tordino, moviendo sus cuartos traseros con la cola. “Jala tus patas traseras un poco más. Obtendrás más poder en tu ataque de esa manera".

"Pétalo de Rosa, eso es muy bueno", agregó Carbonera. "Tu peso está muy bien equilibrado".

"Está bien, practicaremos la caza en parejas. Paso Tordino, es tu ardilla ", prosiguió Leonado, comprobando que el animal todavía estaba allí. "Te acercarás sigilosamente. Pétalo de Rosa, muévete hacia ese árbol ", inclinó las orejas hacia un roble cubierto de hiedra, “Si la ardilla trata de huir por ese camino, estarás en el lugar correcto para atraparla".

Pétalo de Rosa asintió y comenzó a caminar hacia el roble, mientras Paso Tordino se deslizaba por la hierba. Estaba casi a un salto de distancia de la ardilla cuando una de sus patas traseras rozó una hoja de helecho. La ardilla se sentó, alerta, ante el leve crujido, luego se separó del matorral y huyó a través del claro, directamente hacia el roble de Pétalo de Rosa.

Pétalo de Rosa extendió un zarpazo, pero la ardilla pasó a un lado de ella a un ratón de distancia de su zarpa y se lanzó al árbol. Pétalo de Rosa saltó y se dio la vuelta, pero para entonces solo los temblorosos zarcillos de hiedra mostraban dónde se había ido la presa.

"¡Cagarrutas de zorro!" Paso Tordino exclamó, brincando con furia. "Pétalo de Rosa, ¡Deberías haberla atrapado!"

"Pétalo de Rosa, tienes que concentrarte", amonestó Carbonera.

"Sí, cualquier cosa puede pasar en cualquier momento". Leonado miró con severidad a la joven guerrera. "Tenemos que estar preparados".

"¿Qué podría pasar aquí?" Pétalo de Rosa movió las orejas con desdén mientras miraba a su alrededor al pacífico bosque, los árboles cubiertos por la niebla verde de las hojas nuevas que se acercaban. "¡Incluso las abejas tienen sueño!"

Sus últimas palabras fueron ahogadas por el chillido de un gato en algún lugar cercano. "¡Ayuda! ¡Un perro!"

Leonado se congeló. "¡Ese es Látigo Abejorro!"

"¡Vamos!" Lo instó Carbonera. Cuando lanzó una mirada preocupada a los dos gatos más jóvenes, ella agregó: "Los mantendré a salvo. ¡Sólo vamos!"

Leonado saltó sobre el árbol caído y se zambulló entre la maleza, de regreso en dirección al campamento. Su corazón comenzó a latir con fuerza cuando escuchó el ladrido de un perro, con un grito desafiante de gato atravesándolo. Saliendo de un grupo de helechos, Leonado se detuvo en el borde de un claro donde Látigo Abejorro, con la espalda arqueada y su pelaje pálido erizado, se encontraba frente a frente con un enorme perro negro.

"¡Mantente atrás!" Látigo Abejorro maulló, estirando una zarpa con las garras extendidas. "¡Mantente atrás o te arrancaré las orejas!"

La boca del perro se abrió, con su lengua colgando entre afilados colmillos blancos. Saltó hacia Látigo Abejorro; Antes de que Leonado pudiera hacer algo, el joven gato se lanzó hacia adelante, lejos de la cobertura de las zarzas detrás de él, y huyó a través del claro con el perro mordiendo tras él.

Látigo Abejorro se abrió camino hasta el árbol más cercano y se balanceó en la rama más baja, mirando hacia abajo. El perro saltó hacia él, aullando; La cola colgando de Látigo Abejorro no estaba a más de un ratón de distancia de sus patas mortales.

Leonado corrió hacia adelante, dejando escapar un maullido ensordecedor. El perro dejó de saltar y se dio la vuelta, fijando su mirada de ojos amarillos en él.

"¡Por aquí, manto sarnoso!" Leonado saltó cuando una voz sonó a su lado y volvió la cabeza para ver a Paso Tordino trepando a su lado.

“¡Ven a buscarnos!”

"¡Se suponía que te quedarías con Carbonera!" Leonado espetó.

Los ojos de Paso Tordino estaban ardiendo. "¡Quiero ayudarte!"

"¡Vuelve!" Leonado empujó el gato blanco y negro de vuelta a los helechos. "Látigo Abejorro, estarás bien", le gritó a su otro compañero de clan. "Intenta subir un poco más alto".

No miró para ver si Látigo Abejorro obedecía. Toda su atención estaba en el perro. Por un momento se detuvo, luciendo desconcertado, con su cabeza balanceándose de Leonado a Látigo Abejorro y viceversa. Ahora se precipitaba a través del claro, con las fauces abiertas; Leonado podía oír su respiración jadeante.

"¡Quédate allí!" le siseó a Paso Tordino, que había perdido el equilibrio después de que Leonado lo empujara, y estaba luchando por ponerse de pie en medio del grupo de helechos. Saltando delante del perro, Leonado se desvió hacia el otro lado del claro, esperando poder alejarlo de sus compañeros de clan.

"¡No!" Látigo Abejorro chilló, rebotando en su rama baja. "No vayas por ese camino, ¡Luz de Garbeña está ahí!"

"¿Qué?" *¿Cómo puede estar una gata inválida en el bosque?* No podía ver Luz de Garbeña, pero el aliento del perro estaba caliente en su cola y no había tiempo para hacer preguntas. Leonado sabía que podía atacar al perro y no ser herido, pero eso delataría demasiado con Paso Tordino y Látigo Abejorro mirando. *Especialmente Paso Tordino: tiene que aprender a estar más a la defensiva, no a copiarme ciegamente.*

Cuando dobló hacia atrás, vio a Carbonera y Pétalo de Rosa en el borde del claro, con los ojos muy abiertos e idénticas expresiones de horror.

"¡Luz de Garbeña está allí!" Leonado maulló, haciendo un gesto con la cola.

Carbonera jadeó, luego comenzó a abrirse camino alrededor del borde del claro. El perro se apartó inmediatamente y corrió tras ella con una ráfaga de ladridos emocionados. Leonado se lanzó hacia adelante para interceptarlo, manteniendo sus garras envainadas pero rozando su hocico para que percibiera su olor y se desviara de las gatas una vez más.

Sumergiéndose en los árboles, lo llevó lejos del claro, corriendo a través de los helechos en dirección al lago, con el perro tan cerca que podía oír el ronquido de su respiración y el golpeteo de sus patas en el suelo. Podría haberse salvado trepando a un árbol, pero temía que si lo hacía, el perro regresaría al claro donde Luz de Garbeña yacía indefensa.

Podía ver el brillo del lago a través de los árboles más adelante. *¿Y luego qué?* se preguntó a sí mismo. *¿Me meto a nadar?* Su corazón latía con fuerza y su respiración se hizo corta; un dolor agudo le atravesó la pata al pisar una espina, pero siguió corriendo.

Un matorral de zarzas apareció frente a él; Leonado saltó sobre los zarcillos periféricos. Pero había calculado mal el salto; un zarcillo se enredó alrededor de su pata y lo derribó al suelo.

Con un maullido de sorpresa, Leonado rodó una y otra vez, deteniéndose sólo cuando chocó contra un árbol. Trató de ponerse de pie, pero el zarcillo todavía lo agarraba con fuerza. El perro apareció a la vista, sus ojos brillaron cuando vio que estaba atrapado.

¡Clan Estelar ayúdame! Leonado oró.

Un chillido desde arriba le hizo mirar hacia arriba. Para su asombro, vio a Paso Tordino balanceándose en la rama de un haya. *¡Debe habernos seguido por el bosque, como una ardilla!*

El gato en blanco y negro saltó frente al perro, con su cola azotando. "¡Ven a buscarme, manto pulgoso!" desafió.

El perro giró sobre sus ancas, sus patas rociaron césped y tierra mientras se abalanzaba sobre Paso Tordino. El horror ante la idea de ver a su compañero de clan destrozado le dio a Leonado una fuerza adicional. Se apartó de las zarzas, dejando mechones de pelaje dorado en las espinas. Corriendo hacia el perro, atrapó su cola con sus mandíbulas y lo mordió con fuerza, antes de girar y huir hacia el lago.

El perro dejó escapar un aullido de dolor y lo persiguió. Leonado miró por encima del hombro y vio que no había más que una cola de distancia entre ellos, con Paso Tordino saltando por detrás.

"¡Quédate atrás!" Leonado aulló, pero el joven gato ignoró su orden.

Con el perro mordiendo detrás, Leonado salió disparado de los arbustos hacia la orilla del lago. Pensó en arrojarse al agua, pero sabía que los perros sabían nadar.

¡Nunca me escaparé de él!

Luego vio a un Dos patas macho a unas cuantas colas más lejos de la orilla. Llamaba a los árboles y agitaba un largo zarcillo aferrado a una de sus patas delanteras. Cuando vio al perro, dejó escapar un aullido enojado. El perro patinó hasta detenerse, luego se volvió y se alejó al trote en dirección al Dos patas con las orejas hacia abajo. El Dos patas sujetó el zarcillo a su cuello y lo arrastró lejos.

Leonado lo vio alejarse, luego dio la vuelta y se unió a Paso Tordino en la maleza al borde de la orilla. "Gracias", jadeó, dejándose caer en un grupo de helechos. "Me habría atrapado si no hubieras estado allí".

Paso Tordino se hundió a su lado. "No podía dejar que lo enfrentaras solo".

"Exacto." Leonado se dio cuenta de que tenía la oportunidad de llevarlo al punto que había estado tratando de hacer antes. “Es una buena lección para no intentar enfrentarte a los enemigos por ti mismo. Siempre es mejor pelear por parejas".

El joven guerrero asintió con la cabeza, con los ojos muy abiertos de asombro. "¡Sí, pero te caíste en ese parche de zarzas y todavía no tienes un rasguño!"

"Es bueno que tenga pelaje grueso", maulló Leonado, contento de la excusa. Echando un vistazo a sus flancos, agregó: "¡Y creo que dejé la mayor parte en las espinas!"

Cuando Leonado y Paso Tordino regresaron al claro, encontraron Carbonera, Látigo Abejorro y Pétalo de Rosa agrupados alrededor de Luz de Garbeña. La gata yacía torcida bajo un acebo; Leonado supuso que Látigo Abejorro la había empujado allí cuando apareció el perro por primera vez.

"¿Se ha ido?" Preguntó Carbonera, balanceándose mientras Leonado y Paso Tordino se acercaban.

Leonado asintió. "Un Dos patas se lo llevó". Mirando debajo del arbusto, gritó: "¿Estás bien, Luz de Garbeña?"

"Lo estaría, si me sacaras de aquí", replicó Luz de Garbeña, sonando harta y avergonzada.

"No queremos hacerte daño", maulló Carbonera. "Te sacaremos ahora que Leonado está aquí para ayudar".

"¡Ay, arrástrame como un palo viejo!" Luz de Garbeña espetó. "No es como si pudieras lastimarme más, ¿Verdad?"

"Tómalo con calma." Carbonera buscó debajo del arbusto para apoyar una reconfortante pata en el hombro de la joven gata.

Luz de Garbeña se encogió de hombros. "¡Me voy a meter en tantos problemas!" ella gimió. "Pero no puedo soportar estar atrapada en esa guarida por más tiempo".

"Es mi culpa", admitió Látigo Abejorro. "Yo soy el que te trajo aquí".

Leonado miró al joven guerrero, impresionado por su dedicación a su compañera de camada. Debe haber sido una lucha arrastrarla hasta el final del campamento.

"No dejaré que ningún gato te culpe, Látigo Abejorro", insistió Luz de Garbeña, con su voz tensa y aguda. "¡Te convencí!"

Esto no nos lleva a ninguna parte, pensó Leonado. Sintiéndose incómodo ante tanta emoción, agregó: "Tenemos que llevarlos a ambos al campamento".

Trabajando juntos, Leonado y Carbonera sacaron suavemente Luz de Garbeña del arbusto de acebo. Leonado se agachó para que los otros gatos pudieran colocarla sobre su espalda. Se puso de pie, inestable bajo su peso, y se dirigió hacia la hondonada, con Látigo Abejorro y Paso Tordino sosteniéndola a ambos lados.

"Hay un poco de tomillo". Carbonera señaló con su cola hacia donde algunas hojas verdes crecían al abrigo de una roca. "Te calmará, Luz de Garbeña, y te ayudará si tienes algún dolor muscular después de esto". Saltó hacia la hierba y trajo algunas hojas.

"Gracias, Carbonera", murmuró Luz de Garbeña mientras los masticaba. "Sabes mucho sobre hierbas".

Cuando la entrada al campamento estuvo a la vista, Carbonera se detuvo.

"Leonado, detengámonos un momento". Inclinó las orejas hacia donde un hilo de agua brotó entre unas rocas, cayendo para formar una pequeña charca. "Todos nos sentiremos mejor si tomamos un trago".

Leonado se acercó al borde del agua y deslizó Luz de Garbeña de su espalda para que pudiera beber. "Paso Tordino, Pétalo de Rosa", maulló cuando todos los gatos habían bebido algunos sorbos, "regresen primero al campamento. Creará más alboroto si llegamos todos juntos".

"Y no hay necesidad de mencionar al perro", agregó Carbonera. "No creo que vuelva, así que no tiene sentido asustar a todos los gatos".

"Paso Tordino", maulló Leonado cuando los gatos jóvenes comenzaron a alejarse, "hoy fuiste muy valiente".

"Gracias, Leonado". El joven guerrero resplandeció.

"Aprendiste una buena lección sobre la lucha en equipo", prosiguió Leonado. "Recuerda que ningún guerrero necesita ser un héroe. Las acciones más heroicas acaban a más de un gato".

Paso Tordino asintió con seriedad antes de saltar tras Pétalo de Rosa y deslizarse a través de las espinas.

"Gracias al Clan Estelar," Leonado murmuró a Carbonera. Fue un alivio hablar con un gato que entendía sus miedos sobre los demás que intentaban copiar sus acciones. "Creo que entendió el punto".

Carbonera murmuró que estaba de acuerdo y se volvió hacia Luz de Garbeña, quien estaba lamiendo la pequeña charca de nuevo. "¿Qué hacías tan lejos del campamento?" preguntó ella gentilmente.

"Quería buscar hierbas para ayudar a Hojarasca Acuática y Centella mientras Glayo no está". El espíritu de lucha de Luz de Garbeña brilló en sus ojos y su voz se convirtió en un lamento. "¡Sólo quiero ser útil!"

Leonado sintió una punzada de lástima en su corazón.

"Sé que no voy a mejorar", prosiguió Luz de Garbeña más silenciosamente, con sus garras clavándose en el musgo al borde de la charca. "Pero yo-"

"No lo sabes", interrumpió Carbonera. "Aún son los primeros días".

Luz de Garbeña negó con la cabeza. "Sí. Y tengo que encontrar la manera de vivir así, como media gata".

"¡No eres una media gata!" Protestó Látigo Abejorro, bajando la punta de la cola por el costado de su compañera de camada. "Simplemente eres... diferente".

"Sí, pero no en el buen sentido". El tono de Luz de Garbeña era realista. "Y no veo por qué el Clan debería preocuparse por mí cuando yo no contribuyo con nada. No soy una veterana; No he tenido una vida de caza y lucha que deba ser recompensada. ¡Me acabo de convertir en guerrera!"

"Encontraremos la manera de que seas útil, lo prometo", maulló solemnemente Carbonera. "Eres diferente", agregó con una mirada a Leonado. "Porque eres más decidida y valiente que cualquier otro gato que haya conocido".

Los ojos de Luz de Garbeña se agrandaron de emoción.

"No puedo prometer que las cosas vayan a cambiar de la noche a la mañana", advirtió Carbonera, "pero hablaré con Estrella de Fuego y con Glayo cuando regrese, y ellos descubrirán todo lo que puedes hacer".

"Pero no vuelvas a dejar el campamento sin que ningún gato lo sepa", agregó Leonado.

La joven gata asintió. "Lo prometo."

"Por ahora", maulló Carbonera, "sólo diremos que saliste un poco. ¡Y no mencionaremos ningún encuentro aterrador con perros! Si Mili se entera de eso, nunca más te dejará salir de tu lecho".

"Está bien", coincidió Luz de Garbeña.

"Les recordaré a Pétalo de Rosa y Paso Tordino que no digan demasiado", intervino Leonado.

"Lamento mucho haberla sacado en primer lugar", maulló Látigo Abejorro, dándole a su hermana una cariñosa lamida en la oreja.

"No, hiciste algo bueno", le dijo Leonado. "Escuchaste lo que quería tu hermana, cuando el resto del Clan trató de decidir por ella".

Látigo Abejorro se agachó junto a su compañero de camada y envolvió sus patas delanteras alrededor de su cuello. "Te llevaremos a casa ahora", murmuró, comenzando a arrastrarla en dirección a la hondonada.

El corazón de Leonado dolía por la gata herida mientras observaba su lento progreso. "Eso fue exactamente lo que debías decir", maulló a Carbonera. "Le has dado esperanza".

"Tú también", respondió Carbonera. "¡Y me alegro de no tener que verte pelear con ese perro!"

"¡Gracias al Clan Estelar que no llegó a eso!" Por un instante, Leonado imaginó que podía oír el ladrido del perro de nuevo y sentir su aliento caliente sobre su pelaje. "No lucho por divertirme, lo sabes".

"Estoy tan contenta de que no", murmuró Carbonera.

"Bueno," Leonado maulló torpemente, "Será mejor que vea si Zarzoso me quiere de patrulla".

"También yo", asintió Carbonera.

La gata gris permaneció cerca de él mientras se abrían paso entre las espinas. Leonado tropezó, ansioso por que sus pelajes no se rozaran entre sí. Carbonera parecía estar apegándose contra espinas, como si ella también estuviera avergonzada. Dentro del campamento, Leonado vio a Látigo Abejorro colocando a Luz de Garbeña suavemente justo afuera de la guarida de los curanderos, mientras Mili salía de la guarida de los guerreros y se acercaba a ella.

"¿Dónde has estado?" preguntó, agachándose junto a Luz de Garbeña y cubriéndola con ansiosos lamidos.

“Sólo quería salir un rato”, respondió Luz de Garbeña. "Honestamente, estoy bien".

Leonado intercambió una mirada con Carbonera.

"Estará bien", maulló la gata gris.

"¿Está segura?"

"Me aseguraré." La voz de Carbonera estaba determinada. "Ella es mi compañera de clan. Oh, y Leonado", agregó mientras se dirigía a la guarida de los guerreros en busca de Zarzoso. “Te equivocaste, en lo que le dijiste a Paso Tordino. Para muchos gatos, eres un héroe".



13

Formas oscuras revoloteaban alrededor de Glayo, y desde muy lejos podía escuchar los lamentos de gatos invisibles. *¿Quiénes son ustedes? ¿Qué quieren de mí?* Pero no hubo respuesta, y el sonido de lamento siguió y siguió.

Gradualmente, el rugido de la cascada reemplazó a los gritos distantes, y Glayo se dio cuenta de un suave susurro, mucho más cercano a él. Las sombras se desvanecieron en la oscuridad cuando despertó de un sueño turbulento.

"No te preocupes, Alondra". Glayo reconoció la voz del cachorro Pino, de Rivera. "¡Está ciego! No sabrá que nos estamos acercando sigilosamente".

Oh, ¿No lo sabrá?

Glayo tensó sus músculos cuando detectó la almohadilla de pequeñas patas en el suelo de piedra de la cueva, y escuchó una risa ahogada. Esperó a que su olor se hiciera más fuerte y sintió un suave aliento en las puntas de sus bigotes.

"¿Buscaban algo?" Mientras hablaba, Glayo se puso de pie de un salto.

Dos chillidos agudos rebotaron alrededor de la cueva. Escuchó con satisfacción el sonido de pasos que se alejaban.

"¡Mamá, ese gato raro nos asustó!"

"¡Nos va a comer!"

La satisfacción de Glayo se desvaneció y su pelaje se calentó de vergüenza. *Son sólo pequeños. No querían hacerme ningún daño*.

"¡Perdón!" gritó. "¡No les haría daño, cachorros!"

Aún podía sentir el miedo de los gatos jóvenes y escuchó la voz suave de Rivera desde el otro lado de la cueva mientras los calmaba.

"¡Cagarrutas de ratón!" él murmuró.

"No me preocuparía". Otra voz habló más cerca de él, y después de pensar un segundo, Glayo reconoció la voz del apresador Alarido. "Los vi acechándote. Les vendría bien algunas lecciones al respecto". Dándose la vuelta, agregó: "Es difícil para ellos. Son fuertes e inquietos, pero no se les permite salir de la cueva en absoluto hasta que se conviertan en pupilos".

Glayo asintió, recordándose a sí mismo que debía disculparse con Rivera más tarde. Salió del lecho en el suelo de la cueva donde había dormido y empezó a acicalarse, siseando de fastidio por las suaves plumas que se le pegaban al pelo.

¡Denme musgo cuando quieran!

"¡Oye, Glayo!" La voz emocionada de Ala de Tórtola interrumpió sus pensamientos.

"Peñasco nos ha invitado a Salto de Raposo y a mí a ir a una patrulla fronteriza".

Glayo podía sentir lo ansiosa que estaba por salir de la cueva y comenzar a explorar. "Eso es bueno", maulló. "Pero ten cuidado y no olvides mantener los oídos atentos".

Ala de Tórtola suspiró. "Siempre hago."

Esquiruela se acercó con Rivera. Los dos cachorros estaban detrás de ellas.

Glayo podía imaginarlos mirándolo con las pupilas redondas desde la seguridad de los cuartos traseros de su madre.

"Rivera y yo vamos a cazar", anunció Esquiruela.

"Borrascoso también viene", agregó Rivera. "Garra y Ave se ocuparán de los cachorros, Glayo, así que no deberían molestarte de nuevo".

"No queremos quedarnos en la cueva", chilló Alondra.

"Sí, ese gato ciego podría asustarnos de nuevo", agregó Pino.

"¡Tonterías!" Borrascoso maulló cuando se unió a ellos. "Asustaron a Glayo, eso es todo. Deberían pedirle perdón".

"Lo siento", murmuró Pino.

"No lo haremos de nuevo", maulló Alondra, luego agregó a su hermano en un susurro: "¡Aunque fue divertido!"

"Mientras estamos fuera", Borrascoso continuó con los cachorros, "pueden pedirle a Garra que les cuente la historia de Colmillo Afilado y cómo llegué por primera vez a las montañas con los gatos de los Clanes".

"¡Sí!" Alondra saltó arriba y abajo.

"¡Esa es la mejor historia!" Pino chilló, mientras ambos cachorros se apresuraban hacia donde los veteranos hacían sus nidos.

Glayo se percató de un ajetreo ordenado en la cueva cuando las patrullas se reunieron y salieron. Ningún gato les estaba dando órdenes; todos parecían saber qué hacer y cuáles eran sus deberes sin que un miembro de alto rango de la Tribu se lo dijera.

¿Dónde está Narrarrocas? ¿No debería estar supervisando esto?

Pero no había ni rastro del viejo Sanador de la Tribu. Glayo ni siquiera pudo percibir su olor.

"¿Estarás bien, quedándote atrás?" Preguntó Esquiruela a Glayo mientras su patrulla se alejaba.

"Sí, por supuesto", respondió Glayo, preguntándose por qué se molestó en preguntar. *Nada me va a hacer ningún daño aquí*. Podía sentir la incomodidad de Esquiruela y se preguntó por qué se estaba demorando cuando Rivera y Borrascoso ya estaban esperando junto a la cascada su turno para tomar el camino que conducía a la montaña.

"Glayo...", comenzó en voz baja después de un par de latidos, "¿Has averiguado por qué estamos aquí?"

Glayo negó con la cabeza. "No", admitió. "No tengo ni idea."

Esquiruela reprimió un suspiro. Sabía que ella quería preguntar más, pero en ese momento Rivera la llamó desde el otro lado de la caverna.

"¡Voy!" Esquiruela volvió a llamar. "Hablaremos más tarde", agregó a Glayo antes de alejarse.

Una vez que las patrullas se fueron, la cueva se quedó en silencio, excepto por el rugido del agua; Glayo se estaba acostumbrando tanto al sonido que ya casi no lo notaba. *Es tan diferente de nuestro campamento*, pensó. *Siempre hay alguien aquí, incluso cuando las patrullas están fuera*. Continuó con su aseo personal; antes de que hubiera terminado, escuchó a los cachorros regresar saltando hacia el medio de la caverna, seguidos por los pasos más lentos de garras de Garra y Ave.

"Está bien, vamos a jugar un juego", instruyó Garra, alzando la voz sobre los chillidos emocionados de los cachorros. "Este montón de plumas es un pájaro".

"¿Qué tipo de pájaro?" Alondra maulló. "¿Una alondra como yo?"

"¡Un águila!" Sugirió Pino.

"No importa qué tipo de pájaro", les dijo Garra. "Vamos a convertirlo en un cuervo, ¿de acuerdo? Y lo vas a atrapar".

"¡Sí!" Un sonido de forcejeo le dijo a Glayo que Pino ya había intentado saltar sobre las plumas.

"Espera un momento." La voz más tranquila de Ave interrumpió. "No es tan fácil como eso. Tienes que asechar el cuervo a través de este parche de piedras". Glayo escuchó el sonido de guijarros deslizándose por el suelo de la cueva. "Si tropiezas alguno y haces ruido, el cuervo volará".

"¡Oh, genial!" Alondra exclamó. "Apuesto a que puedo hacerlo".

"Yo también", declaró Pino. "Voy a ser el apresador".

Dejando a los cachorros con su juego, Glayo cruzó la caverna hacia el túnel que conducía a la Cueva de las Piedras Puntiagudas. La piedra se cerró a su alrededor mientras avanzaba; después de no más de unos pocos pasos con sus patas, chocó contra la pared, sus patas casi resbalaron debajo de él en el suelo húmedo.

Dejó escapar un siseo. Odiaba tener que atravesar el estrecho pasaje y le costaba comprobar su posición por el eco del goteo del agua cuando todos los demás sonidos eran amortiguados por el estruendo de las cataratas. Recuperando el equilibrio, avanzó más lentamente, frustrado por la forma en que cada paso de la pata se sentía igual; echaba de menos el bosque, donde la cubierta de musgo, ramitas, helechos y hierba podía decirle todo lo que quería saber sobre dónde estaba.

Por fin, Glayo sintió que las paredes del túnel se habían abierto a una cueva más grande. El ruido de las cataratas era más débil ahí, las gotas de agua resonaban más fuerte en contraste. Había movimiento en el aire fresco contra sus bigotes; sabía que venía del agujero en el techo por donde la luna y la luz de las estrellas podían entrar, trayendo señales de la Tribu de la Caza Interminable.

Saboreando el aire, localizó Narrarrocas al otro lado de la cueva.

"¿Quién está ahí?" gruñó el viejo gato. Antes de que Glayo pudiera responder, agregó: "Oh, eres tú".

Glayo avanzó lentamente, bordeando las piedras y los charcos de agua hasta que se paró frente a Narrarrocas.

"¿Por qué estás aquí?" gruñó el Sanador. “Y no me vengas con esa tontería de querer que tus gatos jóvenes adquieran experiencia. Puedes ser honesto conmigo".

Glayo eligió sus palabras con cuidado. "Me dijeron que viniera".

Para su sorpresa, Narrarrocas no preguntó quién lo había convocado. "No necesitamos tu ayuda", insistió. "No hay nada que puedas hacer."

"No has elegido un sucesor", lo desafió Glayo. "¿Es porque no crees que tu tribu sobrevivirá sin ti?"

Narrarrocas dejó escapar un bufido de desprecio. “Su supervivencia no depende de mí. Incluso mientras estoy vivo, no puedo hacer nada para ayudarlos. Tampoco nuestros antepasados”, añadió con amargura.

Glayo sabía que el viejo gato sentía que había sido traicionado por la Tribu de la Caza Interminable, quien se había negado a guiarlo cuando los intrusos llegaron a las montañas. "¡La Tribu debe tener la oportunidad de sobrevivir!" protestó. “Sería demasiado fácil rendirse la primera vez que algo sale mal”.

"¡No es la primera vez!" Narrarrocas espetó. “¿Has olvidado cuántos de nosotros fuimos cazados como presas por Colmillo Afilado? ¿Nuestra lucha sin fin contra el frío y la nieve? ¿El peligro de las águilas que significa que la mitad de la Tribu debe hacer guardia mientras la otra mitad caza? Podríamos atrapar el doble de presas si no hubiera águilas. Las reinas ni siquiera pueden amamantar a sus cachorros en paz; tienen que volver a patrullar directamente”. Azotó su cola. "¡Los gatos no pertenecen aquí!"

Mientras Narrarrocas hablaba, Glayo se dio cuenta de una tenue luz que venía de arriba, iluminando una pared de la cueva, resbaladiza por el agua, y una columna de piedra que se estrechaba y se elevaba desde el suelo de la cueva para encontrarse con otra púa que sobresalía del techo, sin más de un ratón de distancia entre sus dos puntos. Si podía ver y no estaba dormido, eso significaba sólo una cosa...

Un escalofrío recorrió a Glayo desde las orejas hasta las patas cuando distinguió la forma de Pedrusco en un rayo de luz de luna. El anciano gato sin pelo estaba de pie con la cabeza inclinada. Luego miró hacia arriba y volvió sus ojos ciegos hacia Glayo.

"Nosotros pertenecemos aquí", dijo con voz ronca. "Esta fue mi casa una vez, antes de que los gatos vivieran junto al lago, antes de que volvieran aquí para empezar de nuevo".

Narrarrocas no reaccionó; no tenía idea del antiguo visitante de su cueva.

Glayo abrió las mandíbulas para hacer una pregunta, pero antes de que pudiera hablar, Pedrusco prosiguió.

“Fui el primer Narrarrocas, aunque mi legado fue olvidado hace mucho tiempo cuando mis parientes se fueron de aquí para encontrar el lago. Si la Tribu de las Aguas Rápidas se va, no será para siempre. Los gatos deben vivir aquí por la eternidad".

"¿Fuiste el primer Narrarrocas?" Glayo susurró, pero la visión ya se estaba desvaneciendo y la oscuridad cubrió sus ojos una vez más.

"Por supuesto no." Narrarrocas parecía desconcertado. "Fui elegido por mi mentor".

"¡Entonces tienes que elegir otro!"

"¿Por qué?" Narrarrocas respondió.

Glayo raspó sus garras contra la roca húmeda con frustración.

“Porque los gatos siempre deben vivir en las montañas”.

"Los gatos viven en las montañas", respondió Narrarrocas secamente. “Y parece que con más éxito que nosotros. Es por eso que tenemos que perder el tiempo patrullando todos los días, para mantener a los invasores lejos de lo que podemos atrapar".

"¡Pero esos no son los gatos adecuados!" Glayo protestó. "La Tribu de la Caza Interminable no los trajo aquí".

Narrarrocas resopló con desdén. "Sólo quiero que me dejen en paz", murmuró el viejo gato. Parecía viejo y muy cansado. “Todo de lo que estaba orgulloso se ha ido. El tiempo de la Tribu ha terminado. Cuando yo muera, mis compañeros de tribu dejarán las montañas y encontrarán otros hogares donde estarán seguros".

Cuando las palabras del viejo gato se desvanecieron en el silencio, los oídos de Glayo se llenaron con el sonido del agua rugiente y su visión se volvió gris, salpicada de espuma blanca. ¡Estaba dentro de la cascada! Por un instante se quedó paralizado, esperando sentir cómo se derrumbaba con ella, arrojado al torrente como una hoja caída. Pero aún podía sentir sus patas sobre el suelo sólido de la cueva.

Luego contuvo un maullido de horror. A su alrededor, la cascada de agua oscura estaba llena de gatos, sus patas y colas se agitaban impotentes, sus mandíbulas se abrían en un chillido silencioso. Cayeron, cayeron, cayeron, en un remolino de oscuridad y espuma, y desaparecieron.

Pero… ¡conozco a estos gatos! Glayo comenzó a temblar. *Está Fauces Amarillas... y Estrella Doblada... y Corazón de León... ¿El Clan Estelar está siendo destruido? Estrella de Vaharina... y Vuelo de Azor... y los gatos de la Tribu también. Rivera... Peñasco...*

"¡No!" Glayo se atragantó cuando vio a Estrella de Fuego, el líder del Clan del Trueno reducido a un trozo de pelaje naranja arrojado al torrente que chocaba.

Manto Polvoroso... Ratonero... Zarzoso...

Todos sus compañeros de Clan, todos los gatos de la Tribu, cayendo y cayendo, para ser devorados por el agua y la oscuridad.

Glayo soltó un chillido y saltó hacia adelante cuando vio a Leonado pasar junto a él, con las garras extendidas para agarrar el pelaje de su hermano y arrastrarlo a un lugar seguro. En cambio, la oscuridad azotó su visión una vez más y se encontró de nuevo en la Cueva de las

Piedras Puntiagudas. Aturdido por el terror, se tambaleó hacia adelante y se estrelló contra una de las púas de piedra. Sus patas resbalaron debajo de él y cayó de costado en un charco de agua.

Narrarrocas empezó a hablar, pero Glayo no escuchaba. Se puso en pie y huyó, y esta vez logró meterse en el túnel.

Rebotó en las estrechas paredes hasta que emergió en la caverna, jadeando.

La cueva estaba fría y gris a su alrededor, la luz plateada se filtraba a través de la pantalla de agua. Una multitud de gatos se arremolinaba inquietos, o se desplomaban cerca de la pared de la cueva, y por un momento Glayo pensó que las patrullas habían regresado.

Luego, mientras trataba de calmar su respiración y calmar su corazón palpitante, se dio cuenta de que estaba mirando a los gatos en la cueva.

¿Es esta otra visión?

Mientras él dudaba en la boca del túnel, una joven gata blanca cruzó corriendo el suelo de la cueva y se detuvo a su lado. Sus mandíbulas se abrieron de asombro.

"¡Ala de Glayo!"

Glayo la miró fijamente. "¡Media Luna!"

Los gatos de la cueva empezaron a parecerles vagamente familiares mientras su mirada pasaba de un rostro medio recordado al siguiente. Sus pensamientos volaron de regreso a cuando había emergido de los túneles debajo del Clan del Trueno en la época de los gatos antiguos, que habían vivido junto al lago temporadas y temporadas atrás, cuyas huellas marcaban hoyuelos en el camino que conducía a la Laguna Lunar.

Mientras estaba con ellos, decidieron irse porque era demasiado peligroso vivir junto al lago. Les dije que podían encontrar un hogar en las montañas... ¡Y ahora están aquí!

Media Luna todavía lo estaba mirando, sus ojos verdes se abrieron como dos pequeñas lunas. “Desapareciste cuando emprendimos nuestro viaje desde el lago. Pensé que no querías estar conmigo- con nosotros, nunca más".

Glayo luchó contra el pánico, mientras dentro de su cabeza los pensamientos se deslizaban como un ratón tratando de escapar de una patrulla de caza. “Me quedé atrás. Estaba asustado”, espetó. "Pero cuando todos se fueron, me sentí solo. Decidí seguirte".

Media Luna parpadeó y sus ojos se nublaron. "Tú... ni siquiera dijiste adiós. Pensé que nunca te volvería a ver".

Antes de que pudiera responder, Glayo vio a Son de Roca, el poderoso gato atigrado gris que había alejado a los gatos antiguos del lago. Estaba de pie en medio de la caverna con Rayo Tendido a su lado, lo suficientemente cerca como para que Glayo escuchara de lo que estaban hablando.

"Todavía estoy convencido de que venir aquí fue lo correcto", maulló Son de Roca. “De regreso de dónde venimos, estábamos perdiendo demasiados gatos. Tejones, dos patas..."

"Eso está muy bien", interrumpió Rayo Tendido con un movimiento de su cola blanca y negra.

“¿Pero estamos mejor aquí? Todos tenemos hambre y estamos exhaustos, y nunca había pasado tanto frío en toda mi vida. Era todo lo que Pluma de Lechuza y yo podíamos hacer para tener nuestros cachorros aquí. Y Bigotes Oscuros ni siquiera lo logró", agregó con una nota de desafío en su voz. "¡Si nos hubiéramos quedado junto al lago, no habría caído de una cornisa en medio de una tormenta de hielo!"

Son de Roca inclinó la cabeza. “Quizás deberíamos estar agradecidos de haber perdido sólo un gato”, murmuró.

"¡Intenta decirle eso a Cervatilla Tímida!" Rayo dentado espetó. ¡Lleva los cachorros de Bigotes Oscuros! ¿Cómo se supone que los sacará a relucir con esta fría excusa de guarida?”

Son de Roca parecía en blanco, como si no supiera qué decir. Se salvó del resto de la conversación cuando Luna Naciente se acercó a él y comenzó a hablar con urgencia, agitando la cola hacia los gatos que yacían junto a las paredes de la cueva.

“Nubarrón Gris acaba de llegar con una presa”, maulló. “Pero Cervatilla Tímida se niega a comer. Las almohadillas de Sol Nebuloso estaban sangrando y Caballo Veloz dice que regresará al lago una vez que la tormenta se levante".

"¿Lo ves?" Rayo Tendido aplanó sus orejas. "Son de Roca, tienes que admitir que esto es un desastre".

Son de Roca dejó escapar un suspiro de acoso. "No lo haré", replicó. "Luna Naciente, tan pronto como termine la tormenta, ¿Puedes salir y buscar algunas hojas de romaza para las almohadillas de Sol Nebuloso? Hablaré con Caballo Veloz; no dejaré que un veterano vague por estas montañas solo, y en el fondo lo sabe. En cuanto a Cervatilla Tímida, tenemos que darle tiempo para llorar".

Rayo Tendido comenzó a responder, pero en ese momento un aullido emocionado sonó desde el otro lado de la caverna. "¡Ala de Glayo!"

Glayo vio a Salto de Pez, el joven gato atigrado que se había hecho amigo de él junto al lago; saltó a través de la cueva y golpeó a Glayo en el hombro con la cabeza. "¿Dónde has estado?" demandó él. "Pensamos que te habíamos perdido".

"Yo... eh... cambié de opinión".

Glayo se dio cuenta de que Son de Roca lo había visto y se dirigía en su dirección, con Rayo Tendido y Luna Naciente pisándole los talones.

Brisa Susurrante llegó corriendo para ver qué estaba pasando, con su pelaje plateado atigrado brillando a la luz de la entrada de la cueva. Los otros gatos se quedaron en silencio y miraron fijamente a Glayo hasta que su pelaje se sintió como si fuera a caerse.

"¿No es maravilloso?" Estalló la media luna. "¡Ala de Glayo ha vuelto!" La mirada de Son de Roca viajó por Glayo, sus ojos se entrecerraron con sospecha. "¿Cómo has llegado hasta aquí? El viaje fue lo suficientemente duro para todos juntos. Un gato solitario lo encontraría mucho más difícil".

"¿Eso importa?" Salto de Pez maulló. "Está aquí ahora".

Glayo se encogió de hombros. "Seguí su rastro durante la mayor parte del camino y adiviné el resto".

"¿Y cómo entraste en la cueva?" Rayo Tendido gruñó. Algún gato debería haberte visto. No me gusta todo esto de husmear".

"¡No me estaba husmeando!" Glayo replicó, sintiendo que el pelaje de su cuello comenzaba a erizarse. "Si estabas demasiado cansado para notarme, no es culpa mía. Pensé en explorar estas cuevas más pequeñas ", agregó, ansioso por cambiar de tema. "Pueden ser útiles para algo".

Glayo notó que Media Luna se había movido para pararse más cerca de su lado, como si estuviera lista para defenderlo; su dulce aroma le hizo cosquillas en la nariz y recordó lo vacío que se había sentido cuando regresó a su propio tiempo a través de los túneles y la dejó atrás.

"¿Y bien?" Brisa Susurrante le dio un codazo con su hombro. "¿Qué encontraste en las cuevas?"

“Er... piedras puntiagudas en la que está detrás de mí. Muchas de ellas”, respondió Glayo. Y charcos de agua. No es un buen lugar para dormir, porque hay un agujero en el techo".

Son de Roca gruñó. “¿Qué pasa con la otra cueva? ¿Podríamos usar esa como refugio?”

Glayo lanzó una rápida mirada al pasaje que conducía a la guarida de Narrarrocas. "Oh... eh... esa está bien", informó. *Si Narrarrocas duerme allí, al menos debe estar seco.*

Brisa Susurrante volvió su mirada azul hacia Son de Roca. "¿Seguramente no estás pensando en quedarte aquí?" preguntó ella, sorprendida. "¿No por más tiempo del necesario?"

Son de Roca inclinó sus oídos a través de la cueva hacia donde Nubarrón Gris estaba limpiando el hielo de su pelaje gris y blanco. "Se puede ver que la tormenta aún no ha terminado", maulló. "También podemos estar cómodos mientras esperamos".

"¿Cómodo?" El pelaje del cuello de Brisa Susurrante comenzó a erizarse. "Estás loco si crees que cualquier gato podría estar cómodo aquí".

"Nunca deberíamos haber dejado el lago". Una voz suave, entrecortada por el dolor y el cansancio, vino de la oscuridad al borde de la cueva, y Sombra Rota apareció cojeando a la vista. Glayo sintió una oleada de lástima. La madre de Hojas Caídas estaba aún más demacrada que la última vez que la vio, su pelaje anaranjado era escaso y sus ojos ambarinos apagados.

“Nunca deberíamos habernos ido”, repitió. "¿Qué pasa si Hojas Caídas encuentra la manera de salir de los túneles y no estamos allí?"

Media Luna se acercó a ella y pasó su cola suavemente por el costado de Sombra Rota. "Eso no sucederá", murmuró.

"¡No lo sabes!" Siseó Sombra Rota. "Pensará que lo abandoné. ¡Estará completamente solo!" Se apartó de Media Luna y se volvió hacia Glayo. "¡Esto es tú culpa! ¡Lanzaste el último guijarro! ¡Me hiciste dejar a mi hijo atrás!"

14

"¿Por qué querría dejar el lago atrás?" Ala de Tórtola jadeó mientras trepaba por un estrecho barranco, sus patas resbalaban sobre la nieve compacta. "¡No puedo creer que los gatos realmente vivan aquí!"

Salto de Raposo, avanzando penosamente por el barranco un poco más adelante que ella, simplemente gruñó en respuesta. Los dos gatos del Clan del Trueno estaban casi al final de la patrulla; sólo Rapiña, uno de los guardacuevas, los siguió, mirando a su alrededor mientras se movía con confianza sobre el hielo. Borrascoso y los otros dos apresadores, Gray y Gotas, se adelantaron, mientras que Peñasco tomó la delantera. No eran más que formas borrosas para Ala de Tórtola, vislumbradas a través de las ráfagas de nieve.

¡Es casi la estación de la hoja nueva en el bosque! pensó, temblando.

Una forma apareció junto a ella. "¿Estás bien? ¿Quieres apoyarte un poco en mi hombro?"

Ala de Tórtola reconoció a Borrascoso. "No, estoy bien", jadeó. "Puedo seguir adelante".

Borrascoso bajó la cabeza, con ojos cálidos y amigables, ambarinos como el resplandor de pequeños soles en ese blanco páramo. "Sólo di si necesitas ayuda".

"Sus patas no se acostumbran a la nieve", comentó Gotas, deteniéndose para dejar que Borrascoso, Salto de Raposo y Ala de Tórtola los alcanzaran. "No te preocupes", agregó con una suave carcajada. "Serán gatos nevados antes de que se den cuenta".

"¡Ahora soy un gato nevado!" Salto de Raposo maulló con un escalofrío, sacudiendo los trozos de nieve de su pelo.

Ojalá Glayo averiguara lo que se supone que debemos hacer aquí, pensó Ala de Tórtola mientras salía de otra deriva. *Entonces podríamos irnos todos a casa.*

Para su alivio, la nieve se redujo a unos pocos copos a la deriva, luego se detuvo y las nubes comenzaron a aclararse, destrozadas por el viento. Un poco más adelante, las paredes del barranco se estrecharon, dejando a los gatos en la cima de un pico expuesto. Ala de Tórtola jadeó al salir del refugio del barranco; el viento se sentía como espinas en su garganta, y la ráfaga casi hace caer. Clavando sus garras en hielo y arena, levantó la cabeza y miró a su alrededor. Estaban rodeados por un sinfín de picos montañosos, cubiertos de nieve. Había belleza en las formas irregulares y colores fuertes, pero no se parecía en nada a su hogar.

"¡Miren!"

Un maullido agudo de Peñasco sobresaltó a Ala de Tórtola; Siguiendo la mirada del guardia de las cavernas, vio dos pequeños puntos dando vueltas muy por encima de ellos en el cielo pálido.

"¿Qué es eso?" Preguntó Salto de Raposo.

"¡Ataque de águilas!" La voz de Rapiña era seca.

Los dos puntos se hicieron más grandes; Ala de Tórtola se dio cuenta de que estaban dando vueltas más abajo, dirigiéndose al grupo de gatos.

"¿Qué debemos hacer?" maulló, luchando contra el pánico mientras miraba a su alrededor buscando refugio, mientras Salto de Raposo se agachaba y desenvainaba sus garras como si estuviera listo para la batalla.

"¡Por acá!" Peñasco y Rapiña empujaron a los dos gatos del Clan de regreso a la boca del barranco y bajo el refugio de una roca que sobresalía. Borrascoso, Gray y Gotas se agacharon junto a ellos, mientras Peñasco y Rapiña retrocedieron bajo el borde exterior del saliente, con las garras fuera y los dientes al descubierto.

Un segundo después, las águilas descendieron en picado, sus anchas alas marrones rozaron la abertura rocosa. Ala de Tórtola vislumbró unos ojos amarillos y crueles picos ganchudos antes de que los pájaros se alejaran de nuevo con chillidos furiosos que resonaban entre las rocas.

"Son nuestras presas, ¡Pero nos están atacando!" ella gritó.

"No solemos cazar águilas", explicó Gotas con calma. "Pero cazamos las mismas cosas que las águilas, como liebres, ratones y pájaros más pequeños".

"Así que estamos compitiendo", agregó Gris.

Y los pájaros no respetan las fronteras, se dio cuenta Ala de Tórtola con un estremecimiento.

Peñasco miraba por debajo del saliente. "Se han ido", informó. "Sigamos nuestro camino".

Ala de Tórtola se sintió muy expuesta cuando se aventuró a salir de debajo de la roca. Se imaginó esas garras crueles hundiéndose en sus hombros, llevándola al cielo.

Mientras caminaba por el pico y bajaba a un barranco en el otro lado, siguió mirando hacia arriba, tratando de enviar sus sentidos para rastrear la posición de las águilas.

Lo siguiente que supo fue que el suelo cedió bajo sus patas. Dejó escapar un maullido de alarma, interrumpido cuando aterrizó sobre nieve blanda. Parpadeando en confusión, Ala de Tórtola se dio cuenta de que se había caído por una estrecha hendidura en el camino. Salto de Raposo la miraba con la cabeza y las orejas recortadas contra el cielo.

"¿Estás bien?" preguntó ansiosamente.

Ala de Tórtola se puso de pie tropezando, la nieve estaba demasiado suelta para darle un apoyo adecuado. "Eso creo", maulló. Mirando hacia las paredes de piedra escarpadas que se extendían a su alrededor, añadió: "No creo que pueda salir".

"Está bien, que no cunda el pánico". Salto de Raposo fue reemplazado por Peñasco, con su voz enérgica y confiada. "Te sacaremos".

¿Cómo? Ala de Tórtola se preguntó impotente. Recordó lo que sucedió cuando Nube Albina cayó en el agujero, en el bosque. Habían utilizado una rama y un zarcillo de hiedra para sacarla. *¡Pero aquí no hay ramas ni hiedra!*

"Ven, lo haré. Soy la más pequeña", maulló Gotas. Ella retrocedió sobre el borde del espacio, aferrándose a la parte superior con sus patas delanteras mientras colgaba su cola hacia Ala de Tórtola. "¿Puedes agarrar mi cola?"

"¡Pero te haré daño!" Exclamó Ala de Tórtola.

"No, estaré bien", le aseguró Gotas. "Sólo hazlo."

Ala de Tórtola se estiró lo más que pudo y hundió los dientes en la cola de Gotas. Afortunadamente, la pared de la hendidura no era tan escarpada como había pensado al principio; había huecos que podía utilizar para equilibrarse y quitar al menos parte del peso de la cola de Gotas.

Peñasco y Borrascoso sostenían a la gata, abrazándola, mientras Ala de Tórtola trepó por el borde de la hendidura y se derrumbaba a un lado.

"¡Gracias!" jadeó ella. "¡Lo siento mucho!"

Gotas le dio a su cola un par de movimientos experimentales. "De nada", respondió ella. "No hiciste ningún daño."

"La próxima vez veré dónde estoy poniendo mis patas", prometió Ala de Tórtola. Temblando, se incorporó. Su pelaje estaba cubierto de nieve y arena; sentía que nunca volvería a estar limpia ni abrigada.

"¿Quieres volver a la cueva?" Preguntó Borrascoso. "Rapiña irá contigo".

Ala de Tórtola negó con la cabeza. No quería ser una molestia y dejar la patrulla con un solo guardia de la cueva, especialmente con las águilas. "No, puedo seguir", insistió.

Salto de Raposo se acercó y lamió rápidamente la oreja. "Sólo dime si necesitas ayuda", susurró.

A Ala de Tórtola le dolían los músculos y las almohadillas por salir de la hendidura, pero siguió el ritmo de los demás mientras Peñasco guiaba a la patrulla por el barranco y cruzaba una cresta antes de detenerse frente a un alto pico de piedra donde brotaba un estrecho arroyo de entre dos rocas y serpenteaba en la distancia. La superficie estaba helada, pero Ala de Tórtola podía oír el agua goteando por debajo.

“Esta es una marca fronteriza”, dijo Peñasco a los gatos del Clan, inclinando las orejas hacia la punta rocosa. "Gris, ¿Renovarías los marcadores de olor?"

Mientras esperaban, Ala de Tórtola miró a través de las onduladas colinas, el viento azotaba su pelaje. "¿Dónde está la siguiente marca?" le preguntó a Peñasco.

El guardia de la cueva señaló con la cola. “¿Ves ese árbol muerto, al lado del arroyo? Ese es."

En el otro lado del valle, casi tan lejos como la distancia entre el campamento del Clan del Trueno y la frontera del Clan de la Sombra, había un árbol diminuto y atrofiado que se aferraba al borde de un estrecho barranco. Ala de Tórtola miró fijamente a Peñasco; no se había dado cuenta de que el territorio de la Tribu era tan grande. "¡Pero está tan lejos! ¿Cómo revisas las fronteras? Debe tomar todo el día para hacer una patrulla".

"Patrullamos sólo en ciertas secciones", explicó Rapiña, acercándose para pararse junto a Peñasco. "Otros grupos protegerán el resto de la frontera".

Ala de Tórtola asintió, pensando en privado que los enemigos no necesitarían mucho esfuerzo para darse cuenta de que había espacios entre cada patrulla. Lanzó sus sentidos y casi de inmediato captó el sonido de los gatos a lo lejos, más allá de la frontera.

Deben ser los intrusos de los que la Tribu siempre está hablando. Pero ahora no suenan amenazantes. Están cazando, pero no están invadiendo el territorio de la Tribu.

Se tensó al escuchar el chillido estridente de un águila e instintivamente miró hacia arriba, pero el pájaro no era más que una mota en el cielo, muy lejos de donde estaba su patrulla. Aún más lejos, pudo escuchar la llamada de respuesta de los polluelos de águila y los vio, calvos y escuálidos, en un nido en la cima de una montaña.

Entonces Ala de Tórtola escuchó un sonido de raspado mucho más cerca. Identificó un campañol, abriéndose camino a través del musgo al borde del arroyo helado, oculto por el hielo que colgaba de la orilla. Ella también podía olerlo, con sólo un leve rastro debajo del olor limpio y penetrante de la nieve.

"¡Campañol!" gritó, saltando por la corriente.

Para su asombro, Borrascoso la tiró a un lado; Ala de Tórtola cayó tendida sobre el hielo al borde del agua.

"¿Qué-?" ella comenzó, incorporándose.

"Si caes a través de la nieve al arroyo, te enfriarás peligrosamente", explicó Borrascoso. "Perdón si te hice daño."

Ala de Tórtola negó con la cabeza. "Estoy bien." *¿Está diciendo que podría morir sólo por mojarme?* "Pero hay una presa debajo", agregó, adivinando que ninguno de los otros había escuchado al campañol. Al escuchar de nuevo, se dio cuenta de que el campañol había dejado de moverse. *¡Cagarrutas de ratón! Nos escuchó. Eso hará que sea mucho más difícil de atrapar.*

Gray y Gotas se acercaron, con las orejas erguidas y las mandíbulas abiertas para recoger el menor rastro de presa. "Bien hecho por notarlo", murmuró Gotas a Ala de Tórtola. "¿Puedes oírlo ahora?"

Ala de Tórtola lanzó todos sus sentidos, y finalmente escuchó un débil y cauteloso forcejeo que le dijo que el campañol estaba en movimiento nuevamente. Sin hablar, señaló con la cabeza el lugar de la orilla donde pensaba que se escondía el campañol.

“Justo debajo del banco” susurró Gray, y Gotas asintió.

Tomando posiciones a cada lado del campañol, los dos cazadores de presas de la Tribu cavaron en la nieve con sus patas fuertes y delgadas. Peñasco y Rapiña montaron guardia sobre cada uno de sus compañeros de tribu.

"Los guardacuevas se quedan con los apresadores", explicó Borrascoso a Ala de Tórtola y Salto de Raposo. "¿Ves cómo están mirando el cielo? Avisaran a Gris y Gotas si aparecen águilas".

Ala de Tórtola notó que ambos apresadores se abrían paso a través de la nieve en ángulo, por lo que dejaron la capa superior intacta. "Se están acercando lo más que pueden al campañol sin alertarlo", murmuró.

"Podríamos intentar eso en casa si llega nieve en la próxima estación sin hojas".

"Bien", maulló Borrascoso. "Y cuando el campañol se da cuenta, hay un gato esperando donde quiera que decida correr".

Justo mientras hablaba, hubo un chapoteo cuando ambos gatos llegaron al arroyo.

Saltaron hacia atrás y el campañol apareció corriendo río abajo a lo largo de la orilla junto a Gotas. La gata se abalanzó sobre el, pero el campañol se lanzó hacia un lado y sus patas golpearon la superficie helada del arroyo.

"¡Cagarrutas de ratón!" Gotas gruñó.

"¡Mala suerte!" Salto de Raposo la llamó.

Mientras tanto, el campañol huyó río arriba, donde Gray lo estaba esperando.

Saltó desde la orilla justo encima de él y lo mató con un rápido mordisco en la nuca. "¡Gracias a la Tribu de la Caza Interminable!" maulló.

"¡Gran trabajo de equipo!" Exclamó Salto de Raposo.

Ala de Tórtola murmuró que estaba de acuerdo, pero en privado estaba un poco sorprendida de que se hubieran necesitado cuatro gatos para atrapar a un pequeño campañol miserable.

"¿Vas a enterrarlo mientras nosotros hacemos el resto de la patrulla?" Salto de Raposo prosiguió. "Eso es lo que hacemos en el bosque".

Gray negó con la cabeza. "Si hiciéramos eso aquí, se congelaría", señaló. "Lo llevaré de regreso a la cueva. En la Tribu, nos gusta comer a nuestras presas calientes".

Tomó al campañol y se alejó dando un brinco, de regreso en la dirección por la que habían venido. Peñasco lo observó hasta que se había ido, su ágil forma gris era oculta por las rocas, luego se volvió y se dirigió hacia la siguiente marca fronteriza. Ala de Tórtola lo siguió, y Gotas se acercó a ella.

"Debe ser muy extraño para ti aquí", comenzó la gata atigrada en un tono amistoso. "¿Cómo es vivir en un Clan?"

Durante unos instantes, Ala de Tórtola permaneció en silencio, sin apenas saber por dónde empezar. "Hay más de nosotros, para empezar", respondió finalmente. “Cuatro clanes, no sólo uno. Compartimos nuestras fronteras, pero vivimos según el código del guerrero, y no tenemos que preocuparnos a menudo de que otros clanes nos invadan. Y nuestros territorios no son tan grandes como los suyos, por lo que no se necesita tanto tiempo para patrullar las fronteras".

"Necesitamos un gran territorio", respondió Gotas a la defensiva. "Las presas son escasas aquí y tenemos que sobrevivir".

"Oh, lo entiendo", le aseguró Ala de Tórtola. "Y no tenemos guardacuevas ni apresadores", prosiguió. "En un Clan, todos los gatos aprenden a realizar todas las tareas".

Gotas asintió. “Borrascoso nos contó sobre eso. Pero seguramente tiene sentido que cada gato se especialice en lo que mejor sabe hacer".

Ala de Tórtola comenzaba a sentirse avergonzada. No estaba tratando de decir que la vida del Clan era mucho mejor que la vida de la Tribu, a pesar de que Gotas parecía decidido a defender a su Tribu.

"Los gatos han sobrevivido aquí durante muchas, muchas temporadas", maulló Gotas en voz baja, como si hubiera adivinado los pensamientos de Ala de Tórtola. "No podría vivir en ningún otro lugar. Aquí es donde pertenezco, entre la nieve y el cielo".

"Siento lo mismo por el bosque", admitió Ala de Tórtola. "Necesito hierba y tierra debajo de mis patas, y el susurro de las ramas sobre mi cabeza".

Gotas le dirigió una mirada larga y pensativa. "Creo que te iría bien si vivieras aquí", maulló. "¡Mira la forma en que escuchaste al campañol bajo la nieve!"

"No podría salir de mi casa", respondió Ala de Tórtola. "No para siempre".

Gotas suspiró, haciendo una pausa por un momento para contemplar los picos cubiertos de nieve. "Puede que tenga que dejar el mío", maulló con tristeza.

"¿Te refieres a si Narrarrocas muere sin elegir un sucesor?" Preguntó Ala de Tórtola. "¿No pueden elegir uno ustedes mismos?"

Gotas la miró fijamente, con los ojos muy abiertos por la sorpresa. "¡Nunca! Eso lo decide la Tribu de la Caza Interminable. ¿También te vigilan?”

Ala de Tórtola negó con la cabeza. Acelerando el paso para que el resto de la patrulla no las dejara atrás, explicó: "No, tenemos al Clan Estelar para vigilarnos. Son los espíritus de nuestros antepasados guerreros. Envían presagios a nuestros curanderos, y cuando un gato muere, van a unirse a ellos".

Gotas parpadeó. “Eso suena como la Tribu de la Caza Interminable. ¿Son los mismos gatos?"

"No lo creo", maulló Ala de Tórtola. “Y entre los clanes, el Clan Estelar no elige exactamente al nuevo líder. Dan nueve vidas al líder que elija el Clan".

"Bueno, no funciona así para nosotros", argumentó Gotas, sonando a la defensiva de nuevo. Narrarrocas cuidará de nosotros. Siempre lo ha hecho". Mirando a su alrededor, vio un montón de plumas en la nieve. "¡Oh mira! A los cachorros les encantarán”, maulló, alejándose.

No quiere hablar de Narrarrocas, pensó Ala de Tórtola mientras la veía irse. *Pero está claro que le aterra lo que le ocurrirá a la Tribu si él no elige un sucesor*.

15

"Es suficiente." Son de Roca se interpuso entre Glayo y Sombra Rota. Su voz era firme, pero sus ojos eran compasivos mientras miraba a la afligida gata. “Fuiste una de las gatas que eligieron venir, Sombra Rota. Y todos cumplimos con lanzar los guijarros". Colocando su cola sobre su hombro, la arrastró hasta el borde de la cueva. "Vamos a buscarle algo de comer", maulló. “Y luego deberías descansar. Todos nos sentiremos mejor después de una buena siesta".

Luna Naciente los siguió y se quedó con Sombra Rota, mientras que Son de Roca regresó con Glayo. "¿Estás bien?" preguntó, sonando más amigable. “Debes haberla pasado mal siguiéndonos por tu cuenta. ¿Qué te hizo quedarte atrás?”

"Me asuste." Glayo ofreció la misma mentira que le había dado a Media Luna.

"¿Tú?" Son de Roca sonaba incrédulo. “¡Pero tú eras el que quería irse! Me convenciste de que había un lugar para nosotros entre estas colinas de piedra".

"Sí." Glayo raspó con sus patas delanteras la dura roca del suelo de la cueva, esperando que su confusión se redujera a culpa y vergüenza. "Eso es lo que me asustó. En cierto modo había asumido la responsabilidad y no podía afrontarla. Lo siento."

"Pero estás aquí ahora", murmuró Media Luna. "No querías dejarnos después de todo". Había esperanza en su voz.

"Así es. Y aunque estaba asustado, nunca dudé de lo que estábamos haciendo. Este es el lugar donde se supone que debemos estar". De repente, una ola de agotamiento se apoderó de Glayo. La luz de la cueva era gris; podría haber sido el amanecer o el crepúsculo por lo que sabía. No tenía idea de cómo había llegado a estar aquí entre los gatos antiguos, o qué se suponía que debía hacer ahora.

Mientras estaba de pie tratando de ordenar sus pensamientos caóticos, Nubarrón Gris se acercó pesadamente, con su pelaje aún húmedo y apelmazado por la tormenta afuera.

“Necesitamos más carne fresca”, anunció. "Eso significa salir a cazar".

Glayo pensó que el gato gris y blanco parecía lo suficientemente cansado como para que un ratón lo derribara, pero había una expresión de determinación en sus ojos azules.

"¿Y los lechos?" Exigió Brisa Susurrante. "¿Dónde está todo el musgo? ¿O hierba o plumas? ¿Se supone que debemos dormir sobre una roca desnuda?”

"Echaremos un vistazo cuando termine la tormenta", prometió Son de Roca. "Pero no sé qué encontraremos aquí para hacer lechos".

Los bigotes de Brisa Susurrante se movieron furiosos, pero no dijo nada más. Mirándola a ella y a todos los demás gatos que se arremolinaban desesperados, Glayo sintió un destello de pánico. *¿Cómo sobrevivirán aquí? Porque están destinados a quedarse, ¿No es así? Son los descendientes de Pedrusco; tienen que establecerse aquí y formar la Tribu de las Aguas Rápidas*.

Como si el pensamiento de Pedrusco lo hubiera convocado, Glayo de repente se dio cuenta de la presencia del anciano gato en su hombro, aunque no pudo ver nada. La respiración suave agitó la piel alrededor de su oreja. "Los ayudaste a salir del lago", murmuró Pedrusco. “Esta es su casa ahora. Debes hacer que se queden".

¿Cómo? Glayo quería gritar las palabras en voz alta, pero sabía que era mejor no esperar una respuesta directa de Pedrusco. Además, la presencia del gato anciano se desvaneció en cuanto hubo hablado. Glayo miró a su alrededor una vez más. No podía imaginar cómo esta lamentable colección de gatos agotados y desanimados podría transformarse en la Tribu que hizo de estas montañas su hogar. *¿Dónde empiezo?*

"¿Qué hay de esta patrulla de caza?" La voz de Nubarrón Gris interrumpió su meditación.

"Iré contigo", maulló Son de Roca. "¿Media Luna?"

La gata blanca asintió. "Estoy dispuesta".

"Yo también iré", agregó Glayo, sorprendido de sí mismo. *No puedes cazar, cerebro de ratón*, se recordó a sí mismo. *Pero puedo ver aquí*, argumentó. *¿Y qué tan difícil puede ser?*

Media Luna le dio una mirada radiante y se acercó a él mientras salían de la cueva. Frente a la barrera de agua que caía, Glayo se volvió y miró hacia atrás. Los dos veteranos, Sol Nebuloso y Caballo Veloz, estaban tumbados, dormidos o inconscientes. Cervatilla Tímida yacía jadeando a un lado, con el vientre hinchado; Glayo pudo ver que sus crías no estaban lejos de nacer. *No hay forma de que pueda viajar más lejos*.

Mientras Glayo miraba, una pequeña gata gris se acercó y maulló algo a Cervatilla Tímida; Glayo reconoció a Ala de Tórtola, quien era su hermana en ese sitio. Algo sobre su ansioso sentido de la responsabilidad le parecía familiar a Glayo, pero lo distrajo Media Luna empujándolo en el hombro con una pata.

"¿Te sientes con ganas de cazar?" ella maulló. "Pareces como si un tejón te hubiera caído encima".

"Estoy bien", respondió Glayo, y la siguió por el camino que conducía detrás de las cataratas.

Afuera, la tormenta seguía rugiendo. El hielo gris brillante mantuvo prisioneras a las montañas y el viento gimió alrededor de los picos, arrojando cristales de hielo contra las caras de los gatos. Fragmentos de ella volaron hacia sus ojos y se pegaron a su pelaje.

Manteniendo la cabeza gacha para resistir la punzante explosión, Glayo siguió a Nubarrón Gris mientras trepaba por una empinada pendiente de guijarros sueltos frente a la cascada. Hubo un momento aterrador cuando cruzaron la cresta donde Glayo estaba seguro de que el viento se lo llevaría fuera de sus patas; se arrastró agradecido hasta el refugio de una roca, y el resto de la patrulla se acurrucó a su alrededor para recuperar el aliento.

Glayo trató de recordar lo que pudo sobre la forma en que cazaba la Tribu. "¿Qué atrapan?" murmuró para sí mismo. "¿Utilizan habilidades de caza habituales?"

"¿Qué?" Media Luna se volvió hacia él, retrocediendo un paso para poder mirarlo a los ojos.

"Oh, yo... me estaba preguntando qué hacer", balbuceó Glayo.

Media Luna abrió las mandíbulas para responder, pero una ráfaga de viento la atrapó y la envió deslizándose por la roca helada. Dejó escapar un gemido de alarma mientras se deslizaba por el borde y se agarraba de las patas delanteras, tratando en vano de clavar sus garras en la dura superficie.

"¡Espera!" Glayo maulló, lanzándose hacia adelante para ayudarla. Él apretó los dientes en su hombro y tiró, cerrando los ojos para no tener que ver la caída por debajo de los cuartos traseros de Media Luna. El terror en su nombre dio fuerza a sus patas mientras se alejaba del borde, consciente de Nubarrón Gris presionando a su lado y agarrando el otro hombro de Media Luna.

Media Luna escarbaba frenéticamente con sus patas traseras; con la ayuda de los demás, logró arrastrarse de regreso a la roca, donde permaneció un momento, temblando.

"¿Estás bien?" Nubarrón Gris preguntó ansiosamente, inclinándose hacia ella para que pudiera usar su hombro para levantarse de nuevo. Sus ojos azules estaban llenos de miedo; Glayo recordó que era el padre de Media Luna.

"Gracias a los dos", jadeó Media Luna, parpadeando agradecida. "Estoy bien. Pero salgamos de esta cresta, antes de que todos salgamos volando".

Nubarrón Gris asintió y tomó la delantera de nuevo, hacia un valle empinado donde rocas irregulares se asomaban a través de la nieve. Glayo lo siguió y se dio cuenta de que Son de Roca estaba a su lado.

"Quizás hemos cometido un error", confió el gato atigrado oscuro, mirando a Glayo con preocupación en sus ojos azules. "¿Cómo pueden vivir los gatos en algún lugar cuando incluso el viento es nuestro enemigo?"

"¡No cometimos un error!" Insistió Glayo. "Se supone que debemos estar aquí".

Pero Son de Roca no parecía convencido.

El vientre de Glayo se sentía vacío por la ansiedad mientras luchaba por el valle a través de la nieve y el viento helado*. ¡De alguna manera tengo que hacer que se queden! Tengo que mostrarles cómo caza la Tribu*. Dentro de su cabeza pareció escuchar una vocecita burlona. *¿Vas a enseñar a estos gatos a cazar? ¿Estás completamente loco como un ratón?* Glayo dejó escapar un gruñido profundo en su garganta.

¿Quién lo hará si yo no lo hago?

Mirando a través del remolino de hielo, vio un estrecho barranco que se alejaba del valle principal. Laderas escarpadas y rocosas lo protegían de los peores vientos, y más abajo sólo podía distinguir una masa oscura y tupida de espinas.

"¡Oye!" llamó a la patrulla que se había adelantado unas cuantas colas de distancia. "Este parece un buen lugar para comenzar".

Los otros tres gatos volvieron a su lado y siguieron su ejemplo mientras caminaba penosamente hacia el barranco. Glayo sintió un gran alivio al estar fuera del viento, aunque el suelo estaba cubierto de montones de nieve profunda y polvorienta que se adhería a su pelaje mientras se abrían paso.

"Puede que haya pequeñas criaturas refugiándose allí", maulló, agitando la cola hacia el matorral de espinos. "Vale la pena intentarlo, al menos".

"Es cierto", gruñó Son de Roca. "Bien notado."

Acercándose cautelosamente a los arbustos, Glayo aguzó el oído para escuchar si había presas y abrió las mandíbulas para saborear el aire. Aunque el viento todavía bramaba entre las rocas sobre su cabeza, pensó que podía captar los pequeños sonidos de arañazos que significaban que los ratones o las musarañas podrían estar moviéndose dentro de la espesura.

"Vamos a cazar en equipo", sugirió, tratando de recordar lo que Leonado y Carrasca le habían dicho sobre cazar con la Tribu en su última visita. "Dos de nosotros podríamos ir a los arbustos y perseguir a la presa, y dos de nosotros nos quedamos aquí para atraparla".

"¡Buena idea!" Media Luna maulló, flexionando sus garras con emoción.

"¡Soy la más pequeña, así que puedo entrar!" Agachándose hasta que el pelaje de su vientre rozó la nieve, se arrastró por debajo de las ramas más externas. Pero mientras trataba de

meterse más adentro, las espinas se engancharon en el pelaje de su espalda y, por mucho que tirara, no pudo liberarse.

"¡Estoy atascada!" ella gimió.

"Cállate o asustaras a la presa", le dijo Son de Roca.

"Pensé que esa era la idea", murmuró Media Luna.

Nubarrón Gris arañó la rama con una pata delantera levantada. "Quédate quieta", maulló, "y pronto te sacaré de allí".

Todo el arbusto comenzó a temblar cuando Nubarrón Gris clavó sus garras con más fuerza en la rama, tratando de arrancarla del pelaje de su hija. Mientras Glayo observaba, vislumbró un movimiento por el rabillo del ojo y vio a una musaraña que salía disparada del refugio del arbusto.

"¡Sí!"

La musaraña se dirigía directamente hacia Glayo, pero mientras la golpeaba, sus patas se sentían lentas y torpes. Lo agarró con las garras extendidas, fallando por un bigote. La musaraña se desvió y se zambulló en un hueco entre dos rocas antes de que Glayo pudiera saltar de nuevo.

"¡Cagarrutas de zorro!" exclamó él.

"Mala suerte." Para sorpresa de Glayo, Son de Roca no sonó enojado, ni siquiera particularmente decepcionado. “Al menos muestra que aquí hay presas”, continuó. "Más que el diminuto ratoncito que Nubarrón Gris atrapó esta mañana".

Nubarrón Gris había logrado liberar a Media Luna de las espinas, y salió de debajo de los arbustos, tiritando y estirando el cuello para ver si había perdido algo de pelo.

"No creo que haya nada más debajo", maulló Nubarrón Gris. “Y la tormenta está empeorando. Todos moriremos congelados si nos perdemos aquí".

Son de Roca asintió. "Regresemos a la cueva, y veremos si podemos recoger alguna presa en el camino".

Tomando la delantera, se dirigió de regreso a la cima del barranco y luego, en lugar de subir a la cresta donde Media Luna casi había caído, se abrió paso entre las rocas. Glayo pensó que sus patas podrían congelarse en el suelo mientras lo seguía, tropezando de roca en roca en un esfuerzo por encontrar refugio del viento. De repente, el aire se volvió más oscuro sobre él y dejó escapar un gemido, preguntándose qué clima más vil podrían arrojarles las montañas. Un segundo después, un olor rancio lo inundó y un chillido sonó en sus oídos. El aire estaba lleno de una tormenta de alas; Horrorizado, Glayo miró hacia arriba para ver un enorme pájaro marrón descendiendo sobre ellos, con sus garras extendidas hacia Media Luna.

"¡Cuidado!" gritó.

Nubarrón Gris y Son de Roca se lanzaron de lado, fuera del camino del pájaro. Media Luna saltó para refugiarse en una roca, pero sus patas resbalaron en el hielo y cayó con las patas agitándose impotentes en la nieve.

Con un chillido triunfal, el pájaro se precipitó hacia abajo y clavó sus garras en la espalda de Media Luna. Glayo se arrastró desesperadamente hacia ella, sus patas se deslizaron sobre las rocas heladas. Las alas extendidas del pájaro parecían cubrir todo el cielo mientras Glayo se lanzaba sobre Media Luna para sujetarla, encontrando su mirada aterrorizada.

"¡No te dejaré ir!" jadeó, sintiéndose elevado en el aire cuando el pájaro intentó despegar de nuevo.

Un largo maullido rasgó el aire cuando Nubarrón Gris se arrojó sobre el pájaro, sujetó garras y dientes en una de sus alas, arrastrándolo lejos de su hija. El pájaro se soltó; Glayo y Media Luna cayeron al suelo en una maraña de patas y colas. Glayo miró hacia arriba, sin aliento y vio que el pájaro se retorcía en el aire y lanzaba Nubarrón Gris fuera de su ala. Mientras el gran felino yacía medio aturdido, el pájaro se abalanzó de nuevo y lo agarró por los hombros con sus crueles garras.

"¡No!" Media Luna chilló.

Juntos, Glayo y Son de Roca saltaron al lado de Nubarrón Gris y se agarraron de sus patas mientras el pájaro trataba de volar al cielo. Por un momento, Glayo pensó que se llevaría a los tres. Luego cayeron al suelo con Nubarrón Gris aterrizando pesadamente sobre ellos; La sangre escarlata comenzó a fluir sobre la piel pálida de Nubarrón Gris, donde unas garras afiladas como espinas le habían arrancado el pelo.

El grito furioso del ave se perdió en un estruendo más fuerte. Glayo miró hacia arriba, mareado por la conmoción, y vio que la nieve se desprendía de las rocas sobre su cabeza, cayendo hacia ellos en una nube blanca y ondulante.

"¡Corran!" gruñó débilmente.

Pero los gatos apenas tuvieron tiempo de luchar por ponerse en pie antes de que la nieve los cubriera. Glayo perdió el equilibrio, cayendo una y otra vez. La masa de nieve tronó a su alrededor mientras lo arrastraba montaña abajo.

El pájaro había desaparecido; perdió de vista a los otros gatos. No quedó nada más que una tormenta de color blanco, rugiendo cada vez más fuerte hasta que lo borró todo.

¿Qué está pasando? Glayo maulló en silencio. *¿Así es como termina?*

16

“¡Vamos, mueve tu cola, Ratonero! ¡No tenemos todo el día!" Los oídos de Charca de Hiedra se levantaron al oír el alegre maullido de Zarzoso.

Estaba agachada entre los helechos a la entrada de la guarida de los aprendices, mirando cómo una suave luz lechosa se fortalecía en el cielo sobre la hondonada, y los guerreros comenzaban a emerger para las patrullas del amanecer.

El lugarteniente del Clan del Trueno empujó a Ratonero frente a él mientras salían de su guarida entre las ramas del haya; el gato más joven se dio la vuelta y lo golpeó juguetonamente, con su pata fallando la nariz de Zarzoso por el largo de un ratón. Charca de Hiedra suspiró mientras escuchaba el feliz zumbido de los gatos que se despertaban. El día era fresco, gris y húmedo, pero el aire estaba impregnado del aroma de hojas y cosas que crecían. En los últimos días había brillado el sol, los capullos de los árboles habían comenzado a desplegarse y nuevos brotes habían atravesado la tierra. La pila de carne fresca estaba bien abastecida por primera vez en lunas.

Pero Charca de Hiedra no podía compartir la emoción de sus compañeros de clan por la llegada de la nueva temporada. Desde que Ala de Tórtola partió hacia las montañas, su sueño se había roto; no podía acostumbrarse a estar sola en la guarida, y la inquietud le picaba en el pelaje como un nido de hormigas.

Con un suspiro, Charca de Hiedra salió al claro, donde Zarzoso asignaba a los gatos a patrullar. Nimbo Blanco estaba emergiendo de la guarida de los guerreros, sus mandíbulas se abrieron en un enorme bostezo, mientras que Manto Polvoroso se deslizó más rápidamente y arqueó la espalda en un largo arco.

Candeal y Fronde Dorado estaban acechando uno alrededor del otro, como si estuvieran maniobrando para una pelea simulada. Acedera los miró, lamiéndose una pata y tapándose las orejas con ella.

La mirada de Charca de Hiedra recorrió el claro, pero no pudo ver a Flores Caídas. ¿Dónde está? ¿Fue al Bosque Oscuro anoche?

Charca de Hiedra clavó sus garras en el suelo de tierra del claro. Con tan poco sueño, no había visitado el Bosque Oscuro durante las últimas dos noches, pero estaba segura de que las amargas y sangrientas sesiones de entrenamiento aún continuaban. Hasta ahora, no había tenido la oportunidad de hablar con Flores Caídas sobre lo que estaba haciendo allí.

Quizás hoy debería hacerlo.

"¡Oye, Charca de Hiedra!" Leonado llamó. “Carbonera y yo estamos haciendo una patrulla fronteriza. ¿Quieres venir con nosotros?"

"Genial. Gracias."

"Vamos a lo largo de la frontera del Clan de la Sombra...", comenzó Leonado, pero la atención de Charca de Hiedra se distrajo cuando vio a Flores Caídas saliendo a trompicones de la guarida de los guerreros con Látigo Abejorro a su lado. La joven gata parecía alterada y exhausta, y estaba tratando de no cojear.

Conozco todas las señales, pensó Charca de Hiedra, haciendo una mueca.

Pinta dio un paso adelante para interceptar a Flores Caídas mientras se dirigía hacia Zarzoso. "Flores Caídas, ¿estás bien?" preguntó con preocupación en sus ojos.

Flores Caídas se detuvo. "Sí, estoy bien."

"No creo que estés bien en absoluto", respondió Pinta bruscamente. "¡Oye, Mili!" Agitó su cola hacia la madre de Flores Caídas, que estaba cruzando el claro hacia la guarida de los curanderos. "Creo que Flores Caídas está enferma".

"¿Qué?" Mili miró a Flores Caídas. "Oh, ella está bien. Tengo que ir a comprobar Luz de Garbeña".

Charca de Hiedra vio un destello de ira en los ojos de Flores Caídas mientras su madre hablaba, pero Mili claramente no se dio cuenta mientras se alejaba y desaparecía detrás de la pantalla de zarzas.

"Flores Caídas, iba a enviarte a patrullar la frontera del Clan del Viento con Látigo Abejorro, Tormenta de Arena y Espinardo", anunció Zarzoso, acercándose a la gata blanca y carey. “Pero no parece que puedas espantar ni una hoja muerta esta mañana. Será mejor que tu patrulla vaya a cazar.”

Flores Caídas asintió, pero la cola de Látigo Abejorro se inclinó decepcionada.

"Fui a cazar dos veces ayer", le dijo a Zarzoso. "Esperaba con ansias una patrulla fronteriza".

Zarzoso le dio al joven gato una mirada dura. "La última vez que miré, era trabajo del lugarteniente organizar las patrullas".

Látigo Abejorro murmuró algo en voz baja, sacudiendo la tierra suelta con sus patas delanteras. Aprovechando su oportunidad, Charca de Hiedra saltó a su lado. "Estoy en una patrulla fronteriza con Leonado y Carbonera", maulló. "No me importa intercambiar, si te parece bien, Zarzoso".

"Siéntete libre", respondió secamente el lugarteniente. "¿Quizás debería volver a mi lecho y dejar que se encarguen ustedes mismos?"

"¡Gracias, Charca de Hiedra!" Látigo Abejorro se animó y salió corriendo para unirse a Leonado y Carbonera, que estaban preparados para irse. Charca de Hiedra observó cómo los dos guerreros avanzaban uno al lado del otro hacia el túnel de espinas, envidiando la fácil amistad entre ellos. Látigo Abejorro los alcanzó y los tres gatos desaparecieron en el bosque.

"Bien." Tormenta de Arena agitó su cola. "Pongámonos en marcha. Pensé que lo intentaríamos en el nido de Dos patas. No creo que haya estado allí una patrulla durante los últimos dos días".

Cuando salieron al bosque, Tormenta de Arena y Espinardo tomaron la delantera, mientras que Charca de Hiedra se encontró caminando por el viejo Sendero atronador junto a Flores Caídas. La joven carey respiraba con dificultad y aún trataba de no cojear; Charca de Hiedra vio una garra desgarrada en una de sus patas delanteras.

"¿Fue duro anoche en el Bosque Oscuro?" preguntó, sintiéndose un poco incómoda de estar interrogando a una guerrera más experimentada. "¿Estabas-?"

"¡Cállate!" Exclamó Flores Caídas, inclinando las orejas hacia los dos gatos que tenían delante. "No podemos hablar aquí". Con un esfuerzo evidente, aceleró el paso para adelantarse, Y Charca de Hiedra la siguió, preguntándose si había alguna forma de hablar con Flores Caídas a solas.

Fuera del viejo nido de Dos patas, Tormenta de Arena se abrió camino entre los grupos de hierbas que Glayo había plantado, olfateando delicadamente los nuevos brotes. "La caléndula está empezando a brotar", maulló, "pero habría mucho más si el Clan de la Sombra no nos hubiera obligado a darles un poco".

"Lo siento", murmuró Charca de Hiedra. Todavía se sentía culpable de que el Clan de la Sombra la hubiera mantenido encarcelada hasta que pudieran cambiarla por hierbas.

Al menos Ala de Tórtola ya no ve a Corazón de Tigre. No podemos confiar en él, porque está en el Bosque Oscuro. Pero entonces*, tampoco en mí,* agregó*, sintiendo un gélido frío en su espalda. Y Flores Caídas...*

"¡Charca de Hiedra, despierta!" Charca de Hiedra saltó cuando Espinardo le dio un golpecito alrededor de la oreja con su cola. “Deja de soñar despierta. ¿Escuchaste lo que Tormenta de Arena te dijo?”

Avergonzada, Charca de Hiedra negó con la cabeza.

“Quiere que subas la pendiente del otro lado del sendero atronador”, explicó el guerrero atigrado, señalando con la cola. "Debería haber muchas ardillas allá arriba, buscando sus reservas de nueces debajo de los robles".

"Y rastrearemos el nido de Dos patas", agregó Tormenta de Arena, sus ojos verdes brillando. "Debería haber ratones allí, o soy un tejón".

Caminó hacia la entrada de la guarida, casi inmediatamente molestando a un ratón que corrió frenéticamente por un hueco en la pared. Espinardo saltó tras él, cortando el camino de su refugio. Dio media vuelta y corrió directamente hacia las garras que esperaban de Tormenta de Arena.

"¿Qué te dije?" maulló, con su voz llena de satisfacción mientras rascaba tierra sobre su presa.

"¿Qué están esperando ustedes dos?" Espinardo señaló a Flores Caídas y Charca de Hiedra con la cola. "¿O es una sesión de formación para aprendices?"

"¡Es tan mandón!" Charca de Hiedra murmuró mientras subía la empinada pendiente.

Flores Caídas soltó una bocanada de acuerdo, ya esforzándose mientras se arrastraba a través de la espesa maleza. Una vez que estuvieron fuera de la vista del nido de Dos patas, Charca de Hiedra se detuvo. “¿Quieres descansar un poco? Sé lo que se puede cazar después de ello”, agregó con cautela.

Flores Caídas encontró su mirada. "No creo que debamos hablar de eso".

¿Quién te hizo jurar guardar el secreto? Se preguntó Charca de Hiedra. *¿Estrella de Tigre? ¿Alcotán?* Movió la cola con frustración. Si Flores Caídas se negaba a hablar sobre el Bosque Oscuro, no había posibilidad de disuadirla de ir allí.

Flores Caídas ya estaba luchando a través de la maleza, y Charca de Hiedra tuvo que seguirla, pasando junto a un grupo de ortigas y agachándose bajo las ramas bajas de un avellano. Charca de Hiedra se acercó a ella, apartando un zarcillo de zarzas para que pudiera pararse frente a ella. "¿Cómo supiste que estaba allí?"

Había un destello de ira en los ojos de Flores Caídas y su tono en su voz cuando respondió. “Me invitaron, ¿De acuerdo? Fue Alcotán. Dijo que era una oportunidad para ser una mejor guerrera de lo que podría entrenando con mis compañeros de clan, y tenía razón. Apuesto a que te dijo exactamente lo mismo". Se dio la vuelta y se dirigió hacia la pendiente de nuevo, mirando por encima del hombro para agregar: "Ahora, ¿podemos seguir con la caza?"

La mente de Charca de Hiedra dio vueltas mientras corría tras ella. *¿Flores Caídas realmente no conoce el propósito del Bosque Oscuro? ¿Hacer la guerra contra todos los clanes existentes?* Quería decirle a Flores Caídas la verdad, advertirle que se mantuviera alejada del Bosque Oscuro por su propio bien. Pero si hacía eso, tendría que admitir que era una traidora al Bosque Oscuro, que espiaba en nombre del Clan del Trueno.

Si voy a salvar a los clanes, ¿Tendré que dejar que Flores Caídas continúe y tal vez muera allá?

"¡Espera!"

Charca de Hiedra fue sacada de sus oscuros pensamientos por la voz de Flores Caídas más adelante. La guerrera carey se había detenido en un lugar donde los árboles se raleaban; saltando hacia adelante, Charca de Hiedra se encontró en el borde del claro donde Nube Albina había caído en el túnel. Podía ver la pila de palos que Manto Polvoroso y Fronde Dorado habían colocado allí, entrelazándolos para cubrir el agujero.

Sus almohadillas picaban de curiosidad. Ella había pasado por este lugar antes de patrullar, pero esta era su primera oportunidad de verlo más de cerca. Intercambió una mirada con Flores Caídas, viendo su propia emoción reflejada en los ojos del otro gato.

"¿Debemos?" preguntó ella.

Flores Caídas asintió y las dos gatas bajaron por la pendiente una al lado de la otra. Al llegar al agujero, Charca de Hiedra estiró el cuello para oler la cubierta. Flores Caídas dio un codazo a los palos tejidos con su cabeza y dejó escapar un trino de sorpresa cuando toda la cubierta se movió hacia un lado.

"Oye, mira", maulló, empujándolo más lejos. “¡Podemos ver el interior del túnel! ¡Vamos a explorar!"

Una extraña sensación se apoderó de Charca de Hiedra mientras miraba hacia el agujero. Se sintió extrañamente reacia a acercarse. "¿Qué hay de la caza?"

"Podemos cazar más tarde", respondió Flores Caídas, con los ojos brillantes. Impulsada por la emoción, parecía haber abandonado su anterior agotamiento. "¡Vamos a explorar!"

Mientras Charca de Hiedra permanecía de pie junto al agujero, luchando contra la aprensión que se había apoderado de ella, Flores Caídas buscó entre la hierba alta y regresó arrastrando una rama. "Ayúdame a bajarla", resopló, empujando un extremo en el agujero. "Entonces podemos usarla para escalar". Se bajó tan pronto como Charca de Hiedra y ella habían colocado la rama en su posición, con el extremo estrecho apoyado en el borde del agujero.

"¡Vamos!" llamó a Charca de Hiedra. "¡El túnel continúa para siempre, hasta el final de la colina!"

Aún reacia, Charca de Hiedra se abrió paso hacia el agujero, sintiendo la rama rebotar bajo sus patas. Clavó las garras, pero la corteza estaba seca y quebradiza. No estaba más que a medio camino del fondo cuando cedió y sintió que sus patas se deslizaban debajo de ella. Dejando escapar un chillido de sorpresa, Charca de Hiedra se estrelló contra el agujero y la rama cayó encima de ella.

Abriéndose paso a través de las hojas secas y las ramitas, miró hacia la parte irregular de cielo azul sobre su cabeza. No había forma de salir ahora.

"¡Estamos atascadas!" Ella susurró.

Las sombras se arremolinaban a su alrededor, y cada cabello de su pelaje se erizó. No podía explicarlo, pero estaba segura de que había algo terriblemente mal ahí. Una gélida oscuridad surgía de la boca del túnel y de alguna manera sabía que no estaban solos.

Los ojos de Flores Caídas brillaban en la penumbra. "Ahora tenemos que seguir adelante", maulló encantada.

"¡Pero es peligroso!" Charca de Hiedra protestó.

Flores Caídas resopló. "¿Qué es lo peor que puede pasar? ¿Podríamos quedarnos inválidas?”

Se adentraron más en el túnel, con la luz del agujero desapareciendo detrás de ellos. Flores Caídas miró hacia atrás, donde apenas pudieron distinguir los restos de la rama que yacía en el suelo del túnel. “No tiene sentido volver atrás. Podríamos esperar años para que algún gato pase por el agujero”, señaló. “Y cuando lo hagan, nos meteremos en un gran problema. Debe haber otra salida, ¿Verdad?”

Mientras seguía a su compañera de clan hacia la oscuridad, Charca de Hiedra esperaba que no estuvieran cometiendo un gran error. Pero a pesar de sus recelos, no pudo evitar comenzar a compartir la emoción de Flores Caídas. Cuando Nube Albina cayó en el agujero, la sacaron de inmediato. Ella nunca había estado tan bajo tierra.

¡Somos las primeras gatas en poner patas aquí!

A estas alturas, las dos gatas caminaban en completa oscuridad, sus pelajes rozaban el costado del túnel. Su camino giraba y giraba hasta que Charca de Hiedra perdió todo sentido de hacia dónde se dirigían. De vez en cuando era consciente de otros túneles que salían del principal y se estremecía al pensar en sumergirse aún más en la colina.

"Puedo sentir una pequeña corriente de aire", informó Flores Caídas, a la cabeza, después de un rato. "Eso debería llevarnos a una salida".

Siguieron adelante; A Charca de Hiedra le dolían las almohadillas de caminar sobre la fría y dura roca cuando se dio cuenta de que podía ver la cabeza de su compañero de clan y las orejas aguzadas delineadas contra una luz pálida delante. "¡Estamos llegando a alguna parte!" ella maulló.

Flores Caídas aceleró el paso y Charca de Hiedra saltó tras ella, casi chocando con ella cuando se detuvo en seco. Charca de Hiedra miró alrededor de su compañero de clan y vio que el túnel terminaba en una enorme cueva, cuyas paredes se elevaban muy por encima de sus cabezas. Un río oscuro lo atravesaba y, en el lado opuesto, se cortaba una amplia ladera en la roca.

"Este es el lugar más extraño que he visto", susurró Flores Caídas, aventurándose un poco más adentro.

La luz descendía a través de un pequeño agujero en el techo de la cueva, demasiado por encima de sus cabezas para que los gatos pensaran en salir por ese camino. Avanzando con cautela, Charca de Hiedra inclinó la cabeza y bebió un trago de agua del río.

"¡Es fría!" exclamó, dando un paso atrás y moviendo sus bigotes para sacudirse las gotas.

Echando un vistazo alrededor mientras Flores Caídas bebía, Charca de Hiedra sintió una fuerte sensación de ser observada, como si la mirada de un gato estuviera clavada en su espalda desde el borde de la pared de la cueva. Ella se dio la vuelta; la cornisa estaba vacía, pero la sensación no la abandonaba. Su pelaje se arrastró.

"No deberíamos estar aquí", maulló, su voz sonaba anormalmente fuerte en la cueva resonante.

"¿Por qué no?" Flores Caídas miró hacia arriba y se pasó la lengua por la mandíbula. "No hay ningún gato aquí que nos diga que nos vayamos".

"Entonces, ¿Quién dejó esas?" La voz de Charca de Hiedra raspó su garganta mientras su mirada se posaba en las huellas frescas de las patas que formaban hoyuelos en la arena húmeda al borde del río, a un par de colas de distancia de donde estaban ella y Flores Caídas. Cada pelo de su pelaje se erizó y desenvainó sus garras, raspándolas en la roca.

"¡Hay gatos viviendo aquí abajo!"

17

Un denso, pesado silencio rodeó a Glayo. Todo estaba oscuro y por un momento pensó que era ciego de nuevo. Entonces se dio cuenta de que cristales de hielo le estaban sellando los ojos; a pesar del dolor, los forzó a abrirse, sólo para ver nada más que un blanco resplandeciente a su alrededor. Cuando trató de respirar, las gotas de nieve le picaron en la parte trasera de la garganta.

¡Estoy enterrado!

La luz parecía provenir de algún lugar por encima de su cabeza.

Glayo gateó hacia ella; unos pocos segundos después, su cabeza salió al aire y miró a su alrededor. La tormenta había terminado. La quietud cubría el valle; los picos eran formas oscuras que cortaban un cielo índigo donde las últimas rayas escarlatas de la puesta de sol comenzaban a desvanecerse. Estaba completamente solo.

El terror de que los otros gatos hubieran muerto en la nevada hundió a Glayo en el suelo, pero se obligó a empezar a moverse. Pateando con sus patas traseras, salió de la nieve y se quedó por un momento sacudiendo los trozos de su pelaje.

"¡Ala de Glayo!"

El grito vino de detrás de él; Glayo se dio la vuelta para ver a Son de Roca luchando para salir de una deriva un poco más arriba del valle. Glayo trastabilló a través de la nieve suelta y lo arrastró fuera. Al principio, el gato atigrado gris se quedó en silencio por la conmoción, mirando las montañas como si no recordara dónde estaba.

"¿Estás bien?" Preguntó Glayo. "Tenemos que buscar a los demás".

Son de Roca negó con la cabeza para aclararlo. "Estoy bien", jadeó. "¿Los has visto?"

Glayo negó con la cabeza.

"Tienen que estar aquí en alguna parte", murmuró Son de Roca. "Tenemos que encontrarlos".

¿Desenterrando toda esta nieve? Glayo pensó, consternado. Luego vio una mancha de color oscuro encima de la nieve a unos cuantos zorros de distancia.

Caminando hacia ella, vio que era sangre. "¡Aquí!" llamó a Son de Roca. “Nubarrón Gris estaba herido; esta debe ser su sangre".

Trabajando juntos, los dos gatos rasparon la nieve hasta que apareció el cuerpo de Nubarrón Gris. El corazón de Glayo se aceleró cuando vio lo quieto que estaba el gato, como un trozo de pelaje flácido arrojado a un lado por el poder de la nieve.

Entonces Nubarrón Gris tosió y abrió los ojos. "¿Qué pasó?"

“La nieve nos enterró”, explicó Son de Roca. “Creo que debimos haberla aflojado, luchando contra ese pájaro gigante. Ven, vamos a sacarte de allí".

Glayo y Son de Roca sacaron a Nubarrón Gris del agujero; se agachó sobre la superficie de la nieve, todavía luciendo aturdido, y ocasionalmente lamiendo la carne viva de su hombro donde el pájaro le había arrancado el pelaje.

"¿Media Luna?" Glayo llamó. "¡Media Luna!"

No hubo respuesta, pero un ligero movimiento en la superficie a un par de colas de distancia llamó su atención. Se abrió camino a través de la nieve hacia ella; El alivio se apoderó de él cuando vio que las orejas y la nariz de Media Luna emergían de la cubierta blanca, seguidas un segundo más tarde por el resto de su cabeza.

Glayo raspó enérgicamente la nieve que la rodeaba hasta que pudo salir. "Gracias", jadeó. "¿Has encontrado a-?"

Se interrumpió con un gemido de angustia sin palabras al ver a su padre.

Apegándose a él, se arrastró a su lado y comenzó a lamer sus heridas. Glayo también podía ver los rasguños de las garras del pájaro en su espalda, pero si tenía dolor, no lo mostraba, demasiado atrapada en la preocupación por Nubarrón Gris.

En la penumbra, Glayo notó que algo crecía en el agujero donde había estado Media Luna. Inclinándose, olfateó y reconoció el olor a hierba cana. *Es buena para dar vigor*, pensó, recordando lo que había aprendido sobre las hierbas de la montaña en su anterior visita a la Tribu.

Debería ayudar con el shock. Metiendo el cuello en el agujero, se las arregló para cortar algunos tallos y se los llevó a los demás.

"Aquí, cómanse esto", ordenó, colocando las hierbas frente a ellos. "Les harán sentir mejor".

Los tres gatos lo miraron y luego inclinaron la cabeza para lamer las hierbas.

Han pasado por demasiado como para preguntarse cómo sé sobre las plantas que crecen aquí, adivinó Glayo, cuestionándose si habría telarañas alrededor para detener el sangrado. La cueva sería el mejor lugar para buscar.

"Deberíamos volver", maulló. Cuando ninguno de los gatos se movió, le dio un empujón a Son de Roca. "Vamos. ¿Quieren morir aquí? ¿Darnos por vencidos cuando ya llegamos tan lejos? Necesitamos tener fe".

Son de Roca lo miró con ojos apagados. "¿Fe? ¿Fe en qué?

Glayo se estremeció, deseando poder llamar al Clan Estelar o la Tribu de la Caza Interminable. Pero esos nombres no significarían nada para estos gatos. *¿Hay antepasados mirándonos en este momento?*

“Debemos tener fe en nosotros mismos”, les dijo, tratando de poner convicción en su voz. “Llegamos tan lejos. Sobreviviremos. Debemos darnos un tiempo”.

Son de Roca parpadeó. “Puede que no tengamos tiempo. Las montañas podrían matarnos primero".

Glayo pensó en todas las generaciones de gatos por venir, en todas las estaciones en las que la Tribu viviría en las montañas hasta que fueron descubiertos por la patrulla de gatos que habían viajado para visitar el lugar donde se ahoga el sol.

"Tendrán tiempo", maulló. "Lo prometo."

Aullidos de horror estallaron de los gatos en la cueva cuando Glayo y Son de Roca lucharon por regresar a través de la entrada, prácticamente llevando a Nubarrón Gris entre ellos mientras Media Luna cojeaba detrás.

"¿Qué pasó?" Exigió Rayo Tendido. "¿Fueron atacados por un zorro?"

"No, un ave", respondió Son de Roca.

"¿Un ave?" Brisa Susurrante apareció detrás de Rayo Tendido, mirando las heridas de Nubarrón Gris con horrorizados ojos azules. "¿Un ave te hizo eso?"

"Era un ave realmente grande", murmuró Nubarrón Gris.

Más gatos se estaban reuniendo alrededor, empujándose unos a otros para ver bien, dejando escapar exclamaciones de miedo y desesperación. Los cachorros de Pluma de Lechuza se acercaron rebotando, olfateando con curiosidad a Nubarrón Gris, luego se encogieron cerca de su madre cuando percibieron el sabor de la sangre.

"¡Se los dije!" Murmuró Caballo Veloz. "Nunca deberíamos haber venido aquí".

Luna Naciente volvió la cabeza como si no pudiera soportar mirar.

Glayo recordó que en el bosque se había enterado de que ella y Nubarrón Gris eran compañeros. "Este lugar nos matará a todos", susurró.

La molestia picó el pelaje de Glayo y le hizo temblar la punta de la cola. ¿Se quedarán todos de pie y se quejarán y no harán nada? Entre los Clanes, habría llevado a un gato herido directamente a la guarida del curandero, pero aquí no había curandero. *Parece que depende de mí.*

Son de Roca dejó que Nubarrón Gris se hundiera suavemente en el suelo y se abrió paso entre los gatos en pánico. "¡Suficiente!" gritó. "Cálmense. Nubarrón Gris va a estar bien. Concentrémonos todos en lo que podemos hacer para ayudar".

Pero a pesar de las palabras de su líder, apenas hubo una pausa en las exclamaciones de horror. Glayo vio a Media Luna en medio del montón. Inclinó las orejas y le hizo un gesto para que se reuniera con él al borde de la multitud. "Necesitamos telarañas para detener el sangrado", maulló, cuando ambos habían luchado para salir del montón de gatos. "Puede que haya algunas en las pequeñas cuevas de allí".

Media Luna asintió y trotó detrás de Glayo mientras se dirigía a las cuevas. Se metió en la que se convertiría en la guarida de Narrarrocas, mientras Glayo avanzaba por el túnel que conducía a la Cueva de las Rocas Puntiagudas.

Para Glayo, la caverna tenía el mismo aspecto que cuando la había visto en visiones en su propio tiempo: los afilados picos de roca que se elevaban desde el suelo para encontrarse con otros picos que colgaban del techo; los charcos de agua salpicaban aquí y allá, reflejando una luz pálida de la luna que brillaba a través del agujero en el techo. Su pelo se puso de punta y se estremeció.

¿Cuánto tiempo ha estado aquí este lugar? ¿Cuántas estaciones, tan espesas como hojas en el suelo del bosque?

Luego se dio una sacudida. Caminando hacia adelante, buscó alrededor de los bordes de la cueva y en las grietas de la roca. No había telarañas, pero junto a una de las charcas encontró musgo raspado. Agarrando una pata, la sumergió en el agua; sería la mejor alternativa a las telarañas para curar las heridas de Nubarrón Gris. Con la boca llena de musgo que goteaba, Glayo regresó a la cueva principal.

Media Luna estaba emergiendo del otro túnel. "No pude encontrar nada allí", maulló. "¡Está tan oscuro!"

La multitud de gatos junto a la entrada había comenzado a dispersarse, y Nubarrón Gris avanzaba tambaleándose hacia el centro de la caverna, apoyado por Son de Roca. Glayo miró a su alrededor. No había ningún lugar para hacer una guarida de curandero, pero vio un tramo de tierra arenosa al abrigo de una roca; eso tendría que ser suficiente. "Tráiganlo aquí", murmuró apagado por el musgo, haciendo señas a Son de Roca con su cola.

Algunos de los otros gatos todavía los seguían, pero Media Luna dio un paso adelante para interceptarlos. "Necesita tranquilidad ahora", maulló. "Pueden verlo más tarde".

Luna Naciente parecía estar a punto de objetar, pero Brisa Susurrante puso su cola sobre sus hombros y se la llevó. Glayo y Son de Roca colocaron Nubarrón Gris en el suelo arenoso y Glayo se secó el musgo empapado en su hombro donde el ave le había arrancado el pelaje.

"¡Eso se siente bien!" Nubarrón Gris gruñó.

Cuando la herida estuvo limpia, Glayo presionó más musgo sobre ella, dándole palmaditas en los bordes para asegurarse de que se pegara. "Quédate quieto para que no lo quites", le dijo a Nubarrón Gris. "Duerme si puedes."

Creyó detectar un destello de sorpresa en los ojos de Son de Roca ante su tono de autoridad, pero se encogió de hombros. *No sé cuánto sabía Ala de Glayo sobre curar, pero este soy yo. Estoy haciendo lo que tengo que hacer.*

"Tú sigues", maulló a Media Luna.

Mientras limpiaba los arañazos de la gata blanca, Glayo vio a Helecho Rizado en el centro de la caverna, con la mayoría de los otros gatos agrupados a su alrededor.

¿Problemas? Glayo se preguntó, aunque no dijo nada y no se detuvo en su cuidadosa limpieza de las heridas de Media Luna.

Helecho Rizado había sido el líder de los gatos antiguos cuando Glayo los conoció por primera vez junto al lago. Había arrojado su guijarro a favor de quedarse, y cuando la decisión fue en su contra, cedió el liderazgo a Son de Roca.

"Creo que la mayoría de nosotros estamos de acuerdo en que venir aquí fue un error", maullaba Helecho Rizado. "Nunca deberíamos haber dejado el lago. Tan pronto como termine la tormenta de hielo, guiaré a los gatos que quieran regresar".

"¡Ya era hora!" Exclamó Rayo Tendido. "Iré contigo."

"Yo también", maulló Salto de Pez. "En primer lugar, nunca quise venir".

Cervatilla Tímida levantó la cola para hablar. "Helecho Rizado, no todos estamos de acuerdo". Su voz se hizo más decidida a medida que avanzaba. "¿El padre de mis cachorros murió por nada?" Ella movió la punta de la cola a lo largo de su vientre abultado y agregó: "No puedo viajar, no hasta que mis cachorros nazcan y estén lo suficientemente fuertes para hacer el viaje".

"Yo también quiero quedarme", intervino Ala de Tórtola. "Tuvimos problemas junto al lago y no se habrán ido".

"Pero tal vez Hojas Caídas estará allí", sugirió Sombra Rota, con el brillo más radiante en sus ojos que el que Glayo había visto nunca. "Llévanos a casa, Helecho Rizado".

Brisa Susurrante dejó escapar un suspiro. "Lancé mi guijarro para irme", maulló. "Y ahora lo lamento amargamente. Fue un error. Deberíamos irnos a casa".

"Yo también quería irme, pero ahora quiero volver". Pluma de Lechuza atrajo a sus cachorros hacia ella con un movimiento de su cola. "Temo que mis cachorros morirán si nos quedamos aquí". Los pequeños lanzaron un maullido asustado; su madre curvó su cuerpo alrededor de ellos, tranquilizándolos con suaves lamidas.

"Entonces acordamos que...", comenzó Helecho Rizado.

"¡No!" Glayo interrumpió. Los ojos de todos los gatos de la cueva se volvieron hacia él, brillando en la tenue luz gris. "No puedes regresar, es decir, ¡No podemos regresar!"

Pluma de Lechuza acercó a sus cachorros y miró a Glayo. "Eso es fácil de decir para ti", siseó. "No tienes cachorros".

De repente, Glayo se dio cuenta de que Media Luna estaba a su lado.

Lanzándole una mirada rápida, siguió adelante. “No podemos rendirnos tan pronto. Al menos deberíamos esperar hasta que termine la tormenta para ver si podemos encontrar una manera de atrapar presas".

Luna Naciente dio un paso hacia él, azotando su cola. "¡Pero somos una presa!" gruñó ella. "¿Cómo podemos cazar si nos están cazando a nosotros también?"

La mente de Glayo dio vueltas. "Tenemos que encontrar una forma diferente de cazar". De repente recordó cómo la Tribu dividió a los gatos en guardacuevas y apresadores, con sus propios deberes especiales. "Algunos de nosotros cazaremos, mientras que otros los protegerán y a nuestras presas de las aves grandes".

Los gatos se miraron unos a otros, murmurando. Glayo se dio cuenta de que no tenían ninguna fe en su idea. *¡Pero funcionará! ¡Lo he visto funcionar!*

"Podríamos intentarlo", maulló Media Luna, acercándose a Glayo para que sus pelajes se rozaran.

Un hilo de calidez se deslizó a través de Glayo cuando lo tocó. Era bueno tener un gato que lo apoyaba. "Gracias", susurró, tocando su oreja con la nariz.

"¡Oh, sí, intenta y tendremos más gatos con el pelaje arrancado!" El pelaje del cuello de Rayo Tendido se erizó mientras miraba a Glayo.

Aullidos de acuerdo siguieron a sus palabras. Glayo casi se tambalea hacia atrás ante la ola de hostilidad que sintió proveniente de la multitud de gatos alrededor de Helecho Rizado. El apoyo de Media Luna no había sido suficiente.

"Entonces está arreglado". Helecho Rizado recorrió con la mirada al resto de los gatos. "Esperaremos hasta que pase la tormenta, luego regresaremos al lago".

Glayo se quedó parpadeando con incredulidad mientras los gatos comenzaban a arrastrarse hacia los bordes de la cueva y encontraban lugares para dormir. *¡Esto no puede estar pasando!*

"Lo siento", murmuró Son de Roca; se había quedado en silencio mientras continuaba la discusión. "Nosotros tratamos; no es culpa nuestra que hayamos fallado. Tal vez no se supone que vivamos en las colinas de piedra después de todo".

Glayo lo miró a los ojos azules y vio un arrepentimiento genuino allí. Él era el gato que estaba más comprometido con esto… ¡Y ahora él también se estaba rindiendo! Sin nada que decirle, Glayo se alejó a trompicones. *Son de Roca no lo entiende. Hemos fallado... ¡He fallado!*

"Si estos gatos se van tan pronto", murmuró, "¿cómo terminará la Tribu de las Aguas Rápidas en las montañas?"

Sin darse cuenta de lo que estaba haciendo, se encontró con los pasos de sus garras que lo conducían a la Cueva de las Rocas Puntiagudas. Pasos suaves de garras sonaron detrás de él; mirando hacia atrás, vio que Media Luna lo había seguido. Se detuvo en la boca del túnel, sus ojos se abrieron como platos mientras contemplaba la cueva.

"¡Wow!" ella respiró.

Glayo compartió algo de su asombro mientras miraba las columnas ahusadas y los pináculos de piedra blanca. Estar en la cueva con Media Luna de alguna manera le hizo darse cuenta de lo hermoso que era en realidad.

"¡Vamos a explorar!" Media Luna maulló, dando un pequeño rebote como un cachorro emocionado.

Glayo la siguió mientras se lanzaba alrededor de los charcos y estiraba sus patas delanteras lo más que podía alcanzar por el costado de una de las púas de piedra.

"¡Mira!" Ella exclamo. "Esta piedra crece del suelo y casi se encuentra con el carámbano de piedra que cuelga del techo".

"Esas dos se han encontrado". Glayo señaló con la cola una de las columnas completadas.

"¡Es tan extraño!" Media Luna saltó más adentro entre el bosque de piedra, esquivando la base de una y asomando juguetonamente la cabeza por el otro lado. Glayo se lanzó hacia ella con un gruñido burlón, pero antes de llegar a ella, sus patas se deslizaron sobre la resbaladiza roca al borde de una de los charcos. El agua lo salpicó cuando plantó una pata en el agua; se salvó a sí mismo de ir más profundo.

"¡Vaya, tienes una pata mojada!" Media Luna bromeó.

"¡Te mostraré cómo es!" Glayo gruñó.

Cogió un poco de agua y se la tiró; Media Luna chilló y se escapó. Glayo corrió tras ella, perdiéndola de vista por un momento entre las columnas agrupadas. De repente ella se lanzó hacia él y chocaron.

Glayo se encontró mirándola a los ojos; eran del verde lustroso de los estanques del bosque. Su cálido pelaje rozó el de él.

"Ha salido la luna", maulló, separándose de ella para pararse en el borde de una piscina. "Debe ser de noche afuera".

A medida que su respiración se estabilizó, se dio cuenta de que los gatos se movían inquietos en la cueva principal. Los cachorros de Pluma de Lechuza lloraban de hambre. Una punzada de tristeza atravesó a Glayo, afilada como una garra. *Puedo entender por qué no quieren quedarse aquí.*

"¡Mira!" Media Luna se acercó para pararse a su lado. "Puedes ver la luna en el agua".

Glayo miró el charco frente a él y vio un reflejo de la pequeña luna nueva, brillando a través del agujero en el techo. Media Luna no podía apartar los ojos de ella.

"¡Es tan hermoso!" Ella susurró. "Tan diminuta, como el rasguño de una garra".

Tocó la superficie del agua con una pata, y la luna revoloteó como alas plateadas antes de asentarse de nuevo cuando el agua se calmó. Media Luna dejó escapar un leve suspiro de asombro y se secó una y otra vez. Sin embargo, al perturbar la superficie, la luna todavía estaba allí.

"No se rinde, ¿Verdad?" Media Luna parpadeó hacia Glayo. “Siempre está ahí, constante como las piedras en esta cueva. ¿Quizás deberíamos ser como el reflejo de la luna, aferrándonos a lo que pase? Adentrándose más en la cueva, volvió a mirar las piedras a su alrededor, y una

nueva sensación de comprensión comenzó a asomarse a sus ojos. Glayo sintió un hormigueo en la piel.

"Han estado aquí durante tantas temporadas", murmuró Media Luna. "Si nos quedamos, ¿Sobrevivirán nuestros descendientes al igual que estas columnas de piedra?"

Glayo saltó a su lado. "¡Sí lo harán! Lo prometo."

Media Luna le lanzó una mirada de alarma. "¿Cómo lo sabes?"

"Simplemente lo sé", respondió Glayo. "Créeme."

Su mirada verde se volvió cálida mientras lo miraba a los ojos. "Yo creo en ti. Siempre." Glayo sintió que su cola se entrelazaba con la de ella. "Desearía que los demás también confiarán en ti", maulló Media Luna.

Glayo vio por encima del hombro un movimiento; se estremeció cuando Pedrusco salió de detrás de una columna distante, con la luz de la luna brillando en su cuerpo sin pelo. Fijó sus ojos saltones en Glayo y asintió una vez.

"¡Media Luna!"

La voz aguda llegó desde la entrada de la cueva. La visión de Pedrusco se desvaneció. Glayo y Media Luna se separaron para ver a Luna Naciente de pie en la boca del túnel.

"Media Luna, ¿Qué estás haciendo aquí?" Luna Naciente le dio a su hija una mirada de desaprobación, y su voz era como el hielo. "Ala de Glayo, Nubarrón Gris quiere hablar contigo. Te he buscado por todas partes".

Glayo bajó la cabeza cortésmente y pasó junto a ella para salir de nuevo a la caverna principal. Nubarrón Gris yacía donde Glayo lo había dejado, en la zanja de arena poco profunda. Levantó la cabeza cuando Glayo se acercó. "Me salvaste la vida", dijo con voz ronca. "Gracias."

Glayo amasó el suelo de la cueva con sus patas delanteras. "Todos jugamos un papel", murmuró.

"¡No puedo creer que hayamos luchado contra esa ave!" La voz de Nubarrón Gris se hizo más fuerte y un brillo de orgullo apareció en sus ojos.

"Bueno, lo hiciste", le dijo Glayo. “Y podrías hacerlo de nuevo. Cualquiera de nosotros podría, si lo intentamos lo suficiente".

"¡No otra vez!" Luna Naciente estaba lo suficientemente cerca como para escuchar. "Es muy peligroso."

"Ella está en lo correcto." Rayo Tendido se acercó al lado de la gata gris y blanca. "¿Por qué deberíamos arriesgar nuestras vidas para atrapar a nuestras presas?"

"Porque es la única forma de sobrevivir aquí". Media Luna se enfrentó a los gatos mayores. "Y si entrenamos correctamente, no estaremos arriesgando nuestras vidas todo el tiempo".

La ira brilló en los ojos de Luna Naciente. Abrió las mandíbulas para replicar, pero Son de Roca la interrumpió. "Mira, estamos todos agotados. Este no es el momento adecuado para tomar decisiones. Dormiremos un poco y volvamos a hablar de ello mañana".

Por un instante, Luna Naciente y Rayo Tendido parecieron querer discutir, pero luego se dieron la vuelta y se dirigieron al otro lado de la cueva. Son de Roca y Media Luna, encontraron huecos en el suelo y se acurrucaron allí, listos para dormir.

Glayo vaciló por un segundo, luego dio los pocos pasos que lo llevaron al lado de Media Luna. Ella lo miró, dejando escapar un cálido ronroneo. Acostarse a su lado se sintió natural y agradable. Por lo general, Glayo dormía cerca de un gato solo si estaba lo suficientemente enfermo como para estar en la guarida del curandero.

E incluso entonces, estarían en lechos separados.

Esto es mejor, pensó Glayo, bostezando mientras cerraba los ojos.

Confortante, incluso sin el musgo y las plumas que tendría en la hondonada de piedra... Todavía podía escuchar la suave respiración de Media Luna mientras se quedaba dormido.

Un gemido quejumbroso despertó a Glayo, cortando el interminable estruendo de las cataratas. La luz gris que se filtraba a través de la pantalla de agua que caía se intensificaba, y supuso que afuera el cielo palidecía con la proximidad del amanecer. Levantando la cabeza, vio los cachorros de Pluma de Lechuza al otro lado de la cueva, golpeando el vientre de su madre con sus pequeñas patas mientras intentaban hacer que la leche saliera.

"Lo siento, cachorros", maulló Pluma de Lechuza con tristeza. "No tengo más leche para ustedes, porque no he tenido suficiente para comer".

El lamentable lamento continuó. Otros gatos también se movían; Río del Alba se estaba arreglando, pero la mayoría de los demás simplemente se sentaron en el suelo de la cueva. Glayo podía sentir su desesperación como una niebla fría y sofocante.

"No tendremos la oportunidad de volver al lago", murmuró Brisa Susurrante. "Este lugar nos matará primero".

Rayo Tendido se lanzó fuera del lecho en el suelo de la cueva y se acercó a Pluma de Lechuza, descansando su hocico brevemente sobre su cabeza. "Tenemos que cazar", anunció. "No dejaré que mis cachorros mueran de hambre".

Salto de Pez se volvió hacia Glayo, haciéndole señas con la cola.

"Ala de Glayo, ¿qué dijiste ayer sobre cazar en parejas?"

"Más que parejas". Glayo salió de su lecho y atravesó la caverna para unirse a los demás. Perturbada por su movimiento, Media Luna se puso de pie, se estiró rápidamente y la siguió. "Necesitamos una patrulla completa para proteger a los cazadores", prosiguió. "Dos o tres de los mejores cazadores para atrapar a las presas, y algunos de los gatos más fuertes y los mejores luchadores para tener cuidado con el ataque de aves".

"¿Te refieres a luchar contra aves que pueden llevar a un gato al cielo?" Rayo Tendido sonaba incrédulo. "¡Me gustaría ver eso!"

"¡Oh, no!" Pluma de Lechuza miró hacia arriba, angustiada. "¡Robarán mis cachorros!"

"Entonces los cachorros no deben salir de la cueva". Son de Roca se acercó para unirse a ellos. "Hay mucho espacio aquí para que jueguen".

"Y no hay necesidad de preocuparse", agregó Río del Alba. "No vamos a estar aquí tanto tiempo".

"¿Pero qué pasa con el resto de nosotros?" Demandó Luna Naciente. "Tratar de luchar contra pájaros así es una tonta idea".

"No estaría muy seguro", respondió Son de Roca. "Luchamos contra esa ave ayer. Está bien, Nubarrón Gris resultó herido, pero eso no tiene por qué suceder si podemos encontrar la mejor manera de defendernos".

Luna Naciente dejó escapar un bufido de incredulidad.

"Creo que deberíamos darle una oportunidad a la idea de Ala de Glayo", maulló Ala de Tórtola. "Incluso si decidimos volver al lago, no llegaremos lejos sin comida en el estómago".

"¿Pero cómo podemos luchar contra aves tan grandes?" Preguntó Salto de Pez. "No podemos volar y atacarlos en el aire".

"No, tendremos que atraer a uno hacia nosotros". Son de Roca sonaba reacio, como si supiera cómo se recibiría su sugerencia. "Entonces podremos desarrollar las habilidades que necesitamos".

"¡No irás a usar a mis cachorros!" Pluma de Lechuza lo fulminó con la mirada, protegiendo a los tres pequeños gatos con sus patas y cola.

"Por supuesto que no," la tranquilizó Son de Roca.

"Lo haré yo", ofreció Media Luna. "Pretenderé estar herida".

Glayo sintió que el corazón le daba un vuelco. "De ninguna manera", maulló. "Lo haré. Esta fue mi idea".

Son de Roca lo miró parpadeando. "Estás tomando un gran riesgo".

"Algún gato tiene que hacerlo", respondió Glayo, forzando su voz a ser firme, aunque por dentro estaba temblando. Era demasiado fácil imaginarse siendo llevado al cielo, agarrado por crueles garras. "¿Vamos a hacer esto o no? Necesitamos comida de inmediato".

Aunque algunos de los gatos todavía parecían inseguros, suficientes de ellos se reunieron alrededor de Glayo para formar una patrulla. Glayo los miró: Son de Roca, Rayo Tendido y, para su sorpresa, Helecho Rizado, junto con Media Luna, Salto de Pez y Ala de Tórtola. Todos parecían tensos pero decididos.

"Vamos", maulló Glayo, abriendo el camino para salir de la cueva.

Al salir de detrás de la cascada, se dio cuenta de que la tormenta había terminado.

El viento aullante se había convertido en una brisa fuerte, con algunos copos de nieve lanzados al aire, y aparecían huecos en las nubes grises ondulantes sobre sus cabezas. La patrulla crujió a través de la nieve y trepó por las rocas junto a la cascada hasta que se detuvieron en la cima del acantilado.

Glayo respiró hondo. Nunca había entrenado a otro gato, especialmente no en habilidades de pelea. La seguridad de estos gatos era su responsabilidad, no solo ahora, cuando estaban atrayendo al ave deliberadamente, sino para todas las generaciones venideras. *¿Es esto lo que significa tener el poder de las estrellas en mis garras?*

"Me quedaré aquí mientras el resto de ustedes se esconden", dirigió. "Recuerda, no deben ser visto desde arriba porque de ahí es de donde vendrá el ave. Son de Roca, Rayo Tendido y Helecho Rizado, prepárense para saltar y atacar. Salto de Pez, Ala de Tórtola, Media Luna: permanezcan ocultos y observen lo que sucede. Entonces podemos discutir las tácticas más tarde".

"No voy a mirar detrás de una roca mientras te destrozan", objetó Media Luna.

Su preocupación calentó a Glayo. "Puedes unirte si hay problemas", le dijo.

La cola de Media Luna azotó una vez. "¡Intenta detenerme!"

"¿Qué hacemos cuando llegue?" Preguntó Salto de Pez. "¡No podemos saltar sobre él como si fuera un mirlo!"

"Creo que deberíamos ir por las alas", sugirió Son de Roca. "No puede llevarse a uno de nosotros si no puede volar".

Helecho Rizado asintió. "Saltar por su cuello también sería bueno. Ese es un punto débil de cualquier ave, no me importa qué tan grande sea".

"Buena idea", coincidió Glayo. "Ahora, salgan de la vista antes de que los vea a todos".

El resto de la patrulla se escabulló para tomar posiciones entre las rocas.

"Esto va a funcionar", animó Media Luna a Glayo antes de irse. "¡Simplemente lo sé!"

Eso espero, pensó Glayo, consciente del miedo como un trozo de hielo en su vientre. *Tengo que hacer esto, por el bien de la Tribu de las Aguas Rápidas*.

De pie a la orilla del río, Glayo se sintió muy solo. Los otros gatos habían desaparecido; todo lo que podía ver era la punta de la cola de Salto de Pez, marrón contra la nieve. Miró hacia el cielo; era gris e interminable, y no había señales de ningún ave. Su vientre se sentía vacío y adolorido.

"¡Miren!" La voz baja de Media Luna vino de detrás de una roca cercana.

Parpadeando, Glayo volvió a mirar al cielo. Había aparecido una pequeña mancha, dando vueltas perezosamente muy por encima. Sus patas se sintieron congeladas en la roca mientras la miraba; el pájaro se acercó lo suficiente para que él viera que era un águila, como las de las que había oído hablar de la Tribu de las Aguas Rápidas. Era incluso más grande que el pájaro que los había atacado ayer. Se preparó para que se abalanzara sobre él, pero luego se alejó en círculos, perdiendo interés.

¡No! Glayo quería aullar. *¡Soy una jugosa presa! ¡Ven y llévame!*

Comenzó a cojear hacia adelante, levantando una pata como si estuviera herido y soltó un gemido. El águila recorrió el cielo, deslizándose en un amplio círculo, hasta que Glayo pudo distinguir sus garras en forma de gancho y sus ojos amarillos fijos.

Por el Clan Estelar, ¡Es enorme!

Se agachó en la nieve, maullando lastimeramente. La sombra del ala lo cubrió y se extendió a su alrededor; apretó los ojos con fuerza cuando el fuerte olor del pájaro lo inundó.

Espero que los demás estén listos para saltar…

El batir de las alas del águila fue como un trueno. Luego, unas garras temibles se clavaron en los hombros de Glayo y dejó escapar un chillido. En el mismo segundo, un maullido atravesó el aire a su alrededor. Cuando sus patas dejaron el suelo, las rocas cobraron vida.

"¡Vayan a por las alas!" Son de Roca gritó. "¡No la dejen volar!"

Sus palabras fueron absorbidas por el caos de gatos chillando y aleteando salvajemente. Glayo vio a Helecho Rizado saltando hacia la garganta del águila, fallando por un ratón de distancia mientras sus garras cortaban el aire. Media Luna mordió el borde del ala del águila y salió disparada; golpeó la roca con un ruido sordo, agarrando un bocado de plumas. Salto de Pez agarró la cola de Glayo y trató de sujetarlo.

"¡No! ¡Suéltala!" Glayo chilló, sintiendo que su piel comenzaba a rasgarse con el peso adicional.

Salto de Pez retrocedió y, por un instante, Glayo pensó que el águila había ganado cuando comenzó a alejarse de la cima del acantilado. No podía hacer nada más que agitar las patas con impotencia. Entonces Son de Roca y Rayo Tendido entraron corriendo, uno de cada lado, y dieron un salto hacia las alas del águila. Ambos hundieron sus garras al mismo tiempo; el águila dejó escapar un grito furioso, pero no pudo volar con el peso de un gato en cada ala. Mientras la mantenían presionada, Ala de Tórtola se agachó por debajo, cerca de Glayo, y dio un rápido mordisco a cada una de las patas del pájaro, una tras otra.

Con otro chillido estridente, el águila soltó a Glayo; se estrelló contra la roca, medio aturdido, y vio como Son de Roca y Rayo Tendido cortaban los hombros del pájaro, atravesaban sus plumas con sus garras y luego saltaban a un lado para ponerse a salvo. El águila subió al cielo, arrojando plumas a medida que avanzaba, la sangre goteaba de sus patas desnudas. Glayo miró, jadeando, mientras se reducía a una mancha en el cielo y se iba.

"¿Estás bien?" Media Luna se agachó jadeando en el borde del acantilado, pero sus ojos verdes brillaron mientras miraba a Glayo.

"Estoy bien", jadeó Glayo, aunque sus hombros donde el águila lo había agarrado se sentían como si estuvieran en llamas.

Media Luna se puso de pie y se acercó a él, olfateando sus heridas. "Deberíamos poner musgo en esos, como lo hiciste anoche con Nubarrón Gris", maulló. “Me pregunto si hay alguna romaza creciendo por aquí. Eso es bueno para dejar de sangrar".

El resto de la patrulla comenzó a ponerse de pie, revisando sus propios rasguños.

"¡Lo hicimos!" Salto de Pez chilló.

"Si lo hicimos." La mirada de Son de Roca se posó en Glayo. "Ala de Glayo, tu plan para proteger a nuestros cazadores podría funcionar. Al menos para encontrar suficiente comida hasta que nos vayamos". Agitando su cola hacia el resto de la patrulla, agregó: “Vamos. Vamos a contárselo a los demás".

Abrió el camino por las rocas junto a la cascada, dejando a Glayo y Media Luna solos en la cima del acantilado.

"Estaba tan asustada por ti", murmuró Media Luna, rozando su hocico a lo largo de su costado.

"¡Y estoy muy orgullosa de ti! Si tuviéramos cachorros, ¡Piensa en lo valientes que serían!"

¡Cachorros! "Media Luna..." comenzó torpemente.

Antes de que pudiera decir más, vio a otro gato emerger detrás de una de las rocas al borde del agua. *¡Pedrusco! ¡No ahora, por favor!*

El gato ciego estaba esperando; aunque estaba mirando en esa dirección, Media Luna no tenía idea de que él estaba allí.

"¿Por qué no bajas con los demás?" Sugirió Glayo. "Te seguiré en un momento".

"Bien." Había un rastro de decepción en los ojos verdes de Media Luna, pero se dirigió hacia el acantilado sin protestar.

"¿Qué es lo que quieres ahora?" Glayo demandó.

Pedrusco no respondió. Por un momento, se quedaron uno al lado del otro en el borde del acantilado. A lo lejos, un resplandor rojo en la nieve mostraba por dónde saldría el sol.

"Demasiado es lo mismo..." Pedrusco respiró. Luego se volvió hacia Glayo. "No puedes quedarte aquí. Lo sabes, ¿No es así?"

"¿Por qué no?" Glayo demandó, con un repentino tirón de angustia.

"Eres demasiado poderoso para perderte en el pasado".

"¡Puedo ser poderoso aquí!" Glayo protestó. "Podría criar cachorros, enseñarles todo lo que sé y luego volver con los Clanes". Miró a Pedrusco. "Yo... yo no quiero irme".



18

"¡Tenemos que salir de aquí!" Charca de Hiedra susurró, esperando que gatos hostiles saltaran sobre ellas en cualquier momento.

"Sólo estamos explorando", señaló Flores Caídas, acercándose a las huellas de las patas y olfateando con curiosidad. "No estamos haciendo ningún daño".

"Bueno, no se siente así", replicó Charca de Hiedra, molesta por la indiferencia de Flores Caídas. "Se siente como si estuviéramos invadiendo y quiero irme".

Flores Caídas se encogió de hombros. "Está bien, busquemos una salida".

En el lado opuesto del río, se abrieron más túneles que conducían a la oscuridad. Charca de Hiedra saltó a través del arroyo y se dirigió al más cercano. Pero no había dado muchos pasos cuando se enfrentó a una pared sólida de barro.

"No es bueno", le dijo a Flores Caídas, que la seguía. "Este está bloqueado".

Volviendo sobre sus pasos hacia la cueva, eligieron otra abertura.

Esta parecía más prometedor al principio, conduciendo hacia arriba con alguna grieta ocasional en el techo para dejar entrar la luz. Entonces Flores Caídas, que estaba a la cabeza de nuevo, se detuvo abruptamente cuando el túnel dio un giro brusco hacia un lado.

"¡Cagarrutas de ratón!" siseó.

Charca de Hiedra estiró el cuello para ver más allá de su compañera de clan; en la penumbra pudo distinguir un montón de piedras caídas y rocas que se extendían hasta el techo del túnel. El corazón de Charca de Hiedra comenzó a latir más rápido cuando regresaron a la cueva de nuevo. "Tendremos que regresar por donde vinimos", maulló, "y sólo esperar que algún gato venga para ayudarnos a salir del agujero".

Flores Caídas exhaló un suspiro. "Supongo que tienes razón."

Pero cuando volvieron a cruzar el río, Charca de Hiedra notó por primera vez que varios túneles se alejaban de la cueva por este lado. "¿Recuerdas por donde entramos?" le preguntó a su compañera de clan.

Flores Caídas negó con la cabeza. "Tendremos que seguir nuestro rastro de olor".

Pero no quedaba ningún olor en la roca húmeda, y lejos del borde del agua no había rastro de sus huellas en el suelo duro.

"¡Estamos perdidas!" Charca de Hiedra gritó.

"Estaremos bien", la tranquilizó Flores Caídas, aunque Charca de Hiedra pudo detectar una pizca de pánico en su voz. "Simplemente elegiremos un túnel. ¡Vamos!" Corriendo por el suelo de la cueva, se zambulló en una amplia abertura negra. Charca de Hiedra estaba casi segura de

que era el equivocado, pero corrió tras su compañera de clan, aterrorizada de que se separaran.

"¡Espera!" ella gritó. "No podemos..." Se interrumpió al oír el estrépito de las rocas que caían desde delante. "¡Flores Caídas!" ella llamó. "¿Qué fue eso?"

No hubo respuesta. Charca de Hiedra se quedó flácida de terror y tuvo que obligar a sus patas a llevarla por el túnel. Unos pasos más allá, distinguió Flores Caídas en la penumbra; la guerrera carey yacía inmóvil en el suelo con rocas esparcidas a su alrededor. Charca de Hiedra miró hacia arriba y vio un nuevo agujero en el techo y supuso que las rocas debían de haber caído desde allí.

"¿Flores Caídas?" susurró, agachándose junto a su compañera de clan.

¡Clan Estelar, por favor no la dejes morir!

Un escalofrío de alivio la recorrió cuando los bigotes de Flores Caídas se movieron y sus ojos se abrieron. "¿Charca de Hiedra?" murmuró. "¿Qué pasó? Me duele la cabeza."

"Creo que una piedra cayó del techo y te golpeó", respondió Charca de Hiedra. "¿Puedes levantarte?"

Flores Caídas arañó con las patas, levantó los hombros del suelo y luego se derrumbó con un gemido de dolor. "Todo está dando vueltas", se quejó, con los ojos muy abiertos y asustada. "Oh, Charca de Hiedra, ¿Crees que vamos a morir aquí?" "Por supuesto que no", le dijo Charca de Hiedra.

"¿Pero y si lo hacemos? ¿Crees que Mili me extrañará?"

La lástima atravesó Charca de Hiedra desde las orejas hasta la punta de la cola. "¡Por supuesto!" le aseguró a Flores Caídas. "Mili te ama tanto como a Luz de Garbeña".

Mientras tranquilizaba a su compañera de clan, Charca de Hiedra supuso que así era como Alcotán se había ganado a Flores Caídas: dándole la oportunidad de recibir tanta atención como su hermana, Luz de Garbeña.

Tal como lo hizo con Ala de Tórtola y conmigo.

Se sintió triste de que Flores Caídas estuviera tan celosa de su hermana por la cantidad de tiempo que su madre y sus compañeros de clan pasaban con ella. ¡Luz de Garbeña había perdido la capacidad de usar sus patas traseras!

Pero claro, pensó Charca de Hiedra, *tampoco creo que el don de Ala de Tórtola sea siempre tan divertido. Quizás ambas deberíamos estar agradecidas por lo que tenemos…*

Flores Caídas vaciló, luego se encogió de hombros. "Tal vez Mili me ama, cuando recuerda que tiene más de una hija". Extendiendo una pata delantera, la raspó contra la dura piedra del suelo del túnel, con tanta violencia que Charca de Hiedra se sorprendió de que no le arrancara las garras. "Me odio a mí misma por sentir celos de Luz de Garbeña", confesó Flores Caídas, sin mirar a Charca de Hiedra. "No puedo soportar verla sufrir y sé que Luz de Garbeña daría cualquier cosa por estar mejor y completa de nuevo. ¡Es todo tan injusto!" Marcando sus garras en la roca de nuevo, agregó: "Pero no puedo evitar lo que siento, y eso prueba que no soy una buena gata".

"¡Por supuesto que lo eres!" Charca de Hiedra exclamó sorprendida.

"No. Una buena gata no estaría celosa de una compañera de camada herida. Así que por eso terminé en el Bosque Oscuro". Le dio a Charca de Hiedra una mirada de soslayo. "No soy estúpida. Sé que es donde van los gatos si no se les permite ingresar al Clan Estelar. Pero supongo que tampoco entraré en el Clan Estelar, porque odio a mi hermana por estar herida. Así que en el Bosque Oscuro es donde encajo, y estoy recibiendo un buen entrenamiento, mejor que cualquier cosa que obtengamos aquí". Respiró hondo y temblorosamente y miró a su alrededor. "¿Crees que Alcotán vendrá a buscarnos?"

"¡Te lo dije, no vamos a morir!" Charca de Hiedra puso cada rastro de convicción que pudo reunir en las palabras. *Pero ¿Y si lo hacemos?* No podía soportar la idea de estar atrapada en el Bosque Oscuro para siempre. "Flores Caídas, ¿Crees que podrías volver a intentar levantarte?"

"Quizás." Flores Caídas juntó las patas debajo de ella y logró ponerse de pie, aunque todavía se veía temblorosa.

Mientras Charca de Hiedra se preguntaba qué tan lejos podría llegar su compañera de clan, escuchó el suave sonido de los pasos de unas patas acercándose por detrás. Cada pelo de su pelaje se levantó; sintió como si agua helada se deslizara por todo su cuerpo.

Necesitó todo el coraje que tuvo para darse la vuelta.

Un gato extraño salió de las sombras, un gato delgado con pelaje rojizo y ojos grandes y angustiados. "¡Oh!" jadeó. "Esperaba a alguien más".

"¿Qué alguien?" Charca de Hiedra demandó, con la voz quebrada.

El extraño ignoró su pregunta; la estaba examinando a ella ya Flores Caídas con ojos perplejos. "¿Dos de ustedes?" maulló. "¿Están bien?"

"No." Charca de Hiedra estaba demasiado asustada para perder el tiempo preguntándose quién era este extraño gato o qué estaba haciendo aquí. "Tenemos que salir. ¡Mi compañera de clan está herida!"

"Pero si te muestro la salida", le dijo el extraño gato, "Volveré a estar solo. Siempre prometen volver, pero nunca lo hacen".

Charca de Hiedra lo miró fijamente. "¡Nunca habíamos estado aquí antes!" ella maulló.

"Por favor, tienes que sacarnos de aquí".

El rojizo movió las orejas con enfado. "No hay necesidad de gritar. No deberías haber venido aquí si no quisieras quedarte. No es seguro, a menos que sepas lo que estás haciendo".

"Bueno, no lo sabemos", respondió Charca de Hiedra, preguntándose qué podría hacer para que él escuchara sus súplicas. "Sólo queremos irnos a casa".

El extraño se acercó más, entrecerró los ojos con sospecha; Charca de Hiedra se tensó cuando la olió, luego Flores Caídas. Su olor la asustó: olía a tierra, agua y piedra antigua fría.

"Tienes razón, no pertenecen aquí abajo", murmuró, y agregó más enérgicamente: "Está bien. Baja por este túnel y gira después de la roca con forma de hongo. Sigan ese pasaje durante diez zorros de distancia y verán que el túnel se divide en tres. Tomen el del medio. Eso debería

comenzar a conducir hacia arriba, y llegarás a un montón de piedras. Hay suficiente espacio en la parte superior para que puedan pasar y desde allí puedes ver la salida".

La mente de Charca de Hiedra zumbaba como un árbol hueco lleno de abejas mientras trataba de recordar las direcciones. "¿Puedes mostrarnos?"

"No." El gato rojizo ya estaba retrocediendo. "Deben ir por su cuenta".

Antes de que Charca de Hiedra pudiera protestar, se había desvanecido en las sombras.

"¡Manto sarnoso!" murmuró, azotando su cola. Durante un par de segundos, miró hacia el túnel donde él había desaparecido y luego se volvió hacia Flores Caídas. "Vamos. Pongámonos en marcha."

Charca de Hiedra mandó a Flores Caídas al frente, en caso de que la guerrera carey volviera a colapsar, y se dirigió a lo largo del túnel. Encontraron la roca con forma de hongo que el gato rojizo había mencionado, pero el túnel por el que tenían que girar estaba completamente oscuro y no había forma de saber dónde estaban.

"Estoy seguro de que hemos llegado a más de diez zorros de distancia", maulló Charca de Hiedra mientras avanzaban cautelosamente hacia adelante, "pero no hemos encontrado el lugar donde se divide el túnel".

"Tal vez lo hemos pasado sin darnos cuenta", sugirió Flores Caídas. "Creo que deberíamos volver".

"Bueno." Charca de Hiedra se volvió y se adentró en la oscuridad, esforzando la vista en busca de los primeros signos de luz. Pero las sombras eran interminables.

"Ya deberíamos haber llegado a la primera curva", maulló Flores Caídas, con la voz temblorosa.

"Sí." Mientras hablaba, Charca de Hiedra se dio cuenta de que una leve brisa le alborotaba el pelaje de un lado. "Creo que está aquí", maulló, aliviada. "Por este camino."

Casi tan pronto como entraron en el nuevo pasaje, Charca de Hiedra se dio cuenta de que habían vuelto a equivocarse. No había ni rastro de la roca en forma de hongo. El pasadizo descendía abruptamente y sus patas se deslizaban sobre una roca húmeda y resbaladiza mientras caminaba por él.

Espero que no tengamos que volver. No estoy seguro de que Flores Caídas pueda volver a subir por ese camino.

Entonces Charca de Hiedra empezó a distinguir una tenue luz gris que se filtraba desde más abajo del pasillo. "¡Estamos llegando a alguna parte!" gritó alentadora, acelerando el paso.

Con Flores Caídas luchando por ir detrás de ella, Charca de Hiedra salió de la boca del túnel y se detuvo, dejando escapar un aullido de decepción.

Estaban de regreso en la cueva con el río subterráneo.

"¡No me lo creo!" Flores Caídas siseó, dejándose caer al suelo.

"Nunca saldremos".

"Ojalá le hubiera preguntado a ese gato su nombre", maulló Charca de Hiedra. "Podríamos llamarlo". Sacudiendo sus bigotes con enojo, agregó: "De todos modos, supongo que no habría venido".

Flores Caídas yacía de lado, jadeando. "Lo siento", susurró. "Todo esto es mi culpa. Yo era la que quería venir aquí".

"Podría haberte detenido", argumentó Charca de Hiedra.

"¿Cómo?" Increíblemente, había un brillo de humor en los ojos de Flores Caídas. "¿Jalándome la cola?"

Charca de Hiedra soltó un bufido de diversión. No pudo evitar imaginarse a sí misma con los dientes hundidos en la cola de Flores Caídas mientras la guerrera carey colgaba sobre el agujero.

"¡Vamos! ¿Qué están esperando?"

La voz vino de detrás de ellos; Charca de Hiedra se puso rígida, su pelo se erizó y sus patas hormiguearon de miedo. Un segundo después se obligó a darse la vuelta, pero no podía ver nada, a menos que tal vez hubiera un brillo de ojos en los rincones más oscuros de la cueva. Sin embargo, estaba segura de que no era el gato rojizo que habían conocido antes.

"Quieres salir, ¿No?" prosiguió la voz con impaciencia. "Sabes que no deberías estar aquí".

"¡Oh, sí, por favor ayúdanos!" Rogó Flores Caídas.

"Muy bien. Sígueme."

Charca de Hiedra vio una forma de gato oscuro que se metía rápidamente en uno de los túneles a unas cuantas colas de distancia, pero por mucho que mirara, no podía distinguir nada que la ayudara a identificar al gato. Puso a Flores Caídas de pie y le siguió. El túnel era estrecho y oscuro; Charca de Hiedra no podía ver nada del gato que estaban siguiendo, y sólo conocía su presencia por los pasos de las patas y el olor de la tierra, el agua y la vegetación del bosque.

La caminata se prolongó durante mucho tiempo, a través de túneles serpenteantes y pasajes transversales, hasta que Flores Caídas comenzó a debilitarse. El túnel se había ensanchado un poco más, de modo que Charca de Hiedra podía caminar a su lado y dejar que se apoyara en su hombro.

"¿Está mucho más lejos?" Charca de Hiedra llamó al gato frente a ellos.

No hubo respuesta, pero el siguiente giro en el túnel mostró una luz brillante por delante. El camino que conducía al estallido de luz era empinado, cubierto de tierra desnuda con algunas huellas de garras aquí y allá. Pero el gato que los había rescatado había desaparecido.

"¿A dónde se fue?" Preguntó Charca de Hiedra, desconcertada.

Flores Caídas estaba demasiado exhausta para responder. Se arrastró hacia el campo abierto y se derrumbó en un parche de luz solar junto a un tronco de roble. Charca de Hiedra miró a su alrededor y creyó haber vislumbrado un movimiento entre los helechos a unas cuantas colas de distancia.

"¡Gracias!" ella llamó.

No hubo respuesta, y en el mismo segundo cesó el movimiento.

La boca del túnel se abrió entre las rocas donde el agua se había escurrido para formar un pequeño estanque. Charca de Hiedra agarró un puñado de musgo y lo empapó en el agua para que Flores Caídas bebiera.

"¡Gracias!" jadeó la gata, sentándose. “¡Vaya, ese lugar era extraño! Es bueno volver a estar bajo el sol".

"Será mejor que regresemos al campamento", maulló Charca de Hiedra. "¿Estás en condiciones de viajar?"

"Será mejor que lo esté", respondió Flores Caídas sombríamente.

Al examinar a su compañera de clan, Charca de Hiedra no estaba tan segura. Ambas gatas estaban sucias y exhaustas, sus almohadillas estaban agrietadas por caminar sobre piedra dura. Pero además de las heridas del entrenamiento del Bosque Oscuro, Flores Caídas tenía un golpe en la cabeza por la caída de rocas que casi la dejó sin ojo.

"Nos lo tomaremos con calma", murmuró Charca de Hiedra. Ni siquiera estaba segura de dónde estaban. *Hay demasiados árboles para que esto sea del Clan del Viento*, pensó, mirando a los antiguos robles y hayas y la maleza enmarañada entre ellos. *Pero ¿Supongamos que nos encontramos en medio del Clan de la Sombra?*

¿Y si nos encontramos con una patrulla?

No le dijo nada de sus preocupaciones a Flores Caídas, pero pensó que su compañera de clan había visto los peligros por sí misma. Estaba nerviosa, saltaba ante el más mínimo susurro en la maleza, y las patas de Charca de Hiedra picaban de aprehensión con cada paso que daba. Sintió un gran alivio cuando detectó un aroma abrumador del Clan del Trueno justo delante, y unos pocos segundos después cruzaron la frontera hacia su propio territorio.

"¡Gracias al Clan Estelar por eso!" Exclamó Flores Caídas. "Charca de Hiedra, ¿Crees que les deberíamos decir cuando volvamos al campamento?"

"No la verdad", respondió Charca de Hiedra al instante.

Flores Caídas se detuvo, erizándose, y Charca de Hiedra agregó: "Ya estamos mintiendo a nuestros compañeros de clan, en cierto modo, al no contarles sobre el Bosque Oscuro".

"Eso es diferente", murmuró Flores Caídas.

Aunque Charca de Hiedra no discutió, en privado sintió que una mentira más o menos no haría mucha diferencia.

"Tendremos que decir que nos perdimos", prosiguió Flores Caídas, avanzando cojeando una vez más.

Bueno, eso no es del todo deshonesto, ¿Verdad? Pensó Charca de Hiedra. "Bien, muy pérdidas", maulló en voz alta.

A medida que se acercaban a la hondonada de piedra, lograron acelerar el paso, pero ya era bastante después de la puesta del sol cuando tropezaron a través del túnel de espinas y entraron en el campamento. Varios de sus compañeros de clan estaban agachados alrededor de la pila de carne fresca; Charca de Hiedra vio Tormenta de Arena y Espinardo, de regreso de

la patrulla de caza. Estrella de Fuego y Látigo Gris estaban allí, junto a su madre, Candeal, y más de los guerreros mayores. Se preparó para los problemas. Cuando Charca de Hiedra y Flores Caídas avanzaron, sus compañeros de clan miraron hacia arriba, mirándolos a medio bocado; Fronde Dorado tenía una cola de ratón colgando de sus mandíbulas, mientras que Acedera tenía una pluma de mirlo pegada a su nariz.

"¿Qué les pasó-?" Preguntó Tormenta de Arena, poniéndose de pie y acercándose a las dos gatas. "Espinardo y yo pensamos que debían haber seguido un rastro de presa. ¿No atraparon nada? "

Flores Caídas negó con la cabeza. "Nos perdimos."

Charca de Hiedra se dio cuenta de lo poco convincente que sonaba la explicación. No podía culpar a algunos de los gatos por mirarlos con sospecha, y su corazón latía más fuerte cuando Estrella de Fuego los convocó hacia él con un movimiento de su cola. El líder del Clan del Trueno las estudió, sus brillantes ojos verdes se entrecerraron. "¿Se perdieron?" repitió. "¿En territorio del Clan del Trueno?"

"¿Y por qué se ven como si un gato las hubiera empujado hacia atrás a través de un matorral de zarzas?" Preguntó Espinardo. "¿Encontraste proscritos? ¿O al Clan del Viento?"

"No", maulló Charca de Hiedra. "Nosotras solo-"

"¡Charca de Hiedra!" Para alivio de Charca de Hiedra, su madre, Candeal, se acercó, empujando a Espinardo y lanzando una mirada furiosa a Estrella de Fuego. "¿Qué importa dónde han estado?" preguntó, mientras cubría la cara y el cuello de Charca de Hiedra con lamidas. "Obviamente están heridas. Pensé que te habían distraído las presas de la estación de la hoja nueva", agregó a Charca de Hiedra. "No puedo soportar pensar que estabas en un verdadero problema".

"Estamos bien, en realidad", insistió Charca de Hiedra.

La mirada verde de Candeal era amorosa. "Ya es bastante difícil tener una hija fuera de la vista", maulló. "No puedo perderle la pista de otra".

Charca de Hiedra notó que Mili había aparecido desde la guarida de los curanderos, ayudando a Luz de Garbeña a acercarse al montón de carne fresca. Ella pareció no darse cuenta de Flores Caídas hasta que Candeal la llamó.

"Mili, Flores Caídas y Charca de Hiedra se perdieron. Parece que lo han pasado mal".

Mili miró hacia arriba, luego dejó que Luz de Garbeña siguiese arrastrándose por el campamento, mientras se acercaba hacia Flores Caídas. La punta de su cola se movía con molestia.

Vaya, pensó Charca de Hiedra, sintiendo una punzada de culpa de que Candeal hubiera sido tan amable y comprensiva con ella. *Mili realmente cree que ahora sólo tiene una hija.*

"¿Dónde has estado?" Mili espetó. "¡Has desperdiciado una mañana entera cuando podrías haber estado cazando!" Echando un vistazo a Luz de Garbeña, que estaba luchando por unirse al grupo en la pila de carne fresca, agregó: "¡Tu hermana daría cualquier cosa por poder ayudar a alimentar al Clan! Es hora de que crezcas, Flores Caídas, y comiences a comportarte como una verdadera guerrera".

Varios de los gatos abrieron mucho los ojos.

"No hizo ningún daño", maulló Fronde Dorado, parpadeando ante Flores Caídas con preocupación. "Ambas gatas están a salvo en casa, y eso es lo principal, ¿No?"

"¿Lo es?" Mili echó los labios hacia atrás en un gruñido. Sus ojos estaban llenos de amargura cuando regresó a Luz de Garbeña.

Sintiéndose incómoda, Charca de Hiedra se acercó a Flores Caídas. "Tu madre no lo dice en serio..." empezó ella.

Flores Caídas rechazó sus palabras con un movimiento de su cola. "Como sea", murmuró, su mirada siguiendo a Mili mientras ayudaba a Luz de Garbeña a elegir un campañol regordete de la pila de carne fresca. “Así es como es ahora. Será mejor que me acostumbre. Al menos me notan en el Bosque Oscuro".

Sus palabras enviaron un escalofrío a través de Charca de Hiedra. *Me pregunto cuántos otros gatos estarían dispuestos a escuchar las ingeniosas palabras de Alcotán*, se preguntó mientras miraba a sus compañeros de clan, tranquilamente acomodados alrededor de la pila de carne fresca. *¡Podría estar cualquiera de ellos entrenando para luchar contra sus propios compañeros de clan cuando llegue la batalla final!*



19

“Por favor,” rogó Glayo. “Déjame quedarme aquí con Media Luna. Esta es mi única oportunidad de vivir como mis compañeros de clan, de criar cachorros y envejecer con una pareja".

"No es por eso que has vuelto con estos gatos", maulló Pedrusco sombríamente. “Y ahí no es donde está el futuro de Media Luna. Ella debe convertirse en la primera Narradora de las Piedras Puntiagudas".

"¿Por qué?" La ira y la frustración se apoderaron de Glayo con toda la fuerza de las garras de un águila. "¿Por qué no otro gato?"

"Porque Media Luna puede leer los reflejos", respondió Pedrusco. "Ella vio el presagio lunar".

"¡Cualquier gato podría haber visto eso!"

Pedrusco negó con la cabeza. “No es su destino tener cachorros y vivir la misma vida que sus compañeros. Debes ayudarla a ver eso".

"¿No podrías haber hecho eso por tu cuenta?" La ira de Glayo estaba aumentando ahora, girando fuera de su control. “¿Por qué me necesitabas? ¿Sabías lo que pasaría, cómo me sentiría con Media Luna?"

Pedrusco bajó la cabeza, admitiendo que lo sabía todo. “Tienes el poder de las estrellas, Glayo. Hay algunas cosas que debes hacer, por muy difíciles que parezcan".

"No es justo." Glayo flexionó sus garras. "Y no puedes obligarme".

Se dio la vuelta, con la intención de volver a la cueva y buscar a Media Luna, pero de repente Pedrusco estaba frente a él, bloqueando su camino con una fuerza ominosa, a pesar de su ceguera y su cuerpo escuálido y sin pelo.

"Puedo obligarte si tengo que hacerlo", advirtió a Glayo en voz baja. “¿De dónde crees que vino la profecía? Este es tu destino. El tuyo y el de Media Luna".

Temblando de furia, Glayo pasó junto a él y se apresuró a bajar junto a la cascada. Entre su ira y su dolor por luchar contra el águila, perdió el equilibrio a unas pocas colas del suelo y cayó, sin aliento, cuando aterrizó junto al estanque. Luchando por ponerse en pie, vio a Luna Naciente al final del camino que conducía detrás de la cascada. Se preparó para más palabras frías mientras ella se acercaba a él, pero cuando se acercó, vio que sus ojos estaban llenos de una gentil preocupación.

"Gracias por tu valentía, Ala de Glayo", maulló. "Si podemos sobrevivir aquí hasta que seamos lo suficientemente fuertes para volver al lago, nos has hecho un gran favor".

Siguiéndola de regreso a la cueva, Glayo vio que la mayoría de los gatos estaban agrupados alrededor de Son de Roca y el resto de la patrulla.

"Así que saltamos sobre las alas del águila..." Son de Roca dio un gran salto en el aire mientras hablaba.

Los tres cachorros de Pluma de Lechuza estaban mirando con la boca abierta, con su hambre olvidada.

"Vamos, Salto Potente", maulló uno de ellos a su compañero de camada. "Voy a ser un águila, tú y Zorro Veloz pueden atacarme".

"Eres tan mandona, Ola Rápida", respondió otro cachorro. "¡Quiero ser el águila!" Se arrojó sobre su compañero de camada y los tres cachorros lucharon juntos en el suelo.

Glayo reprimió una carcajada al ver a los pequeños gatos comportarse como cachorros de nuevo. Por primera vez sintió optimismo y humor entre estos gatos.

"Así que el águila soltó a Glayo y se fue volando", finalizó Son de Roca. "¡Ganamos!"

Los aullidos de aprobación se elevaron de los gatos que lo rodeaban. Son de Roca los dejó continuar por un momento, luego levantó la cola para pedir silencio. "Necesitamos una patrulla de caza", prosiguió. "Rayo Tendido, vienes conmigo, Ala de Tórtola y Salto de Pez. Eras la mejor luchando contra el águila, así que protegeremos a los cazadores".

"Luna Naciente y Río del Alba deberían hacer la caza", maulló Rayo Tendido con un gesto de asentimiento. "Eran los mejores atrapando presas en el lago".

"Correcto." Son de Roca reunió a su patrulla con un movimiento de su cola.

"También llevaremos Brisa Susurrante. Eso debería ser suficiente por ahora".

La patrulla se dirigió hacia la entrada de la cueva, el resto de los gatos se agruparon para verlos irse. "¡Buena suerte!" Media Luna llamó.

"¡Tráiganos algo sabroso!" Añadió Caballo Veloz.

Glayo sabía que debía sentirse esperanzado. Aunque los gatos todavía estaban pensando en regresar al lago, al menos estaban haciendo un esfuerzo por adaptarse a la vida en las montañas. Pero no tenía sitio para la esperanza; todo en lo que podía pensar era en cómo tenía que enseñarle a Media Luna para convertirla en Narrarrocas, y luego regresar a la época de los Clanes.

Son de Roca asintió a Glayo mientras la patrulla pasaba junto a él en su camino hacia el sendero detrás de la cascada. "Te debemos mucho", maulló. "Deberías quedarte aquí y descansar un poco después de tu lucha".

Glayo bajó la cabeza, aunque por dentro estaba haciendo una mueca de dolor. *Me tratan como a uno de ellos.*

Pero todo el tiempo he pertenecido a otro lugar, uno muy, muy lejano.

Media Luna saltó hacia él. "¿Estás en condiciones de salir de nuevo? Estaba pensando en esas hierbas que encontraste ayer, cuando nos enterraron en la nieve. Deberíamos ir a ver si hay más".

El corazón de Glayo pesaba más que las montañas mientras miraba sus ojos ansiosos. "¿Podemos ir primero a la cueva con las piedras puntiagudas?"

Media Luna pareció desconcertada, luego asintió. "Si tú quieres."

Mientras cruzaban la caverna, Glayo vio a Cervatilla Tímida tendida cerca de Pluma de Lechuza, con su vientre hinchado apoyado torpemente. *Sus crías nacerán pronto*, pensó.

Media Luna hizo una pausa y tocó el hombro de Cervatilla Tímida con la punta de la cola.

"Estarás bien ahora", murmuró. "La patrulla te traerá algunas presas".

Cervatilla Tímida parpadeó agradecida.

Glayo abrió el camino por el túnel hacia la Cueva de las Rocas Puntiagudas.

La luz del amanecer se derramaba a través del agujero en el techo, convirtiendo los estanques en láminas de plata reluciente. Glayo dejó que su mirada recorriera las púas de piedra.

Todo parecía igual que en la época de la Tribu de las Aguas Rápidas. Si las piedras habían crecido para entonces, no podría decirlo. La cueva parecía estar viva con el sonido del agua goteando, la luz ondeando sobre las columnas y pináculos.

"Me pregunto si otros gatos han visitado esto", maulló Media Luna, su voz resonando. "¿Crees que la luna brilla en los charcos todas las noches?"

Glayo tragó incómodo. "Tengo algo que decirte."

Media Luna se acercó a él, sus hermosos ojos verdes expectantes. "¿Sí, Ala de Glayo?"

Tomando una respiración profunda, Glayo miró hacia el charco mientras hablaba. "Te seguí hasta aquí por una razón. Yo... yo sé algunas cosas que tú no sabes". Cuando se atrevió a mirar a Media Luna de nuevo, vio que ella se ponía juguetona. Claramente pensó que sabía lo que iba a decir.

"No, no así." Cada palabra estaba siendo arrancada de Glayo. "Media Luna, este es el lugar donde debes estar. Tú y todos los gatos del lago. Otros gatos han vivido aquí antes y sobrevivieron, por difícil que parezca. No puedes regresar. Tu futuro está aquí".

Media Luna lo miró como si le hubiera crecido una segunda cabeza. Continuar hablando con ella fue lo más difícil que Glayo había hecho en su vida. *Preferiría enfrentar a todas las águilas de las montañas en lugar de decirte esto.*

"Te convertirás en su líder", continuó. "Esta cueva será tu guarida, y tus antepasados te guiarán con presagios en los charcos, como el reflejo de la luna nueva que viste anoche. Serás conocida como la Narradora de las Rocas Puntiagudas. Ese es tu destino".

Durante unos segundos se hizo el silencio. "¡Bueno, ese no es un mal nombre!" Media Luna maulló al fin. Su voz temblaba, con indignación o diversión, Glayo no podía decirlo. "¿Es esto algún tipo de broma?"

"No. Te prometo que no lo es". El corazón de Glayo se hundió cuando vio que la ira se acumulaba en los ojos verdes que lo habían mirado con tanta calidez.

"¿Viniste hasta aquí para decirme esto?" estalló. "¿De dónde sacaste todas estas ideas tontas? Ala de Glayo, ¡Te he mostrado mis sentimientos! ¿Tan malo es que haya querido tener tus cachorros? Si no estás interesado, ¿Por qué no puedes simplemente rechazarme, como cualquier gato normal?"

Su furia, su sentido de la traición, se estrelló contra Glayo como una ola.

Abrumado, ahogándose en él, murmuró: “Esto no tiene nada que ver conmigo. ¡Es tu destino! ¡Lo siento!"

Por un segundo, Media Luna lo enfrentó, mirándolo; luego se dio la vuelta y salió furiosa de la cueva.

"Espera-"

Glayo saltó tras ella; cuando salió del túnel la vio corriendo por la caverna hacia la entrada. *¡No debe salir sola! ¡Es peligroso!*

"¡Detente!" gritó.

Media Luna lo ignoró. Pero entonces un débil gemido se elevó desde el lado de la cueva donde estaba Cervatilla Tímida. “¡Media Luna, ayúdame! ¡Ya vienen mis cachorros!"

Media Luna se detuvo, luego se dio la vuelta, buscando a Glayo. "¡Ala de Glayo! ¡Aquí!" llamó ella.

Glayo se apresuró a cruzar la cueva y se encontró con ella frente a Cervatilla Tímida.

Pluma de Lechuza también se dirigía en su dirección, pero sus cachorros la retuvieron dando vueltas alrededor de sus patas.

"Quédense atrás", la gata regañó a su camada. "Esto no es para pequeños".

"¡Pero queremos ver!" Salto Potente protestó.

"¡No! Vayan allí y jueguen, y no hagan demasiado ruido. Este es un momento difícil para Cervatilla Tímida".

Glayo miró a la gata embarazada y estuvo de acuerdo. El vientre hinchado de Cervatilla Tímida era enorme para una gata tan pequeña, y se preguntó cuántos cachorros llevaba. Sus ojos estaban muy abiertos y asustados.

"Por favor, ayúdame", susurró. "No sé qué hacer."

La ira arañó a Glayo cuando se dio cuenta de lo asustada que estaba. Debería haber dado a luz entre el suave musgo y los helechos de una maternidad adecuada, no ahí en ese suelo rocoso sin siquiera las hierbas adecuadas.

Al menos tiene un curandero, pensó.

“Media Luna”, comenzó enérgicamente, “¿Recuerdas de dónde sacamos el musgo para Nubarrón Gris? ¿Puedes conseguir un poco más y remojarlo en agua para que Cervatilla Tímida pueda beber?”

Media Luna asintió y corrió.

“Pluma de Lechuza, necesito un palo. Algo bueno y fuerte que Cervatilla Tímida pueda morder cuando le lleguen los dolores. Deberías encontrar uno junto a los arbustos alrededor del estanque".

Pluma de Lechuza parpadeó sorprendida al recibir órdenes, pero no protestó, solo gritó por encima del hombro mientras caminaba hacia la entrada: "Asegúrate de que mis cachorros no me sigan".

Glayo volvió su atención a Cervatilla Tímida. Poderosas ondas pasaban por su vientre y jadeó de dolor.

"Relájate tanto como puedas", le aconsejó Glayo. "No durará mucho tiempo".

Media Luna reapareció con un manojo de musgo húmedo en sus mandíbulas y se sentó junto a la cabeza de Cervatilla Tímida, ayudándola a beber, luego lamiendo sus orejas suavemente para mantenerla tranquila.

Otra onda recorrió el vientre de Cervatilla Tímida, y dejó escapar un agudo grito de dolor cuando comenzó a esforzarse.

"Está bien", Glayo la tranquilizó. "Vas muy bien".

Pluma de Lechuza saltó con el palo que Glayo había pedido y lo dejó caer al suelo para que Cervatilla Tímida pudiera agarrarlo entre sus mandíbulas. "¿Cuántos cachorros crees que serán?" le preguntó a Glayo.

Glayo palpó el vientre de Cervatilla Tímida con la pata delantera. "Tres, al menos", respondió, dándose cuenta de lo extraño que era poder ver mientras recibía a los cachorros. "Espera, creo que viene el primero".

El vientre de Cervatilla Tímida se apretó. Glayo oyó que el palo crujía entre sus dientes y un pequeño bulto de pelo mojado se deslizó hacia el suelo de la cueva. Media Luna lo acolcho con sus patas y lo acercó a Cervatilla Tímida.

"Es un gatito", maulló. "¿No es hermoso?"

Cervatilla Tímida miró a su cachorro, todo el miedo desapareció de sus ojos, absorbido por un amor abrumador. "Es negro, al igual que Bigotes Oscuros" murmuró ella, inclinando la cabeza para lamerle el pelaje.

Glayo le dio un empujón en el hombro con una pata. "Concéntrate. Hay más por venir".

"Sí, yo- ¡Ay!" Las palabras de Cervatilla Tímida terminaron en un aullido cuando el dolor se apoderó de ella nuevamente.

Glayo le masajeó el vientre, mientras Media Luna le acariciaba la cabeza.

“Respira profundamente”, la animó. "Terminará pronto".

Mientras hablaba, se deslizó un segundo cachorro; Glayo lo atrapó suavemente entre sus patas delanteras y lo colocó junto a su compañero de camada. "Otro gatito", maulló. "Y el siguiente está justo detrás".

Mientras Cervatilla Tímida se esforzaba por traer su próximo cachorro al mundo, Glayo escuchó aullidos de júbilo desde fuera de la cueva y volvió la cabeza para ver a la patrulla de caza atravesando la entrada. Son de Roca llevaba un campañol, mientras que Rayo Tendido arrastraba una enorme liebre blanca como la nieve.

"¡Funcionó!" Salto de Pez saltó al centro de la caverna. "Un halcón se abalanzó sobre nosotros, pero echó un vistazo a nuestras garras y voló de nuevo".

"Deberíamos ser capaces de encontrar una forma de atrapar aves", maulló Ala de Tórtola. "¡Un águila nos alimentaría a todos durante días!"

Luego, la patrulla de caza se quedó en silencio al darse cuenta de lo que estaba pasando.

Son de Roca dejó caer su campañol y corrió a través de la caverna hacia Cervatilla Tímida. "¡Sus cachorros están aquí!" el exclamó. "¿Ella va a estar bien?"

"Ella estará bien", respondió Glayo. El tercer cachorro de Cervatilla Tímida: una pequeña gatita había hecho su aparición. Mirando abajo a la exhausta gata madre, tenía sus dudas sobre lo que acababa de decir, pero no iba a expresarlas. Cervatilla Tímida había estado hambrienta y agotada por el viaje antes de llegar aquí, llorando por su pareja, y la vida en la cueva todavía se veía bastante sombría. Pero al menos la caza había tenido éxito.

"Tráiganle algo de comer", le ordenó. "Y cuando esté listo, el pelaje de esa liebre sería buena para mantener calientes a los cachorros".

A estas alturas, los tres cachorros de Cervatilla Tímida estaban empezando a rechinar y retorcerse.

Los guio hacia sus mamas, pero Glayo los rechazó con una pata delantera mientras él le pasaba la otra por el vientre.

"No has terminado todavía", le dijo. "Hay otro cachorro ahí".

Cervatilla Tímida hizo un último esfuerzo, dejando escapar un chillido agudo. El cachorro final se deslizó y quedó inmóvil en el suelo de la cueva.

"¡Allí!" Media Luna exclamó. "¡Bien hecho!"

Cervatilla Tímida se derrumbó, exhausta, y Media Luna guio a los cachorros hacia la curva de su vientre. Cada uno de ellos se agarró a una mama y sus quejas agudas se extinguieron en el silencio mientras comenzaban a amamantarse.

Glayo palpó suavemente el cuarto cachorro con una pata; era otro macho, esta vez con un pelaje atigrado dorado, y aunque era tan pequeño, parecía compacto y fuerte. Pero todavía no se movía.

"¿Está muerto?" Media Luna susurró.

Glayo pensó que podía detectar el débil latido de un corazón, pero el cachorro no parecía estar respirando. "No está muerto", respondió. "¡Y no voy a dejar que se rinda tan fácilmente!"

Sacó un poco de mucosidad de la boca del cachorro, luego comenzó a lamerlo vigorosamente, empujando su pelaje a contrapelo para calentar al pequeño y comenzar a hacer trabajar su cuerpo. Cervatilla Tímida levantó la cabeza y miró con ansiedad. De repente, el pequeño cachorro tembló entre las patas de Glayo. Tomó una bocanada de aire y dejó escapar un fuerte aullido directo a Glayo, quien miró fijamente al familiar pelaje dorada y la postura de sus hombros, y se maravilló por la fuerza de su pequeño cuerpo.

"Tiene un rugido como el de un león", comentó un gato detrás de Glayo.

"Entonces lo llamaré León Rugiente", murmuró Cervatilla Tímida con orgullo.

No, pensó Glayo. *Él es Leonado. Bienvenido hermano.*

Le dio al cachorro una lamida entre las orejas y lo empujó hacia la curva del vientre de Cervatilla Tímida, donde comenzó a succionar con fuerza junto a sus compañeros de camada.

Glayo miró por encima del hombro para ver a Ala de Tórtola entre los gatos que se amontonaban alrededor. Los ojos de la gata gris se agrandaron de asombro mientras observaba a Cervatilla Tímida cuidando de su camada.

Y aquí estás tú, también, pensó Glayo. *Qué raro: Ella también se llama Ala de Tórtola en nuestro tiempo*. Mirando desde Ala de Tórtola hacia León Rugiente, añadió para sí mismo: *Los tres estamos aquí ahora, incluso si los otros dos no se dan cuenta. El Poder de Tres ha comenzado.*

De repente sintió una presencia familiar en su hombro.

"Es casi la hora", susurró Pedrusco.

Glayo se tensó y, por un instante, consideró ignorar la advertencia del anciano gato. Luego suspiró. Sabía que era inútil luchar contra el destino.

Mirando a su alrededor, vio a Media Luna y se dirigió a su lado.

"Vamos. Salgamos a tomar un poco de aire", murmuró.

Media Luna asintió con la cabeza y lo siguió por el camino y las rocas junto a la cascada. Para asombro de Glayo, vio que el día corto de la estación sin hojas había terminado y la luna brillaba, un poco más brillante y más rellena que la noche anterior.

De pie al borde del acantilado, con el pelaje alborotado por la brisa, Media Luna miró la delgada media luna. "Todavía está allí", susurró.

"Sí, y siempre estará ahí", respondió Glayo. "Así como tus descendientes estarán aquí. Depende de ti hacer que se queden, Media Luna, para persuadirlos de que pueden sobrevivir con sus nuevas formas de cazar. Debes usar todas tus habilidades con las hierbas para cuidarlos".

Los ojos verdes de Media Luna estaban preocupados. "No quiero ser una líder", protestó.

"Entonces hazte llamar su Sanadora".

La gata apartó la mirada como si no quisiera que Glayo viera el dolor en sus ojos. "Realmente crees esto, ¿No?"

Glayo se acercó a ella y le tocó la punta de la oreja con el hocico. "Sí. Todo esto está destinado a suceder. Por mucho que me gustaría que las cosas fueran diferentes".

Media Luna dejó escapar un largo suspiro. Cerrando los ojos, se inclinó contra Glayo. "Vas a dejarme de nuevo, ¿No es así?"

Glayo asintió. "Lo siento mucho. Ojalá pudiera quedarme". Le dio una lamida a la oreja, pero hubo poco consuelo en ello. "Serás una gran Sanadora", prosiguió. "Deja que la luna y las estrellas te guíen. Prometo que todo estará bien".

Media Luna lo miró. "Creo en ti, porque confío en ti", susurró.

Glayo dio un paso atrás, la luz de la delgada luna se derramó a su alrededor, convirtiendo el pelaje blanco de Media Luna en plateado. Como si hubiera una voz incitándolo desde el interior de su cabeza, sabía lo que tenía que decir. “A partir de este momento, serás conocida como Narradora de las Rocas Puntiagudas. Otros vendrán después de ti, luna tras luna tras luna. Elígelos bien, entrénalos bien y confíales el futuro de tu Tribu”.

"¿Tribu?" Media Luna hizo eco.

"Sí", respondió Glayo. “Ahora son una Tribu, unida en lealtad a todo lo que representan. No será fácil, pero los otros gatos entenderán lo que hay que hacer para mantenerte a salvo aquí para siempre".

"Te extrañaré." La voz de Media Luna estaba desolada.

"Y yo. Nunca te olvidaré, te lo prometo".

Glayo se inclinó hacia ella y sus narices se tocaron. *Si tan solo…* pensó Glayo.

Media Luna fue la primera en separarse. Glayo observó cómo ella saltaba limpiamente al lado de la cascada, se detuvo al final del camino para echarle una breve mirada por encima del hombro y luego desapareció en la cueva.

"Adiós, Narrarrocas", murmuró Glayo. "Que la Tribu de la Caza Interminable ilumine tu camino, por siempre".



20

“¡Cagarrutas de ratón! ¿Qué gato pensó que el entrenamiento nocturno sería una buena idea?" Espinardo murmuró, alejándose de un zarcillo de zarzas y dejando un mechón de pelo atigrado detrás. "¡No puedo ver ni mis propias patas!"

Leonado reprimió una mueca de diversión. "Fue Estrella de Fuego", maulló. "Sabes que él quiere que mantengamos todas nuestras habilidades afiladas".

Espinardo dejó escapar un bufido de disgusto mientras se dirigía hacia el resto de la patrulla. Leonado apareció en la retaguardia con las orejas erguidas, pero todo lo que podía escuchar era el débil sonido de los pasos de las patas de sus compañeros de clan y el susurro de las ramas con la brisa. El bosque estaba fresco y tranquilo, con solo una fina franja de luna para iluminar el camino de los gatos.

Fronde Dorado, quien lideraba la patrulla, se detuvo en el siguiente claro.

“Bien, el ejercicio es este”, comenzó. “Nos dividimos en dos patrullas. Yo lideraré una, con Espinardo, Látigo Abejorro y Betulón. Acedera, tú puedes liderar la otra, con Charca de Hiedra, Leonado y Bayo".

"Entonces, ¿Qué se supone que debemos hacer?" Bayo preguntó, arrastrando sus patas a través de las hojas muertas.

"Cada patrulla tiene que acercarse y tomar control del viejo nido de Dos Patas", explicó Fronde Dorado. “Y evitar que la otra patrulla lo tome, por supuesto. Aún mejor si podemos rastrear y capturar a algunos de los patrulleros opuestos".

"¡Suena divertido!" Exclamó Látigo Abejorro.

Acedera levantó la cola. "Fronde Dorado, no queremos meternos en peleas serias, ¿Verdad? Si uno de nosotros salta a tu patrulla, entonces hemos ganado, ¿Verdad? "

"¡En tus sueños!" Fronde Dorado parpadeó ante su pareja con cálidos ojos ámbar. “Pero sí, buen punto. Si se suben encima, te rindes. Este es un ejercicio de rastreo nocturno, no de peleas".

Cuando no hubo más preguntas, Fronde Dorado agitó la cola como una señal a su propia patrulla para que se alejara. Acedera los vio irse, con los ojos entrecerrados; Leonado supuso que estaba tratando de averiguar qué ruta tomarían. Luego convocó a su propia patrulla con un movimiento de sus oídos y abrió la marcha hacia los árboles.

La maleza era más espesa ahí; era difícil moverse en silencio y aún más difícil ver a los otros gatos. La luna fina como un arañazo y la débil luz de las estrellas apenas servían de algo. Tratando de deslizarse por una pendiente cubierta de helechos, Leonado se estrelló contra el trasero de Acedera y se dio cuenta de que se había detenido.

"¡Perdón!"

Acedera le asintió brevemente y luego movió la cola para convocar a los demás. "¿Alguna sugerencia?" Ella susurró. "¿Charca de Hiedra?"

Los ojos de Charca de Hiedra brillaban en la penumbra. "Tenemos que ceñirnos a las sombras", maulló, "y tratar de no rozar la maleza. Deberíamos pensar cómo encontrar presas mientras estamos cazando".

Acedera asintió con aprobación. "Muy bien."

Leonado había sentido un escalofrío de inquietud mientras Charca de Hiedra hablaba. Entrenar en el Bosque Oscuro le había dado una ventaja sobre el acecho nocturno.

"¿Por qué estamos aquí sentados?" Bayo demandó. "Los otros ya podrían estar en el nido de Dos patas".

"No lo creo", murmuró Acedera. "Sé cómo piensa Fronde Dorado. Harán un círculo amplio e intentarán llegar al nido desde el otro lado, para que no podamos localizarlos". Sus ojos brillaron. "Al menos, eso es lo que espera que suceda. ¡Vamos!"

La patrulla bajó la pendiente y atravesó un matorral de avellanos.

Leonado observó lo firme que era Charca de Hiedra, abriéndose camino a través de la maleza como una sombra pasajera, pareciendo saber instintivamente cuándo agacharse bajo las ramas colgantes y cuándo deslizarse casi sin ser vista de un parche de oscuridad a otro. La admiración luchaba dentro de él con la aprensión. ¿Las tácticas del Bosque Oscuro se estaban convirtiendo en parte de las habilidades del Clan del Trueno? ¿Era eso lo que Estrella de Tigre pensó que sucedería?

¿O estará Charca de Hiedra en problemas en su próxima visita al Bosque Oscuro, por revelar sus secretos? Leonado suspiró. Al menos ella está aquí ahora, y no entrenando con nuestros enemigos en sus sueños.

"¡Oye! ¡Cerebro de ratón! ¿Estás dormido?"

Leonado saltó ante el siseo irritado de Bayo y vio al gato color crema unos pasos más adelante, mirando hacia atrás por encima del hombro.

"Está bien, ya voy", susurró en respuesta, apresurándose para alcanzarlo.

Acedera se detuvo de nuevo en el borde del viejo Sendero atronador; el nido de dos patas estaba al otro lado, varios zorros de distancia más abajo, pero aún fuera de la vista. "No hay duda de que vamos a ganar esto". Su voz era un suave murmullo, apenas audible. "Bayo, vendrás conmigo y tomaremos el nido". El joven gato infló su pecho. "Leonado, tú y Charca de Hiedra van a capturar a una de las patrullas de Fronde Dorado. Si estoy en lo cierto, estarán en algún lugar de allí". Acedera señaló a través del Sendero atronador con su cola.

Leonado asintió para mostrar que entendía; Charca de Hiedra temblaba de impaciencia por partir. Acedera movió las orejas para que siguieran su camino, luego hizo un gesto con la cabeza para que Bayo la siguiera. Se dirigieron por el Sendero Atronador, manteniéndose cerca del borde donde estaban ocultos por helechos colgantes; después de unos momentos, Leonado ya no pudo verlos. Probó el aire, pero no pudo detectar ningún rastro de la otra patrulla. Bueno. Eso significa que tampoco pueden olernos. Haciendo señales con sus orejas a Charca de Hiedra, se deslizó por la piedra expuesta del Sendero Atronador, agachándose con el pelaje de su vientre rozando el suelo.

Se arrastró por la densa maleza del otro lado, dirigiéndose hacia la parte trasera de la vieja guarida de Dos patas. Abriéndose paso a través de gruesos tallos, tomó conciencia de su propia masa y, una vez más, admiró los movimientos hábiles y escurridizos de Charca de Hiedra, confiados y rápidos a pesar de la oscuridad.

Leonado volvió a saborear el aire, y esta vez detectó un rastro definido de gato. ¡Acedera tenía razón sobre el lugar por donde Fronde Dorado se acercaría al nido!

Inclinando sus orejas hacia Charca de Hiedra, viró en una dirección ligeramente diferente para concentrarse en el olor. Moviéndose más rápido de lo que podía manejar en las sombras, Charca de Hiedra se adelantó, luego levantó la cola y le advirtió que se detuviera. El olor a gato era más fuerte ahora. Leonado aguzó el oído en busca de signos de movimiento. Al principio no había nada. Luego escuchó un leve crujido, como si un gato hubiera pisado una hoja seca.

Charca de Hiedra también lo había oído. Hizo un gesto con la cola, dirigiendo a Leonado a dar vueltas para que pudieran atacar a la otra patrulla desde ambos lados.

Leonado se deslizó en la nueva posición y esperó bajo un arbusto de acebo al borde de un matorral de zarzas. Aunque no podía ver la patrulla de Fronde Dorado, tenía una idea bastante clara de dónde estaban y no podía entender por qué Charca de Hiedra todavía le estaba indicando que esperara.

Movió la cola con frustración. ¿A qué está jugando?

Hubo un leve susurro y el primero de la patrulla, Espinardo, emergió de un grupo de helechos. Se dirigía hacia el matorral de zarzas, y Leonado notó por primera vez un camino estrecho que atravesaba las espinas, en dirección al nido de Dos patas. Espinardo se deslizó por el camino, seguido por Betulón y Látigo Abejorro. Fronde Dorado apareció en la retaguardia, mirando por encima del hombro de vez en cuando como si estuviera comprobando que la patrulla de Acedera no los seguía.

¡No, no te seguimos, cerebro de ratón! Leonado pensó alegremente. ¡Ya estamos aquí!

Ahora comprendía la estrategia de Charca de Hiedra. Al mirar hacia donde estaba agachada en el refugio de una roca, la vio preparada para saltar y reunió sus propios músculos, listo para dar un salto.

Los primeros tres gatos habían entrado en la espesura, encadenados a lo largo del camino estrecho que sólo los dejaba pasar en fila india. Fronde Dorado se detuvo en el borde para echar un último vistazo a su alrededor. Abrió las mandíbulas para saborear el aire, y sus ojos se entrecerraron repentinamente con sospecha.

¡Ahora!

Saltando en el mismo segundo, Leonado y Charca de Hiedra chocaron contra Fronde Dorado y lo derribaron en una maraña de patas y colas agitadas. El rojizo dejó escapar un chillido de sorpresa.

"¡Te atrapé!" Leonado declaró. "Eres nuestro prisionero ahora, ¿Verdad?"

"Bien", admitió Fronde Dorado con pesar, con las patas de Charca de Hiedra plantadas en su pecho.

Los aullidos provenían de la espesura de zarzas. Leonado escuchó la voz de Espinardo elevarse con exasperación. "Date la vuelta, por el amor al Clan Estelar. ¡Regresa!"

"¡No puedo!" Ese era Látigo Abejorro. "¡No hay espacio!"

"¡Cagarrutas de zorro! ¡Estoy atascado!" Betulón gruñó. "Tendremos que seguir adelante".

La diversión burbujeando dentro de él, Leonado agitó su cola para que Charca de Hiedra dejara que Fronde Dorado se pusiera de pie. "No tenemos que preocuparnos por ellos ni un poco", maulló. "Vayamos a la guarida".

Ahora podían correr por el bosque sin preocuparse por ser vistos o escuchados. Leonado tomó la delantera cuando salieron de la maleza, a través del grupo de pinos en la parte trasera de la guarida de Dos patas, y a través de un hueco en la pared de piedra.

"Salgan de, oh, eres tú". Bayo se detuvo justo a tiempo de saltar sobre Leonado mientras se deslizaba por la brecha, seguido por Fronde Dorado y Charca de Hiedra. Acedera, que estaba dando vueltas por las paredes tratando de vigilar todas las formas posibles de entrar a la vez, se detuvo. Su cola se disparó con sorpresa y aprobación.

"¡Genial! ¡Tienes uno!" Caminó hasta Fronde Dorado y le tocó la nariz. "Bienvenido a nuestra guarida".

Fronde Dorado ronroneó y le rozó el hombro con el hocico. "¡Bien hecho!"

Unos pocos segundos después, el resto de la patrulla de Fronde Dorado llegó jadeando y se abrió paso a través del hueco. A todos les faltaban mechones de pelo y Betulón tenía un rasguño en la nariz. ¡El matorral de zarzas había hecho todo el trabajo duro para la patrulla ganadora!

"Está bien, nos ganaste". Espinardo se dejó caer de costado. "Ese fue un movimiento inteligente".

"Deberíamos discutir lo que hemos aprendido", maulló Fronde Dorado, sentándose junto a su pareja. "¿Qué haríamos de manera diferente si volviéramos a hacer este ejercicio?"

"Mantenerme alejado de las zarzas", respondió Betulón en un tono sincero, lamiendo una pata y pasándola por su nariz.

"Fue una buena idea separarse", comentó Látigo Abejorro. "¿Por qué no pensamos en eso?"

"Sí, fue una excelente idea," estuvo de acuerdo Fronde Dorado, dando a Leonado un asentimiento de aprobación. "Charca de Hiedra y tú nos distrajeron mientras Acedera y Bayo capturaban el nido".

"No tuve nada que ver con eso", le corrigió Leonado. "Acedera pensó en separarse, y fue idea de Charca de Hiedra esperarte junto a esas zarzas".

El resto de los gatos parecían impresionados, mientras Acedera y Charca de Hiedra ronroneaban de satisfacción.

"También podemos aprender de lo que hicimos mal", continuó Fronde Dorado, cepillando un trozo de helecho que estaba atrapado en su pelo. "Debería haber tenido dos gatos de guardia al final de ese camino estrecho entre las zarzas".

"O encontrar una ruta diferente", agregó Espinardo. "Éramos demasiado vulnerables en un camino tan estrecho como ese. Cuando Leonado y Charca de Hiedra atacaron, no pudimos regresar a tiempo para ayudarte".

"Tampoco lo hicimos bien", maulló Acedera. "Había olvidado cuántas formas hay de entrar en este nido. Cuando Bayo y yo llegamos aquí, prácticamente nos volvimos locos tratando de vigilar todas las entradas a la vez. Hubiéramos tenido problemas si tu patrulla hubiera llegado primero", agregó Fronde Dorado.

Fronde Dorado movió su oreja con esta cola. "Entonces todos hemos aprendido algo. Estrella de Fuego estará complacido cuando le informe por la mañana".

Agitando la cola para que el resto lo siguiera, el guerrero se puso de pie y salió del nido, con Acedera a su lado.

Leonado se encontró caminando en la parte trasera de la patrulla, haciendo coincidir los pasos de sus patas con los de Charca de Hiedra. "¡Buen trabajo!" maulló, tocando brevemente su hombro con la cola.

Charca de Hiedra le dio al pelo de su pecho un par de lamidas vergonzosas. "Gracias."

"Tú... aprendiste la mayoría de esas habilidades en el Bosque Oscuro, ¿No es así?" Aventuró Leonado.

La cabeza de Charca de Hiedra se levantó bruscamente; había una mirada defensiva en sus ojos.

"Sí, pero nunca los usaría contra mis propios compañeros de clan".

"Por supuesto que no," Leonado la tranquilizó. "Sólo quise decir que te estás volviendo buena, eso es todo".

"Yo... me siento mal por usar mis habilidades en el Bosque Oscuro como guerrera del Clan del Trueno", admitió Charca de Hiedra, saltando por encima de una rama de árbol caída. "Es como si estuviera traicionando el entrenamiento que he recibido del Clan".

Leonado parpadeó, recordando sus propias noches de entrenamiento con Estrella de Tigre, y cómo todavía usaba movimientos y tácticas que había aprendido del guerrero asesino del Bosque Oscuro. "Cualquier fuente de entrenamiento es buena", maulló en voz alta. "Una batalla es una batalla, y ganar lo es todo".

Charca de Hiedra asintió, aunque todavía parecía insegura. Pensando en lo que acababa de decir, Leonado comenzó a preguntarse si otros gatos estaban siendo entrenados por fuentes ocultas. "¿Alguna vez has visto otros gatos del Clan del Trueno en el Bosque Oscuro?" preguntó, tratando de sonar casual.

Se dio cuenta de que Charca de Hiedra se tensaba a su lado, y pasaron algunos latidos antes de que respondiera. "Estamos separadas", respondió. "He visto un gato del Clan del Viento, el que resultó herido, Hormiguero, pero sobretodo entrenó con otros gatos del Bosque Oscuro. Creo que nos mantienen separados deliberadamente".

Para Leonado era obvio que no se sentía cómoda hablando sobre el Bosque Oscuro. Al ver la hondonada no muy lejos entre los árboles, asintió con la cabeza a Charca de Hiedra y movió la cola, soltándola para que corriera delante de él.

Caminando más lentamente detrás de ella, pensó en lo que ella había dicho. De repente se detuvo, un escalofrío recorrió su pelaje.

¡No respondió a mi pregunta! Nunca dijo que no había visto ningún otro gato del Clan del Trueno en el Lugar Sin Estrellas.

El escalofrío de Leonado se hizo más fuerte.

¿Quién más entre mis compañeros de clan está siendo entrenado por gatos que quieren destruir todos los clanes?



21

A Ala de Tórtola le dolían los oídos por la nieve que los bloqueaba; la nieve le llenó los ojos y le congeló las patas hasta que sintió como si le ardieran. "Odio la nieve", refunfuñó. "Daría cualquier cosa por estar de vuelta en el bosque".

"Yo también", coincidió Salto de Raposo.

Ala de Tórtola había notado que los gatos de la Tribu se movían mucho más fácilmente a través del paisaje. Parecían saber instintivamente dónde había rocas para saltar, incluso cuando estaban cubiertas por una fina capa blanca.

Admirando la gracia fácil de Gotas, Ala de Tórtola se olvidó de mirar dónde estaba poniendo sus patas. La nieve cedió debajo de ella y sintió que se hundía en una deriva.

"¡No! ¡Ayuda!" gritó, agitando las patas como si intentara nadar a través de los polvorientos copos blancos.

Peñasco saltó hacia ella y se inclinó, apretándole los dientes en la nuca. *¡Como si fuera un cachorro!* Ala de Tórtola pensó enfadada, buscando agarrarse con una pata mientras el guardacuevas la sacaba y la dejaba de nuevo sobre una roca sólida.

"¡Gracias!" ella jadeó.

Los ojos de Peñasco brillaron con humor. "Cuando quieras", ronroneó. "Sólo pídelo."

"¿Cuánto más tenemos que andar?" Preguntó Salto de Raposo, moviendo las orejas para sacudirse la nieve.

"¿Ves el pino de allí?" Rapiña señaló con su cola. “¿El que fue alcanzado por un rayo? Esa es la siguiente marca fronteriza".

"Cuando lleguemos allí, habremos cubierto la mitad de la frontera", agregó Peñasco.

“Entonces podemos regresar. Sin embargo, seguiremos buscando presas".

Ala de Tórtola suspiró mientras miraba el pino marchito. Estaba a la mitad del lado opuesto del valle; parecía muy, muy lejano.

"¡Presas!" Salto de Raposo murmuró en su oído. "Sólo el esqueleto de una ardilla podría vivir en ese árbol ennegrecido".

A pesar de su malestar, Ala de Tórtola soltó un divertido maullido. "¡Al menos podríamos masticar los huesos!"

Siguiendo a Peñasco, la patrulla se adentró en el valle, cruzó un arroyo helado y subió la ladera lejana. Casi habían llegado al árbol cuando Ala de Tórtola escuchó un aullido de alarma, seguido por los chillidos de un gato adolorido.

Las alas se batían furiosamente y las patas golpeaban la piedra dura. Por un segundo, se congeló. Obviamente, sus compañeros no habían escuchado nada, pero los sonidos continuaron, haciéndose más fuertes y más agonizantes. Ala de Tórtola se dio la vuelta y miró a través del valle.

¿Los gatos de la tribu están en problemas?

Mucho más arriba en la ladera del otro lado, vio un grupo de gatos revoloteando en la nieve. Un ave enorme de color marrón dorado se cernió sobre ellos, atacando con garras en forma de gancho.

"¡Miren!" Ala de Tórtola llamó.

Gotas miró a su alrededor y entrecerró los ojos. "Parece que los intrusos se han metido en problemas con un águila". Su voz era sombría. “Les sirve bien. ¡Están dentro de nuestro territorio!"

"¿No deberíamos ir a ayudarlos?" Preguntó Ala de Tórtola.

Rapiña se encogió de hombros. "Tendrán que aprender a defenderse, como hicieron nuestros antepasados".

"¡Pero no podemos simplemente verlos morir!" Protestó Salto de Raposo.

"El águila no los matará a todos", maulló Peñasco con calma. "Podría llevarse a uno, eso es todo".

La luz de la batalla brilló en los ojos de Salto de Raposo. “Cuando los clanes tienen un enemigo común”, maulló, “nos unimos para defendernos. ¡Tenemos que ayudar a esos gatos!"

Rapiña todavía parecía dudar, pero Gotas asintió de mala gana. "Él está en lo cierto, sabes. No podemos quedarnos aquí y mirar. ¡Y si ayudamos, es posible que nos deban cualquier presa que hayan atrapado!"

Peñasco vaciló, luego asintió y se puso en marcha, agitando la cola para que los demás lo siguieran. A medida que se acercaba, Ala de Tórtola estaba casi ensordecido por los gritos de horror y dolor. *¡Esa águila no se rinde!*

Corriendo sobre una cresta baja, treparon por la pendiente opuesta hacia la batalla. Cuatro gatos peleaban con un águila enorme. Las garras del águila estaban fijadas en la piel de una gata marrón y blanca; sus patas se agitaban débilmente mientras los otros tres gatos saltaban y arañaban las alas del pájaro.

"¡Esa es Flora!" Gotas exclamó.

“Gotas, toma el ala más lejana con Rapiña,” ordenó Peñasco. "Tomaré la más cercana. Espera mi señal".

"¿Qué podemos hacer nosotros?" Ala de Tórtola llamó.

"Manténte fuera del camino", respondió Peñasco, mientras Rapiña y Gotas corrían alrededor del águila. "No están entrenados en este tipo de peleas".

Ala de Tórtola y Salto de Raposo estaban juntos al abrigo de una roca, mirando al águila mientras arrojaba a los gatos intrusos. Una de ellos, una joven carey no mayor que una

aprendiza, fue arrojada contra una roca, donde yacía aturdida y sangrando por una oreja. "¡Ahora!" Peñasco aulló.

Mientras saltaba a una de las alas del águila, Rapiña y Gotas saltaron hacia la otra, tratando de sujetar al ave entre ellos. Dejó escapar un estridente chillido de furia, y Ala de Tórtola imaginó que sus garras estaban agarrando a Flora con más fuerza. Se estremeció de terror mientras miraba los deslumbrantes ojos amarillos del águila. *¿Es así como se siente una presa?*

Los otros dos intrusos, un gato negro y un gato marrón flaco con orejas grandes, se lanzaron de nuevo a la batalla, arañando las patas del águila, pero ya estaban heridos y agotados por la lucha, y sus golpes eran débiles. El águila era grande y decidida, casi logrando despegar con la pequeña gata, a pesar de que los gatos de la Tribu le pesaban en las alas.

Sólo hay tres, pensó Ala de Tórtola, el miedo la inundó. *No pueden hacer esto por sí mismos.*

"Ya tuve suficiente de esto", murmuró Salto de Raposo. "¡No voy a quedarme parado aquí como una inútil bola de pelo!"

Saltó hacia adelante y enganchó sus garras en el ala del águila, justo cuando se sacudía de Peñasco con un chillido. Peñasco se retorció en el aire y atacó las patas y retorcidas del águila, arañando primero una y luego la otra. Con un chillido de rabia, el águila soltó a Flora; quien golpeó el suelo y se quedó quieta.

Rapiña y Gotas saltaron graciosamente al suelo.

"¡Está bien, Salto de Raposo!" Peñasco maulló. "¡Puedes dejarla ir!"

Pero Salto de Raposo no soltó su agarre. El corazón de Ala de Tórtola comenzó a latir con fuerza cuando se dio cuenta de que su compañero de clan estaba atorado. Colgaba del ala del águila por sus garras, girando y retorciéndose para liberarse mientras el pájaro luchaba en el aire.

Antes de que ningún otro gato pudiera moverse, Rapiña dejó escapar un chillido furioso.

"¡No!" Ella saltó de nuevo, agarrando el ala del águila con una pata delantera, mientras que con la otra golpeó a Salto de Raposo. Sus garras se soltaron, Salto de Raposo se estrelló contra el suelo, donde quedó sin aliento.

Pero justo cuando Rapiña comenzó a caer al suelo nuevamente, el águila giró en una tormenta de alas. Sus garras salpicadas de sangre salieron disparadas y se hundieron en su espalda.

"¡Rapiña!" Gotas chilló. Trató de saltar en el aire, pero el águila ya estaba subiendo más alto.

"¡No!" Rapiña gritó, golpeando el aire con sus patas. "¡Ayuda! ¡Peñasco! Gotas…"

Ala de Tórtola todavía podía oírla mientras las alas del águila batían con más fuerza y se la llevaban, desapareciendo sobre un pico distante. El sonido del terror de Rapiña llenó su cabeza hasta que pensó que nunca volvería a escuchar nada más.

Temblando, Ala de Tórtola se tapó los oídos con las patas. "Lo siento, Rapiña", susurró. "No hay nada que pueda hacer…"

Se hizo el silencio. La pendiente nevada estaba manchada de sangre y sembrada de plumas. Los gatos de la Tribu se quedaron en silencio, mirando a Ala de Tórtola mientras se retorcía en

agonía. Los intrusos se habían levantado; incluso Flora estaba de pie temblorosa sobre sus patas. Intercambiaron miradas rápidas y culpables, pero no dijeron nada.

Ala de Tórtola levantó la cabeza, sintiendo un frío horror corriendo por sus venas.

Ahora no podía oír los gritos de Rapiña, y ese era el sonido más terrible de todos. "Está muerta", susurró.

Salto de Raposo se levantó tambaleante y se enfrentó a los gatos de la Tribu. "Lo siento", maulló, con su voz llena de angustia. "Fue mi culpa."

"¡Sí!" Gotas siseó, entrecerró los ojos con dolor y hostilidad. "Se te dijo que te mantuvieras al margen. Si hubieras hecho lo que Peñasco te dijo, Rapiña estaría viva ahora".

"Sí. Lo siento ", repitió Salto de Raposo.

Ala de Tórtola se acercó a él y apegó el hocico contra su hombro. "No fue tu culpa", murmuró. "Sólo estabas tratando de ayudar. Sin ti, el águila podría haberse llevado a Flora".

"¡Mejor una intrusa que una de la Tribu!" Gotas estalló.

Salto de Raposo no dijo nada, sólo se miró las patas con un dolor entumecido en los ojos.

Peñasco dejó escapar un largo suspiro. "Culpar a Salto de Raposo no ayudará. Será mejor que regresemos a la cueva".

Cuando partieron, el gato negro avanzó un paso. "¡Esperen!"

Gotas se dio la vuelta, flexionando sus garras. "¿Qué?"

"Nada." El gato negro parecía avergonzado y culpable. "Sólo... eh... gracias."

La gata de la Tribu dejó escapar un bufido de disgusto y se alejó dando un salto con una última mirada por encima del hombro. "Ni siquiera piensen en volver a cruzar la frontera", gruñó.

Ala de Tórtola tropezó a ciegas a través de la nieve. Sintió tanto dolor por dentro que apenas notó sus patas congeladas o sus oídos doloridos. Todo lo que podía oír era el eco de los chillidos aterrorizados de Rapiña cuando el águila se la llevaba.

Nunca deberíamos haber venido aquí. Esto no tiene nada que ver con la profecía, nada que ver con mantener a los Clanes a salvo del Bosque Oscuro.

El sol se estaba hundiendo en una turbulenta masa de nubes cuando la cascada apareció a la vista. Cuando la patrulla finalmente entró en la cueva, Esquiruela surgió de donde había estado hablando con Garra y Ave.

"¿Qué pasó?" preguntó, con miedo en sus ojos mientras saltaba hacia Ala de Tórtola.

"Fuimos a ayudar", comenzó Peñasco, pero Gotas lo interrumpió con un latigazo de su cola.

"Rapiña está muerta", dijo con voz ronca. "Un águila se la llevó mientras intentaba salvar a este gato". Ella miró a Salto de Raposo. "Se abrió camino en la pelea cuando le dijeron que se mantuviera al margen".

Esquiruela dejó escapar un grito ahogado de horror. Más gatos se reunieron a su alrededor, con Borrascoso y Rivera a la cabeza.

"¡Eso es terrible!" Borrascoso exclamó.

Rivera asintió, acariciando su cola sobre el hombro de Gotas. "Ningún gato había sido llevado por un águila en muchas lunas".

"¡Ahora sí!" Gotas siseó.

"Será mejor que informe a Narrarrocas", murmuró Peñasco, saltando al fondo de la cueva.

Los cachorros de Rivera, Alondra y Pino, la miraban con ojos muy abiertos y asustados. "¿Vendrá el ave grande y nos llevará a nosotros también?" Alondra gimió.

"No." Rivera se inclinó y tocó cada una de sus narices por turno. “Están a salvo dentro de la cueva.”

Ala de Tórtola se paró cerca de Salto de Raposo para que sus pelajes se rozaran. "Nunca deberíamos haber hecho este viaje", murmuró. "Glayo no nos dirá por qué tuvimos que venir, y ahora una gata está muerta".

Salto de Raposo asintió. "Quiero ir a casa."

El movimiento en las sombras de la cueva llamó la atención de Ala de Tórtola, y vio a Narrarrocas acechando hacia ellos, con Peñasco a su lado. El viejo gato se detuvo frente al grupo, con sus ojos ámbar brillando con ira y odio.

"Ningún gato los quería aquí", gruñó. "Y ahora una de la Tribu ha muerto por tu culpa".

"¡No puedes culpar a Salto de Raposo!" Ala de Tórtola dio un paso adelante, con el pelo de su cuello erizado de ira. "Fue muy valiente".

"No culpo a Salto de Raposo", dijo Narrarrocas con voz ronca. “Los culpo a todos. Si nunca hubieran venido a las montañas, Rapiña todavía estaría viva".

Esquiruela estiró la cola para tocar el hombro de Ala de Tórtola. "Tiene razón", murmuró. "Nos iremos tan pronto como podamos. Narrarrocas, todos lo sentimos más de lo que podemos decir".

Cuando el viejo gato abrió las mandíbulas para responder, un ruido ahogado sonó detrás de ellos; Ala de Tórtola se volvió para ver a Glayo saliendo de la Cueva de las Rocas Puntiagudas. Sus ciegos ojos azules la miraron. "Es mi culpa", dijo con voz ronca. “Yo fui quien dijo que teníamos que venir. Haré lo que tenga que hacer y luego nos iremos".

22

Glayo sintió como si todo el peso de las montañas descansara sobre sus hombros, pero se preparó y se volvió hacia Narrarrocas. “Tu Tribu siempre será leal al Narrador de las Rocas Puntiagudas,” maulló. “Necesitas devolverles su lealtad teniendo fe en que estás destinado a estar aquí. Tus descendientes sobrevivirán si les das esperanza ahora".

“Pero...” Comenzó Narrarrocas.

Glayo no le dejó hablar. "Ha llegado el momento de elegir a tu sucesor".

Sus palabras se quedaron en silencio. Glayo era consciente de la Tribu de las Aguas Rápidas a su alrededor, esperando la respuesta de su Sanador.

El viejo gato se incorporó a sus patas. "Es demasiado tarde", gruñó. “Nuestros antepasados ya no nos vigilan. Estamos solos." Dándose la vuelta, bajó cojeando por el túnel hasta su guarida. Glayo se imaginó a sus compañeros de tribu mirándolo, mientras los murmullos de protesta comenzaban a surgir de ellos.

"¿Qué quiere decir?"

"¿Nos ha abandonado la Tribu de la Caza Interminable?"

"¿Qué va a pasar?"

"Cálmense." La voz de Ave se elevó por encima del resto. “Narrarrocas está muy preocupado, pero sigue siendo nuestro Sanador. Él nos protegerá. Déjenlo dormir."

Los murmullos se desvanecieron, pero Glayo se dio cuenta de que los gatos aún estaban inquietos.

"Quiero irme ahora." Glayo escuchó el golpe de las patas de Ala de Tórtola en el suelo de piedra.

"Yo también", agregó Salto de Raposo.

"Sí. Yo también quiero irme”, maulló Esquiruela. “Pero no podemos partir cuando cae la noche. Regresaremos a casa mañana. ¿Te parece bien, Glayo? ¿Habrás terminado lo que tengas que hacer aquí?"

Glayo asintió, ignorando el siseo de impaciencia de Ala de Tórtola. "Sí, podemos irnos mañana".

"Vamos a buscarle un lecho". Esquiruela se llevó a Ala de Tórtola y Salto de Raposo los siguió. "Ambos necesitarán una buena noche de sueño si vamos a viajar mañana".

"No quiero dormir", replicó Ala de Tórtola. "Seguiré viendo a Rapiña, sé que lo haré".

Glayo esperó hasta que sus voces se apagaron y luego regresó a la Cueva de las Rocas Puntiagudas. Ciego una vez más, todavía podía recordar los pináculos de piedra y el delgado rayo de luz de la luna que se proyectaba en los estanques poco profundos. Recordó cómo Media Luna había acariciado el agua y provocado que el reflejo parpadeara. Respiró hondo y buscó su aroma, pero todo lo que podía oler era piedra y agua.

Encontró un lugar seco al pie de una de las columnas y se acostó, acurrucándose y envolviendo su cola sobre su nariz. Se sentía muy solo, el dolor y el arrepentimiento por Rapiña lo mordían profundamente.

Sé lo que tengo que hacer para ayudar a la Tribu, pero ¿Fue la vida de Rapiña un precio demasiado alto para pagar por nuestra visita?

Los ojos de Glayo se abrieron parpadeando y vio una lámina de agua oscura que se extendía frente a él. La luz de las estrellas brillaba en su superficie. Saltando sobre sus patas, se dio cuenta de que había regresado al hueco de piedra en las montañas que había visitado una vez antes, guiado allí por una veterana de la Tribu de la Caza Interminable. A su alrededor se elevaban escarpados acantilados, bordeados por gatos cuyos pelajes brillaban con el brillo de las estrellas. En silencio, miraron a Glayo.

Levantó la cabeza y audazmente les devolvió la mirada, escaneando las filas de gatos estrellados. Reconoció a Caída y Doblado, que le habían hablado antes, y a Chaparrón, quien era un veterano cuando Glayo visitó la Tribu por primera vez.

Más arriba en el acantilado, distinguió los contornos más tenues de Pluma de Lechuza, Son de Roca y Luna Naciente. Ellos inclinaron la cabeza hacia él, pero no hablaron.

El corazón de Glayo dio un vuelco. *¿Está Media Luna aquí?* Parecía sólo un segundo desde que había estado con ella en la cima del acantilado, pero sabía que ella había estado muerta por estaciones tras estaciones. Buscó en el acantilado, pero no había ni rastro de su elegante pelaje blanco.

¿Se ha desvanecido por completo? ¿Es demasiado tarde para tenerla aquí con mis recuerdos?

Tampoco podía ver Ala de Glayo, Ala de Tórtola o León Rugiente, y luego se regañó a sí mismo por ser lo suficientemente tonto como para buscarlos. *¡Por supuesto que no están con la Tribu de la Caza Interminable! ¡Seguimos vivos en el Clan del Trueno!*

Una gata gris pálido se puso de pie y saltó desde una roca en el fondo del acantilado. Caminando por el borde del estanque, se detuvo frente a Glayo. "Soy Nube Cargada de Tormenta", se presentó.

"Te conozco, ¿No?" Glayo recordó. "Eras una veterana de la Tribu cuando llegué por primera vez a las montañas".

"Lo era. Y soy la madre del actual Narrarrocas. Ahora es el momento de que mi hijo se una a la Tribu de la Caza Interminable".

Un escalofrío recorrió a Glayo. "¡Pero no ha elegido un sucesor!"

"Sí." Los ojos de Nube, como pequeñas lunas, estaban fijos en Glayo. "Mañana serás tú el que deba nombrar al próximo Narrarrocas". Mientras Glayo la miraba boquiabierta consternado, ella continuó. "No todos hemos abandonado la Tribu. Algunos de nosotros todavía tenemos fe en que sobrevivirá".

"Pero, pero ¿Cómo puedo nombrar un nuevo sanador?" Glayo tartamudeó.

Nube se inclinó hacia adelante y le susurró al oído. "Porque nombraste al primero, ¿Recuerdas?" Se volvió para mirar hacia el acantilado, inclinando las orejas hacia una forma en la parte superior de las filas de gatos, brillante y apenas visible.

"Media Luna..." Glayo respiró. Se esforzó por ver más claramente, pero estaba demasiado lejos para distinguir sus rasgos.

"Te hemos estado agradecidos durante todos estos años", continuó Nube. “Siempre supimos que volverías. Lo que hagas ahora afectará a todos los gatos, pasados y futuros, del lago y las montañas y el viejo bosque donde tus clanes vivieron durante tanto tiempo".

Glayo apartó la mirada de Media Luna y miró a Nube. "No lo entiendo…" vaciló.

"El fin de las estrellas se acerca", continuó Nube. "Tres deben convertirse en cuatro, para desafiar a la eterna oscuridad".

Glayo dio un paso atrás, dándose cuenta de que las filas de gatos estelares a su alrededor habían comenzado a desvanecerse. Había oscuridad en todos los lados de la hondonada, penetrada sólo por los más débiles destellos de luz.

"¡Pero siempre hemos sido tres!" gritó. "¿Quién es el cuarto?"

El gélido resplandor de la luz de las estrellas de la piel de Nube se hizo más tenue. Su voz se volvió más débil, también, cuando ella respondió, “El cuarto ya está contigo. No tendrás que buscarle muy lejos".

Glayo se despertó bruscamente de la oscuridad y el interminable goteo de agua en la Cueva de las Rocas Puntiagudas. Se puso en pie, corrió hacia la caverna principal y descendió por el túnel que conducía a la guarida de Narrarrocas. El olor del viejo gato lo envolvió cuando se detuvo, jadeando. Glayo podía escuchar el aliento de Narrarrocas burbujeando mientras trataba de hablar.

"¡Los veo ahora!" Cada palabra fue una lucha. "¡Mis antepasados! ¡No nos han abandonado! Lo siento mucho…"

Su voz se apagó. Glayo esperó a que la respiración ronca comenzará de nuevo, pero solo hubo silencio. Se puso de pie con la cabeza inclinada. "Descansa bien, Narrarrocas", murmuró. "La Tribu de la Caza Interminable te está esperando".

Salió a la caverna y percibió el olor de Sombra cuando la gata se acercó. "¿Está todo bien?" maulló ella.

"No", respondió Glayo. “Narrarrocas ha muerto.”

Sombra dejó escapar un gemido de dolor y terror; perturbado por el ruido, el resto de la Tribu comenzó a moverse. Su consternación se agitó alrededor de Glayo como olas: dolor y pérdida y el miedo de quedarse sin un líder.

"¿Narrarrocas nombró a su sucesor antes de morir?" Preguntó Sombra.

Un tenso silencio se apoderó de la cueva. Glayo se dio cuenta de que toda la Tribu estaba esperando escuchar su respuesta. Tomó un respiro profundo.

"Sí", maulló. "Sí, lo hizo".

Con la caída de la cascada a su lado, Glayo abrió el camino fuera de la caverna y subió a la cima del acantilado. La Tribu lo siguió. Algunos de los gatos sacaron el cuerpo de Narrarrocas de su guarida y lo colocaron sobre las piedras junto al río.

Ave se acercó y se paró junto al cuerpo de Narrarrocas. “Hasta siempre, Narrador de las Rocas Puntiagudas. Que caces interminablemente entre las estrellas junto a quienes nos vigilan”.

Dio un paso atrás y se hizo un silencio expectante. Glayo podía sentir que la mirada de todos los gatos de la Tribu estaba fija en él. Sabía lo que tenía que hacer, pero su mente daba vueltas. Le había mentido a cada uno de esos gatos.

Narrarrocas había muerto demasiado pronto.

¿Cómo puedo elegir al nuevo Sanador?

Luego se recompuso. La Tribu de la Caza Interminable sabía que esto sucedería. Tenían fe en él para tomar la decisión correcta, por segunda vez. *El Sanador no debe ser demasiado joven*, pensó; la Tribu necesitaba un gato con experiencia y coraje, que hubiera visto a estos gatos atravesar sus momentos más oscuros y tuviera fe en que podrían sobrevivir. Un gato que pondría a su Tribu antes que a sí mismo y trabajaría incansablemente para mantenerlos a salvo.

“Peñasco Donde Anidan Las Águilas, ven al frente”, maulló.

"¿Yo?" La exclamación de sorpresa fue seguida por los pasos de las garras de Peñasco mientras se acercaba a Glayo; el asombro y la duda lo inundaron.

"A partir de este momento", declaró Glayo, "Serás conocido como Narrador de las Rocas Puntiagudas". Su corazón se retorció de dolor al recordar la última vez que había dicho estas palabras. “Otros vendrán después de ti, luna tras luna tras luna. Elíjelos bien, entrénalos bien y confíales el futuro de tu Tribu”.

"Me siento honrado de haber sido elegido". La voz de Peñasco era solemne. "Serviré a mi Tribu hasta el final de mis días".

Ave se adelantó. "Te saludo, Narrarrocas", maulló. "Que la Tribu de la Caza Interminable te cuide y envíe su sabiduría".

Se dirigió hacia el acantilado, sus pasos se hicieron más débiles mientras saltaba de roca en roca, y Garra tomó su lugar, reconociendo al nuevo Narrarrocas con las mismas palabras. Glayo esperó hasta que toda la Tribu hubiera hablado y se fue, de regreso a la cueva.

Por fin, Narrarrocas y Glayo se quedaron solos en la cima del acantilado.

"No me esperaba esto", admitió el Narrador de las Rocas Puntiagudas. “Narrarrocas, el último, no dijo nada para prepararme. Pero no puedo dudar de su elección. Haré todo lo posible para honrarlo a él y al resto de la Tribu de la Caza Interminable". Tomó un respiro profundo. "Es tan hermoso aquí", murmuró. Glayo se dio cuenta de que debía estar mirando la vista de los picos de las montañas. "Pero supongo que no las veré por un tiempo, no hasta que los pupilos terminen su entrenamiento, de igual forma".

Suspiró levemente y Glayo escuchó sus pasos retroceder mientras se dirigía hacia la cueva. De repente, Glayo sintió un ligero movimiento en el aire a su lado. Un dulce aroma dolorosamente familiar lo envolvió.

"¿Media Luna?" él susurró.

No podía ver a la gata blanca, pero sabía que estaba allí a su lado. Su hocico tocó ligeramente su oreja; sintió como si un rayo crujiera a través de él.

"Elegiste bien", murmuró.

Glayo tragó. "No te olvidaré", prometió.

"Y nunca te olvidé", respondió Media Luna. “No a través de todas las lunas desde la última vez que nos vimos. Ve a salvo, vuelve con tu Clan ahora. Encuentra al cuarto".

Cuando su olor se desvaneció, Glayo se dio cuenta de que Esquiruela, Salto de Raposo y Ala de Tórtola se habían unido a él en la cima del acantilado.

"¿Podemos ir a casa ahora?" Preguntó Esquiruela.

"Sí", le dijo Glayo. "Hemos hecho lo que teníamos que hacer".

Esperó a que las dos gatas bajarán por las rocas y se dispuso a seguirlas. Pero mientras se inclinaba cautelosamente sobre el borde, escuchó la voz de Media Luna llamándolo.

"¡Te esperaré por siempre, Ala de Glayo!"